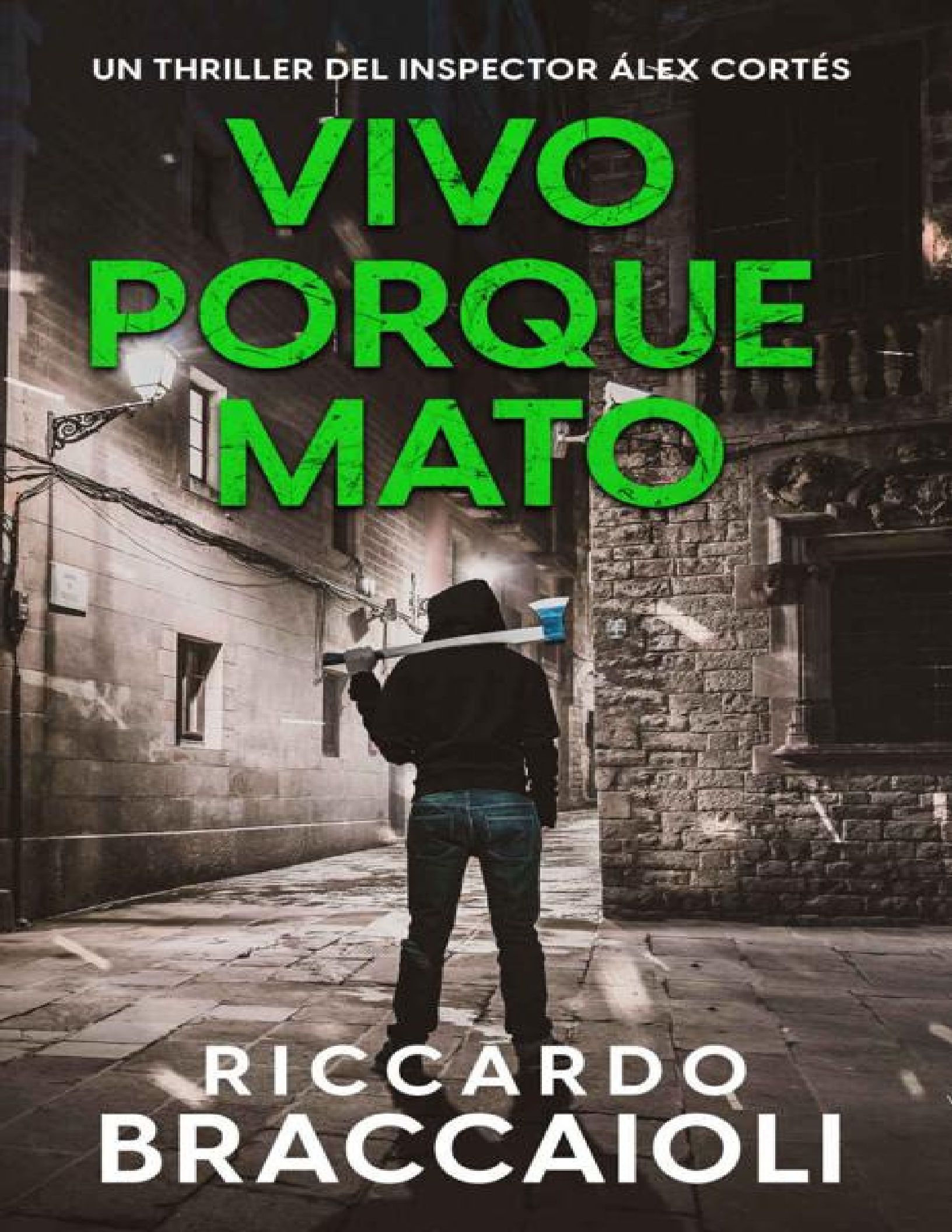
UN THRILLER DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

VIVO PORQUE MATO



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Vivo Porque Mato

Un thriller del inspector Álex Cortés

First published by EDITORIAL ESCRITOR TOKENIZADO 2024

Copyright © 2024 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2410259915952

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



A Vicente Garrido.
Criminólogo,
fuente de sabiduría e inspiración.

“El mal no es algo que deslumbre, sino algo que seduce.”

Philip Zimbardo, psicólogo famoso por el experimento de la prisión de Stanford.

“Los ojos de los psicópatas son como un pozo sin fondo. No hay alma detrás de ellos.”

Ted Bundy, asesino en serie.

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“★★★★★ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“★★★★★ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“★★★★★ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“★★★★★ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“★★★★★ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“★★★★★ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“★★★★★ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”



Antes de **EL SECRETO DEL PANTANO**, hubo



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación** del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

BIBLIOGRAFÍA

SERIE ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO

SERIE BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

SERIE GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS

SERIE EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN

kindle unlimited amazon

RICCARDO BRUSIOLI

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de esta novela te regalaré dos capítulos de mi nueva saga, ***El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*** el primer thriller policíaco de Fosco Merrell, ambientado en la ciudad Akeron City.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

¡ATENCIÓN! Advertencia del escritor:

NO leer esta novela si se tiene un corazón débil.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

Álex llamó a la puerta.

Respiró a pleno pulmón.

Se ajustó los rizos y se estiró la camiseta negra.

Del otro, lado una voz débil contestó.

—Pasen.

Álex abrió la puerta. Primero, la luz de la estancia lo hizo cerrar los ojos. De la ventana entraba la luz del Mediterráneo. El Hospital del Mar había hospedado a la cabo Ramírez en una de las mejores habitaciones, con vistas a la playa.

Luego olió la mezcla de perfume de flores. No eran artificiales, se notaba que eran naturales. Cuando recuperó la vista, se dio cuenta de cuánto era querida Karla: la estancia estaba llena de maceteros improvisados con ramos.

Ella estaba en la cama. Un ángel de pelo moreno y ojos cansados. No se movió, solo sonrió al ver entrar a Álex.

Se quedaron en silencio unos segundos.

—Parece que estés en un crucero —dijo él mientras indicaba la ventana.

—Lo preferiría.

—¿Puedo?

—Claro —respondió Karla, indicando la silla a su lado.

Álex se acercó y le dio un beso en la frente.

—Sabía que te regalarían flores, pero no tantas —dijo, mirando la habitación.

—Ya, yo tampoco.

—Bueno, te he traído esto, es un detalle.

Alex pasó una mano por la frente de la compañera.

—¿Qué tal la operación?

—Bueno, no llegaba a serlo, pero ha habido complicaciones —dijo ella mientras jugueteaba con uno de los rizos de Álex—. Un aborto nunca es algo fácil.

—Ya, ¿y ahora cómo te sientes?

Ella suspiró.

—Débil —respondió sonriendo.

—Tienes que reposar.

—¡Explícame! Qué ha pasado con la investigación.

—Shhhh. Tranquila. Deja eso, no vengo por eso.

—Ya, pero quiero saber.

—Tienes que reposar, Karla —respondió con tono cariñoso y comprensivo.

—Reposar sí, pero ¿qué más tengo que hacer aquí dentro? —contestó ella, e insistió—. Venga, que me muero de ganas por saber. ¿Cómo lo pillasteis?

—Cruzamos la información de varias bases de datos, pero, sobre todo, las fotos de las tres B de las personas que llamaron para denunciar la desaparición y las fotos dentales de los cadáveres del pantano.

—Ya.

Luego Álex le explicó lo sucedido con Miguel Ángel Cameo y cómo llegaron a Rodrigo Alcázar. Quiénes eran y cómo fueron los interrogatorios.

—Ahora Cameo está en prisión preventiva, a disposición del juez.

—Entonces, ¿quién era el tal Víctor Martín, lo descubriste?

—Parece ser que era un empresario que estaba involucrado en la trama que Rodrigo había montado para la venta del pentobarbital. No sabemos por qué, quizá nunca sabremos realmente porqué, pero una de las teorías que tenemos es que al final no se llevó a cabo una compra-venta o lo traicionaron —dijo, y levantó los brazos—. No lo sabremos nunca, creo. También suponemos que su cadáver está en una maleta en algún lugar del fondo del pantano.

—Álex, no te frustres, hiciste todo lo que pudiste. Ya está.

—Bueno… —respondió mientras encogía los hombros—. Hasta la próxima sequía no lo podremos saber.

—¿Has podido avanzar con el símbolo?

Álex se pasó la mano por la cara.

—Eso es un misterio, pero lo peor que siento, ¿sabes qué es? —dijo Álex, y ella negó con la cabeza—. Que pronto lo sabremos, porque me da que uno no se inventa un símbolo tan complejo para «solo» una víctima.

—¿Tú crees?

—Además, si no lo hubieses descifrado tú, no creo que lo hubiéramos entendido.

—Era eso, ¿verdad? ¿Era la chica de Barcelona?

—Sí, la mujer que estaba en la primera maleta, la moderna, se llamaba Enrica Lumi. Vecina de Barcelona, Calle Mallorca, italiana, vivía cerca del consulado.

—¿Y qué relación tiene con todo esto?

Álex se tomó un segundo para mirar el sol que se reflejaba en el mar. Al cabo de unos momentos, suspiró.

—No lo sabemos. Todo lo que no sabes aporta una capa más de preocupación.

—Escúchame, lo has hecho muy bien. Aparte de tu desliz.

—¿A qué te refieres?

—Que si no fuera por Mario, ahora serías pasto de las algas del pantano.

Álex levantó una ceja y se rio.

—Nadie es perfecto. Tú me hubieras puesto freno, pero no estabas…

—No estaré siempre contigo.

—¿Qué quieres decir?

Karla miró la estancia y levantó los brazos en signo de rendición.

—Voy a cambiar muchas cosas en mi vida, Álex. Esto ha sido un mensaje. El cuerpo es sabio, me lo pedía a gritos y no lo supe escuchar en estos últimos meses.

El compañero no contestó enseguida, tuvo miedo. Miedo a perderla, miedo a saber lo que pensaba, miedo a que sus caminos se separasen.

—¿Qué quieres cambiar, Karla?

—Pues lo tengo que acabar de pensar, pero muchas cosas. Ahora estoy demasiado débil para tomar decisiones tan trascendentales y con consecuencias importantes. Necesito recuperarme y ver lo que de verdad quiero de la vida y ver si lo que quiero es compatible con el resto de las personas —dijo, y, al mismo tiempo, se giró hacia Álex; luego le volvió a coger un rizo y se lo enroscó en el dedo—. ¿Sabes?

—¿Y Marcos?

Ella rio.

—Se fue hace un rato, se va a una misión de no sé qué, no sé dónde… Siempre igual —dijo, e hizo un movimiento con la mano en el aire, en dirección a la puerta—. Allá él.

Álex sonrió.

—Bueno, tienes tiempo de decidir —comentó, y le regaló a la compañera una sonrisa—. ¿Sabes?, no es lo mismo investigar sin ti. Te eché de menos…

Ella lo miró profundamente. Sus miradas se fusionaron en una declaración de lo que sentían el uno por el otro. No les hizo falta decirlo con palabras, las miradas de los dos lo explicaron por completo.

—Yo también te eché de menos, Álex… —dijo con dulzura—. Y es una de las cosas que quiero cambiar.

01

Habría sido una mañana cualquiera en la comisaría de la Travessera de les Corts si no hubieran recibido un sobre anónimo.

Álex recién regresaba del Café Sirena. Un café con leche de soja y una ojeada al periódico.

Se sentó en su escritorio. Revisó los *mails* y las típicas cosas que hacía un lunes por la mañana.

Algo en su interior llevaba fraguando su serenidad todo el fin de semana. Decidió levantarse e ir a la sala de *briefing*. No había nadie, como a él le gustaba.

Se sentó saboreando su café y mirando las pistas y fotos que seguían en la pizarra.

Rodrigo Alcázar, el empresario Víctor Martín. La mujer italiana muerta, Enrica Lumi. El símbolo de la flor de Barcelona con un laberinto en su interior.

Todo estaba allí delante.

Esperaba encontrar la verdad. El fin de semana estuvo pensando en el asesino de la chica transalpina.

¿Quién era? Pero, sobre todo, ¿cuál era el detalle que se le había escapado para no poder identificarle?

Llevaba casi una hora con anotaciones y mirando la pizarra cuando tocaron la puerta.

—Adelante.

Entró un compañero vestido de uniforme, era el chico de la recepción.

—Sargento, le han traído algo urgente —dijo el hombre desde el umbral—. He pensado que, si lo esperaba, agradecería recibirlo lo antes posible.

Álex levantó las cejas y se incorporó en la silla.

—La verdad es que no esperaba nada. Pero pasa —invitó, y le hizo un ademán para que entrara.

El *mosso* entró y le dejó un sobre de color amarillo del tamaño de un palmo. Dentro podía haber un libro o un casete VHS.

—¿Quién lo ha entregado?

—Un repartidor de esas empresas de mensajería exprés —dijo mientras se marchaba.

Álex lo observó y le dio la vuelta.

Un sobre limpio. Sin nada. Lo escuchó y no parecía llevar nada eléctrico ni mecanismo: una bomba no podía ser.

La etiqueta decía que lo enviaba un tal Juan de la Morada.

«¿Juan de la Morada? No conozco a nadie con ese nombre».

Lo abrió.

Dentro había un sobre de plástico.

Nunca se habría imaginado Álex que volvería a experimentar esa sensación, la misma que pensaba que había olvidado y que no volvería a sentir. La misma de la época del Asesino del Criptograma.

Soltó el sobre en la mesa, horrorizado.

Era una bolsa de plástico al vacío. En su interior había un dedo humano serrado.

Comenzó a respirar con dificultad. A su cabeza regresaron todo tipo de recuerdos.

Por lo que vio después, al coger el sobre y acercarlo, se materializaron otra vez todos sus miedos y, sobre todo, sus intuiciones; eso no se había acabado.

Ese dedo era la prueba de que el símbolo tatuado en la frente de la chica de la maleta moderna era solo el inicio.

El dedo que tenía delante llevaba grabado ese mismo símbolo en la uña.

Un macabro juego volvía a arrancar y lo que tenía delante era solo el billete de ida.

Para jugar.

02

Álex sufrió uno de esos momentos en los que te quedas paralizado por el miedo.

No reaccionó durante varios minutos a pesar de su carácter, a pesar de lo que tenía enfrente.

A pesar de amar su trabajo.

La bolsa con un dedo era demasiado. Un tren de mercancías cargado de dinamita, llamado pasado, lo embistió de pleno.

Eso ya lo había vivido, era imposible.

Lo pensó mejor.

Mientras Néstor estuviera vivo, todo era posible. Pero el Asesino del Criptograma estaba entre rejas, en una sección de la cárcel Quatre Camins de máxima seguridad.

Ese dedo… ¿Sería un imitador? ¿Era un psicópata que se había leído toda la literatura, reportajes y noticias que se habían escrito sobre el caso del Asesino del Criptograma?

Ríos de tinta para explicar un caso social y un criminal en Barcelona que mantuvo a la población en vilo.

—¿Sargento? —preguntó el agente.

En ese momento, Álex tuvo un *déjà vu*.

La casa del escritor en los Pirineos. Los paquetes con cabezas, manos y pies envasados al vacío. Carreras contra el tiempo. Enigmas y criptogramas de la muerte resueltos a contratiempo para salvar más vidas. Luchar contra los medios para conseguir atrapar a un asesino que se camuflaba entre los ciudadanos. Las noticias que anunciaban una época de oscuridad en Barcelona debido a un asesino que tenía amordazada a la ciudad. Muerte, desolación e inseguridad entre la población.

Eso no podía volver a comenzar.

Eso no podía salir de allí.

Álex fue regresando con la mente hasta la estancia de la comisaría.

Sus sentimientos y recuerdos volvieron al presente.

—¿Sargento? —preguntó de nuevo el agente—. ¿Qué es eso?

Álex, con las cejas arrugadas, levantó la mirada de la bolsa.

Tardó en alinear las letras y que tuviera sentido la pregunta del agente.

—¿Qué es esto? —espetó Álex, contestando con la misma pregunta.

El agente, con el pánico dibujado en su rostro y la estupidez del miedo esparcida en una pregunta tan retórica como obvia, no supo qué decir.

—Esto es la tarjeta de visita de un asesino —dijo Álex, levantando la bolsa y plantándosela en la cara—. No lo has visto, ¿has entendido? ¿Quieres hacer carrera en este cuerpo? ¿En esta comisaría? —El agente, que se veía joven e imberbe, asintió compulsivamente—. Pues no hables con nadie de esto, ni con tu conciencia. ¿Me has entendido? —insistió Álex, mirándolo a sus ojos asustados—. ¡Con nadie!

Álex bajó la bolsa sin cambiar su expresión.

—Ahora, como si no hubiera pasado nada, vuelve a tu puesto —le ordenó.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Toma esta tarjeta, aquí está mi número. Si vuelven a traer un paquete, una carta, una postal o cualquier cosa a mi nombre, me llamas enseguida si no estoy en la comisaría. Y después te olvidas de lo que me entregas y sigues con tu vida.

—Pero tengo que hacer un informe.

—De los informes me encargo yo.

—Sargento, pero yo tengo la responsabilidad de un registro de entradas, de visitas y de entregas.

—Me limpio el culo con eso. Tú vas a hacer lo que yo te diga y ya te lo he dicho. Gracias por traérmelo, agente —lo despidió—. Ahora necesito ver qué demonios hay detrás de esto. ¡Puedes irte! —Le hizo un gesto con la mano.

El agente asintió y lanzó una última mirada al macabro contenido. Luego se dio la vuelta y cerró la puerta.

Álex se pasó la mano por la barba mientras pensaba, luego por los rizos, y sacó el móvil.

Llamó a Mario.

Él respondió a los dos tonos.

—¿Qué quieres, Cortés? ¿Has arrancado la semana con alguna idea estrambótica?

—Déjate de tonterías, ven a la sala de *briefing* de mi planta.

—¿Qué dices? La científica tenemos trabajo, no como vosotros, de investigación, que os pasáis el día diciendo que investigáis —respondió en tono de voz burlón.

—Mario, no estoy de broma, baja, hemos recibido un dedo en una bolsa al vacío. Me da absolutamente igual lo que estés haciendo, baja con la maleta, esto es lo más urgente que nos ha pasado en varios días —espetó, y colgó.

A los pocos minutos, Mario entró por la puerta sin dar crédito a lo que había en la mesa.

03

A Mario le costó enfocar lo que había en la mesa.

No era una bolsa al vacío cualquiera, era una puerta al pasado y una pesadilla al futuro.

Álex tenía razón, eso era lo más urgente que les había pasado en muchos meses.

No podían dejarlo pasar como si nada, necesitaba el máximo de urgencia y de prioridad.

—¿Qué narices…? —dijo Mario, dejando la maleta de inspección ocular en el suelo y tapándose la boca con una mano—. Tenías razón.

—Lo sé.

—¿Crees que puede estar viva? —preguntó Mario.

—¿Quién?

El policía de la científica indicó la bolsa.

—La víctima.

—No lo creo. No me parece un secuestrador, este es un asesino —respondió, convencido—. ¿Ves este dibujo en la uña? Es el mismo que encontramos en la frente de la chica de la primera maleta. Se llamaba Enrica Lumi, la italiana.

Mario asintió mientras se ponía los guantes.

Levantó la bolsa, le dio la vuelta y la acercó a la luz.

—¿Quién lo ha tocado?

—Solo yo. El sobre, el repartidor y el agente de recepción, que yo sepa.

—Tenemos que llevarlo arriba.

—Lo sé, por eso te he llamado. Ya tardamos.

Mario cogió la bolsa con el dedo y el sobre y los metió en la maleta. Subieron al piso superior. La planta estaba en pleno bullicio de lunes. Algunos agentes de la científica intentaron saludar al sargento Cortés, pero este ni siquiera los miró.

Fueron directos al laboratorio y se encerraron dentro. Al girarse, Mario se dio cuenta de que había dos agentes que estaban trabajando con pruebas de otros casos. Se giró hacia Álex y este le

hizo una señal con la cabeza. Mario asintió.

—Chicos, lo siento, pero necesito el laboratorio. ¡Prioridad máxima! —anunció sin dejar brecha de objeción—. ¡Venga, fuera!

—Pero, jefe, tengo que entregar estos resultados.

—Me da igual. Fuera, idos a tomar un café y cuando volváis, a lo mejor os dejo entrar —dijo, y los empujó hacia la puerta—. No tengáis prisa.

Los chicos salieron.

Entonces Mario se dirigió a la mesa de trabajo del laboratorio, sacó las pruebas y las dejó en la superficie metálica.

—Comencemos por el sobre —dijo, y rápidamente lo enganchó en una pinza colgada dentro de la campana de cianocrilato, que venía a ser como un horno, y lo puso en marcha. Solo era cuestión de minutos que las propiedades del mismo cianocrilato, es decir, del pegamento rápido como el Super Glue, sacaran todas las huellas del sobre de papel.

Luego, regresó a la mesa. Cogió un pincel con el reactivo y rescató las huellas.

—Hay pocas.

—Si es como me imagino, seguro que son solo las mías, Mario.

—Puede ser. Pero lo comprobamos. Si hay una mínima huella de este tío, la vamos a obtener. Como me llamo Mario.

Aparecieron las huellas y, al contrastarlas con las de Álex, resultó que en la bolsa solo se encontraban las suyas.

Mario se giró hacia Álex, tenían que hacer lo más importante, lo que esperaban, a lo que habían ido.

Los dos policías se miraron y Álex asintió.

Se colocaron una mascarilla. La experiencia era un valor en potencia, sabían que lo que saliera de allí dentro podría tumbar a cualquier persona.

—Vamos a abrir esto, a ver qué nos encontramos —murmuró Mario.

Cogió las tijeras y dio el primer corte. La fisura transformó un cilindro alargado que recordaba a una salchicha en dos folios de plástico borrosos.

La fisura dejó entrar aire a tal velocidad que emitió un silbido. Al mismo tiempo, se extendió un hedor a muerte y a óxido que inundó el laboratorio.

El policía de la científica separó la franja de plástico donde estaba la soldadura de la máquina al vacío. Introdujo la mano y sacó el dedo. La sangre y los fluidos corporales crecieron como hilos que siguieron al dedo, como si no quisieran separarse de él.

Mario lo limpió con un pañuelo de papel.

—¿Crees que han hecho este dibujo antes o después de haberlo amputado? —preguntó Álex —. ¿Hay alguna manera de saberlo?

—Tienes que hablar con tu amiga la forense. Eso es cosa suya. Yo no sabría decirte —contestó sin ni siquiera mirarlo.

Álex asintió y se quedó callado mientras Mario pasaba el dedo amputado por la tinta y luego creaba un dibujo negro formado por líneas curvas, fruto de las crestas y los surcos de esa persona.

—Pues ya lo tenemos. Ahora, a ver si tenemos suerte y tiene antecedentes —dijo Mario.

Se giró y sacó del horno el sobre. Lo dejó en la mesa y Mario lo inspeccionó con una luz especial y una lupa.

—¿Qué ves?

—Unas cuantas huellas, pero luego las comprobaré bien. Tengo las tuyas, pediré las del agente de recepción y a ver si conseguimos las del repartidor.

—Está bien. Vamos con las del dedo —dijo Álex—. Necesitamos saber quién es esta persona.

Los dos policías salieron del laboratorio, después de meter la prueba en una nevera, y se fueron al puesto de la chica que trabajaba con las huellas digitales.

—Cristina, necesito que mires esto. Deja lo que estés haciendo, necesito saber quién es esta persona —ladró Mario.

—Jefe, estoy…

—Cristina, por favor —insistió, y ella asintió.

—Claro, jefe —respondió, cogió la huella y la metió en el escáner de su ordenador.

A los pocos segundos, la luz del aparato la escaneó y apareció en el monitor.

—Vamos a ver si tiene antecedentes… —dijo Cristina.

—No —dijo Álex, alargando la mano y colocándola encima de la de la mujer que movía el ratón—. Directo a la base del DNI nacional.

—Sargento, necesitamos el permiso del juez.

—Me da igual el protocolo. Ya llegará el permiso, pero no podemos malgastar unas importantes horas esperando una inútil burocracia y sin avanzar.

La mujer miró a Mario y este asintió.

—OK, vosotros mismos, si os cortan los cojones, serán los vuestros, no los míos. Nunca mejor dicho —gruñó, y cambió de programa.

—¿Cuánto puede tardar? —preguntó Álex.

—Cinco minutos, dos horas, tres días… —dijo ella con un tono algo contrariado mientras se encogía de hombros.

—¡Joder! —espetó Álex.

—Id a tomaros un café y dejadme trabajar.

Álex suspiró y, después de insistir por si había una manera más rápida y que ella contestara que era la única, se bajó a tomar un café. Mario regresó al laboratorio para seguir estudiando las pruebas.

Introdujo la moneda y sacó un café corto. Sopló en el vaso y no le dio tiempo de beber: Cristina apareció por las escaleras.

—Sargento, sorprendentemente, ya lo tenemos. Joan Rovira. Coincidencia cien por cien.

04

El nombre parpadeaba en la pantalla. Al lado, el tanto por ciento de la coincidencia entre la huella introducida y la del DNI.

Según Cristina, era entendible que, a pesar de que la máquina diera una cosa u otra, la revisión por un ojo humano era crucial.

Los puntos importantes coincidían.

Era él. Joan Rovira. En el documento se reflejaban los datos más importantes. Cincuenta y dos años. Vecino de Barcelona. Aparecía una dirección: C/ Rubén Darío, 75.

—Me tengo que ir —dijo Álex, y a los pocos pasos gritó—. ¡Gran trabajo, chicos!

Bajó la planta a grandes zancadas.

Irrumpió en la puerta del subinspector comunicando lo que había pasado. Necesitaba una ambulancia, refuerzos, a los GEI y nada de discursos paternalistas de burocracias o de sensacionalismos.

El sargento no lo dejó casi hablar y bajó con refuerzos al garaje. Cogieron coches patrulla y salieron con las sirenas aullando, cortando el tráfico.

El GPS marcaba menos de cuarenta minutos de distancia. Saltándose semáforos y adelantando tráfico, Álex pulverizó ese tiempo.

El coche recorrió la Travessera de les Corts hasta la Gran Vía de Carlos III. Los neumáticos del patrulla de Álex chirriaban en las curvas y adelantaba por cualquier espacio que encontraba. Los coches de refuerzo lo seguían con dificultad.

Luego se metieron por la Ronda del General Mitre y siguieron por esa arteria varios kilómetros. Las sirenas rompían el transcurso normal de un lunes en la ciudad.

Álex se preguntaba qué encontraría en el domicilio; una persona en su último aliento o bien un cadáver si llegaban tarde.

Necesitaría a los bomberos para entrar en el domicilio, ya que era consciente de que el asesino no los esperaría para abrirles la puerta. Sin embargo, optó por los GEI. Si había un

asesino dentro, la unidad especial era mejor que entrar a punta de pistola, él y algún novato que la comisaría de al lado le hubiera endiñado.

Una ambulancia, por si la suerte estuviera de su lado y aún estuviera con vida el señor Rovira.

Aceleró en un cruce mientras los coches se apartaban por el susto y por curiosidad.

Entraron en la Plaza Lesseps, dejando al lado el parque verde lleno de abuelos sentados que veían el espectáculo del día y que contarían a sus amigos por la tarde, en el bar, mientras jugaban a las cartas.

Siguieron por Travessera de Dalt y cuando entraron en la siguiente indicación del GPS, la Ronda del Guinardó, llegó la comunicación de que los GEI ya estaban en el puesto.

Álex aceleró.

Cruzó Passeig Maragall y la calle de Ramón Albó.

Cuando salía un coche por sorpresa, le pitaba y soltaba algún manotazo en el volante, incitando a que se detuviera.

Giró por calle Escocia y siguió por vías en sentido contrario hasta llegar al punto de destino.

Entró por la Ronda Sant Andreu y clavó las ruedas dejando unas líneas en el suelo.

Bajó sin apagar el motor.

Los GEI estaban esperando, ya listos, en medio de una curiosidad que se había generado con su despliegue.

Mujeres en las ventanas y gente paseando perros que se había quedado curioseando el acontecimiento del día.

Álex llegó con la pistola en la mano y jadeando.

—Sargento, lo hemos esperado —dijo el *mosso* al mando.

—Muy bien, capitán, ¿han llamado al timbre?

—Afirmativo. Parece no haber nadie en la finca.

—De acuerdo. Pueden proceder.

Este asintió y se bajó la visera.

—Habéis oído. Luz verde.

Entonces la luz del sol desapareció de la calle al mismo tiempo que el ruido de unos motores irrumpía en el silencioso y expectante callejón cortado por las camionetas de los GEI. Un helicóptero del cuerpo sobrevolaba la zona.

Álex miró hacia arriba mientras un agente reventaba la puerta de madera como si fuera papel de fumar.

En menos de lo que tarda un párpado en abrir y cerrar, los GEI ya estaban dentro.

Los gritos se difundieron por las escaleras que subían. Los agentes, con fusil en mano y apuntando al frente con la linterna de su arma.

Subieron las escaleras demostrando su altísima preparación. Enseguida corrió detrás el que llevaba el ariete que había tumbado la primera puerta y tiró al suelo la segunda.

Cuando entró el último agente en la casa, Álex lo siguió. Tenía la esperanza de encontrar al hombre con vida.

Mientras subía las escaleras, escuchó la ambulancia, que aparcaba en la calle.

El ariete reventó el acceso y entraron en cascada.

—¡Mossos d'Esquadra! ¡Todos al suelo! —gritaron.

Álex se quedó en el umbral del domicilio de Joan Rovira. Externamente, el edificio era de un color *beige*, viejo, sin pintar. El apartamento daba la misma impresión de dejado. Olía a cerrado. Y las persianas bajadas impedían que entrara la luz. Desde el interior, un juego de linternas iluminaba a retazos el lugar.

Se le hizo larga la espera.

«Venga, venga, encontradlo», pensaba como un mantra.

Desde el interior, se escuchó el veredicto.

—¡Despejado! —gritó el jefe.

«¿Cómo? ¿Despejado? ¡No puede ser! No, tiene que estar el señor Rovira por algún lugar», pensó, y entró.

Al girar la puerta, se encontró de bruces al jefe, que le repitió lo mismo.

Álex negó.

—Lo siento, falsa alarma. El hombre no está, se habrá ido o está fuera por algo —añadió el jefe de los GEI sin saber lo que había recibido Álex en la comisaría.

—¿En serio? Hay que comprobarlo mejor, por favor —espetó mientras lo apartaba.

Encendió las luces y buscó él mismo en cada habitación y en todos los armarios.

Al cabo de varios minutos, regresó al rellano. El jefe lo miró.

—Sargento Cortés, ¿ha encontrado algo?

Él movió la cabeza ligeramente.

—¿Qué pensaba encontrar para llamarnos?

—Un hombre sin un dedo, o incluso un cadáver.

—Pues no está, sargento, y me alegro. A lo mejor solo es una falsa alarma.

—No lo es. Por aquí ha pasado un asesino, estoy seguro, y si no ha dejado un cadáver a su paso, ha dejado un mensaje.

—¿Mensaje? —preguntó el jefe de los GEI con tono incrédulo y arqueando la boca—. Pues le dejo la caza del tesoro a usted. Nosotros nos vamos —dijo, y dio la orden a todo el equipo.

Álex guardó la pistola y entró de nuevo en el apartamento con la cabezonería que lo caracterizaba y con una misión: si había un mensaje del asesino, lo encontraría.

05

Baldosa tras baldosa.

Álex se daba cuenta de que el asesino había pasado por allí.

Una sensación extraña, inexplicable.

No podía justificarla, quizá solo con la experiencia. Lo que Néstor había esculpido en su carrera había creado en él a un inspector de policía especializado en asesinos en serie.

El apartamento, al salir los GEI, se quedó en silencio.

Las luces conferían algo más de tranquilidad a ese espacio lúgubre. No por la falta de luz solar, sino por la falta de indicios claros.

Álex, mirando a su alrededor en la sala de estar, entendió que no conocía al asesino. No sabía a quién se enfrentaba. No tenía ni idea de con qué se podía encontrar.

La calle estaba cortada y los otros agentes presidían el edificio. La científica estaba al caer, pero su ansia de seguir lo empujaba a explorar ese espacio desconocido.

Bajó a por dos guantes de látex.

El piso era un convencional domicilio de la Barcelona trabajadora. Sofá de alguna empresa multinacional del mueble; un televisor reciente con un mueble delante lleno de latas de cerveza vacías; una cocina vetusta con una mesa y sillas de madera compactada años setenta; un dormitorio con muebles de varios estilos.

Un lugar normal pero inquietante.

Después de una segunda inspección, se detuvo en el comedor.

—OK, si fuera el asesino y quisiera dejar un mensaje, ¿dónde se lo dejaría a Álex Cortés? —susurró en el silencio.

Repasó la sala de estar y no encontró nada. El dormitorio, la cocina, el lavabo.

Al salir de este, se le ocurrió una idea. ¿Escribiría un mensaje en el cristal cuando hubiera vaho?

Era una idea alocada, pero en esos casos todo valía.

Encendió el agua caliente de la ducha y de la pila.

Tardó unos minutos en salir caliente. Poco a poco, el vaho se convirtió en vapor y comenzó a teñir el espejo.

Cuando se llenó de vaho completamente, comprobó que esa idea no resultó ser un fracaso.

En el cristal apareció difuminada su propia imagen, ojos verdes, rizos y chaqueta negra de cuero. Y una palabra: frío.

A pesar de que ese lavabo se había convertido en una sauna, su cuerpo se tensó y le recorrió un escalofrío.

Apretó los puños. Sus dedos y nudillos se pusieron blancos por la presión.

Sintió miedo, luego venganza y, por último, seguridad; eso probaba que estaba en la estela correcta.

Apagó los grifos y sintió que echaba de menos a Karla. Ella lo habría ayudado con ese rompecabezas.

Oyó unos pasos fuera.

Se giró. Las pulsaciones se dispararon. Deseó que fuera el asesino, cogerlo por las joyas de familia y apretarlas hasta que dijera dónde estaba el pobre Joan Rovira.

Entreabrió la puerta despacio y vio una sombra acercarse por el pasillo.

Se echó hacia atrás y sacó la pistola.

Apuntó y dio un último golpe en la madera para que se abriera del todo.

—¡Quieto! —gritó.

—Mierda —gritó un agente de policía al mismo tiempo que daba un paso hacia atrás—. Sargento, soy yo.

Álex resopló y bajó el arma.

—Maldita sea, ¡quieres que me dé un ataque al corazón o qué! —gritó mientras, mirando al techo, intentaba recuperar el aliento. Luego, guardó la pistola—. ¿Qué pasa? —dijo ya algo recuperado mientras salía del lavabo convertido en sauna.

—Hemos encontrado a la familia. La exmujer dice que no sabe de él desde hace meses —explicó el agente.

—¿Meses? —pregunto Álex sin creérselo.

—No me parecía muy interesada en saber lo que le podía haber pasado a su exmarido.

—¿No?

—¡No!

—¿Por qué?

—Terminó la conversación diciendo que, si fuera por ella, que Joan se pudriera en el infierno —indicó el agente.

—Vaya, el amor después del divorcio —espetó—. Podría ser una película de Hollywood —añadió, y dándole las gracias, le indicó que esperara fuera.

Siguió con la inspección.

—Maldito hijo de perra. ¿Dónde más tengo que buscar aquí dentro?

Regresó al dormitorio. Sin cuadros. Una habitación compuesta por muebles viejos y que transmitía estar inacabada. Las sábanas estaban estiradas y en una silla había ropa: un tejano que olía mal y una camisa de cuadros.

Salió y regresó a la sala de estar. Las ventanas seguían cerradas y la puerta, abierta de par en par con un agente vigilando. Fuera se escuchaban ruidos.

«Frío, maldito cabrón. ¿Qué quieres decir? —se preguntaba Álex—. Si en una sauna he encontrado una palabra que ponía frío, a lo mejor, donde haya frío, encontraré otra pista».

Se dirigió a paso acelerado hacia la cocina.

Se colocó delante de la nevera, la típica doméstica, frigorífico arriba y congelador abajo.

Abrió la nevera, solo había un limón tan podrido que estaba verde, una leche caducada desde hacía semanas y unos paquetes de embutido y queso loncheado para bocadillos.

Apoyó la mano encima del congelador. Sintió un *déjà vu* que lo transportó a varias neveras del pasado. La misma donde había encontrado el cadáver de Mary. El que conservaba los restos de víctimas de la furgoneta y muchos otros.

Las imágenes de esos cadáveres congelados reflotaron de las partes más aisladas de su conciencia. Los había desterrado de su presente. Quería vivir tranquilo a pesar de su trabajo. Vivir sin recuerdos. Pero, en ese instante, todos se apropiaron del presente.

Respiró hondo.

Se sintió un títere, ese hijo de perra estaba jugando con él.

Tiró de la maneta y miró. Una niebla blanquecina se escapó, refrescando y cayendo a sus pies. La escarcha había invadido todo el congelador. Tiró de los cajones. Guisantes, albóndigas de carne, una bandeja abierta con pollo, algunos helados viejos, verduras varias y bolsas de pescado.

Los fue sacando del congelador, a pesar de que el manual de las inspecciones marcaba que no, pero la desesperación era algo que no se podía estipular en estúpidos manuales de academia.

Comprobó los cajones ya vacíos y nada. No había nada. Solo hielo y un cúmulo de comida que no se atrevería nunca a comer.

—¡Maldito cabrón! ¿Qué quieres? —gritó a pleno pulmón, cuando se fijó en la bolsa del bacalao congelado que había sacado.

Al dejarla en el suelo, se apoyó del otro lado. En rotulador negro había anotada una palabra: caliente.

Álex lo recogió y se quedó mirándolo. Perplejo, sin palabas.

Dudó en si estar contento por haberlo encontrado o, simplemente, estar furioso porque se acercaba a donde quería el asesino en serie.

Abrió la bolsa del bacalao y miró dentro. Solo había pescado congelado, nada de dedos ni de lenguas u otras partes de un cadáver.

—¿Qué diablos quieres decirme? —susurró Álex.

Cerró la bolsa y lo volvió a meter todo dentro del congelador.

—Frío, calor. Si caliente es decirme que estoy acercándome a tu próxima pista, tiene que estar en la cocina.

Una cocina entera tenía que revolverla con un equipo, él solo se volvería loco o incluso se le podría pasar por alto algo importante.

En ese momento entró Mario por la puerta.

Álex fue a recibirlo, pero, antes de salir de la cocina, su cerebro procesó algo. Se detuvo, arrugó el ceño y regresó. Una imagen le era familiar y la había visto.

Se colocó de nuevo delante de la nevera. Allí estaba, la pista que ese maldito hijo de perra quería que Álex encontrara. Una postal, sujetada con un imán en forma de mano con el dedo corazón extendido. Lo tenía, lo había encontrado. Ese perverso juego seguía.

06

Quedar fuera de combate.

Es una frase absurda que se usa para definir algo o a alguien que ya no sirve para la guerra o la lucha. Después se le dio una connotación más general para lo civil, aplicándola incluso para el día a día.

Así quedó Karla.

No por su culpa ni por su voluntad, sino por secuelas. Los abortos de fetos de más de cinco meses son un golpe tan duro que te puede reventar la tapa de los sesos.

Karla, a pesar de ser fuerte, se tomó un tiempo de reposo. Después de la baja que le tocaba, pidió una excedencia y se refugió en la casa de verano de sus padres; un pequeño chalet en la parte más al norte de la Costa Brava: Llançà.

Mirar las tormentas desde la ventana, leer los libros que había acumulado durante muchos años diciendo «ya los leeré». Simplemente. Sin prisa.

En verano, era un hervidero de turistas y domingueros. En invierno, cuatro almas refugiadas en una población originaria de pescadores, lejos del tiempo y del estrés.

Por la mañana, paseaba por la orilla y por las rocas, mezclaba su mirada con el horizonte dejando que la brisa y el salitre le acariciaran el pelo suelto.

Lo más duro fue el entierro del bebé. Después de la cesárea, tuvo que darle un nombre y hacer un funeral en Barcelona. Estaban Marcos y sus padres. En segunda fila, Álex.

Para ella fue muy duro enterrar a un niño fruto de una relación insana con el capitán de los GEI. Había acabado en los brazos de Marcos como paliativo para la falta de amor de su amor verdadero, Álex.

Esa relación se lio y se fue embalando de toxicidad, arrollando a Karla mientras cobraba vida un hijo que ella no quería. Pero, a pesar de eso, ella siguió con el embarazo, aceptando su destino. Creyó que, si estaba pasando, era porque tenía que ser así. Sin embargo, no contaba con

los planes de la naturaleza, que es sabia. Su organismo no acabó de soportar el estrés de la situación. El cuerpo hizo el resto.

Ese acontecimiento hizo que la vida de Karla se desvinculara de la vida de Marcos para siempre.

Cada mañana, Karla recibía un mensaje de Álex. Menos aquel lunes de otoño que comenzó diferente, sin entrar en Café Sirena a por un café y corriendo a la sala de *briefing* persiguiendo a un asesino.

Esa mañana, como de costumbre, Karla se puso un chubasquero y salió a caminar. Le encantaba ver la fuerza del mar rompiendo contra la costa. Se iba con un pequeño termo y se detenía en alguna calita a sorber el café, como hacen los argentinos con el mate.

Completada la vuelta, se dirigió al centro de salud, donde iba un par de veces por semana. Entró y se sentó en la sala de espera.

La puerta se abrió y una señora salió. A los pocos segundos, el psicólogo la invitó a pasar a la consulta.

Se quitó el chubasquero y se sentó en el sillón.

El doctor Ferran Robert era psicólogo de la mutua e iba a esa recóndita consulta los lunes y los jueves. Se sentó en la butaca delante de Karla y le sonrió.

Karla, inevitablemente, siempre pensaba que el hombre era «mono». De su misma edad, pelo rubio y ojos claros. Siempre en camisa, porte elegante y modos gentiles. Una materia prima escasa en un pueblo habitado por jubilados, a pesar de que el psicólogo tenía una alianza y en ningún momento le había mostrado una actitud que excediera la parte profesional.

—Buenos días, Karla, ¿cómo te encuentras hoy?

Ella sonrió.

—Muy bien, Ferran, gracias. ¿Y tú?

Él contestó con una sonrisa sin enseñar los dientes. Acto seguido, abrió la libreta para ir tomando anotaciones.

Karla se planteó muchas cosas justo cuando la anestesia comenzó a hacer efecto. Si seguir siendo *mosso* la movía como antes. Si realmente quería ser madre un día. Si era feliz o si esas famosas cuatro mil semanas que de media tiene una persona las estaba disfrutando o malgastando.

Pensó en Álex, pero él estaba vinculado con un pasado y un presente que aún no estaba segura de seguir queriendo.

El hombre que tenía delante era una puerta o un puente hacia su futuro, hacia la Karla que necesitaba descubrir para seguir, detenerse o virar su rumbo para siempre.

—¿Cómo te ha ido este fin de semana? —preguntó el psicólogo.

Esas preguntas tan personales no le acababan de gustar a Karla.

Ella se encogió de hombros.

—Bien, creo. Ya sabes, paseos, leer, algo de tele, en fin, nada excepcional. Los domingos voy a la panadería y compro un *croissant* de chocolate y me lo como con paciencia, disfrutándolo.

—¿Antes no lo hacías?

—Antes, los bollos eran una normalidad. Cada mañana íbamos.

—¿Íbamos? ¿Quiénes?

—Álex y yo desayunábamos en la cafetería delante de la comisaría y nos tomábamos un café con un bollo o una pasta.

—¿Hoy no es la normalidad?

Ella sacudió la cabeza y se despeinó. Se pasó la mano por el pelo moreno y se lo ajustó detrás de la oreja. Luego miró a su derecha, por la ventana. El despacho estaba orientado hacia el este. Primero, la vista cruzaba por un pequeño bosque de pinos marítimos y, al fondo, acababa en una mancha azul, clara u oscura, dependiendo de cómo estuviera el cielo ese día.

—Hoy es la excepción. Cada mañana desayuno fruta y cosas saludables. Ya nada de cosas dulces como si fuera una adicta al azúcar. Ahora, el *croissant* es un placer de domingo.

—¿Antes eras una adicta al azúcar?

—Sí, y a muchas cosas más.

—¿A qué más?

—A la adrenalina de mi trabajo. Al frenesí de la ciudad, a la dopamina del móvil. Ahora lo dejo en casa y cuando entro por la puerta después de caminar más de una hora, controlo el impulso de mirarlo —dijo Karla, luego añadió y se detuvo—. Y…

—¿Y?

—Álex.

—¿Álex Cortés? ¿Tu compañero?

Ella asintió y desvió la vista hacia el mar.

—Karla, no te había hecho nunca esta pregunta, pero ¿tú quieres a Álex?

07

Álex se había quedado tieso.

Observaba con miedo lo que había encontrado en la nevera.

Un folio, un papel con un mensaje que su intuición decía que tenía que encontrar él.

Antes, una palabra en el espejo: frío.

Luego, caliente, en el paquete de pescado congelado. No eran palabras vacías de sentido, eran las notas de los tambores que anuncian guerra. Y la guerra se la había declarado un asesino que prometía ser muy perspicaz.

Respiró hondo y apartó el imán de la peineta.

Con la otra cogió el papel. Resultó ser un cartón blanco, una postal artesanal hecha y escrita de forma manual.

Bien cortada, con las líneas marcadas para el sello y los espacios delimitados para la dirección y el mensaje.

Todo en blanco menos un lado, el que había dejado a la vista.

Ahí estaba el mensaje.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Mario.

Álex no contestó, imbuido en la postal.

—¿Qué diablos es eso? —insistió el policía de la científica.

—Es la pista que buscaba —dijo, y se quedó contemplándolo con perplejidad.

En la postal estaba el símbolo que había creado el asesino: el *panot* de flor con el laberinto dentro.

Pero no era ese el mensaje, ese era un símbolo de muerte, una firma. El mensaje escabroso estaba debajo, dos filas de letras que no tenían sentido.

Ocho letras arriba y siete debajo.

[poner el logo con la escritas]

—Malditos chiflados —dijo Mario al verlo.

—Esto es un billete directo al pasado, Mario.

—¿Un qué?

—Déjalo. Me tengo que ir —lo cortó, y miró a su alrededor—. ¿Tienes una bolsa transparente?

Mario la sacó de la maleta e introdujeron la postal.

—¿Te vas? —preguntó, preocupado, Mario.

—Tengo que descubrir qué demonios es esto —dijo, señalando la postal.

—Y yo —dijo Mario—. Por cierto, ¿dónde está el cadáver?

Álex levantó la postal.

—Está aquí.

Mario movió la cabeza.

—¿Qué dices, tío?

—Aquí no hay cadáver, pero el asesino ha pasado por aquí. Así que… —dijo Álex, y salió de la cocina— ya sabes qué hacer.

Dicho eso, se marchó por la puerta principal y bajó las escaleras.

Salió a la calle en medio de una multitud de gente colocada detrás de la cinta policial y que miraba con absoluto asombro lo que había ocurrido.

Subió al coche, arrancó y se fue derrapando de la calle de Rubén Darío. Regresó con las sirenas hasta la comisaría. Aparcó el coche en el parquin y subió las escaleras de dos en dos hasta la segunda planta, donde estaba la policía científica.

Al poner un pie, Álex se cruzó con un compañero de Mario.

—¿No te has encontrado con tu amigo? —preguntó el de la científica.

—Sí, pero busco a Alan —respondió por educación, pero sin ni siquiera mirarlo.

Siguió por el pasillo y llamó a la puerta del despacho del informático forense. Álex abrió la puerta sin esperar a que contestase.

—¿Alan?

—De la manera tan maleducada que has entrado, usando un eufemismo, no podía ser nadie más que el sargento Álex Cortés en persona.

—No tenemos tiempo de preliminares inútiles, Alan, tenemos un problema.

—¿Qué dices? ¿Que tienes un problema? —respondió, lentamente, a la velocidad de un oso perezoso sin levantar la vista de la pantalla, como siempre.

—Tengo una buena y una mala noticia, Alan —dijo con energía el sargento—. ¿Cuál quieres primero?

Alan levantó la mirada y se lo pensó.

—Ninguna, Álex, ninguna. Tú solo traes malas noticias —bramó con recelo.

Álex arrugó el ceño mientras le decía:

—No es verdad, yo siempre traigo retos para ti.

—¿Retos? —replicó con tono burlesco—. ¿Se le puede decir a un sargento que se vaya a la porra?

—Da igual, a mí me lo puedes decir —respondió con cariño, y siguió—. La buena noticia es que tengo un criptograma para ti. —Y colocó la bolsa con la postal delante de la pantalla.

Cuando los ojos de Alan lo vieron, se encendieron de repente, como si de pronto vieran de nuevo la luz, un espejismo, un oasis de inteligencia entre tanta monotonía.

—La mala noticia es que tenemos un asesino que vuelve a dejarnos acertijos. Y que necesito tu ayuda.

08

Karla se pensó un buen rato la respuesta.

La pregunta del psicólogo la había removido.

«¿Lo amo? ¿Lo quiero? ¿Lo deseo? ¿Es un deseo viejo que voy arrastrando? ¿Realmente, aún leo quiero?», se preguntaba Karla sentada en la butaca de la consulta. No tenía ni idea de cómo responder.

A las incertidumbres internas, se juntaron las típicas preguntas que parecen cortafuegos. Si ese hombre se estaba metiendo donde no lo llamaban, por qué preguntaba cosas tan íntimas, por qué lo preguntaba, si a lo mejor estaba ligando con ella…

Respiró hondo y se centró.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—¿Cómo sabes si aún quieres a una persona?

—Es una pregunta sencilla.

—Pero la respuesta es compleja.

—Cuando las cosas son complejas, no son espontáneas.

—¿Cómo?

—Cuanto más sencillo, más genuino, ¿no te parece? —añadió el psicólogo—. Cuando pensamos y razonamos, dejamos de sentir, no dejamos que fluya nuestra pureza, nuestra espontaneidad. La pregunta es sencilla, ¿aún lo quieres?

Karla se lo quedó mirando en silencio. Se tomó el tiempo necesario para sentirse cómoda con la respuesta. Le importaba un bledo lo de la espontaneidad. Su vida había recibido muchos bandazos en los últimos años.

Néstor, Víctor, el cuerpo de los Mossos, la Dama de la Muerte, Mary, y muchos más.

Interferencias en su vida que llegaron a cambiar su rumbo.

Recordó cuando estaban en la academia, ella y Álex, su viejo coche y pocos euros en los bolsillos, comprando en el súper sumando los precios de los productos. Ir aprobando y pasando cursos con él, a la par. Todo eso fue felicidad en aquel momento. Su respuesta habría sido clara, directa, sin dudas. Lo amaba.

Pero el enamoramiento es una enfermedad que ofusca las sensaciones, los neuroreceptores y las realidades. Ahora lo seguía queriendo.

—Creo que el amor es un canal analógico de televisión —afirmó Karla.

—¿Cómo? —preguntó sin acabar de entender y cambió de tono a casi divertido—. Nunca había oído esa definición. ¿Por qué?

—Porque la mayoría de veces la imagen viene distorsionada por interferencias.

—Sí… —dijo, acompañado con un gesto como diciendo «sigue».

—Las interferencias son los problemas de la vida. Estos no te permiten ver la imagen con nitidez, interrumpen lo que ves, dejando de tener certezas.

—Pero cuando un amor es fuerte, pasa por encima de todo problema, no lo olvides, Karla.

En el pecho de Karla se formó una angustia que cogía cada vez más fuerza. Por segundos, apretaba más y más el esternón. Esa frase ya se la había dicho, ya había pasado por ese discurso. Lo que pensaba y lo que sentía se lo había tragado como una pastilla de alguna medicina que sabía a truenos.

El fin de semana pasado se dio cuenta de ello y se juró que no lo toleraría más.

Se comenzó a sulfurar, como una cerilla encendida y abrasante.

—Ferran, esas frases de «cuando un amor es fuerte, pasa por encima de todo problema» de Mr. Wonderful, las típicas frases de taza que te han regalado tus compañeros de piso en la universidad para el café de las mañanas, no sirven en la vida real. Tus comentarios de libro de autoayuda barato o escrito con inteligencia artificial no sirven para la vida real. La vida no es perfecta ni es una frase en una libreta. La gente que estamos de este lado de la consulta no tenemos la vida perfecta como puede que hayas tenido tú —espetó Karla, sacando todo su carácter embotellado durante meses y sin dejarlo salir ante las injusticias.

Iba subiendo el tono conforme más hablaba y la cara del psicólogo era más pálida por momentos.

—Con tus camisas perfectas, planchadas por la persona que limpia tu casa nueva y de diseño. En una vida perfecta, casado, con hijos e incluso con un maldito labrador vago que solo te sirve para tomar aire cuando la familia se pone pesada. Tu vida, señor psicólogo, seguro que ha sido un canal digital de televisión plana. La mía, y la de muchos, es un canal analógico de una

televisión de tubo catódico con una antena rota. No es perfecta, no sé si aún quiero a Álex. Quizá porque tengo demasiado miedo a que me hagan daño de nuevo, por eso no sé si lo quiero, pero, seguramente, en el fondo sí —acabó Karla, jadeando, y se levantó apuntándolo con un dedo—. ¿Y sabes qué te digo? De otra cosa sí que estoy segura, ¿quieres saber cuál?

El psicólogo se quedó boquiabierto con los ojos salidos, sin capacidad de reacción ante la bella mujer con un carácter que no había mostrado hasta el momento.

Él negó con la cabeza.

—Estoy segura de que contigo no voy a volver, porque pierdo el tiempo con tus frases baratas de superación —concluyó, y se fue de la estancia.

Al cerrar la puerta, dio un respiro hondo a pleno pulmón.

Sintió la libertad que le daba la toma de conciencia, que hinchaba sus pulmones.

El salitre fluctuaba en el aire y Karla comenzó a alejarse del centro de salud.

Durante un segundo, se arrepintió de haber sido demasiado contundente, herencia de los comentarios de su madre: «Sé siempre educada y una mujer respetable».

—¡Al cuerno! —susurró sobre esa creencia limitante que la había acompañado siempre.

Era una mujer libre, y libre de decir lo que pensaba.

Se fue alejando satisfecha de haber dejado atrás también a ese hombre. Aun así, necesitaba seguir hablando con alguien para sacar lo que tenía dentro. Todos pasamos por un bache en la vida y necesitamos gente de verdad que te escuche y te dé consejos, más amigos y buenos profesionales, y menos terapeutas con título de Mr. Wonderful.

Cogió el móvil y llamó a uno de sus contactos.

—¿Hola? ¿Estás bien? —preguntaron del otro lado.

—Sí, Ana, estoy bien. Todo bien —respondió Karla, alegre de escuchar su voz—. ¿Te molesto?

—¡Por Dios, tú nunca molestas! —respondió Ana Cortés—. Lo único es que no me imaginaba que me llamarías. ¿Cómo va por la Costa Brava? Álex me mantiene informada de todos tus avances y progresos. Te pido disculpas por no haberte llamado.

—Déjalo, ya sé que vas apurada con todos tus proyectos.

—Eso no es una excusa.

—Para mí sí.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, ¿por?

—Karla, nos conocemos. ¿Qué ha pasado?

Ella lo pensó por unos instantes y cuando Ana escuchó un suspiro, entendió que había dado en lo cierto.

—He enviado a tomar viento a mi psicólogo y no es muy bonito, porque te aseguro que aquí hace mucho viento.

—¿Qué no es bonito, tomar viento o el psicólogo? —Karla rio—. Me encanta oírte reír, hace demasiado tiempo que no nos reímos juntas como antes.

—Ya…

—Bueno, en fin, ¿qué ha pasado con el tío ese?

—Nada, que no me gustaba, pero…

—¿Pero?

—Pero necesito hablar con alguien. ¿Te apetecería venir un día por aquí? —dijo Karla, y apretó los ojos, esperando la respuesta.

09

Alan parpadeó.

Luego le arrancó de las manos la bolsa de plástico con la postal.

Para Alan, aquello era oro puro. Señales de inteligencia humana. Retos cerebrales que daban esperanza a una mente avanzada como la suya.

Lo colocó sobre el teclado y apoyó los codos en la mesa. Sintió un fervor subirle por el cuerpo que le calentó el alma y la cara. Una persona normal lo habría llamado excitación, pero en otro contexto.

Luego abrió un cajón y sacó una bolsa de Peta Zetas y se vertió una buena dosis en la boca.

Mientras, Álex, que dejaba el primer contacto con él, se acercó una silla polvorienta entre pantallas en desuso y torres de ordenadores desmontadas.

—¿Qué es esto, Alan? —dijo, indicando lo que tenía en el suelo—. Es como un cementerio de elefantes.

El chico ni siquiera lo escuchó.

Ya estaba metido en ese laberinto de inteligencia.

Alan vestía unos pantalones tejanos y una camisa entre gris y marrón de manga corta con un estampado de cuadros *beige*. Encima, una bata que escondía un poco su atuendo siempre tan juvenil.

—¿Dónde lo has encontrado? ¿Qué es esto? ¿Quién lo puede haber hecho? —disparó una pregunta tras otra, dejando de lado la lentitud del oso perezoso, y, por último, apartó la vista de la bolsa y miró directamente a los ojos de Álex—. ¿Crees que…?

Álex no lo comprendió enseguida, pero a los pocos segundos recapacitó.

—No te lo puedo asegurar, ni tampoco lo he averiguado. Pero me temo que sí —contestó.

Alan regresó la mirada a la prueba y Álex le explicó lo que interpretaban que era la flor de Barcelona con el laberinto dentro.

—¿Quién lo ha averiguado? —preguntó Alan.

—Karla.

Alan se giró.

—¿Karla? Ya me imaginaba que no habías sido tú, no tienes tanto coeficiente intelectual —respondió, y se volvió a concentrar en la postal.

—Muy gracioso.

—Por lo tanto, esto es como el adoquín de Barcelona, pero con un sentido más oscuro. Ahora será complicado, ¿sabes? Ya no volveré a ver el suelo de las aceras como antes.

—Ya, ni yo desde que lo entendí. Karla lo descubrió porque se le desabrochó un cordón, se agachó y vio la baldosa.

—Ya, como la penicilina.

—Más o menos. El problema es que el asesino lo usa como firma para decirnos que es él y no otro.

—Ya, ¿lo sabe la prensa?

—No, y que sea así por mucho tiempo.

—Claro.

—Lo encontramos en la primera víctima de la maleta del pantano y esta mañana he recibido un dedo con este símbolo dibujado en la uña.

—Vaya, le va el *marketing* a este tío.

—¿Cómo?

—Sí, parece que sea un puto yanqui que lo firma todo y se está haciendo una marca personal.

—Menuda marca, pero sí es verdad, puede ser.

—¿Y esto? —dijo Alan, señalando las letras.

—¿Crees que si lo supiera te lo preguntaría?

Alan lo miró de soslayo y Álex intuyó su pensamiento, que podía ser algo así como «cerebro de mosquito».

—Estas letras podrían ser un acertijo, un criptograma como el de hace meses.

—¿Crees que pueda ser un imitador de Néstor?

—Un imitador, sí o…

—¿O? —preguntó Álex.

—¿Un discípulo? O incluso él mismo —dijo Alan con un tono casi tembloroso, con un ápice de miedo.

—Está incomunicado, no creo que… Pero podría ser. No podemos correr el riesgo de descartar ninguna vía de investigación.

—Bueno, simplemente, puede ser un imitador de tres al cuarto.

—Este tío sabe lo que hace y no comete errores.

—Algún día lo cometerá, seguro —respondió Alan—. Hasta Néstor lo cometió.

—Néstor no cometió ningún error, lo cogimos porque nos adelantamos a sus pasos. Bueno, volvamos a lo nuestro, ¿cómo lo ves?

—Hay una serie de letras que no tienen ningún orden ni sentido. Ocho arriba y siete abajo —dijo mientras apartaba el teclado y cogía una libreta en blanco en la que apuntó todas las palabras, manteniendo el orden, espacios y los puntos y seguidos—. Solo están separadas por un punto —confirmó, y se calló.

—Esto es complejo, pero lo podemos hacer, ¿verdad? —preguntó Álex—. No sabemos si ahí fuera tenemos un cadáver o una persona sin un dedo que nos está esperando que la encontremos, ¿me explico?

—Sí, perfectamente. ¿No tienes nada más que decirme para ponerme más nervioso?

—De momento no —respondió con tono irónico.

El joven informático apartó la postal y se la devolvió al sargento. Luego, movió el ratón y entró en una página web. Rescató un viejo *link* que tenía guardado en los marcapáginas del navegador.

—Mira, esto puede ser cualquier cosa… —dijo, apuntando al monitor—. Puede ser un código Vigenère, un código César. O vete a saber qué demonios de acertijo es y con qué técnica tenemos que descifrarlo.

—Me recuerda la misma conversación que mantuvimos cuando lo de Néstor.

—Claro, es lo mismo, es volver a empezar de nuevo con un sistema diferente y con todo nuevo, ¿me entiendes?

Álex asintió.

—Además… —añadió Alan—, aunque acertemos con el sistema de encriptado, no tenemos la clave de resolución —dijo, y levantó las manos—. Esto será una odisea.

—Por eso he venido, a buscar al mejor —aseguró, y le dio una palmada en la espalda.

—Sí, y tú, el peor.

—Bueno, me ha tocado ese papel en esta historia —respondió Álex mientras colocaba la silla en su sitio. Luego se acercó a la puerta y se dio la vuelta—. Por cierto, ahora tienes la inteligencia artificial, ¿por qué no tiras por allí?

Alan se quedó boquiabierto mirando al policía con una expresión en sus ojos que venía a ser «¿cómo no se me ha ocurrido antes?».

Álex chasqueó la lengua al mismo tiempo que le guiñaba un ojo, cerró la puerta y bajó a su escritorio.

Se sentó en medio de un día convulso de llamadas y de ajetreo en la planta de homicidios de la comisaría de Travessera de les Corts. Controló los *mails* y contestó a unos cuantos. Luego, se dio cuenta de que era ya primera hora de la tarde, los gruñidos de su estómago le recordaron que tenía que comer algo. Se estiró para soltar la tensión y se giró hacia el escritorio vacío de Karla.

Su cerebro le mandó un impulso accionado por las costumbres de preguntarle si iban a comer juntos. Pero no estaba, su silla estaba inclinada en la mesa.

Suspiró y se fue solo al Café Sirena.

Tomó unas pulgas y un café. Se sentó en un extremo de la mesa larga y comió mientras repasaba mensajes en el móvil.

Cuando acabó, se quedó mirando la cafetería. Un recuerdo se sobrepuso a la realidad. Una furgoneta blanca aparcada justo enfrente de la cafetería. Néstor, que casi lo atropelló con prisa por aparcarla, y la explosión de la bomba orgánica que llevaba en su carga.

Luego, pasaron por sus ojos los miles de veces que había ido a esa cafetería con Karla, a comer, a charlar, a enfadarse o a insinuarse.

Una cafetería que había visto pasar miles de escenas y casos. Un loco externo a la comisaría, pero que, de una manera u otra, era parte de la comisaría.

Entraban compañeros *mossos* en uniforme y de paisano. Compraban y se sentaban. Consumían y se iban, mientras que Álex repasaba el caso.

Le gustaba coger distancia, pensar y actuar.

Pensó en la maleta, una Samsonite moderna. Luego, en la italiana, la joven Enrica Lumi.

¿Quién era Enrica Lumi? ¿Qué hizo para caer en la red de ese asesino?

Pensó en el viejo Rodrigo Alcázar. En el dedo cortado con el dibujo en la uña. En Joan Rovira.

¿Quién era Joan Rovira? Y, como la chica transalpina, ¿qué había hecho para caer en la red del asesino?

Quizá la respuesta estuviera en volver a ver los dos pisos, el de Enrica y el de Joan. Otra vez. Si los había asesinado a ellos dos y no otros, sería por algo o por alguna coincidencia. Tenía que buscar el patrón de asesinato.

Mientras Alan intentaba descifrar el criptograma, Álex se iría a inspeccionar las casas de los dos individuos elegidos por el asesino.

Se levantó y, de repente, se sintió más cerca de la solución.

10

A Álex le abrieron la puerta principal.

No tenía ninguna certeza de que podría ver ese día el apartamento de la muchacha italiana. Subió por las escaleras de un edificio cerca del consulado de Italia. Esa tarde, la calle Aribau estaba concurrida por gente que entraba y salía del supermercado de enfrente. Bolsas llenas para un típico lunes con la nevera vacía.

Antes de subir las escaleras, Álex se quedó mirando la zona. Un barrio muy bueno dentro de la ciudad. Buenos servicios, bien comunicado y, en teoría, sin problemas al volver tarde a casa. Pero no fue así, la italiana un día no regresó.

Tocó la puerta en el rellano. Reconoció a la misma persona que le había contestado del telefonillo. Le abrió una chica de la misma edad que la italiana encontrada muerta en la maleta. Pelo liso castaño y ojos tristes, y de cuerpo esbelto. La chica llevaba una indumentaria de deporte y, al ver al policía, se quitó un auricular.

—Buenas tardes, agente.

Álex tragó saliva, la chica estaba realmente de buen ver.

—Sargento Cortés, gracias por abrirme —dijo, mirando detrás de la chica—. ¿Está sola?

—Sí, mis compañeros de piso están trabajando o en la biblioteca —explicó mientras le indicaba que entrara.

Álex pasó al apartamento en el que ya había estado. Se veía limpio, grande y soleado, tal y como se acordaba y como quedó retratado en las fotos de la científica.

—No me acuerdo de usted, del día cuando vinimos.

—Estaba de vacaciones, en Italia, en casa de mi novio en Bérgamo —respondió con un fuerte acento que daba confusión a su origen.

—¿A qué se dedica?

—Soy intérprete en un despacho de aquí de Barcelona. Una multinacional.

Álex asintió.

—¿Conocía a Enrica?

Ella sonrió, luego miró al suelo y, rápidamente, al techo. Cruzó sus largas y delgadas piernas deportivas.

—Claro, nos hicimos amigas.

—¿Cómo era?

—¿Enrica? —preguntó ella, y el policía asintió—. Pues buena persona, muy social, siempre reía. Quería ser profesora de italiano en alguna escuela. Tenía sueños, ganas de vivir —dijo, compungida.

—¡Ya! Me lo imagino. Tiene que haber sido un duro golpe para todos.

—¿Han cogido al asesino?

—De momento no.

—Sus padres me escriben para saber si tengo noticias.

—Les puede decir que estamos haciendo todo lo posible para pillar a ese hijo de perra, que no tengan dudas sobre eso —dijo con un tono serio y firme—. Necesito que me diga algo. ¿Tenía amigos o novio, alguien que se le hubiera acercado en los últimos días? ¿Había traído aquí a alguien a dormir?

La chica negó.

—Enrica vino a España por culpa de su novio celoso y abusivo. No tenía ganas de rollos ni de novios. Eso se lo puedo asegurar. Venía a cambiar de aires y a encontrarse a sí misma —confirmó, demostrando que era amiga de ella y sabía de lo que hablaba.

Álex asintió y pensó que, antes de que Enrica se encontrara a sí misma, tal y como decía su amiga, el asesino la encontró, la mató y la metió en el fondo del pantano de Sau. Había quedado pendiente saber cómo demonios había conseguido meter a esa pobre italiana en el fondo barroso de ese estanque artificial.

A diferencia de las demás víctimas, esa maleta no podía haberse metido en un momento de sequía, ya que, desde la muerte de la chica o su desaparición, no había habido una. Ese reto de entender cómo había sucedido comenzaba allí. Pero, a pesar de que aún no lo había entendido, el reto inicial era averiguar cómo Enrica había desaparecido desde su apartamento. Y por eso había vuelvo a casa de la víctima, para comprender el posible patrón entre Enrica y Joan. Qué tenían en común, qué compartían o, simplemente, por qué esas dos personas.

Dos barrios diferentes, pensó Álex mientras miraba el piso. Dos nacionalidades, edades y trabajos diferentes. No tenía mucho sentido hasta el momento.

—Pero alguien la encontró y… —exclamó, y tosió un par de veces.

—No soy policía, eso es tema suyo. Yo sé que no buscaba nada. No tenía ni aplicaciones de encuentros ni traía a nadie a casa, era la compañera de piso perfecta.

—¿Cuánto tardó en poner la denuncia de desaparición?

—No entiendo —dijo con acento italiano.

—Desde que se dieron cuenta de que no regresó a casa hasta que pusieron la denuncia, ¿cuánto tiempo pasó?

—Casi enseguida, pero la policía no la buscó de inmediato. La familia está llevando una denuncia con abogados, creo.

El asintió y le dio una tarjeta de visita.

—Señorita…

—Mónica.

Álex sonrió.

—Aquí tiene mi número por si recuerda más detalles.

—Se lo puedo dar a su familia, les gustará saber que alguien sigue teniendo en cuenta su muerte.

Álex se lo pensó por un instante.

—Señorita Mónica, haga buen uso de mi número, por favor.

Ella sonrió.

—¿Iba a correr? No quiero molestarla.

—No se preocupe, le espero —respondió, indicando la dirección del dormitorio.

La chica de culo respingón y pelo largo lo acompañó hasta la puerta. Una cinta policial creaba una X en el marco de madera. Una etiqueta sellaba la puerta. Álex rompió el sello judicial pasándose por el forro las normas, como era habitual en él.

—Eso no es…

—¿Ilegal? —preguntó él.

Ella asintió.

—Lo que debería ser ilegal es olvidarse de las víctimas y no buscar al asesino —exclamó, y entró.

—Lo dejo solo, agente.

—Gracias, pero soy sargento.

Ella asintió sin haber entendido del todo mientras él observaba la estancia. La habitación difería un poco del resto del apartamento, parecía la última por alquilar, la de los trastos, la de los últimos allegados.

Una cama pequeña contra la pared, una mesilla de noche blanca y un escritorio pequeño barato con una silla negra con ruedas. Un armario empotrado y alguna caja de una mudanza que no se llegó a completar. Objetos personales dispersados por la habitación, como una foto de ella sonriendo con los padres, una caja de madera y libros de novelas negras en italiano.

Introdujo una mano en un guante y abrió la caja de madera. Collares y pulseras de poco valor económico; una tarjeta de los padres que decían que la querían y que tuviera un buen viaje. En el armario, vestidos, camisas y pantalones de multinacionales de la moda.

Álex se colocó en medio de la estancia, buscando ese detalle que se le podía haber escapado.

¿Qué acercaba a esa chica al asesino? ¿En qué se parecía ese caso al de Joan Rovira?

Se fue con esas preguntas. Necesitaba rebobinar todo el día y pensar fríamente en todo lo que había pasado.

Arrancó el Mazda descapotable y se fue al paseo de Barcelona. En el maletero llevaba la ropa de correr. Se cambió en un lavabo y corrió por el paseo marítimo.

Pasó por delante de la casa de su hermana y su vieja casa. Recordó a Mary, su funeral en Nueva York y a todos los momentos buenos que pasó.

Pero la idea de ese asesino del símbolo de la flor de Barcelona no lo abandonaba.

Joan y Enrica. Dos personas solas. En apariencia, ese era el único punto de unión o similitud que tenían las dos víctimas. Siempre y cuando, Joan estuviera aún con vida. Pero a Álex, las esperanzas de encontrarlo vivo se le iban desvaneciendo con el paso del tiempo.

Recorrió los ocho kilómetros habituales entre otros deportistas que a esa hora se reunían a soltar el estrés.

Después de una sesión de estiramientos, regresó al coche y fue hacia casa. Aparcó delante del viejo hogar del erudito amigo de su abuelo. Se duchó, cenó ligero y se metió en la cama.

Al cerrar los ojos, revivió el momento de encontrar el dedo en la bolsa de vacío. Néstor Luna seguía vivo en su mente. Tenía que ir a visitarlo.

Las imágenes de Enrica en la mesa de la morgue, a trozos y metida en la maleta, no lo dejaban conciliar el sueño. Una secuencia de macabros fotogramas se sucedía hasta que el cansancio le pudo.

No supo cuánto consiguió dormir seguido, pero un trueno lo despertó.

Abrió los ojos.

Se giró e intentó volver a dormir, pero un destello lo obligó a abrir los ojos. Pasaron pocos instantes hasta que la lluvia azotó las ventanas. A los segundos, llegó el trueno. La tormenta se acercaba.

Suspiró y se volvió a girar para beber.

El móvil estaba iluminado. Sus ráfagas de luz se estaban perdiendo en los *flashes* de los truenos de la tormenta.

Era Alan, que lo estaba llamando.

Miró la hora, eran las cinco de la mañana. Agarró el aparato.

Al cogerlo, se le escurrió y casi se le cayó al suelo. Lo agarró de nuevo entre las sábanas y contestó.

—Alan, dame una buena noticia.

—Sigo en la oficina, que lo sepas.

—Déjate de rollos, ¿y?

—Lo he conseguido, he descifrado el código.

11

El pueblo de Llançà estaba vacío.

El otoño difería mucho de cómo ese lugar se llenaba de turistas en verano.

Karla, al colgar con Ana, recordó los veranos pasados por esas calles de pequeña. Correteando, tomando el sol con la pandilla, los helados de la heladería del argentino Umberto, de las tardes besándose detrás de la iglesia con algún amiguito especial.

Ese lugar le despertaba muchos recuerdos.

Guardó el móvil y fue a tomarse un café a la única cafetería del pueblo que seguía abierta a pesar de la poca gente; no era como Café Sirena, pero tampoco pedía mucho.

Se fue caminando hacia el establecimiento.

De vez en cuando, se encontraba a algún anciano que, a pesar de no conocerla, la saludaba. En ese lugar, los inviernos solitarios hacían que las personas se saludaran, aunque fueran desconocidos.

Pasaba por calles estrechas y fincas con muros altos de viejas piedras. Una torre redonda y un campanario sobrepasaban los tejados en el horizonte.

Llegó a la plaza. Cuando le faltaban unos pocos pasos, se dio cuenta de que un hombre había llegado a la puerta de la cafetería al mismo tiempo que ella.

Al sentirse observada, se emocionó y tropezó con un adoquín irreverente que sobresalía. Se encontró en el suelo, con las manos doloridas.

Entonces él se le acercó. Era un hombre moreno con mandíbulas marcadas y barba cuidada. Sus ojos eran misteriosos, como su misma presencia en ese rincón perdido de la civilización. Llevaba una cazadora tejana desteñida y una camiseta negra.

El hombre misterioso, después de observarla sonriendo, le tendió la mano.

—¿Estás bien?

Karla se sonrojó como un tomate maduro.

—Menuda patosa, ¿verdad?

Él simplemente sonrió y la ayudó a levantarse.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias.

—¿Ibas a la cafetería?

Ella asintió y él le hizo un gesto para que entrara, mientras le abría la puerta.

Ella sonrió de nuevo.

—Por favor —dijo él, sujetando la puerta.

—Gracias —respondió, algo avergonzada, y se colocó el pelo por detrás de la oreja.

No consiguió esconder que encontraba atractivo al hombre. Se acercó a la barra y el camarero estaba ocupado.

—¿Sola? —preguntó el hombre mientras miraba a Karla, que le devolvió la mirada y asintió con la cabeza—. No hay mucha gente por aquí para socializar. O simplemente para hablar. Nicolás —se presentó, acercándole la mano.

Karla la miró y luego se la estrechó mientras le miraba esos ojos, que, en la distancia corta, lo confirmaron.

—Karla, con K —respondió con interés—. Encantada.

—Hola, Karla con K —dijo con un tono casi sorprendido por el inciso—. ¿Te apetece que tomemos juntos un café?

Ella asintió.

—O si preferías estar sola, no hay ningún problema, si esperas a alguien o querías leer el periódico. No sé.

—No, no espero a nadie. Gracias, me parece muy bien —confirmó ella.

El hombre hizo un gesto al camarero señalando una mesa y este asintió. Luego, le indicó que pasara.

Se sentaron uno enfrente de la otra.

Ella no se sentaba con un extraño desde vete a saber cuándo. Pero le suscitaba curiosidad, incluso placer, conocer gente en medio de esa ciudad de pescadores.

—¿Qué haces por aquí, Karla con K? —preguntó él.

La mesa estaba al lado del escaparate. Karla tocó el frío cristal que daba a la plaza. Por el cristal entraban rayos de sol que jugaban a perfilar los tejados en la misma madera de la cafetería. En el aire aún flotaba el olor de los *croissants* calentados por la mañana y el perfume del café.

Una señora estaba hojeando un periódico al otro lado del local. Las páginas estaban acartonadas, como si le hubieran vertido un líquido y se hubiera vuelto a secar.

Karla no se reconocía, sentada frente a un desconocido. Si no supiera su nombre, Nicolás, enigmático como sus ojos, le habría dicho: «Hola, desconocido».

Un pensamiento que venía de una película americana.

Esa sensación de descubrimiento que se colaba por debajo de su piel le gustaba. No tenía nada que perder. Y lo mejor, nadie la juzgaría por ello.

—¿Qué hago aquí? —preguntó ella—. Pues tomándome unos días sabáticos. Dejémoslo así.

El hombre asintió, mientras que apareció el camarero.

Nicolás le hizo un gesto para que pidiera ella primero.

—Café con leche, pero que la leche sea de avena o de soja.

El camarero negó.

—Tenemos solo leche normal.

—¡Ya! —respondió, contrariada—. Pues la que tengas.

—Lo mismo —contestó el hombre, y el camarero se fue—. Vienes de la ciudad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque aquí la leche de avena es ciencia ficción.

—Ya, me lo tenía que imaginar —respondió ella—. Eres de aquí.

—¡Sí! Dejémoslo así —respondió con la misma muletilla que había usado ella.

Los dos rieron, de repente, el hielo entre ellos se fundió al instante.

—No, en serio, ¿a qué te dedicas en este pueblo…? —dijo, y no pudo acabar la frase sin decir una palabra negativa.

—¿Costero? —propuso él.

—¡Costero! Claro, me has leído la mente —respondió, divertida.

—No, bromas aparte, ya sé qué ibas a decir: un pueblo de mala muerte.

—No, no es verdad, no iba a decir eso.

—Oye, Karla con K, vivo aquí, ¿sabes? Sé lo que es vivir en un lugar perdido de Dios. Puedes decir mala muerte, en el culo del mundo, o definiciones parecidas. Te entiendo, cien por cien, ¿vale? —concluyó él.

El camarero apoyó los cafés en la mesa.

Él levantó una taza y se la acercó.

Ella hizo lo mismo para brindar.

—Por los desconocidos —dijo él.

Ella se quedó ensimismada por el término que también acababa de pensar.

Bebieron un sorbo y bajaron la taza.

—¿A qué te dedicas? —preguntó ella.

—Tengo negocios turísticos.

—¿Y en invierno qué haces?

—Pues vivir, que no es poco. Arreglarlos, pensar qué hacer el año que viene. Ideas, leer, ya sabes, las cosas que hacemos los costeros cuando pasa la temporada —explicó, y dio un sorbo al brebaje.

Ella asintió, absorta en el moreno y atractivo autóctono.

—¿Y tú? ¿Qué hace una chica de la ciudad por aquí, intentando olvidar algo o a alguien? —preguntó con aire de haberlo adivinado.

Ella apretó los labios. Sujetó el sentimiento y las lágrimas fáciles que aún estaban anidadas en su alma, y miró hacia la plaza.

—Lo siento, no quería importunar con mi pregunta.

Ella levantó la mano, intentando revertir lo que había suscitado su frase.

Pasó un minuto, o algo parecido, y luego se giró.

Quitó de forma disimulada una lágrima que bajó por la mejilla.

—Estoy bien.

—Ya, lo siento de veras.

—No, no es culpa tuya, ya sé que no lo sabías —dijo ella.

Karla, sentada delante del desconocido, en un pueblo a casi doscientos kilómetros de Barcelona, se sentía diferente. No tenía nada que ver esa Karla con la cabo de los *mossos* que se comía el mundo y defendía a las mujeres a pecho descubierto.

«Cómo cambiamos. Cómo nos cambian los acontecimientos», se dijo en sus adentros.

—Sí, no tenía que hacerte preguntas tan personales —se excusó, y cambió de tercio—. ¿Te gustan los barcos?

—¿Los barcos?

—Sí, unas naves que surcan los mares, ¿sabes?

—Sé lo que es una lancha.

Él rio.

—Lo sé, era solo para hacerte reír.

—Me gustan.

—Pues si aún estás por estos lares en verano, te invitaré a dar un paseo por el mar. ¿Qué te parece?

—Claro, ¿por qué no? —dijo, y pensó que esperaba que para entonces ya estuviera bien y hubiera vuelto a la vida normal en su ciudad.

—¿Sales a correr? —preguntó él.

—Aquí, poco —respondió ella, sin que le sorprendiera, porque, viendo lo bueno que estaba, seguro que el tío pasaba mucho tiempo en el gimnasio y corriendo sin parar.

—Bueno, a lo mejor algún día nos vemos por el paseo marítimo mientras corremos. ¿Quién sabe?

Ella sonrió y dio el último sorbo de café con leche.

—Claro, ¿quién sabe? —mintió, porque no confiaba mucho en ir a correr.

El hombre alargó el último sorbo, hablando de ese lugar, de adónde podía ir y qué podía hacer. Del tiempo, del mar de invierno y de las varias actividades que organizaba el ayuntamiento, que podía consultar en la página web del consistorio, y de futilidades varias.

Mientras lo escuchaba hablar, Karla ya pensaba en cuándo se levantarían. Estaba sopesando si le pediría el teléfono o si quedarían otro día, pero algo la frenaba, algo que no sabía explicar.

Él levantó la mano para pedir la cuenta.

A los pocos minutos, el camarero se acercó con el tique y el datáfono.

Nicolás sacó la tarjeta de crédito y, de reojo, Karla la observó.

¿Deformación profesional o curiosidad?

Quizá, un poco de cada. Lo cierto era que, como mujer, quería ver si el tío se llamaba como había dicho.

En el trozo de plástico de color rojo de una famosa entidad bancaria aparecía su nombre, el resto del apellido estaba cubierto por el pulgar.

El hombre se llamaba así. Por lo menos, parecía cierto. Karla no soportaba las mentiras. El miedo a que algo no cuadrase en algún detalle de la primera vez que conocía alguien era crucial para ella, independientemente de hacia dónde fuera esa relación.

La acompañó a la puerta y se la abrió.

Cuando estuvieron fuera, ella esperó que él le pidiera el número de teléfono. Un clásico del que nunca se perdía la costumbre.

—Bueno, Karla con K, ya nos veremos.

Ella se quedó perpleja un instante.

Sonrió y le respondió.

—Ya nos veremos, claro.

Entonces él se cerró la cazadora y la saludó sin decir nada más.

Ella se quedó algo decepcionada, ese tío macizo se había marchado sin quedar otro día o pedirle el teléfono.

¿Ya no era una mujer atractiva?

Se fue a casa desilusionada.

En el camino recordó la llamada anterior a Ana Cortés, tenía ganas de recibirla. En un pueblo perdido y con ganas de compartir con alguien un rato y hablar de esa sopa de letras e ideas que tenía en la cabeza.

Llegó a casa y se estiró en el sofá reflexionando por qué el guapo del pueblo no le había pedido su número de teléfono.

12

El corazón de Álex Cortés se aceleró.

Se incorporó de un salto, descomponiendo las sábanas de la cama.

No creía lo que estaba escuchando. Alan lo había conseguido, otra vez.

—Llevo casi una hora intentando ponerme en contacto contigo —espetó el informático con tono de reproche—. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada, nada, dime —contestó, torpe.

—Tú ahí, durmiendo y yo, en la oficina haciendo horas extras para ti, que estás durmiendo como un lirón.

—¡Alan! Déjate de rollos, ¿qué dice el mensaje? —El chico bufó—. ¡Venga!

—He conseguido entender el sistema. Primero pensé que podía ser bastante razonable usar el método de encriptación César, pero solo me salían cosas raras. Entonces he usado el Vigenère…

—Alan —lo interrumpió, y el otro policía no callaba, así que subió el tono y le gritó—. ¡Alan! Ve al grano, joder.

El otro se aclaró la voz.

—Claro, es muy fácil que te eches a dormir y que luego solo quieras el resumen, como los que en lugar de leerse el libro del cole pedían un resumen. Eso es muy fácil, ¿sabes?

Álex se pasó la mano por la frente y por los rizos rebeldes.

—¡Alan! Por el amor de Dios.

—En fin… —añadió con un tono de voz de persona despechada—. Lo he conseguido resolver con el cifrado Hill. Claro está que tuviste una buena idea con la inteligencia artificial, si no hubiera sido por eso, aún estaría probando y probando. ¿Te acuerdas cómo conseguimos las huellas de los cadáveres que habían estado tanto tiempo en el pantano?

Álex se alejó el móvil de la oreja y lo miró mientras se mordía un puño.

—¡Alan! —volvió a gritar.

—De acuerdo, de acuerdo, déjame un momento de gloria.

—¿Gloria? Tenemos gente que está en peligro de vida. ¡Por Dios!

—En fin, he probado con la palabra Barcelona. Pero no coincidía nada. Solo letras sin sentido. Luego probé con la clave de la flor de las baldosas. La firma del asesino.

—¿Qué palabra?

—*Panot*, el término de la baldosa. El *panot* de flor. ¡Y funcionó! —dijo, y después de un momento añadió—. O eso creo.

—¿Cómo que eso crees? O lo es o no lo es.

—No sé, es muy raro.

—¿Por qué es raro? O lo es o no lo es —repitió, y movió la mano como si tuviera moscas delante de la cara—. ¿Qué narices ha salido?

—Unas coordenadas.

Álex se quedó de piedra. Estaba frente a la ventana de su dormitorio. Tenía en el horizonte la ciudad de Barcelona iluminada, que desaparecía entre la tormenta en un degradado inquietante. La ciudad estaba otra vez bajo el yugo de un asesino con criptogramas. El parecido no era aleatorio. Néstor tenía que estar metido de alguna manera en esa situación. Las coincidencias no existen.

—¿Coordenadas de qué?

—Geográficas.

—Mierda, es donde está el cuerpo, el cadáver o la siguiente pista —dijo levantando la voz *in crescendo*—. ¿Cuáles son las coordenadas?

El informático miró sus apuntes, pasó una página y las cantó.

—41 grados, 22 minutos, 52 segundos Norte; 2 grados, 10 minutos 54.7 segundos Este.

—¡Alan! Maldita sea, que eso es chino. ¿Qué punto es? ¿Dónde está? ¡Maldita sea! —gritó, desesperado mientras se estaba poniendo un pantalón.

—¡Oh, sí! Es la plaza de Correos.

—¿La plaza de Correos?

—Sí, el punto exacto es delante del viejo edificio de correos, en Paseo Colombo. ¿Sabes?, delante del monumento ese tan raro en forma de rostro pop, se llama la Cara de Barcelona. Lo sé porque en la ESO lo tenía en la portada de mi libro de texto de lengua catalana.

—Gracias, Alan. Te debo otra —dijo Álex, y colgó.

Se puso unas botas de agua, una sudadera y un chubasquero y salió de casa corriendo. Arrancó el viejo descapotable y bajó de Collserola.

La carretera resbalaba. Las ruedas de atrás se le deslizaban hacia un lado a cada curva. Reconducía el coche hacia la carretera con un juego rápido de volante.

Mientras tanto, llamó al subinspector Ferrer. A este no le hizo mucha gracia que lo llamara a casa a esas horas intempestivas de la madrugada.

Lo informó del hallazgo y que necesitaba un equipo especial de los GEI, no sabía qué esperarse.

—Sargento, espero que no sea otra falsa alarma.

—Con respeto, me importa una mierda si lo es, lo que tenemos que hacer es cuidar de los ciudadanos, no suponer si son falsas alarmas.

—Cuelgue, Cortés, yo me encargo.

—En unos quince minutos estaré allí.

—Nos vemos allí —respondió el jefe, y le colgó.

La lluvia impedía que Álex viera bien lo que tenía delante. A pesar de la prisa que tenía, las condiciones meteorológicas estaban retrasando su llegada. Cuando encontraba un coche delante que lo obligaba a circular más lento, daba golpes en el volante.

—Venga, tartana, que esto no es la procesión de Semana Santa —gritaba.

Pero por mucho que gritase, al motor limitado del Mazda no le podía sacar mucha velocidad. Era una vieja caja de cerillas concebida para que gastase poco y para trayectos cortos. Álex lamentó no tener aún su viejo Mini Cooper. A pesar de haberlo vendido porque le recordaba la etapa con Mary, en ese momento le habría servido.

Se dio cuenta de que el Mazda no era para él y que tenía las horas contadas.

La plaza de Correos estaba justo al otro lado de la ciudad. Cerca de la estatua de Colón que señalaba las Indias.

Bajó por la Ronda de Dalt y después siguió por la Ronda Litoral. A las seis de la mañana con toda esa agua, se estaba llenando de tráfico antes de la habitual hora punta. Cuando llovía en Barcelona, muchos de los que optaban por la moto cogían el coche, saturando las entradas de la ciudad.

Abandonó la Ronda Litoral por la salida número veintiuno y pasó debajo de la estatua, en medio de la rotonda.

No podía dejar de pensar qué se encontraría. En una plaza pública no podía haber un cadáver a la vista. O no se lo explicaba, o era una trampa, o Alan se había equivocado.

Aceleró por el Paseo de Colón, dirección a la Estación de Francia.

Pasó delante de las embarcaciones del puerto y fue adelantando los coches haciendo ráfagas de luz y recibiendo no pocas bocinas por ser un aparente pirata de la carretera.

En el horizonte, veía la plaza.

Los GEI no habían llegado todavía.

Al llegar al cruce con Vía Layetana, invadió la calle por la que venían coches de cara, esquivando alguno para meterse directo en la plaza de Correos.

Se detuvo y apagó el motor. Salió disparado. Las coordenadas de su GPS marcaban justamente ese punto, el centro de la plaza.

Gente que pasaba con paraguas en ese momento lo miró como si fuera un borracho que se había equivocado de lugar. Las carpas negras de un restaurante estaban cerradas. A su alrededor había sillas apiladas y atadas con una cadena.

Por detrás de Álex había una fila de bicis rojas públicas de la ciudad. Todas bien colocadas en las columnas, bloqueadas.

En segundo plano, la cara que comentó Alan, iluminada por unas luces.

El rostro del sargento se estaba mojando, igual que su móvil.

Se acercó al centro de la plaza, como si eso se hubiera transformado de repente en una caza del tesoro.

Álex estaba en el centro según las coordenadas de Alan, exactamente donde tenía que estar.

Suspiró hondo mientras sentía cómo el agua arrastraba la esperanza de encontrar a Joan Rovira.

Allí no había nada.

13

Álex se sintió desconsolado.

Se oían las sirenas llegar a lo lejos.

Dos furgonetas y un todoterreno blindados llegaron por detrás de un edificio.

Cuando los colores rojos y azules comenzaron a aparecer en sus pupilas, bajó la mano del móvil, como un guerrero derrotado.

Mojado a pesar del chubasquero, se quedó sin palabras. Cuando llegaron los GEI y el subinspector, pensaron que podía ser quien buscaban: el asesino que había enviado las coordenadas. Entre puntos láser y gritos de agacharse, Álex les enseñó la placa y consiguió que lo reconocieran.

Se acercó el capitán de los GEI con el subinspector Ferrer. Los dos, mojándose, miraron al sargento con enfado.

—¿Y bien? —preguntó el subinspector.

Álex separó los brazos mientras miraba a su alrededor.

—Esto es una mierda —respondió al mismo tiempo que los agentes de los GEI controlaban la zona con los rifles apuntando.

—Casi vengo en pijama por la prisa que nos ha dado, Cortés —espetó con enojo—. Suerte que le pregunté si era necesario venir con el cuerpo especial.

—No se preocupe, Ferrer —dijo el capitán—. El cincuenta por ciento de las llamadas de los bomberos y nuestras son en vano. Para esto estamos.

—No es una excusa, capitán.

Álex se giró hacia su jefe.

—Estaba seguro. Alan ha descifrado el mensaje encontrado en la casa de la víctima, ¿me entiende?

El jefe suspiró.

—Me voy a la comisaría, aquí no hay ninguna pista y demasiada lluvia como para perder el tiempo —indicó el jefe, y se dio la vuelta.

—Cortés, ya que estamos, rastrearemos toda la zona en busca de algún indicio —contestó el capitán con tono apacible y dispuesto—. Vamos a seguir —concluyó, y le apoyó un brazo en el hombro.

Álex hizo una mueca de agradecimiento y se puso a buscar todo tipo de indicios con los GEI.

Pasó el tiempo y la lluvia no daba señales de menguar. Eran las siete de la mañana y el sol comenzaba a esclarecer el cielo.

Desistió en la búsqueda el capitán, replegó a su equipo y se fueron.

Mientras tanto, Álex se quedó a secarse bajo los toldos negros del restaurante, que ya había abierto.

Sentado, observó cómo los ciudadanos pasaban por las calles con paraguas abiertos, ajenos a lo que podía haber pasado poco antes. No eran conscientes de que esa plaza había salido en la pista de un asesino.

Barcelona no lo sabía, pero a él, a pesar de no haber encontrado ninguna señal, todo eso le olía a muerte.

—Hola, policía —dijo una voz desde detrás—. ¿Aburrido?

Álex se giró para ver quién era. Conocía esa voz; un acento inglés inconfundible que nunca había conseguido quitarse ni viviendo en la península ni con contactos íntimos con autóctonos.

La mujer a la que había visto por última vez en Nueva York, la misma que quería que él fuera a vivir a Londres. Emily Walsh se acercaba con su inequívoco caminar de gatita en celo. Pantalones ceñidos de piel negra, pelo rebelde y con algo diferente, gafas graduadas; eran de montura tipo aviador estilo *Top Gun*, pero en color plata.

Ella se quedó mirándolo con una cadera hacia fuera y una taza de café con leche en la mano.

—¿Puedo? —preguntó, indicando la silla a su lado.

—¿En Londres habéis acabado con el café?

Ella se sentó y se acercó para darle dos besos.

Álex la miró con una ceja subida.

—¿O echabas de menos la lluvia? —espetó sin acercarse para devolverle los besos.

Ella se alejó y vertió el azúcar en la taza.

—Menudo espectáculo habéis montado aquí esta mañana, ¿no? —dijo ella en un tono burlesco.

Él no contestó, solo la miró. En parte, la había echado de menos. Al final, la soledad es una mala bestia que vuelve siempre cuando estás más cansado. Sintió una vieja atracción por la chica mulata que siempre había estado dentro de él. Una llama que, a pesar de las diferencias, había permanecido viva en su interior.

No era amor, era cariño, era sexo, era soledad.

—¿Qué haces aquí? —dijo, mirando a su alrededor, por si veía su moto.

—Llueve, Álex, solo los locos y los desesperados usan la moto cuando diluvia así —contestó sin girarse y dando sorbitos al café con leche—. La tengo en casa.

—¿En casa? ¿En Londres?

—No, me he mudado temporalmente de nuevo a Barcelona. Ya ves, volvemos a tener intereses comunes.

—Lo nuestro se acabó, Emily.

Ella se rio y él arrugó el ceño.

—Ya te gustaría, *baby*. De sexo, voy servida —dijo riéndose deliberadamente del policía—. Vengo por el Asesino del Criptograma o como quieras llamarlo ahora —concluyó, y estudió la reacción del policía mientras daba un sorbo más largo a la taza.

Él la miró con perplejidad, en silencio.

—Esa mirada la conozco, te conozco como mis bolsitas de té. ¡Eres tan previsible, sargento! —espetó con el mismo tono de cuando se había acercado.

—No hay ningún asesino, estamos de simulacro en el cuerpo. ¿Crees que, si hubiera un asesino por las calles, estaría aquí tan tranquilo tomándome un café? —mintió él.

Ella sonrió y sacó el móvil, entró en una aplicación y apretó el *play*.

—Esto me lo han enviado hace un rato —anunció, y levantó un brazo—. No sé quién. Escucha: «Luz roja, plaza de Correos, en Barcelona. Mandamos tres unidades del cuerpo especial. Presunto asesino, tenemos pistas de…». —Interrumpió y se guardó el móvil.

—¿Se lo has dicho a tu querido amigo, el señor Thomson, director del *Daily Sentinel*? ¿Sabías que esto es ilegal y que te podría meter en la cárcel por pinchar comunicaciones privadas de la policía?

Ella sonrió de nuevo y dio otro sorbo al café con leche.

Álex afinó la vista y la miró con recelo e irritación, como si una medusa se estuviera frotando por todo su cuerpo y le estuviera enrojeciendo la piel.

—Ahora entiendo a Thomson, te ha enviado a ti justo por eso. Porque hemos tenido lo que hemos tenido, cree que nunca te metería en el calabozo, ¿verdad? —bramó Álex, señalando a la

inglesa con el índice—. Pues se equivoca, te voy a arrestar como pases un cruce de peatones en rojo, uses un aerosol de forma equivocada o fumes en un lugar donde esté prohibido, ¿me has entendido?

—*Oh, my god!* ¿Cómo estás, Álex? ¿Cuánto hace que no follas, tío? Relájate, ¿vale? Solo quería saber cómo iba la investigación del asesino del pantano.

Álex dio el último trago al café y se levantó.

—Sabes más cosas de las que debes. Eso no es bueno, Emily. Como escribas mentiras en tus diarios o alarmes a la población, te arrepentirás.

—¿Es una amenaza, sargento?

—Es un aviso a navegantes.

—No veo barcos.

—Te crees muy listilla porque recibiste un chivatazo de Néstor Luna y tu carrera despegó.

—La vida es esto, un golpe de suerte y la vida te cambia. No me vengas con discursos paternalistas, que Néstor te ha venido muy bien a ti también, ¿verdad?

—¿Perdona? —gritó Álex, furibundo—. ¿Llamar a un asesino en serie, que ha matado vete a saber a cuántas personas en su carrera delictiva, un golpe de suerte? ¿En serio?

—¡Álex…, ya me entiendes!

—¡Sargento Cortés, por favor!

—Lo que tú digas. *Anyway*, a ti también te ha venido bien, y esto, aún más. Nuestro querido amigo Néstor Luna te catapultó a la fama y seguirá haciéndolo en el futuro.

Álex apoyó los puños en los costados y la miró con desafío.

—No sabemos si Néstor está detrás de todo esto. Es un asesino con un *modus operandi* diferente. Nos hace ir de cabeza. No nos da pistas claras. Solo nos envía… —dijo, y se interrumpió dándose cuenta de que estaba por decir algo que no debía—. En fin, da igual.

—No, dime, dime, ¿qué os ha enviado? ¿Estas coordenadas falsas?

Álex miró a la periodista con una mirada diferente, ya no con la de cuando estaban enrollados, sino más madura, más distante, sin lazos afectivos.

Sonrió y la apuntó con un dedo.

—¡Buena táctica! Soltar una mentira para saber una verdad. Te ha entrenado muy bien tu jefe Thomson —dijo, y se giró hacia la plaza—. Desde luego que sí.

—Bueno, de alguna manera tenía que conseguir información, ¿no crees?

—Te llamé varias veces y nunca me contestaste —respondió Álex con despecho.

Ella calló.

—Claro, no dices nada porque es verdad. Me pides que lo deje todo por ti, por una ciudad a cuatro mil kilómetros y que haga un acto de fe. Te digo que no lo veo y dejas de comunicarte conmigo.

—Tuve miedo.

—¿Tú? —preguntó sin dar crédito a lo que oía—. ¿Tú tuviste miedo? Y por eso no me contestabas. Te digo yo lo que pasó.

—Venga, dímelo, «machote» —provocó ella con acento inglés mientras se levantaba.

—Como siempre haces todo, cuanto algo no va en la dirección que quieres, lo sueltas enseguida en lugar de luchar o pelear, de persistir por lo que quieres. Fui uno más de la lista. El chico de Barcelona dice que no, pues fuera, otro.

Ella levantó una ceja y se acercó al policía. Sus rostros estaban a pocos centímetros de distancia.

—¿Sí? ¿Es lo que piensas? ¿Y no crees que a lo mejor he vuelto por eso mismo?

—¿Qué dices? —espetó él casi tocando su nariz con la suya.

—Solo digo que a lo mejor deberías valorar la posibilidad que nos ha dado el destino de volver a probarlo. ¡A las segundas oportunidades! ¿No te parece que podría ser una opción? —dijo ella, mirándole los labios.

El tiempo y el espacio desaparecieron bajo ese toldo negro en la plaza de Correos. Álex se quedó encandilado por segundos con las dulces palabras de la inglesa.

Se quedó en silencio. Ella se pasó la lengua por sus labios y, finalmente, los apoyó sobre los del policía.

14

Una hora pasa rápido.

O lento, depende de qué esté pasando.

Como decía Albert Einstein, es relativo.

Una hora mientras te están torturando es extremadamente lenta.

Una hora de las primeras citas con una pareja, esas son efímeras.

Todo es relativo.

Para Néstor Luna, que en medio de ese templo de hormigón y barrotes apareciera ese ángel, se le hacía rapidísimo. Si encima era en la habitación para que pudieran intimar, sesenta minutos eran un suspiro.

Sus reuniones íntimas se producían cada vez con más frecuencias y más intensas. Clara, obviamente, con una visión distorsionada de Néstor y con un creciente síndrome de Estocolmo, estaba embobada con el recluso.

Aquel día, fue la primera visita que tuvo el centro penitenciario de Quatre Camins.

El primer bus desde Barcelona la dejaba justo para que pudiera acudir a la primera hora de encuentros. Luego, regresaba para trabajar.

Cuando el guardia abría la pesada puerta, el corazón se le compungía. Una sensación extraña de expresar y de confesarse a sí misma.

Pero Néstor era un embaucador y un adulador.

Clara había salido de una caja de cartas. Una de miles que se habían ido acumulando y que Álex le llevó para que pudiera entretenerse. Al hacerlo, abrió una caja de Pandora, más grande y con más consecuencias de las que podía imaginarse.

Esa mañana, Néstor, como una fiera salvaje, se le echó encima y, sin preliminares, practicaron sexo desenfrenado.

Todo el deseo y la lujuria que podía almacenar un psicópata y sociópata como él solo Clara lo sabía, porque reventaba y se desahogaba con ella en esas visitas.

Cuando él acabó con la chica, se detuvo observando su cuerpo.

Ella sonreía.

—¿Te ha gustado? —preguntó él—. Por favor, sé sincera.

Cuando una persona está en una jaula con una fiera, ni se le ocurre llevarle la contraria. Con un asesino, tampoco. Pero lo peor era que ella no lo sentía así.

—Me encanta —respondió mientras él le seguía acariciando los pechos, y a ella le gustaba que lo hiciera—. Tu fuerza, tu virilidad, tu potencia. Nunca he estado con nadie así. Y me encanta que te hayas dejado barba y el pelo largo para mí. Te queda muy bien recogido en una coleta.

Él sacó pecho, como un verdadero macho ibérico.

—Tengo ganas de que esto sea cada día, pero en casa, en mi casa.

—Bueno, cariño, para eso tenemos que esperar aún.

Ella suspiró.

—¿Le has llevado eso al director?

—Sí, claro que sí —respondió ella.

—Bien, hay que tenerlo contento. Será mi padrino de boda.

—¿En serio? ¿Cómo lo has conseguido?

—Adulándolo.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo entiendo, ¿qué quieres decir?

—Pues decirle algo así como que nunca habíamos tenido un director como él, que es guapo y alto, inteligente y muchas cosas más, pero todo mentiras, para que se sienta importante.

—¡Ah! Bueno, pero sí que es importante, ¿no? Habrá estudiado mucho para llegar donde está, ¿no?

—Sí, cariño. Pero hay gente que llega sin tener mucha cabeza, por contactos o por ser el hijo de… En fin, me lo estoy camelando como amigo, al final, yo soy una celebridad en este sitio.

Ella sonrió y le pasó la mano por el pecho, enredando los dedos en su vello.

—Hay algo que te quiero pedir.

—Dime.

—Un regalo de boda.

—Cariño, la verdad es que no tengo muchos ahorros, pero si puedo…

Él se incorporó y se acercó a su rostro.

—No es dinero, es una experiencia.

—¿Una experiencia?

—Sí. Me gustaría que encontraras a alguien.

—¿Alguien para qué?

—Para hacer un trío.

—No… no lo acabo de entender. ¿Quieres como regalo de boda hacer el amor con dos mujeres? —preguntó Clara, algo sorprendida.

Él hizo una mueca característica de su maldad.

—No, te pregunto si puedes buscar a un hombre que quiera hacer un trío con nosotros.

A ella se le abrieron los ojos de par en par.

—¿Cómo? Pero yo creía…

—Shhh —dijo mientras le apoyaba un dedo en la boca—. Confía en mí. Te voy a dar las directrices de cómo tiene que ser ese hombre y solo te pido que lo busques. El hombre de mis sueños más bizarros y que quiero compartir contigo —dijo él, y se acercó a su oído—. ¿Has practicado sexo con dos hombres a la vez?

—¡No! —espetó ella mientras se ponía roja de vergüenza—. Nunca.

—Tenemos que probarlo. Tengo que hacerte probar tantas cosas que ni te imaginas —susurró al oído, y siguió—. Además, quiero que pruebes juguetes eróticos, vibradores y muchas más cosas. Pero lo que más que quiero hacerte probar es precisamente esto y, sobre todo, porque… —dijo, y acabó la frase en su oreja.

Ella se sorprendió, sin entusiasmarle demasiado la idea.

Cuando él acabó de explicárselo, ella se giró y le dijo:

—¿Estás seguro? —dijo, avergonzada.

—Sin duda. Tienes que vivir, tienes que probar cosas nuevas.

La chica miró el reloj.

—Cariño, se está pasando la hora y el guardia estará a punto de venir.

Mientras se vestían, Néstor le dio las indicaciones de dónde y cómo tenía que ser el hombre que estaba en sus pensamientos, en sus sueños sexuales, para que encontrara a la persona adecuada y convencerla.

Entonces se besaron y se abrió la puerta de la sala incomunicada para las familias.

15

La lluvia bajaba con intensidad por los laterales del toldo. A esa hora, creaba una cortina que hacía más dificultoso ver lo que había alrededor.

Los pocos transeúntes, bien sujetos a su paraguas, solo observaban cautelosos no pisar charcos.

Los coches circulaban por el Paseo de Colón y los funcionarios comenzaban a entrar en el viejo edificio de correos de la ciudad.

La vida de Barcelona fluía como la lluvia a pesar del beso entre el policía y la periodista inglesa.

Duró pocos segundos para el mundo, para ellos, fue un retorno al pasado. Despertó recuerdos, viajes y momentos olvidados.

La ventana del hotel Palace de Nueva York, los paseos por Notting Hill y los desayunos en el Pret a Manger bajo casa; visitar el Castillo de Londres y los musicales a los que a ella dejaban acceder por la puerta de atrás. Todo pasó por delante de los ojos de Álex como una secuencia de microvídeos de su vida.

Luego apareció el amargo sabor del despecho y la parte oscura de la chica. Eso no quería tenerlo. No quería volver a tener ese sabor en su vida, volver a tener una relación a distancia sin futuro solo por el gusto del sexo y lo exótico de tener una novia en Londres.

No, no lo quería.

Se apartó.

—Me tengo que ir —dijo, tajante.

—Pero, Álex —se quejó, pero él ya estaba bajo la lluvia alejándose de la mujer—. ¿Te gustaría que quedáramos para cenar algún día?

Él levantó una mano, gesticulando como que no quería. Entró en el coche y se fue.

Puso rumbo a la Ronda Litoral. Llevaba los rizos mojados otra vez. Había conseguido secarlos debajo de la carpa antes de que apareciera de nuevo en su vida la periodista. Recorrió la

Ronda hasta dirección Gerona, donde recibió una llamada. En la pantalla aparecía el nombre de su hermana.

—¿Qué ha pasado? —respondió Álex al descolgar.

—Buenos días, hermanita. ¿Cómo estás? ¡Te echo de menos! Así me podrías responder, ¿no? —espetó la hermana.

—Tienes razón, mala mañana.

—Caray, casi ni ha empezado el día y ya de este humor.

—Prefiero no decirte lo que ha pasado, es muy largo, no tengo tiempo y no viene a cuento.

—Pues acabas de encontrar el tiempo para decírmelo. Esta noche me vienes a buscar y nos vamos a casa de Karla a dormir. Volvemos mañana.

—¿Cómo?

—Nos necesita, ¡e iremos!

—Pero…

—Pero nada, Álex. Me pasas a buscar sobre las seis por casa, iremos hacia allí, me explicarás qué tal estás y qué te ha pasado. Cenaremos, tengo que hablar con ella, así que llévate un libro o algo más. Y nos volvemos pronto por la mañana. ¿Está claro?

El hermano no supo bien qué contestar.

—Bien, veo que lo has entendido porque no me preguntas nada —confirmó Ana, y luego cambió de tercio, concluyendo con más amabilidad—. Nos vemos esta tarde, feliz día —se despidió, y colgó.

Él bufó.

—¿Cómo narices voy a ir si tengo una investigación de este tipo? —se dijo a sí mismo para justificarse que no quería ir en medio del caso.

A pesar de la lluvia, aceleró entre los coches de la autopista y cogió la salida de la cárcel de Quatre Camins.

Había llegado el momento de hablar con el Asesino del Criptograma.

Enseñó la placa al guardia de la entrada. Ya lo conocían de sobra.

Le abrieron el enorme portón que daba acceso al penitenciario. El Mazda entró y aparcó en la zona reservada para las visitas.

Fue caminando hacia el edificio y, al girarse, tuvo una visión, un recuerdo: el día del intercambio de la mujer del juez. La berlina negra del juez Del Pozo y la camioneta, una de ellas, con Néstor, que entraba.

Dejó el pasado y entró en el edificio central.

Firmó en el registro de visitas y fue hacia el despacho del alcaide. Tocó la puerta y una voz que conocía contestó.

—Adelante —dijeron desde dentro.

Álex pasó.

La voz cambió cuando la secretaria del alcaide lo vio.

—¿Cómo estás, Álex? ¡Cuánto tiempo!

Él se acercó y se dieron dos besos. Se pusieron al día con preguntas típicas y tópicas y luego el policía fue al grano.

—Necesito ver al alcaide.

—Pues lo han vuelto a cambiar.

—¿Por qué?

—Tu amiguito sigue haciendo de las suyas.

—Deberían cambiarlo a él de centro, no al director.

—Es lo que decimos todos —coincidió, y encogió los hombros—. Pero donde manda patrón…

—¡Ya! —respondió, e indicó con la cabeza la habitación siguiente—. ¿Puedo pasar?

—Tiene ganas de conocerte, ya verás —afirmó, le dio a un botón del telefonillo interno y le anunció.

—¡Que pase! —contestó una voz firme.

—Ya lo has oído. Todo tuyo —dijo ella, haciendo un gesto con la cabeza en la dirección.

Él le guiñó el ojo y fue hacia la puerta. Tocó y, sin esperar respuesta, entró.

—¡Álex Cortés! El mismísimo sargento nos viene a ver, pase. ¿A qué debemos su visita? —saludó con tono afable, sin levantarse e indicando la silla delante de él.

Álex se paró un momento a ver al nuevo responsable de Quatre Camins. El DNI del hombre marcaría unos cincuenta años, pero la vida no lo había tratado muy bien. En su rostro, las hondas arrugas demostraban más batallas de las que uno se merece. Llevaba una chaqueta gris y camisa de cuadros oscura, pelo revuelto como un director de orquesta y un perfume de fuertes matices a cuero y raíces que destacaba en la habitación.

Álex se fue aproximando por educación, mientras que el hombre se estaba chupando las yemas de los dedos para quitar restos de glasé del dónut que acababa de comerse. Cuando el policía ya estaba cerca, se limpió la mano en el pantalón y luego se la acercó.

Al ver la escena, le dio asco apretársela. Entonces se le ocurrió algo.

—Lo siento, alcaide —dijo, y se pasó las manos por los rizos empapados—. Tengo las manos mojadas, pero gracias.

El hombre hizo una mueca sin darle mucha más importancia, cogió otro dónut de la caja y dio otro bocado.

—Perdone, sargento, ¿quiere uno? —dijo con la boca llena mientras empujaba hacia él la caja, que contenía otros cinco dulces de varios colores.

Él se negó a coger ninguno.

—¿A qué debemos su visita?

—Necesito hablar con Néstor Luna.

—Oh, interesante. ¿Para qué?

—No puedo revelarlo.

—Lo entiendo —dijo justo al tragar un bocado—. Estoy enterado de que está en unas nuevas investigaciones sobre el asesino de las maletas.

Álex lo pensó antes de contestar.

—Estamos valorando muchos frentes y uno de ellos es justamente este.

—Claro, le daré enseguida paso —dijo, y controló el reloj—. Pero aún faltan unos diez minutos para que finalice la visita con la persona que está ahora.

Álex arrugó el ceño.

—¿No lo sabe?

—¿Qué es lo que debería saber?

—El notición, aún no se ha filtrado. Néstor se casa con una chica supermaja.

Hay momentos en la vida que el destino te sorprende, ese fue uno de esos para Álex. Sintió una presión en los hombros que no notaba desde hacía tiempo. El mismo sentimiento cuando presientes que algo malo hay en el horizonte. Cuando desde la altura de una montaña se ve acercarse la tormenta. Nubes negras como el misterio y que sueltan relámpagos en medio del mar. El caos que lleva una tormenta de agosto que suelta el agua de un mes en pocas horas. Todo eso fue lo que sintió Álex con la noticia.

Pero lo que más lo sorprendió fue que solo él viera el amenazante caos.

—¿Todo bien? —preguntó el nuevo alcaide.

«¿Nadie ve lo que puede suceder al dar rienda suelta a este psicópata?», pensó, mirando al hombre. Y peor aún, ¿quién era la desafortunada chica?

—Sí, le estoy escuchando.

—¡Ah, genial! —dijo, y se volvió a lamer los dedos—. En fin, lo que le decía, se casarán, y me ha pedido que sea su testigo de boda —afirmó, orgulloso.

Álex asintió haciendo una mueca de sorpresa.

—Lo que llevo pensando desde que estoy en este puesto es por qué la gente siente tanta repulsión hacia él —reflexionó, serio, hacia el policía.

Álex prefirió no contestar y esperó a ver qué más le confesaba.

—Yo creo que ha redimido sus pecados y ya es una persona nueva, renovada, con nuevos horizontes para su vida, ¿no cree?

—¿Cuánto ha dicho que falta para que finalice la visita?

—¡Oh! —respondió mientras miraba de nuevo el reloj—. Unos cinco minutos.

Álex sonrió y se dirigió a la puerta.

—Si no le importa, iré hacia la celda para no perder tiempo. Además, me gustaría ver quién es la «afortunada» —dijo con un cierto tono cínico en la última palabra.

—Claro, cuando salga de la reunión con el preso, si le apetece y tiene tiempo, estaré encantado de volver a hablar con usted.

Álex cerró la puerta del despacho del alcaide y seguido, la de la secretaria. Conocía muy bien el camino hasta la sala de visitas.

Cruzó el penitenciario entre agentes con caras nuevas y conocidas.

Mientras cruzaba los tristes pasillos del centro, no consiguió evitar pensar en Víctor, el guardia que colaboró con Néstor para que escapara.

Se acercó al guardia que gestionaba las salas.

—Sí, he recibido una llamada desde dirección, tengo que llevarle a una sala vigilada.

—¿No lo es en la que está ahora?

—No, son privadas, ya sabe… —dijo el guardia, guiñándole un ojo—. Son para la familia o visitas de cierto tipo.

Álex arrugó el ceño.

—Yo también soy familia, quiero esa habitación.

—No puede —respondió el guardia.

—Conozco a Néstor Luna desde hace tanto tiempo y he pasado tanto con él que me considero familia. Deme esa sala, por favor.

—Sargento Cortés, no creo que se pueda.

A Álex le costó varios argumentos convencerlo, pero lo consiguió y lo acompañó a donde estaba Néstor.

Los minutos vis a vis con la chica se acabaron, giró la enorme llave y abrió la puerta.

—Se acabó el tiempo, Casanova —dijo el agente, y se escuchó un sonoro beso.

Álex apareció por detrás del guardia y se encontró de frente a la chica.

La mujer, que no se lo esperaba, dio un paso hacia atrás.

—¡Por todos los truenos! Álex Cortés en persona. ¿Cómo puede ser que aparezcas aquí?

—Quería conocer a la afortunada.

—Te presento a Clara. Clara Martínez —presentó Néstor, y Álex hizo un ligero movimiento de cabeza.

—Es muy guapa —respondió Álex mirando a Néstor con una cierta dosis de enfado contenido—. ¿Le darás el mismo trato que le diste a Mary?

Néstor sonrió.

—Eso es un golpe bajo.

—No, es la verdad. ¿Lo sabe esta pobre chica?

—Bueno, es tarde, cariño, nos vemos en unos días —insistió Néstor, empujándola fuera antes de seguirla.

Álex lo cogió de un brazo y lo arrastró de nuevo al interior.

—No tan deprisa, tú y yo nos quedamos aquí.

—Pero esto es para la familia —bramó Néstor al guardia.

—Tú y yo casi somos familia, ¿verdad, Néstor?

—Tenéis treinta minutos —advirtió el guardia mientras sacaba a la muchacha.

Néstor vio cómo la puerta se cerraba en su cara y cómo la fuerte mano de Álex, como una tenaza hidráulica, lo aferraba por la yugular y lo arrastraba hacia dentro.

Si gritara, a Néstor nadie lo vería ni escucharía; era una sala insonorizada sin cámaras.

—He venido a hablar contigo, cara a cara, hijo de perra —le ladró Álex con un resentimiento acumulado.

16

Lo mejor de cuando tienes un problema es afrontarlo.

Como cuando un grano molesta, que hay que reventarlo.

Álex no pudo contener la rabia que tenía con la situación que se estaba produciendo. Se sentía como Bill Murray en un *Lost in translation* policiaco ambientado en la ciudad condal.

Todo estaba comenzando otra vez y los detalles de los casos no tenían un formato nuevo, eran parecidos a los que había implementado Néstor Luna en sus asesinatos.

Álex lo cogió por el cuello y lo arrojó contra la pared.

Esa sensación de poder y de tomarse la ley por cuenta propia en parte le gustaba, y lo peor era que eso era adictivo.

—Habla, hijo de perra. ¿Quién es?

—¿Qué estás diciendo, Álex? Lo que me estás haciendo es ilegal, va en contra de los derechos humanos.

—Me la traen floja los derechos humanos. Hay vidas en peligro y quiero que me ayudes y me digas todo lo que sepas, ¡bastardo!

—Me cuesta respirar —dijo con dificultad—. Suéltame, no respiro.

Álex, con el ceño fruncido y las pulsaciones aceleradas, lo sujetaba como un maniquí.

Sentía dentro la impotencia de años canalizada en la mano; nunca antes habían podido estar a solas, sin nadie que lo viera o sin que quedara rastro de la reunión.

Cuando Néstor comenzó a tomar una ligera tonalidad rojiza, lo soltó.

Néstor se apartó y dio un par de respiraciones hondas, sujetándose el cuello.

—¿Estás loco?

—Me da igual lo que digan las leyes. Si estás ayudando a criminales ahí fuera a seguir con tu legado, estás arreglado. Como no me ayudes a pillarlo, te mataré con mis propias manos.

—No sé de qué hablas.

—Lo sabes perfectamente, hijo de perra —gritó, apuntándolo.

—No. No sé… ¡Oh, vale! Dices que… No me lo puedo creer.

—No me vengas con esas, Néstor, que te conozco como mis bolsillos.

—Te prometo por Dios que no sé quién es ese pirado.

—Tus promesas valen menos que tu vida. No me lo creo. ¿Quién es?

—¡Que no lo sé! ¿Cómo tengo que decírtelo?

Álex, con la rabia derramándose de sus ojos, dio un paso hacia Néstor y este lo hizo hacia atrás; se cayó en la cama.

—¡Acuérdate de estas palabras, Néstor Luna! Como un día sepa que tú estás detrás de este asesino, vendré a buscarte y, me da igual cómo, pero te arrancaré la cabeza, ¿me has entendido?

Néstor hizo una mueca desafiante.

—Das miedo, ¿sabes, sargento?

—Más vale que te lo tomes en serio, yo sí te juro por lo que sea, incluso por Dios, que lo voy a hacer.

—¿Lo jurarías por tu querida Karla, refugiada en su casita de los papis con una depresión de caballo?

—¿Qué vas a saber tú?

—En este lugar no puedes comprar una kalasnikov, pero sí consigues toda la información que quieras —confirmó con arrogancia.

—¡Como la toques…! O le pase algo, te las verás conmigo.

—Álex, que no ves que estoy aquí. Además, ¿no has visto esa flor de primavera? Me he enamorado. ¡Me caso, Álex! Estoy contento, feliz, cambio de vida.

—Podrás engañar al nuevo director con donuts frescos o con tus discursos grandilocuentes, pero a mí ya hace tiempo que no me tomas el pelo.

—Muy agudo, amigo, muy agudo.

—Esa chica no sabe dónde se está metiendo.

—Lo sabe muy bien, lo tiene muy claro, y me quiere.

—Ya hemos pasado por esto, Néstor. Víctor fue una pieza que sacrificaste sin miramientos.

—Víctor era diferente. Pero dime una cosa… —dijo mientras apoyaba la espalda contra la pared, lo más lejos del sargento, y reposaba los pies en la cama con las piernas dobladas—. ¿Por qué deberías estar yo detrás de ese tío?

—Sencillo, cadáveres por Barcelona, indicios, criptogramas, un laberinto, un logo macabro como una firma. Partes de un cadáver enviadas a mi persona en una bolsa al vacío. ¿Te suena de algo?

—No lo sé, ¿debería?

—Es tu copia, un tío que está siguiendo tu trabajo.

—¿No has pensado que podría ser un imitador y ya está?

—No. Hay cosas que no sabe nadie. No se filtraron a la prensa ni en ningún sitio. Solo lo sabíamos tú y yo —exclamó Álex, señalándolo con el dedo.

El que era el asesino en serie de los criptogramas, arrogante y sin nada que perder, había cambiado de actitud. Néstor, el depredador, se sintió presa y enjaulado en esa estancia sin salida, sin ayuda, sin redención.

—¿Sabes cuántos familiares de víctimas pagarían para tenerte así? ¿Para darte de hostias hasta matarte?

—No sabría.

—No te hagas aún más el listillo. ¡Muchas! Y te aseguro que yo hago este esfuerzo porque tengo que coger a ese tipo.

El preso levantó los brazos.

—Adelante.

Álex cerró los puños y apretó las mandíbulas, como un toro a punto de embestir al torero.

—¡No! —espetó más a sí mismo que al preso, luego pensó en Karla; ella le gritaría que no hiciera ninguna tontería de la que se arrepintiera.

Respiró profundamente. Cogió una silla de la pared y la acercó a la cama donde Néstor estaba sentado.

—Te propongo un trato.

—¿Un trato? —preguntó Néstor con casi incredulidad—. A ver.

—Tienes que ayudarme, ¿quién es?

Néstor, como si hubiese cambiado de conversación, miró a su alrededor.

—¿De qué hablas?

—Del asesino que hay ahí fuera.

—No sé nada.

—Escúchame, un trato. De esos que te gustan tanto a ti hacer con la gente, ¿ahora resulta que ya no te gustan? ¿En serio no quieres hacer un trato conmigo?

—De acuerdo —respondió.

Álex levantó una ceja, sin dar crédito a esa respuesta.

—A ver —respondió Álex.

—Tú me haces una pregunta y yo te hago otra.

Hubo un silencio entre los dos.

—Empiezo yo —se adelantó Néstor.

Álex tragó saliva e hizo un gesto con las manos.

—Cuando eras un adolescente o antes, ¿nunca le tocaste el pecho a tu hermana?

—¿Cómo? —preguntó con tono de incredulidad.

—Sí, ¿le tocaste sus jóvenes y sedosos pechos? ¿O incluso mirado por la fisura de la puerta, un día que se estaba duchando?

Álex esperó un segundo, sin decir nada, pero su interior era una olla a presión. Hablar de su hermana era como tocarle la fibra más íntima y delicada. Ese hombre, que había cortado la mano de Ana y la había abandonado en un pozo para que muriera ahogada por la lluvia, seguía jugando con él. Entendió que se había equivocado al ir allí. Ese tío no diría nada.

Se levantó furioso y dio una patada a la silla en la que estaba sentado. Esta se estrelló contra la pared. Néstor lo vio y ni se inmutó. Solo siguió la silla con un movimiento de ojos.

Álex se acercó a Néstor y, con toda su fuerza, le propinó un puñetazo.

17

En el momento en que decidió lanzar su derecha en plena cara de Néstor no era él.

Ese puñetazo fue lanzado por todos los padres, maridos, esposas, abuelas y amigos de las víctimas a los que ese excremento de la sociedad había hecho sufrir.

Todos unidos en un solo gancho que sus brazos esculpidos en el gimnasio representaban.

Cuando el puñetazo estaba en el aire, sintió libertad, desahogo. Toda una energía acumulada que se desprendió en un instante. De la misma forma que una bomba atómica en una décima de segundo suelta sus megatones de energía, desatando una devastadora explosión de calor, radiación y onda expansiva, y cuyo impacto tiene efectos inmediatos y catastróficos.

La misma devastación que tendría ese acto.

Cuando la comisión interna se enterara de que un sargento de la policía había apaleado a un preso, solo conseguiría dos cosas: que lo inhabilitaran y que el recluso se convirtiera en un mártir de un sistema judicial que, aparentemente, no funcionaba.

Álex vio a Karla en las pupilas de ese monstruo. Karla, su kriptonita, no estaría nada a favor de sus arrebatos con el sistema.

Consiguió detener el puñetazo a milímetros de la cara de Néstor. Cuando Karla desapareció de los ojos de Néstor, vislumbró el miedo del preso. El dolor físico era lo que soportaba peor, intuyó Álex con el puñetazo ya detenido y sin haberlo golpeado.

Álex jadeaba, de pronto, sintió un alivio por no haberlo hecho. Abrió la mano y le dio solo una ligera pero sonora bofetada. Se la dio con cuidado para no dejar marca. Un puñetazo es desahogo de mierda mental que se tiene en la cabeza.

Una bofetada es un indulto, desprecio, es una falta de respeto más grande de lo que puede ser una paliza.

Una bofetada, limpia, sin rastro externo, sin embargo, que crea una brecha en el interior de la persona.

El preso se quedó con una expresión de no entender bien lo que estaba sucediendo. Pero Álex no tenía tiempo que perder. Se dio la vuelta y se acercó a la puerta para salir. Fue a llamar para que le abrieran, pero se detuvo.

—Te doy la última oportunidad, Néstor. ¿Sabes algo? —dijo, y lo miró de soslayo.

Néstor se aclaró la voz.

—No me has dicho qué tal los pechos de tu hermana…

El policía gruñó y, finalmente, llamó a la puerta, luego se giró hacia él.

—Acuérdate de lo que te he dicho, como sepas algo, te arrancaré la cabeza yo mismo —ladró, apuntándolo con el dedo.

Se giró la llave y Álex desapareció de esa estancia tóxica y llena de mala energía.

Sin decirle nada al guardia, se fue directo hacia el parquin.

Se subió la capucha del chubasquero y se metió en el viejo Mazda. Arrancó y salió del patio del penitenciario derrapando.

Aceleró para ir directo a la central de los *mossos* en Sabadell.

Mientras conducía, repasaba lo que había conseguido entender de todo aquello. La chica italiana, Joan Rovira. La maleta, la firma del asesino en una flor con un laberinto. ¿Cómo encajaba el Asesino del Criptograma con el nuevo individuo?

No tenía ni idea. Todo era aún muy confuso. Se planteó que Néstor quizá no mentía y no sabía nada, que no tenía ningún contacto con ese asesino. Que solo era un imitador, un admirador al que se le había ido la olla y que quería el mismo protagonismo y fama que había conseguido Néstor.

Pero entonces se planteó lo siguiente. ¿Si no sabía nada, por qué le preguntó ese escabroso detalle sobre los pechos de su hermana?

¿Solo por morbo? ¿Por jugar? ¿Para hacerse el importante?

No tenía ni idea. Solo le faltaba eso en su vida.

Pero tuvo que asumir que el rompecabezas pasaba por un despacho del centro de los Mossos d’Esquadra de Sabadell.

Aparcó el coche en el subterráneo, donde habitualmente lo aparcaba para ir a ver a la Dama de la Muerte. Pero en esa ocasión iba hacia otro lado.

Cogió un ascensor hacia los pisos superiores. Entró en la planta segunda y cruzó el vestíbulo y el pasillo. Caminó por este observando las placas en las puertas. Llegó hasta la que ponía lo que buscaba: Inteligencia.

Detrás de esa puerta estaba la respuesta a ese rebús mental que estaba teniendo Álex.

Llamó y esperó a que le dieran permiso. Cuando lo tuvo, entró.

Era un despacho de una sola mesa con un hombre detrás de varias pantallas. Detrás de él, el sol del mediodía entraba por las paredes de cristal azul del edificio.

Se apartó para ver quién era. El chico tenía unas gafas de pasta negra, pelo rubio engominado hacia un lado y una larga barba al estilo hípster. A pesar de llevar una camiseta negra de los Guns N' Roses, era un *mosso* y uno de los más inteligentes del cuerpo. O así le habían dicho.

—¿Álex, Álex Cortés? —dijo con asombro—. ¿Qué haces por aquí?

—He venido a ver cómo procede el Proyecto Pandora.

El hípster dejó ir un sonido gutural.

—Pasa, estás en tu casa.

Álex fue hacia el chico y en los pocos pasos recordó cómo había llegado hasta allí y cómo había comenzado el Proyecto Pandora, un proyecto de alto secreto, un as en la manga contra el peor asesino que la nación había tenido hasta la fecha.

Todo empezó hacía unos meses…

18

Todo empezó hacía unos meses, cuando por un acto de buena fe y de justicia, entregó una caja a Néstor.

Álex se dio cuenta de que a veces, cuando realizamos actos espontáneos y sin pensar bien lo que hacemos, la estamos pifiando.

Hay una intuición que, justo cuando estamos efectuando ese acto, nos dice que nos estamos equivocando. Porque, si hubiéramos seguido nuestra razón y no nuestro corazón, no estaríamos haciendo ciertas irresponsabilidades.

Entregar la caja de toda la correspondencia que Néstor Luna había recibido en meses tenía un cierto grado de peligrosidad.

Ese día fue a hablar con él por un tema de la plataforma de *streaming*, en son de paz, como personas civilizadas que, al final, no eran.

Pero cuando salió, después de haber dejado el obsequio para que de forma rebuscada aceptase colaborar con el proyecto, se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo. Álex Cortés, a pesar de que el anterior director de Quatre Camins no quería, había abierto la caja de Pandora.

Al cabo de unos días, fue directo a hablar con el mayor de los Mossos d'Esquadra. Álex esperó esa mañana un buen rato para que el máximo cargo del cuerpo le atendiera.

—Mayor Aragonés —dijo, entrando en el despacho.

—Sargento Cortés, ¿qué demonios ha hecho ahora para venir y saltarse el organigrama de esta institución?

—He creado un problema y solo usted puede resolverlo.

El mayor se extrañó y Álex le explicó lo de la caja de cartas.

—Cortés, ¿piensa que yo soy el responsable del tráfico de correos? ¿Por qué? —dijo con aversión y aún con un cierto resentimiento después de que no aceptara el cargo de subinspector y seguir sus pasos—. ¿Qué cree que puedo hacer al respecto?

—Tenemos que controlar la correspondencia del preso o…

—¿O?

—O se nos puede ir de las manos con consecuencias graves.

—La ha pifiado, Cortés, estoy de acuerdo con el ilustrísimo alcaide de Quatre Camins. El detenido debería estar en máxima observación e incomunicado totalmente, ¿me oye?

—Como siempre, usted tiene razón, pero detrás de este error hay una oportunidad.

El mayor subió las cejas y arqueó la boca, sorprendido.

—A ver, en esta cagada, ¿dónde ve usted la oportunidad?, ¡sorpréndame!

—No sé cómo, pero tenemos que considerar que, si Néstor Luna tiene correspondencia con el exterior, podemos tener siempre un control sobre con quién habla y, sobre todo, de qué hablan, ¿me explico? —dijo Álex con un brillo especial en los ojos y un puño levantado, como si dentro tuviera un superpoder. El poder de la información.

El mayor lo miró perplejo, no acababa de entender a dónde quería llegar y si todo lo que le proponía valía la pena. Pero algo en el jefe máximo de los *mossos* despertó una cierta inquietud por ser el mismo Néstor Luna y debido a su historial.

—Es arriesgado. Si la prensa se entera, será un problema institucional y de Estado. Seríamos el hazme reír de todos los cuerpos del país.

—Lo comprendo —respondió Álex con un gesto con la cabeza.

El mayor respiró hondo y apretó el botón del telefonillo que estaba apoyado en el escritorio.

—Dile a Quimet Tarradellas que venga.

Cuando Álex escuchó el nombre, se habría echado a reír. De primer impacto, a alguien con un nombre así no le habría dado un encargo tan complicado como ese. Pero una vez más, Álex se equivocaba.

A los pocos minutos, entró en el despacho del mayor el tal Quimet con una camiseta de los Ramones, barba de hípster y ojeras de trasnochador.

El jefe los presentó y les dijo que trabajarían juntos en el proyecto.

—Escanearemos toda la correspondencia de Néstor Luna, tanto la que ha recibido como la futura. La entrante y, sobre todo, la saliente. Tenemos que estudiar patrones, queremos saber con quién se escribe, de qué habla, qué terminología están usando, quiero un listado actualizado de toda la gente que le escribe y de qué hablan. Si usan códigos, si usa argots, si usa nombres raros o patrones en clave. Todo. Tenemos que saber todo de este tío, ¿está claro? —ordenó el mayor —. Lo llamaremos Proyecto Pandora.

El tal Quimet asintió y grabó en su cerebro prodigioso todo lo que el mayor había dicho.

Así, el proyecto comenzó con un error que se convirtió en una oportunidad. Ahora le tocaba a Álex saber si esa información le podía servir para el asesino de las maletas.

19

Escuchar las palabras «estás en tu casa» a Álex lo tranquilizó.

Quimet Tarradellas era bipolar. Su cerebro poderoso estaba sujeto por una estructura emocional que se resentía por la falta de empatía y cambios de humor. Como un motor de un Ferrari en su viejo Mazda, un experimento poco recomendable.

Álex se acercó a su lado.

—¿Cómo te va, Álex?

—Bueno, hay días de todo.

—Cierto. Podríamos estar peor, sin saber qué hacer, en una hamaca en la playa con una caipiriña y sin trabajo. Suerte de los chiflados y los malhechores.

Álex lo miró de reojo.

—¿Qué tienes para mí?

Quimet se rascó la barba y se pasó los dedos por el bigote, jugueteando con la punta del mismo y enroscándolo.

—No tengo mucho, la verdad. La lista sigue igual. Los de siempre, todos los lectores son como *fans* de lo macabro. He entrado en sus teléfonos a distancia, en sus Alexa y toda esa mierda, y nadie parece ser un asesino en potencia.

—¿Nadie ha comprado nada fuera de lo común?

El *mosso* de inteligencia negó.

—Desde que me llamaste con el caso de las maletas y demás, lo he estado revisando y nada, Álex. No sé, de momento no tienen contacto según nuestra información.

Álex asintió y bajó las orejas.

—¿Y con la tía esta, una tal Clara?

El hípster se recolocó las gafas y se acercó a la pantalla.

—Clara Martínez. Intercambiaron un par de cartas y desapareció del mapa, nunca mejor dicho —dijo, y se rio solo.

—Pues se casa con ella. Contrólale Alexa y todo lo demás.

—Esa tía tiene un móvil y poco más. Tiene un trabajo precario, sin coche, sin ordenador. Una manchita de nada. Está limpia.

—Sigue controlándola, no me gusta un pelo todo esto —afirmó Álex, y le dio una palmada en el hombro—. Buen trabajo, me tengo que ir.

—En cuanto tenga novedades, te pego un toque —indicó Quimet mientras el *mosso* se marchaba.

A Álex no le quedó más que salir del despacho y dirigirse hacia el aparcamiento.

Arrancó el Mazda y se fue hacia la comisaría.

La carretera estaba vacía esa tarde. Se dio cuenta de que tenía hambre.

Mientras recorría la autovía hacia Barcelona, sintió que algo le rechinaba; algo que lo llevaba de cabeza, ¿y si Alan se había equivocado?

Apretó un botón de la radio e indicó a la asistente del móvil que llamase al informático forense.

—Alan —dijo antes de que el otro pudiera contestar—. ¿Has vuelto a controlar el encriptado?

—Tío, no me he ido a dormir aún, ¿sabes? Estoy repasando y es la única solución que me sale. No sé. No sé qué decirte. Es que hay infinitas soluciones, pero es la única lógica.

—Maldita sea, Alan, es que no había nada —bramó Álex mientras daba un manotazo en el volante.

—¿Qué quieres que te diga? Ya me lo has dicho antes, yo no tengo una varita mágica —respondió un poco alterado—. Ven tú a lidiar con el sistema César o Vigenére.

Álex suspiró y bajó un poco la ventanilla.

—Está bien, Alan, sigue. Te llamo más tarde.

—No hace falta, no es preciso, Álex —dijo, mientras que el otro colgó.

Siguió por la autovía de Sabadell dirección Barcelona y entró por la Ronda Litoral.

Si Alan estaba seguro de que allí tenía que estar, debía encontrar algo sí o sí.

Metió el Mazda en un aparcamiento subterráneo y regresó a la plaza de Correos.

La plaza, de día aunque bajo la lluvia, podía desvelar algún detalle más. Un indicio que no se hubiera revelado la madrugada anterior.

Farolas, bicicletas rojas de Barcelona, baldosas en forma de flor. Rebuscó y repasó la plaza entera. Los transeúntes lo miraban como si fuera un loco, o peor, un drogadicto.

—Nada. Este no puede ser el lugar —susurró Álex.

Se sentó en la terraza donde había tomado un café esa mañana y pidió una ensalada y una cerveza. Necesitaba un poco de líquido ámbar para refrescar las ideas.

El camarero le dejó el plato y comenzó a comer con avidez.

La cara pop de Barcelona lo observaba inquisidora, como si le estuviera juzgando por lo que no encontraba en esa maldita plaza de Correos.

A cada bocado, le resultaba más agria y amarga la comida.

¿Por qué lo había enviado allí si no había nada?

¿Estaría dentro del edificio de correos?

Si fuera así, debería conseguir un equipo de muchos hombres para darle la vuelta como un calcetín a ese lugar.

Además, era muy poco probable que el subinspector, después de las falsas alarmas, diera la cara con un juez para que, junto a decenas de agentes, investigaran en ese lugar.

Cuanto más lo pensaba, más improbable le parecía.

Con el paso de los minutos, la cara pop lo incomodaba más y más.

Cuando terminó de comer, pidió un café y reapareció en su mente la periodista inglesa.

¿Por qué había vuelto?

¿Por qué ahora?

Todo era demasiado complicado y confuso. Las coincidencias no existían, lo sabía muy bien.

Pagó y se fue. Regresó a la comisaría y, después de revisar unos *mails* y hablar de los no avances de la investigación con el subinspector, fue a buscar a su hermana.

La idea de ir a ver a Karla en medio de esa tormenta no le gustaba, pero lo hacía por Ana y, sobre todo, por Karla.

Dejó el Mazda y se fueron con el todoterreno de Ana. Cuando llevaban un rato por la autopista, Álex se giró hacia su hermana.

—¿Se puede saber por qué tenemos que ir hasta la otra punta de la región? —espetó Álex, conduciendo el coche.

Ana se giró con calma y contestó sosegada.

—Cuando te piden ayuda los amigos, ¿qué haces? ¿No vas?

—Pero ¿por qué hoy, maldita sea?, estoy en medio de una investigación.

—Álex, no me fastidies, tú siempre estás en medio de una investigación. Siempre tienes un supercaso que resolver. Tú siempre tienes algo mejor que hacer que venir a ver a tus sobrinos. Desde cuánto hace que no vienes a comer a casa de los papás los domingos.

Álex suspiró, puso el codo en la franja de la puerta donde comienza la ventanilla y apoyó un dedo en la boca.

—Los amigos no buscan agujeros en tu agenda para tener problemas —afirmó, mirándolo con perplejidad.

—¡Ya lo sé! Pero estoy en medio de un problema y no consigo encontrar la solución.

—Karla tampoco la encuentra.

—No sabía nada.

—Lo sé, Karla es demasiado orgullosa para preguntártelo a ti. Le he dicho que iría en tren y en taxi. No sabe que vienes.

—¿Y por qué quieres que vaya entonces?

—Pues porque fuiste su pareja durante mucho tiempo y sé que la ayudará.

Álex se quedó callado unos instantes, pensando.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué sabes de ella? ¿Cómo está?

—Pues fastidiada, ¿cómo va a estar? —dijo con tono de reproche, como si fuera una madre —. Ha pasado por un aborto espontáneo cuando el feto estaba avanzado, una cesárea, un funeral y la separación de su novio. Nada más. ¿Cómo quieres que esté? —Álex hizo una mueca con la boca—. ¿Cuántas veces la has llamado en estos días? —preguntó ella, y se quedó callada para saber una respuesta—. ¿Ves? Encima eres amigo y compañero de comisaría. Me parece alucinante, Álex, no pareces ni tú.

—Bueno, le envié unos mensajes, ¿qué quieres?

Ella se giró con una cara de no dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Unos mensajes, claro. ¡Unos mensajes! ¿Pero qué pasa con las llamadas de teléfono? —gritó, ya harta, levantando los brazos—. ¿Qué pasa, que ya no llamamos por teléfono? Eso es lo que importa, es lo que se necesita, escuchar a los demás. No un texto. Un frío, aséptico y apático conjunto de letras en una pantalla, ¿lo pillas?

—Sí —respondió, alargando la respuesta y con tono enojado—. Lo pillo.

—Bien —respondió Ana—. Por lo tanto, si vienes, sé amable y comprensivo y no una mala copia de Pepo, nuestro abuelo materno.

Él se giró de repente.

—¡Qué dices! Yo no soy como él.

—Ya, lo veo. Eres exactamente igual, una copia calcada. Déspota, malhumorado. Igual.

Álex gruñó porque sabía que Ana tenía razón.

—Quiero que sepas algo, Álex. Considera que Karla está pasando un mal momento. Perder un niño tan próximo a nacer traumatiza y mucho. No le digas que ha cambiado, que está diferente. Lo estará, pero no se lo hagas ver, de momento. El camino del luto es largo. Por eso vamos, para arroparla, ¿de acuerdo? —preguntó ella, mirándolo.

Álex suspiró y se giró con el ceño arrugado.

—De acuerdo —contestó, seco.

A partir de ahí, la dejó hablar durante todo el trayecto restante.

El todoterreno cruzó la provincia de Gerona para llegar a la Costa Brava. Salió por la autopista y tomó la N-260 para llegar a Llançà. Originariamente, un pueblo de pescadores convertido en la época dorada en segundas residencias de lujo con vistas al Mediterráneo.

El sol estaba desapareciendo cuando llegaron al pueblo marítimo.

El GPS de Ana los llevó a una parte que parecía un viejo barrio, casas bajas, todas blancas y humildes por fuera.

Álex encontró un aparcamiento y cogieron las maletas. Fueron hasta el número que indicaba el móvil. Había una puerta de madera de un azul tirando a lila con el número encima.

Ana apretó el timbre y los dos hermanaos se miraron a la cara.

A los pocos instantes, la puerta se abrió dejando salir una calidez y una luz que provenía del interior. Karla apareció detrás de la puerta. Llevaba el pelo corto y vestía con un jersey gris de lana.

Álex se sorprendió de verla tan diferente y tan guapa.

Un áurea de luz la envolvía y la hacía resplandecer. Karla, que no sabía que Álex acompañaría a la criminóloga, se quedó sin palabras.

En los ojos de ellos dos apareció una emoción que hacía mucho tiempo que no se apreciaba, chispeando de vibración.

—¿Ves, Álex?, te dije que os vendría bien volver a veros —confirmó Ana con tono cómplice mientras le daba dos besos a Karla.

20

Karla había abierto las puertas de su casa a los hermanos Cortés.

Se quedó de piedra por unos instantes al ver que Ana no había ido sola. En el fondo, había esperado que, a pesar de llamar a la hermana, él la hubiese acompañado.

Álex, cuando vio a su compañera, se dio cuenta de cuánto la había echado de menos.

Después de los dos besos de Ana, se acercó Álex y se abrazaron. Fue sentido, lleno de emociones y largo. Como ese abrazo de un viejo amigo que, después de mucho tiempo, regresa a la vida de alguien.

Al finalizar el abrazo, se miraron a la cara y se sonrieron.

—Venid, os enseño la casa —dijo Karla mientras los acompañaba hacia la sala de estar—. Esta es mi humilde morada.

La casa de verano de la familia Ramírez era una vivienda de pescadores rehabilitada. A dos pasos de la playa y, como si fuera un cuadro más, el Mediterráneo coloreaba la estancia con su azul otoñal. Las últimas luces del ocaso permitieron ver la privilegiada ubicación del edificio.

La mujer enseñó las habitaciones y dejaron las maletas cada uno en su dormitorio; Ana, en uno al otro lado del pasillo y Álex, el contiguo a la anfitriona.

—Nunca me habías traído a esta casa —dijo Álex mientras dejaba su mochila con cuatro cosas dentro.

—No suele estar libre, mi familia la usa mucho y si no, siempre aparece un pariente que nos la pide.

Álex se acercó a la ventana y apartó las cortinas. Desde esas vistas se podían ver las embarcaciones amarradas en el mar y pinos que se movían por la brisa.

—Te echo de menos —dijo él, mirando por la ventana.

Ella sonrió, pero no contestó.

—Ven, la cena está lista —informó Karla, y se dio la vuelta.

Fue hasta la cocina y acabó de servir lo que había preparado. Sacó una bandeja de sardinas al horno con ajo, aceite de oliva y perejil.

Y otra bandeja con patatas, también al horno.

Ana se sentó y el hermano hizo lo mismo.

La cocina era un espacio abierto al salón comedor.

Karla sirvió la cena.

—Las he comprado esta mañana en la lonja, son fresquísimas estas sardinas.

Álex comenzó a devorarlas. Había tenido un día largo y comido poco. A pesar de estar en esa casa maravillosa y con las dos mujeres más importantes de su vida, su mente no dejaba de escapar e irse a las coordenadas del asesino.

Veía cómo hablaban las dos mujeres mientras aparecía Emily, la periodista, en su mente.

Luego, la prometida de Néstor y Quimet, de la informática de Sabadell, estudiando todas las cartas de correspondencia del detenido de Quatre Camins.

—Cuando Álex ha sabido que venía, ha querido acompañarme —mintió Ana, y dio un ligero codazo al hermano para que regresara a la cena—. ¿Verdad, Álex?

Álex prestó atención a la mesa.

—Sí, claro. Cuando me lo comentó, pensé «tengo que ir a ver cómo está mi Karla» —exclamó él.

Karla sonrió.

—Me lo imagino, como que no tienes nunca nada que hacer, ¿verdad? —añadió Karla, y de repente cambió de expresión—. ¿De quién era el dedo?

Álex se sorprendió de la pregunta.

—¿Cómo lo sabes?

—Mis chicos me mantienen informada.

Álex arrugó el ceño.

—Les dije que te dejaran en paz.

—Nos los culpes a ellos ni busques quién ha sido, soy yo quien ha insistido.

—Tienes que descansar, Karla.

—Ya, pero aquí me aburro. Saber me mantiene viva, al corriente de lo que pasa detrás de esa puerta —dijo, indicando la entrada.

Álex negó.

—Te entiendo, es normal —dijo Ana—. Estar aquí sola, y después de todo el frenesí de los días de la comisaría, es difícil rebajar ese ajetreo y soportar un exilio como este.

—Muchas personas lo firmarían ahora mismo —intervino Álex.

—Ya, una semana, pero más días se convierte en una tortura no saber qué pasa fuera —añadió Karla—. Sobre todo, si no avanzas.

—¿Es lo que sientes? ¿No avanzas con el psicólogo?

—Es un jovenzuelo, no sabe mucho. Necesita más experiencia, la verdad.

—Bueno, mañana estamos un rato juntas.

—¿Podemos hablar un rato luego? —preguntó Karla.

—Claro —respondió Ana.

—¿A solas? —añadió Karla, mirando a Álex.

—Claro. Para eso estamos aquí, yo me voy a dormir.

—Gracias —asintió Karla—. ¿Queréis postre?

Los dos hermanos negaron. Después de un rato de sobremesa, recogieron y Álex, tal y como había prometido, se retiró a su habitación. Saludó a las dos mujeres y se fue al baño. Lavados los dientes, regresó a su habitación y vio cómo las dos mujeres hablaban en los sillones.

Sonrió.

Sintió que ellas dos necesitaban hablar y Karla, un sacacorchos para sacar toda la mierda que el cerebro crea cuando pasan traumas o situaciones complejas en nuestra vida. Karla necesitaba una amiga que hurgara en sus emociones y la hiciera vomitar los pensamientos que estaban creando túneles en su alma, como carcoma.

Encendió la luz de su mesita de noche y se puso a leer uno de los libros que encontró en la librería de la casa. Los ojos aguantaron un par de páginas y se cerraron, sin previo aviso.

Durmió por un tiempo que no pudo determinar y se despertó con el girar de la maneta. Sacudió la cabeza y se incorporó en la cama.

La puerta se estaba abriendo.

El corazón de Álex se disparó. ¿Estaba soñando o era real?

Cuando la figura de Karla apareció en el umbral oscuro del pasillo, entendió que era real.

21

La imagen de Karla había cambiado.

De la chica dura, vestida siempre con ropa roquera y con el pelo largo, a una imagen más tranquila y hogareña.

El pelo corto le había quitado de un plumazo casi cinco años. Su rostro parecía más relajado, más terso. Habían desaparecido las arrugas del estrés.

—¿Se puede? —preguntó con voz temerosa.

Álex se incorporó en la cama y tosió.

—Claro, es tu casa.

Se la veía con una cierta timidez que le recordó los primeros meses que estuvieron juntos en la academia.

Karla ya no llevaba el jersey de lana, sino un pijama con ositos y tarros de miel.

Se sentó al lado del hombre. Se miraron con profundidad mientras se sonreían.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Antes, cuando dejaste tu mochila, me dijiste algo, pero me fui algo asustada.

—Te dije que te echo de menos. ¿Eso te asusta?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó él, acariciando su pelo corto, que a duras penas le llegaba al hombro.

—¿Te gusta?

—¿Qué?

—Mi pelo.

—Tienes un pelo precioso, lo lleves como lo lleves, sigue siendo maravilloso.

Ella se sonrojó. Álex sintió como la mujer dura y contundente se había transformado de nuevo en la misma chica que había conocido hacía años.

—¿Por qué te lo has cortado?

Ella subió los hombros.

—Necesitaba un cambio.

Él subió las cejas y las enarcó.

—¿Sientes que necesitas algún cambio más?

Ella suspiró y se acercó un poco a Álex. Lo miró con toda la profundidad de sus iris marrones. Su rostro transmitía deseo y ayuda. Un cóctel difícil de entender para Álex, que no sabía bien cómo podía ayudarla.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo ella mientras le cogía la mano y la apoyaba en su pecho. La mujer no llevaba sujetador y, a pesar de que ella quería que sintiera su corazón, la mano sintió su pecho firme—. ¿Lo notas? Está disparado.

Álex, al sentir el corazón acelerado, le preguntó:

—Dime.

Ella se lo pensó un instante más.

—¿Puedo dormir contigo?

Él sonrió y tragó saliva.

—Me encantaría.

—Tranquilo, solo dormir. No quiero molestarte.

—Qué tonta eres, tú nunca molestas. Hace tanto… —dijo, y apartó el edredón para que pudiera entrar. Luego ella apagó la luz y se acurrucó en el cuerpo de Álex.

—Hace tanto… ¿qué? —preguntó ella.

—Hace tanto que no dormimos abrazados, juntos, como cuando…, ya sabes.

Ella sonrió.

Una vez colocados en cucharita, ella le dio un beso en el cuello.

El calor de Álex comenzaba a penetrar en el alma de ella.

Karla fue apretándolo fuerte a su cuerpo.

—Echo de menos tu olor, tus caricias, tus besos —dijo ella.

—Pues aquí me tienes…

—Ya… —respondió con un tono no muy convencido.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Karla, nos conocemos.

Ella suspiró.

—¿Qué te pasa?

—No hablo de una noche, no hablo de sexo, hablo de la vida. Hablo de que todo es efímero, todo pasa y ni nos enteramos de que ha pasado.

Álex arrugó el ceño y sintió la melancolía en las palabras de la chica.

Suspiró y se dio la vuelta, dándole la espalda a la ventana. La luz de la luna que reflejaba el mar se espejaba en el rostro de Karla.

Álex sacó del edredón la mano para separar su pelo de la frente. Luego, la miró fijamente, como en la época de la academia, cuando la pasión y el amor se fusionaban con las ganas de vivir. Con las ganas de afrontar el futuro juntos, convencidos de haber encontrado una pareja para la vida, pasase lo que pasase.

—Estás guapísima —afirmó él.

—Eres un adulador, siempre lo has sido.

—Te equivocas, soy sincero. Perdona por no haberte llamado en estas semanas.

Ella forzó una sonrisa.

—No te preocupes, estás muy ocupado.

—Sí, lo estoy, pero no debería estarlo para las cosas importantes, para las personas importantes de mi vida.

—¿Sí?

—Sí, tú eres muy importante para mí.

—No podía hacer otra cosa, Álex, estaba embarazada y no quería abortar.

—Shhh —susurró él, poniendo un dedo delante de su boca—. Has hecho lo correcto.

—Ya, pero…

—Pero nada. Has hecho lo que te ha dictado el corazón.

—¡No! Te equivocas, hice lo que me dijo la cabeza, no el corazón.

Él arrugó el ceño.

—Si hubiera hecho lo que me decía el corazón, habría enviado a la porra a Marcos. Y no lo hice. Me arrepiento tanto, Álex —dijo, se aproximó y apoyó los labios encima de los suyos.

Le dio un beso. Entre el amor de ese beso notó lágrimas. La poca luz que había en la estancia no permitía ver los ojos de la chica.

—No llores —respondió él al retirarse ella.

—Lo siento tanto.

—No te reconozco, Karla —dijo, y al momento se acordó de lo que le había dicho su hermana—. Quiero decir que has cambiado —rectificó, y lo empeoró.

—Lo sé, lo siento. Es como si tuviera un monstruo dentro de mí que me roba la alegría, las ganas de vivir —confesó—. Y no consigo sacarlo.

Álex le pasó un dedo por la frente y siguió despacio por la nariz. Sus rostros, apoyados en la almohada, estaban relajados.

Repasó la punta de su nariz, casi afilada por la genética. Luego siguió por los pómulos y pasó la palma de la mano por su mejilla. Subió por la barbilla y pintó con un dedo sus labios. Recorrió las comisuras de la boca un par de veces, hasta que consiguió que Karla sonriera.

—Me haces cosquillas —confesó ella.

Siguió por el arco de Cupido y subió de nuevo por la nariz.

Se detuvo y los ojos de ella se volvieron a perder en los verdes de él.

Volvió a besarla y se separó un palmo de la cara de Karla.

Ella sonrió y se acercó de nuevo a él. Entonces ella le dio un beso apasionado.

Al ver que él no se oponía, siguió besándolo y coló su mano por el pantalón del pijama.

—¡Uf! Me encanta que sigas durmiendo sin calzoncillos —afirmó ella mientras encontraba su miembro, que ya estaba preparado para lo que pudiera suceder.

22

Cuando la vida te sorprende con una noche inesperada.

Álex sintió como el destino entraba por la puerta y los llevaba de nuevo a la estancia del oscuro y horrible piso de Sabadell, cuando aún estudiaban.

Espantosos muebles, pero donde nació el amor entre los dos.

La mano de ella entraba cada vez más hondo, de los pantalones y de la situación. Su mano había calado demasiado profundo como para detenerse. Y así fue.

Álex se quitó la camiseta, enseñando sus abdominales y bíceps trabajados en el gimnasio.

Le quitó la camiseta a Karla, dejándola con los pechos al desnudo.

Comenzó a besarla por el torso. Siguió dibujando su cuerpo con la lengua, bajando por la cintura y apartando el pantalón, para llegar a su ingle y más abajo, donde le dio placer con la boca.

Ella sujetó su cabeza, como si apretándola, le pudiera dar aún más goce.

Karla susurraba su nombre.

Cuando estuvo muy cerca del orgasmo, lo apartó y le quitó con un gesto rápido el pantalón; apretó su culo para que la invadiera con su miembro duro.

Álex entró y tuvo una explosión de placer. Con cada una de las veces que su cintura bajaba y subía, se planteaba por qué lo habían dejado. Por qué sus caminos se habían separado de algo tan bonito que rebasaba el sexo. Eso era amor.

Ella susurró que lo hiciera más fuerte, más fuerte.

A escucharlo, Álex comenzó a complacerla.

Con el paso de los minutos, ella gritaba a cada embestida de Álex.

Los dos sintieron como el placer se hacía cada vez más grande, a punto de llegar al clímax.

Él, cuanto más gritaba ella, más se excitaba.

En medio de los gritos de ella, los dos llegaron a la vez. El estallido del gozo y del orgasmo dejó al descubierto sus jadeos, que se iban relajando poco a poco.

Álex le dio besos en la frente y en la nariz, y en la boca.

—Te echaba de menos.

—Y yo.

Entonces él regresó a su lado y se quedó mirando el techo, acabando de sentir el chute de felicidad que le había regalado la vida y la mujer.

—¿Crees que tu hermana nos ha oído? —susurró ella.

Álex se lo pensó un segundo y no pudo aguantar la risa.

—Te mentiría si te dijera que hemos sido discretos —respondió él.

Ella se tapó el rostro con la mano.

—Me encantas, ¿te lo había dicho? —dijo él.

Ella se acercó a su oreja.

—Me encanta cuando estoy debajo todo el rato. Debajo hay más placer.

—Traviesa —respondió, miró el reloj y vio que eran las dos pasadas—. Es tarde, ¿dormimos?

Ella asintió y se volvió a vestir.

Cuando regresaron a la cama de nuevo, vestidos y abrazados, ella le susurró:

—Quisiera que esta noche no se acabara…

Él no contestó porque ya estaba dormido, su respiración lo delató.

Ella lo abrazó aún más fuerte y se durmió oliendo sus rizos apoyados en la almohada.

La noche pasó en silencio, pero un pensamiento despertó a Álex. Sintió el cuerpo caliente de ella aún pegado a él.

La frase de ella estuvo golpeando toda la noche su cerebro.

«Me encanta cuando estoy debajo todo el rato. Debajo hay más placer».

—¡Debajo! Maldita sea. Por todos los malditos diablos, ¡qué idiota que soy! —dijo mientras se despegaba del abrazo de Karla.

Se levantó y se apoyó la mano en la frente.

—Acabo de entender las coordenadas —susurró, y miró a su alrededor.

23

Al abrir los ojos, tuvo la revelación.

Era fascinante pensar que el cerebro no parase de trabajar incluso cuando el cuerpo descansaba.

Se giró, Karla seguía durmiendo a pesar de que se había incorporado y salido de su abrazo.

Bajó de la cama, dejó el pijama a un lado y se puso los tejanos. Continuó con la camiseta negra y la cazadora de piel. Cerró con cuidado la puerta y se fugó de la casa de pescadores rehabilitada.

Solo cogió su móvil y las llaves del BMW. En el momento que arrancó el coche, se dio cuenta de la hora; eran las cinco de la mañana.

Optó por seguir a su intuición, no dijo nada a su hermana. Arrancó el coche y, sigilosamente, abandonó el callejón de las casas frente al mar.

En cuanto lo dejó atrás, aceleró el todoterreno para salir de Llançà.

La carretera que conectaba el pueblo con la autopista la recorrió con las dos manos en el volante, acelerando todo lo que permitía el coche y cambiando las marchas con las levas del mismo volante.

Cuando alcanzó la autopista en Figueres, sacó el móvil y buscó la plaza de Correos en el centro de Barcelona. El GPS decía que en dos horas debería llegar con ese tráfico, pero no estaba dispuesto a restringir la velocidad del coche por las limitaciones.

Apretó el acelerador a doscientos cincuenta y fue adelantando coches, que parecían casi detenidos.

Calculó que en una hora y cuarto estaría en la plaza de Correos, punto geográfico de las coordenadas del criptograma que Alan había descodificado.

Buscó al subinspector en sus contactos y lo llamó; eran las cinco y veinticinco de la mañana.

—Ferrer.

—Subinspector, lamento despertarlo a estas horas, pero lo tengo, ¡lo tengo! He entendido el criptograma —gritó con el BMW a toda velocidad y echando las luces a los coches que se encontraba para que se apartasen.

—Cortés, ¿qué está diciendo? ¡Maldita sea! ¿Se ha vuelto loco o qué?

—No, jefe, lo he entendido. He entendido dónde está el cadáver de Joan Rovira.

Hubo un momento de silencio seguido por un ruido al incorporarse el jefe en la cama.

—¿Quién es, cariño? —dijo una voz femenina que se escuchó de fondo.

—Nada, mi amor, trabajo. Sigue durmiendo —dijo el jefe mientras se levantaba de la cama —. Ahora vuelvo.

Se escucharon unos pasos y cerrarse una puerta.

—Maldita sea, Cortés, está perdiendo sus facultades y su educación. ¡Son las cinco de la mañana! Llevamos ya dos falsas alarmas con los GEI, no quiero que tenga una tercera y que seamos el hazme reír de los Mossos. ¿Me ha entendido?

—Jefe, ahora es diferente.

—Cortés —dijo, respiró y siguió con un tono sorprendentemente calmado—. No voy a enviar otra vez a los GEI.

—Pero, escúcheme —pidió al jefe—. Lo he entendido. ¡Debajo, jefe!

—¿Debajo qué?

—Debajo. No lo había entendido.

—Qué diablos, no le entiendo, Cortés. Hábleme en cristiano.

—Vamos a ver. Cuando tienes que encontrar algo en una habitación, te dan tres coordenadas que determinan el punto exacto. Las coordenadas geográficas se supone que son en la superficie y por eso son dos. Nada más. Pero el asesino no solo nos indicó el punto correcto, sino que faltaba otro dato que nosotros pensamos que era la superficie.

—No le sigo, Cortés. ¿Qué me quiere decir?

—Quiero decirle que está en el subsuelo, maldita sea.

—¿Dónde?

—Sí, debajo de la plaza de Correos hay una estación de metro abandonada. ¿Cómo puede ser que no lo entendiera antes?

—Cortés, lo siento, pero no voy a enviar por una tercera vez a los GEI. Olvídese de sus teorías.

—¿Entiende lo que le digo? ¿Sabe a qué estación me refiero?

—Sé lo que dice, sargento, esa estación está cerrada desde hace cincuenta años. Las entradas están tapiadas. No pienso abrir todo eso por una corazonada.

—No es una corazonada, es lo que hay, jefe.

—Le he dicho que no. Regreso a dormir, a ver si, a pesar de haberme desvelado, consigo dormir unas horas más. Nos vemos luego en la oficina, Cortés —dijo, y colgó sin miramiento alguno.

—De acuerdo, pues esto lo voy a resolver yo a mi manera —espetó el sargento a sí mismo.

El BMW siguió por la autopista hasta entrar por la Ronda Litoral y adelantó a los pocos coches que a las seis de la mañana circulaban.

Salió por la salida veintidós y fue directo por la calle del Doctor Aiguader hasta la entrada del metro de la Barceloneta.

Como decía el jefe, a la vieja estación de metro de Correos le habían tapiado toda entrada para evitar problemas, así que tenía que llegar por otro camino.

Llegó a la boca del metro y dejó aparcado el todoterreno encima de la acera con los cuatro intermitentes puestos. Abrió la guantera y encontró una pequeña linterna, cortesía de la casa constructora alemana.

Cerró el coche y corrió escaleras abajo. Saltó la barrera de entrada y miró el plano. Dirección Jaume I.

Se dirigió al andén; el monitor decía que en un par de minutos pasaría un metro.

Se acercó al borde de la vía, cerró los ojos y esperó suspirando y forzando que la respiración fuera lenta.

Un señor vestido de pintor con una escalera y una maleta lo miraba perplejo; se alejó de Álex pensando que era un drogadicto o un tío que podía dar problemas. Una chica, con una mochila y un libro, repitió el movimiento del hombre.

El silencio en la mente de Álex se interrumpió con la llegada del tren.

Abrió los ojos.

Vio cómo los pasajeros entraban en los vagones y, al cabo de pocos segundos, las puertas se cerraron.

El metro arrancó de nuevo su carrera. El último vagón desapareció por el túnel.

Se giró hacia el monitor y este indicó que el siguiente tardaría unos pocos minutos.

Desenfundó la pistola y encendió la linterna.

Saltó a las vías y avanzó con la pistola apuntando hacia la oscuridad.

El túnel estaba completamente abducido por la oscuridad. El tenue destello de la linterna poco ayudaba en ese espacio que no sabía ni adónde llevaba ni qué encontraría. Comenzó corriendo, con energía y prisas, pero enseguida tuvo que bajar el ritmo por miedo a darse de bruces con algún obstáculo inesperado.

Su corazón palpitaba tan fuerte que sus latidos casi rebotaban en las paredes.

El aire era denso, cargado de polvo antiguo, como si nadie antes que él, desde que cerraron los accesos a la estación, hubiese pasado por allí.

A cada paso, el ruido de las piedras bajo sus pies hacía eco en el túnel vacío y silencioso.

Moho y grafitis abarrotaban las paredes del túnel, muestra de abandono de una de las vías subterráneas de la ciudad.

Cables eléctricos viejos colgaban del techo. A medida que avanzaba, el suelo se volvía más irregular, con charcos de agua estancada y restos de materiales de mantenimiento.

Habían pasado más minutos de los que había calculado, avanzar en esas condiciones era más complicado de lo que se imaginaba. Y sus peores temores se materializaron. De repente, el túnel se iluminó por momentos, más y más.

Cuanto más se acercaba el metro, más era el ruido ensordecedor de los rodamientos neumáticos, que aturdía a Álex.

Había recorrido pocos centenares de metros y calculaba que tenían que ser unos cuatrocientos hasta la estación abandonada.

Pero ese no era el problema. Ahora tenía que salvarse a sí mismo.

El tren se aproximaba muy rápido y el estrecho y alto túnel no daba escapatoria al sargento.

Comenzó a correr gracias a los faros. Corría con todo lo que le daban las piernas. Agradeció estar bien entrenado y tener resistencia, pero faltaba demasiado recorrido para llegar al andén de la estación de Correos.

Estaba cada vez más cerca y el maquinista, en lugar de frenar y no atropellarlo, accionó una bocina que retumbó con un espantoso ruido que casi lo dejó sordo.

Corrió aún más fuerte hacia ningún lugar, necesitaba una idea o el tren lo arrollaría haciendo del sargento una hamburguesa fresca de carne de policía.

El ruido casi lo tenía encima y ya poco faltaba cuando vio una luz verde en la parte izquierda: una salida de emergencia.

Faltaban pocos pasos, aceleró la carrera como si esos pasos rápidos valieran todos los años que le faltaban y salvarle la vida a Joan Rovira.

La bocina volvió a sonar. Álex, de un salto desesperado, se tiró al espacio que tenía a la izquierda, justo debajo de la luz verde.

Se estampó contra la pared.

El golpe fue tremendo. Cuando abrió los ojos, pensó que había sido arrollado, pero no, se encontraba en el suelo con un fuerte golpe en el hombro: se había salvado en ese ridículo espacio.

Suspiró varias veces con toda su capacidad pulmonar.

Esperó a que las pulsaciones bajaran de intensidad y entonces regresó rápidamente al túnel, en pocos minutos volvería a vivir la misma situación si no llegaba a la estación.

Reanudó la marcha hacia su meta. Su corazón aún latía tan fuerte que parecía que quisiera abandonar su cuerpo, como si quisiera abandonar esa misión suicida que el sargento estaba llevando a cabo.

La sensación de claustrofobia aumentaba con cada paso lejos de la estación de la Barceloneta.

Tras lo que había sentido como una eternidad, unas sombras comenzaron a revelar la vieja plataforma de la estación de Correos.

Álex se apresuró a subir al andén poco iluminado antes de que llegara otro metro.

Pensó que el maquinista del tren anterior habría avisado de su presencia a las autoridades. Confió en que fuera así, ya que, en ese lugar, la cobertura era nula.

Álex miró a su alrededor. En la parte superior, con letras de color rojo sangre, colgaba el rótulo de Correos. Daba la sensación de que el tiempo se hubiese congelado desde que esa parada se había cerrado en 1972, convirtiendo el lugar en una estación fantasma.

Sintió miedo. Si hubiese pasado algo, nadie habría ido a ayudarlo, ni nadie lo habría encontrado en mucho tiempo si hubiese desaparecido.

Pero pensó que ya estaba allí. En parte lo había conseguido, estaba en las coordenadas que el asesino le había dado, pero a decenas de metros por debajo del nivel de la plaza.

El andén era largo y sucio, cubierto de escombros y restos de viejas señales de publicidad descoloridas que colgaban de las paredes. El suelo estaba resquebrajado y polvoriento y algunas zonas se veían invadidas por humedad, óxido y hongos que proliferaban en las esquinas.

Las antiguas taquillas y bancos de la estación se encontraban corroídos y cubiertos de polvo. Las luces de neón, apagadas desde décadas, colgaban del techo como esqueletos, proyectando sombras inquietantes.

Pero en ese panorama casi postapocalíptico, de repente, Álex encontró algo, una montaña de hojas de periódico más recientes que no cuadraban con la imagen desolada del resto, eso era demasiado nuevo.

Se acercó y los periódicos eran de hacía pocos días.

—Mierda —bramó.

Con la pistola, apartó la pila de folios abriendo una ranura para ver lo que había debajo cuando apareció el peor objeto que se esperaba encontrar: una maleta. Apartó aún más los papeles y, efectivamente, era una maleta Samsonite. Como en la que habían encontrado a la chica italiana, Enrica Lumi.

Álex levantó la mirada y gritó con toda su potencia vocal hacia el cielo; había encontrado lo que buscaba, había encontrado a Joan Rovira.

La caza del asesino de las maletas había tenido su pistoletazo de salida oficial.

24

Cuando Karla alargó el brazo, se llevó una decepción.

La luz de la mañana la despertó. La mano buscó el cuerpo del hombre que ya no estaba; buscó más arriba y más hacia abajo.

Nada, Álex no estaba en la cama.

Sonrió y abrió un ojo para ver si se había levantado ya y estaba en la ventana o se había adelantado a preparar el café.

Cuando sus ojos entreabiertos vieron que sus pantalones y cazadora ya no estaban, sospechó que el cuento de hadas solo había durado una noche.

Una noche mágica.

Se estiró bocarriba, mirando el techo. Recordó el olor de Álex, su cuerpo, el jadear de la noche anterior cuando le hizo el amor.

Todo era como un sueño, rápido pero intenso.

Las vigas marrones que sujetaban el techo la llevaron de nuevo a la realidad, estaba en la casa familiar de Llançà. Y, a pesar de ese paréntesis romántico, seguía en las arenas movedizas de una depresión.

Bufó, tenía que levantarse. El único aliciente de ese día era Ana Cortés, o eso esperaba.

Cabía la posibilidad de que se hubiese marchado ella también.

Se puso una bata y salió de una de las habitaciones de los invitados.

Recorrió el pasillo hasta llegar al comedor. En una butaca, estaba Ana. Sujetaba un libro. En la mesilla de al lado, había una taza humeante de lo que parecía un té.

—Buenos días —dijo Karla.

Ana se giró y la miró regalándole una sonrisa. La invitada llevaba también una bata de ositos.

—Hola, Karla, me he tomado la libertad de hacerme un té.

—Claro, estás en tu casa —respondió Karla, y, al acercarse, le dio un abrazo largo.

Cuando la soltó, se fue hacia la cocina.

—He preparado té verde, ¿quieres?

—Lo siento, Ana, yo soy de café.

—Deberías probarlo. Al final, la cafeína es una droga. No necesitamos café, pero el mono que nos provoca nos hace creer que la necesitamos, ¿sabes?

Karla se lo pensó, pero no la acababa de convencer ese líquido verde medio transparente que le recordaba a las meditaciones en templos japoneses.

—Gracias, me haré un café —replicó Karla, y añadió con un tono suave—. Si no te importa.

Ana sonrió y le hizo un ademán.

—Desde luego, Karla, que eres muy afortunada —dijo Ana, mirando por la ventana.

Sentada en el salón, se podía ver cómo las olas bravas rompían en las rocas. Una playa al lado, donde gente caminaba en otoño y buscaba un rato de sol y paz. El salitre se colaba por todas las fisuras de las ventanas y de los muros.

—Esto es un paraíso, ¿sabes?

—Bueno, supongo que tú lo ves así, yo lo veo casi como una prisión.

—Una prisión, Karla, ¿en serio? —preguntó, indicando el espectáculo; a Ana le parecía una aberración llamarlo así.

—No sé, estoy confundida.

Karla acabó de preparar la cafetera y se apoyó contra la encimera, mordisqueando una galleta. Continuaba mirando a su alrededor. Y después de dos golpes de tos, lo preguntó.

—¿Y Álex?

—¡Álex! Ya me parecía extraño que no me lo preguntaras. Se ha ido a las cinco o a las seis, no sé qué hora era. Solo escuché la puerta cerrarse y mi coche irse por la calle.

—¿Se ha ido? ¡Se ha ido!

—Pues sí. Nos ha dejado aquí, solas. Hasta mejor, así podemos hablar un rato tranquilas.

El rostro de Karla se entristeció.

—Algo te pasa.

—No, nada —mintió Karla.

Ana asintió y dio un trago a la taza de té.

—Lo echas de menos.

—Bueno, la verdad es que… —dijo, y suspiró—. Sí.

—No me extraña después de anoche.

Karla se tocó el pelo e intentó hacer un rizo con él, pero aún no estaba acostumbrada a tenerlo tan corto.

—No sé…

—Despertasteis a medio pueblo —confesó Ana riéndose.

Al escucharlo, también Karla se rio.

—Me encanta que rías, Karla, y creo que lo necesitas.

Karla se vertió el café y fue a sentarse en el sofá, al lado de Ana.

Dio un sorbito, lento, porque quemaba. Su mirada se fue hacia el medio del mar. Un velero lejano surcaba el horizonte con tranquilidad y parsimonia, sin prisa, nada ni nadie lo perseguía.

Suspiró ante la calma de esa mañana. Tener allí a Ana era una maravilla para ella. Sentía como su energía se expandía por la habitación. La calma y la tranquilidad de una mañana tomada con lentitud.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes, Karla?

La otra mujer apretó fuerte la taza de café. Esa pregunta la devolvió a ese sofá, a su situación, a sus arenas movedizas.

Suspiró.

—Cansada —dijo sonriendo—. No es un buen momento en mi vida, la verdad.

—Me lo imagino. ¿Con qué pensamiento te despiertas por la mañana?

—Esta mañana me he despertado con las ganas de volver a sentir los brazos de Álex, que se volviesen a enredar en mi cuerpo. Sentirlos calientes, su perfume. Su olor de piel, ¿sabes?

—Sí, te entiendo. Yo a veces echo de menos a Alberto.

—¿A ese hijo de perra?

—Sí.

—Pero ¿y Javier?

Ana sonrió y dio un sorbo al té.

—Ya. Javier es un compañero genial, cuida de los niños, me ayuda con mi trabajo. Es un compañero perfecto. Y esto te lo digo porque no lo oye ni lo sabrá nunca. Pero Alberto… Alberto tenía una chispa. La misma que encandilaba a las otras mujeres. Eso echo de menos.

—No me lo imaginaba.

Ana se rio y bajó la vista a la taza que sujetaba con la mano.

—Nadie se lo imagina.

—Vaya.

—No me malinterpretes, Karla. Yo estoy muy bien con Javier y seguiré con él. Lo que te quiero decir para que valores es si volvieras a tener a Álex en tu vida, si volvierais a ser pareja,

¿tendríais esas ganas de comeros uno al otro cada día? La normalidad puede que nos atonte —dijo, y se calló mirando el mar—. ¿Si vivieras cada día en esta casa, dejarías de ver el mar?

Karla dio un sorbo, lo pensó un rato y fue a responder a la pregunta de Ana.

25

Alan lo había conseguido.

Una vez más tenía razón, descifró el criptograma.

¿Era un imitador? ¿Alguien que había hablado con Néstor?

Esa cuestión, en aquel momento, era secundaria. Lo importante era coger a ese hijo de perra que andaba suelto y había vuelto a meter a otro cadáver en una maleta.

Álex regresó al pasado, al pantano.

A cada metro que pasaba, le hacía señales al maquinista hasta que consiguió interrumpir el tráfico para que enviasen a un equipo de rescate por un loco que estaba en la estación cerrada de Correos.

Al llegar el equipo, se encontraron con la sorpresa. A partir de allí, llamaron a su vez a los *mossos* y a los de la científica.

Mario y Ferrer llegaron al mismo tiempo, caminando por el túnel del metro, convertido en un pasadizo para el rescate.

—Llegáis tarde —dijo Álex con tono sarcástico a los dos compañeros de la policía.

Mario se acercó a la maleta con la misma ilusión que un niño cuando recibe un regalo de Reyes.

Álex había apartado los papeles. En el lateral de la maleta, había un dibujo hecho a mano alzada: la flor de Barcelona con un laberinto en el medio.

—Hemos llegado tarde, allí arriba es un caos. Al cortar esta línea, el tráfico se ha vuelto loco —dijo Mario.

—Llevo un buen rato aquí dentro y encima no hay cobertura —espetó Álex.

—Vaya, parece que has encontrado el tesoro, Álex.

—Parece que sí —respondió él.

—¿La has abierto? —preguntó Mario.

—No, pero en la etiqueta pone el nombre de Joan Rovira —dijo, señalando el identificador que colgaba del asa de la maleta, de una línea aérea nacional—. Te dejo los honores.

Al decir eso, se acercó Ferrer con la misma expresión de quien tiene que comer un plato de mal gusto.

—Álex.

—Sí, jefe, un segundo, quiero ver lo que hay ahí dentro; hablamos enseguida.

Mario, antes de abrir la maleta, se puso toda su indumentaria y una mascarilla por si encontraban lo que pensaban.

El resto de los *mossos* tenía indicaciones muy claras de Álex: controlar palmo a palmo la vieja estación y averiguar que no hubiera ningún otro objeto o pista por la zona.

Mario se agachó. Accionó los mecanismos de la maleta y con suavidad la abrió.

De repente, y como imaginaban, salió un hedor a putrefacción avanzada y algunas moscas negras.

En el interior había bolsas al vacío que contenían las piezas de un cadáver. La cabeza y el tronco, que, por su tamaño, se encontraba troceado en varias capas alternadas de bolsas y film de cocina.

Habían encontrado el cadáver.

Pero lo más importante no fue eso, sino una nota que estaba encima de ese puzle humano.

Mario la cogió y se la acercó a Álex, que, a su vez, la agarró con un guante para no contaminar las posibles huellas que hubiera dejado el asesino.

—«Enhorabuena, sargento. Ha encontrado a Joan. La búsqueda en el laberinto no se detiene aquí. Para el siguiente caso, tendrá que regresar al piso de Joan, allí está la pista para el próximo tesoro» —leyó Álex con tono sosegado, y, de repente, cambió de tercio y gritó—. ¡Maldito cabrón! ¿Dónde estás?

Esas palabras retumbaron en todo el túnel, tanto en una dirección como en la otra.

Sintió impotencia. Volvió a experimentar las mismas sensaciones del macabro juego que había sufrido con Néstor.

Correr tras la zanahoria y ser el centro de recreo de un enfermo mental que solo quería una cosa: destacar entre la sociedad con un aspecto insano de la mente, matar. O eso creía Álex.

—¿Tenemos que volver al piso de Joan? ¿En serio? ¿Encontraste algo más en el piso? —preguntó a Mario.

—Nada de nada.

Álex se pasó las manos por la frente y por la cabeza; todos los rizos se enloquecieron.

—¿Podemos hablar, Álex? —preguntó el subinspector mientras lo cogía con educación del brazo.

Álex asintió y lo siguió hacia una zona apartada del andén fantasma.

—Cortés, le debo una disculpa —indicó Ferrer.

Álex levantó los hombros.

—¿Qué quiere que le diga? —respondió Álex.

—Nada, solo que acepte mis disculpas.

—Disculpas aceptadas. No es fácil una situación así.

—No me ha entendido, a pesar de decirle que no podía venir, usted ha venido. Ha sido totalmente irresponsable —dijo el subinspector, señalando su chaqueta de cuero, que estaba sucia a causa del vuelo y aterrizaje que había realizado para evitar que el tren lo arrollara.

Ferrer imaginó que algo le había sucedido.

—No hay otra manera de acceder a esta maldita estación. ¿Qué tenía que hacer, un agujero desde la calle?

—Pues no lo sé, pero ha arriesgado su vida.

—Esto me parece un diálogo de besugos, jefe. Si no me deja hombres y no puedo cerrar el tráfico, algo tenía que hacer, ¿me entiende? —respondió, algo alterado, Álex.

—Espere. Quiero decir que ha hecho un buen trabajo, pero no puede vivir así. ¿Recuerda lo que le dije en los primeros días de mi incorporación? Tuvimos una conversación. No puede hacer lo que le salga de la punta del… pie. No puede. No se puede tolerar que vaya por su cuenta y que haga lo que le plazca con su vida, arriesgando una pieza importante del cuerpo y de la comisaría —explicaba, mientras que el sargento ponía los ojos en blanco.

Eso a Álex le sonaba a sermón de iglesia y a lectura del manual de la academia.

En sus oídos se propagaba un eco que decía: «No puedes hacer esto ni lo otro, solo la burocracia y el camino establecido son lo correcto y lo que hay que seguir».

—¿Me entiende o no? —preguntó el jefe.

—Sí, pero ¿quiere saber lo que pienso?

—Por favor.

—La respuesta es muy sencilla. Si volviéramos atrás, haría lo mismo. Y en el futuro haré lo que haga falta, como si tengo que arrancarle la cabeza a Néstor si está detrás de este asesino de las maletas.

—Eso no es muy profesional.

—Me da igual. Se la voy a arrancar igualmente. Ahora bien, yo iré a prisión, pero usted deberá dar explicaciones ante la comisión interna por no haber hecho lo suficiente para que eso no pasara.

—Sargento Cortés… —dijo el jefe con un tono bastante más serio de lo que llevaba hasta el momento—. Tendrá problemas si continúa con esta tónica. Cuando se juega a la ruleta rusa, antes o después, llega la bala al cañón.

Álex tragó saliva mientras escuchaba lo que decía su jefe mirándolo a los ojos. A fin de cuentas, tenía razón. Pero el carácter visceral del sargento lo ofuscaba y le hacía ignorar los peligros cuando entraba en la modalidad supervivencia y rescate a toda costa.

Entonces asintió.

—Tiene razón, pero es difícil controlar esto… —dijo mientras se tocaba el pecho.

—Le diría que lo entiendo, pero le estaría mintiendo —respondió el jefe, y siguió explicando que tenía que ser más cabeza y menos corazón, más racional y menos impulsivo.

Pero Álex había sido siempre una persona que analizaba a quien lo aconsejaba y el qué.

Ferrer podía ser un buen subinspector, un organizador, un gestor, pero nunca tuvo la sensación de que fuera un buen poli.

De la misma manera que al mayor Aragonés le dijo que no valía para ese puesto y no quería morir detrás de un escritorio.

Él valía para eso, para entender, para las corazonadas, para perseguir asesinos y vivir de la acción.

Álex asintió y dejo allí la conversación. A pesar de lo que había dicho el jefe, habría seguido su instinto costara lo que costara.

Lo que Álex no sabía era que, en ese momento y en esa estación cerrada del metro de Barcelona, el jefe le habría anticipado lo que podía pasar con la investigación.

A veces, el coste personal de la justicia es demasiado alto.

26

Karla se tomó otro momento.

Tragó un poco más de café. La luz que se reflejaba en el mar y atravesaba las cortinas abiertas de la ventana le deslumbraba la vista.

Álex y ella. Ella y Álex. Bonitas preguntas.

¿Qué sentía Karla en su interior?

—No sé qué decirte, Ana.

—Pues lo que tú sientas.

—Yo siento que lo necesito en mi vida.

—Necesitar es apego, Karla.

La otra no dijo nada.

—¿Recuerdas lo que dicen en los aviones?

Karla negó.

—Primero, ponte la mascarilla tú; después, pónsela a los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Que primero tienes que estar bien tú, luego los demás se acercarán a ti.

Karla no respondió. Apretó con fuerza la taza, dio un sorbo al café y le llevó un rato aceptar que Ana tenía razón.

—Te repito la pregunta. No hoy, ayer y antes de ayer, ¿con qué pensamiento te despiertas por la mañana?

Karla encogió los hombros.

—Esfuérzate, Karla —dijo con cariño.

—Pues que me he equivocado. Me despierto vacía, con reproche. Con ganas de volver atrás.

—No podemos volver atrás en el tiempo, Karla.

—Lo sé, maldita sea.

—¿Te has perdonado a ti misma por haberte equivocado? ¿Te has permitido llorar?

Karla apretó los labios y dejó de mirar a Ana. Al cabo de unos instantes, negó.

—Todos nos equivocamos. Todos cometemos errores. Ese no es el problema, lo que sí tenemos que hacer es aceptarlo y superarlo.

—Eso no es tan fácil.

—Ya lo sé, Karla, por eso he venido. Por eso estoy aquí.

La otra asintió y sonrió por un instante.

—¿Qué te dicen tus días de soledad aquí? ¿Te ayuda estar alejada de todo?

—Al principio pensaba que sí. Pero ahora la soledad me ahoga. Creo que no ha sido una buena idea.

—Yo no lo creo. Creo que aquí es el único sitio donde puedes pasar este mal momento.

—¿El único?

—Sé lo que significa perder un hijo en tu propio vientre.

—No lo sabía. ¿Cuándo fue?

Ana sonrió.

—Hace mucho. Mucho antes de conocer a Alberto. Era joven, demasiado. Y demasiado ingenua.

—No tenía ni idea.

—Sí, él me engañó.

—¿Quién?

—Un malnacido de la universidad.

—¿Y qué pasó? Cuéntame, por favor.

—Vino a mi casa esa noche. Cenamos y nos acostamos. Tuve que obligarlo a que se pusiera el preservativo. Eso ya no me gustó. Pero cuando acabó y se fue al lavabo, me pareció ver que iba sin preservativo. Dentro. Dentro de mi cuerpo. Él juró y perjuró que había sido con protección, pero la verdad es que quedé embarazada.

Karla inspiró y se tapó la boca con una mano.

—Yo no quería tener un hijo y menos con ese hijo de perra. Me sentía sucia. Era joven.

—Pero si no estabas segura, podías haber tomado la pastilla del día después.

—Era joven, estúpida y demasiado ingenua. Él se desvinculó del asunto, como puedes imaginar. Y me pasó lo que te ha pasado a ti.

—¿A qué te refieres?

—El organismo abortó.

A Karla le cruzó un escalofrío que atravesó su espalda y erizó su vello como escarpias.

—¿Cómo dices?

—Aún estás enamorada de Álex. Tú no querías un hijo con Marcos. Te lo has repetido y te lo has repetido hasta que tu cuerpo abortó solo. No es una coincidencia, es un mecanismo de defensa, pero no está avalado por ningún estudio médico. Es lo que creo, es lo que viví, es lo que creo que te ha pasado.

Karla enarcó las cejas y se pasó una mano por la barriga.

—Puede que tengas razón. ¿Y qué hiciste después?

—Perdí un año de mi vida por su culpa, o es lo que creí en aquel entonces. Pero luego entendí que todo aquello me hizo más fuerte. Gracias a eso, a pesar de que Néstor Luna me cortó una mano y todo lo que me hizo pasar, lo he superado. Ahora soy más fuerte.

—Te entiendo. Pero si me hubiera pasado a mí, Ana, no sé si lo hubiera superado.

Ana sacudió la cabeza.

—Disculpa, ¿estoy hablando con Karla Ramírez? ¿Lo dices en serio? ¿Te has olvidado de quién eres? ¿Tú? ¿Tú, que eres la única mujer que consigue dominar al mismísimo Álex Cortés? ¿Tú me dices esto? Veo que quizá has perdido la confianza en ti misma.

Karla se estiró en el sofá. Dejó la taza ya acabada de café y se colocó las manos detrás de la cabeza.

—Me he perdido, Ana, a veces nos perdemos y no sabemos salir del hoyo solos. Necesitamos un cable, una cuerda, una mano —dijo Karla, y miró su brazo manco—. Bueno, ya me entiendes.

—Es curioso que pidas una mano a una persona que ya solo tiene una.

Ana se puso a reír y, justo después, también Karla. Estuvieron un rato riendo y desahogando la tensión acumulada.

El reloj marcó mediodía.

—Gracias por ayudarme, por venir. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre. ¿Qué tienes en la nevera?

—Algo te haré. Una ensalada o algo así. ¿Cuándo pensabas regresar a Barcelona?

—Hoy, pero sin coche será un poco difícil —espetó con reproche hacia su hermano.

—Es tremendo —respondió Karla.

—Solo tú lo aguantas —confesó Ana, y Karla lo confirmó con una sonrisa traviesa.

27

Al finalizar la conversación con el jefe, Álex regresó junto al compañero de la científica.

Le preguntó qué había encontrado y este le confirmó que nada nuevo, que, si había algo, lo encontraría en el informe.

La estación parecía estar limpia, era más fácil seguir las indicaciones de la nota que buscar algo allí, en medio de escombros, moho y carteles abandonados de vieja publicidad de los años setenta.

Comenzó a caminar por el túnel, pero en el sentido contrario a cuando entró corriendo para no ser atropellado.

Salió del túnel y encontró una estación vacía. Recorrió la escalera hacia la superficie y salió a la luz. El sol lo deslumbró. La estación estaba precintada y con una patrulla de policía presidiéndola para que nadie pasara el cordón policial.

Al salir del cerco y sortear a los periodistas acampados, se dio cuenta de que el BMW de su hermana se lo estaba llevando una grúa.

Corrió hacia el coche y después de varios minutos de discusión y de enseñarle la placa, se lo volvieron a dejar en la acera. Pero la multa ya estaba en el retrovisor.

—Una vez ejecutada no se puede anular —dijo el hombre de la grúa.

Esa cantidad representaba un buen pellizco de su sueldo.

Resopló y subió al todoterreno.

Condujo por el tráfico hasta la comisaría. Metió el coche en el parquin subterráneo y se fue directo a la cafetería. Quería comer algo. Desde que se había levantado, no había ingerido nada. Salió de la casa de Karla escopeteado y no le dio tiempo ni de tomarse un café.

Pidió un bocadillo y una bebida.

Se fue a una mesa separada, ese día no tenía ganas de hablar con nadie.

Comenzó a comer y sacó el móvil. Se había quedado sin cobertura varias horas en la estación fantasma. Tenía mensajes de Karla y de Ana. Preguntaban si estaba bien y pedían explicaciones

de su huida de la casa de forma sigilosa y repentina.

Karla, a su mensaje, añadió que le había encantado lo que había pasado la noche anterior y que le hubiera gustado volver a verlo.

Él sonrió. Le contestó que había estado muy a gusto y que volvería a verla.

Pero el problema era otro y bastante más importante; había un asesino suelto por Barcelona.

Tenía una coincidencia, las maletas y lo que había encontrado en el pantano. De la misma manera que las maletas de las víctimas del asesino del pantano, es decir, dejadas en los años setenta, había aparecido una nueva, la Samsonite con la italiana a trozos en su interior. La respuesta tenía que venir del pantano de Sau y no tanto de la estación de metro de Correos.

Eso tenía lógica, según Álex.

Miró de nuevo el móvil, echaba de menos a Karla. Que estuviera allí con él, hablando, valorando y repasando los indicios. Que se ayudasen con el mismo caso.

Le envió un segundo mensaje diciéndoselo y añadiendo que se pusiera bien para volver a ayudarlo.

Acabó el bocadillo.

La maleta de la italiana y de Joan Rovira eran el mismo modelo. Aparentemente, se había seguido el mismo *modus operandi*.

Entonces se reclinó en la silla.

¿Si aquella familia no hubiera encontrado la maleta en el pantano de Sau, estarían con aquel asesino?

Y lo más inquietante, ¿cómo sabía el asesino de las maletas que en los años setenta había habido un caso parecido si nadie lo sabía?

La respuesta era fácil.

El asesino de las maletas conocía a Rodrigo Alcázar.

Ese señor, que estaba internado, no había sido, tenía demencia senil y no hubiera ni siquiera podido arrastrar una maleta vacía.

El asesino tenía que rondar por la vida de Rodrigo Alcázar. No había duda.

Pero si eso era cierto, ¿cómo se podía relacionar con Néstor? ¿Un imitador? ¿Un discípulo?

¿Podría ser otro guardia de la cárcel como lo fue Víctor?

Tenía que averiguarlo.

Pero, además, había una variable más que le suscitaba una cierta preocupación.

¿Por qué había vuelto Emily?

Las llamadas de un recluso eran privadas, no se podían «oficialmente» escuchar. Existía la posibilidad de reclamar un extracto de los números a los que había llamado, pero eso no esclarecería mucho. Necesitaba saber más.

Emily era una víbora, como Néstor.

En los meses siguientes a la captura de Néstor, sus caminos se juntaron. El vacío que había creado Mary lo intentó llenar la periodista británica. Pero cuando el pescado huele mal, aunque le eches colonia, sigue oliendo mal.

La periodista era una sardina podrida. Para la fama y la atención haría lo que fuese. Y que hubiera vuelto a escena era una mala noticia.

Álex, en uno de sus viajes a Londres, conoció al director Thomson. Fue en un cóctel navideño que organizaba el periódico *Daily Sentinel* con todos sus empleados y sus parejas. Emily le mandó unos billetes de Easy Jet a Stanteth, incluido el tren.

Ella lo recogió con su motocicleta, la misma Thriumph que conducía por las calles de Barcelona.

El evento fue muy bonito, en un ático de un rascacielos de la City. Luces, olor a caviar y *champagne* como si lo sacaran a capazos del Támesis.

El hombre, con bigotes acabados en punta al más estilo daliniano, llevaba gafas con montura, tirantes y pajarita del mismo color, un rojo sangre que, combinado con un esmoquin negro, daba un puñetazo en un ojo. Todo el mundo tenía que ir en estricta etiqueta. Él la etiqueta se la pasó por donde nunca da el sol en Londres y destacó entre los periodistas y sus parejas.

Emily llevaba un vestido entallado de color negro con lentejuelas. Álex, para la ocasión, aparcó la camiseta y se puso una camisa negra con una americana también oscura.

El hombre, en un momento de la *party*, se le acercó. Los ojos de todos los invitados lo miraron, en su expresión había envidia y sorpresa en la misma medida.

—Así que tú eres el policía que capturó al Asesino del Criptograma. *Very good. Congratulations* —dijo con un acento puro y sofisticado de Londres que recordaba al de Hugh Grant.

Álex ni se inmutó, no estaba allí para que el jefe de su pareja le diera una palmada en el hombro. Asintió y dio un sorbo a la copa de *champagne*, sin dejar de mirarlo.

—Él es Álex Cortés, como le dije, director —añadió Emily en inglés.

—*Yes, I know it.* Este hombre no necesita presentaciones —insistió él—. Quiero hacerle una propuesta. ¿Podría hacer de informador dentro de la policía? Cuanto más suba de cargo y de

responsabilidad en la policía y más noticias jugosas nos pase al *Daily Sentinel*, más… —dijo, y se ayudó con un ademán en el aire— jugoso será el sobre a finales de cada mes. ¿Qué le parece?

A Álex casi se le atragantó el alcohol, pero pudo contener la tos y el espectáculo con todos los ojos puestos sobre él en ese momento de atención.

Pensó que su aspecto resumía su manera de hacer, autoritaria y llamativa.

Emily abrió los ojos de par en par al escuchar la propuesta de su jefe. Sus ojos enfocaban primero a uno, luego, al otro.

Sabía que ese hombre con toques de excentricidad roja quería siempre una respuesta afirmativa a sus deseos y, además, rápida.

Como el policía no aceptase, se vería perjudicada su carrera en el periódico.

—¿Qué me dice? —añadió el hombre con un ligero matiz de impaciencia—. Ambos harían un buen equipo.

Álex procuró conectar los filtros educados y respetuosos que su madre siempre le remarcaba que usara en su vida y con sus relaciones. Tragó saliva y contestó:

—Director Thomson —inició, y se aclaró la voz—, gracias por su invitación, pero permítame que no acepte su propuesta. Si se filtrase, se iría a pique mi carrera —dijo, y cuando el director fue a hablar, lo interrumpió arriesgando que este perdiera los estribos; se acercó un paso a Emily y continuó—. Pero… cuando tenga algo, siempre se lo pasaré a su periodista estrella.

El director se lo pensó unos instantes, mientras que ella tragaba *champagne* para disimular. El hombre estiró su rostro pasado por quirófano e improvisó una sonrisa más falsa que un billete de doscientas cincuenta libras esterlinas.

Luego asintió y se fue a la próxima víctima de la noche.

Emily no se lo perdonó nunca.

El golpe de gracia fue cuando le propuso ir a vivir a Inglaterra y declinó la oferta. Todo se detuvo. Hasta que apareció bajo una mañana torrencial en la plaza de Correos, en Barcelona.

Álex sacó el móvil y llamó a Alan mientras buscaba en contactos el número de la periodista.

—Alan, una vez más, mis más profunda enhorabuena. Eres un *crack*.

—Celebro que te añadas a la lista de personas que lo han descubierto.

Álex sonrió, le fascinaba la soberbia que siempre demostraba.

—¿Por qué me llamas? ¿Qué necesitas?

—Que me localices las últimas llamadas y la geolocalización de un móvil.

—¿De quién?

Álex le explicó.

—¿No sería más fácil que la llamases y fuerais a tomar un café por la zona?

—No preguntes, simplemente, dame la triangulación. Necesito un factor que se llama sorpresa. Si no lo tengo, no funcionará mi plan.

28

Aparcó el BMW en un parquin cerca del Monasterio de Pedralbes. El precioso monumento estaba lleno turistas. Enfrente había un autocar con matrícula portuguesa.

Entró en un bar muy cerca de la entrada del complejo. Cuando estuvo sentado, envió un mensaje a la periodista y ella contestó enseguida.

A los pocos minutos, apareció por la puerta de la cafetería.

Las indicaciones de Alan eran ciertas, estaba por allí cerca.

—No quiero saber nada. Esto no es una coincidencia, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿A qué te refieres, Emily?

Ella levantó una mano y pidió una cerveza.

—¿Sigues con tu sosa agua con gas? —Él sonrió—. ¿Tenías ganas de verme? —preguntó con un tono de diva.

—¿Y si fuera así?

Ella subió una ceja.

—Me estoy viendo con alguien —respondió ella.

—No veo a nadie —dijo Álex con sarcasmo mientras miraba a su alrededor.

—Eres muy gracioso. Es alguien de mi periódico, el periodista más prometedor de Inglaterra.

Él se rio mientras daba un trago a su Vichy con limón.

—¿Sabes qué me encanta de ti? Tu sinceridad. Es decir, me acabas de constatar que estás con él por su carrera, su estatus, no porque le quieras o porque te empotra mejor que el anterior, o te lleva el café recién hecho cuando te despiertas.

Ella no contestó de inmediato.

—*Touché*. Tu silencio confirma mis afirmaciones.

Entonces ella sonrió. En el bar, donde se alternaban comerciales, obreros y jubilados con el carro lleno de verduras del mercado, todos repasaban a la atractiva mujer. Sus rasgos delicados y sutiles le daban una belleza exótica que hacía girar hasta a las mujeres.

Álex se percató.

—Llamas la atención de todos allí donde vas, cada día estás más atractiva. ¿Cómo lo lleva esto tu *new boyfriend*?

Ella sonrió con malicia.

—¿Estás probando a reconquistarme?

—Antes me cortaría una mano. —Ella subió una ceja, decepcionada—. Estoy seguro de que por una buena noticia harías que le aparecieran cuernos a tu novio de Londres. Y, por cómo los eliges, no me extrañaría que te aparecieran a ti en estos días de retiro barcelonés.

La expresión de ella cambió a enfadada.

—Mejor eso que sola como tú, ¿verdad, Álex?

—Desde luego que mejor solo que mal acompañado.

—¿Qué quieres, Álex? ¿Has venido a discutir? ¿Cómo me has encontrado?

—Casualidades de la vida.

—No, «causalidades». Venga, suéltalo de una vez.

—Tengo una pregunta antes, Emily. ¿Qué pasó después de aquella noche en la fiesta de Navidad? ¿A Thomson le fastidió mucho mi respuesta?

—Más de lo que te imaginas. Además, lo fastidiaste bien, porque quería hacer una serie contigo y conmigo para la BBC. Pero lo mandaste a la mierda, como has hecho con nuestra relación.

—No estoy de acuerdo, pero, vale, te lo concedo —dijo, y se tomó un trago de agua.

La chica bebió cerveza y, cuando bajó el vaso, sus labios se habían coloreado con la espuma.

Él siguió.

—En ningún momento habló de una serie.

—Mi jefe es un visionario.

—¿Tuviste que lamerle mucho el trasero para recuperar su confianza?

Ella no contestó, solo bajó la vista.

—Lo peor es que le habló de su idea a un compañero y este la vendió a la plataforma que ahora está realizando las grabaciones. Esta gente está haciendo mucha pasta con la idea de mi jefe.

—¡No! La están haciendo a costa de la muerte de otras personas. Nunca olvides eso.

Ella puso los ojos en blanco, no estaba del todo conforme con la afirmación de los muertos.

—¿Qué te ha pasado, Emily?, antes no eras así…

—¿Quién lo dice, tú?

Él sonrió forzado.

—Ya, nunca acabaste de mostrarte cómo eras de verdad.

—Te equivocaste al no aceptar la propuesta de mi jefe. Podrías haberte retirado como consejero de prensa en Londres y vivir conmigo allí. Hubiéramos sido felices.

—Tú hubieras sido feliz, yo no. Necesito las palmeras, mi familia, el sol, la playa, correr escuchando las olas. Nada de lo que me habías ofrecido contemplaba eso.

—Eres un ingrato, te hubiera dado mucho más que solo unas malditas palmeras. Te podías conformar con un fondo de pantalla de Hawái.

—¿A qué has venido? Algo debes tramar.

Ella lo miró fijamente. Sus preciosos ojos negros de pantera lo observaban. Muchos hombres, débiles de mente y convicciones, caían en su red con esa mirada felina y su cuerpo fibrado. Lo miró de forma hipnótica, como solía hacer cuando quería conseguir algo.

—Thomson quiere que esté aquí por lo del asesino del pantano y a ver si sale algo chulo.

—¿Perdona? ¿Chulo? Hablas de víctimas como si fueran proyectos o documentales. Pareces BTK.

—¿Quién?

—Uf, busca en Google quién era.

—No, dímelo tú quién era.

Él suspiró.

—El asesino estadounidense, Dennis Rader, conocido como BTK. Me sorprende que no lo conozcas. Lo llamaron así porque a todos sus asesinatos los llamaba «proyectos». Me recuerdas a él.

—¿Cómo dices?

—Tratas a las víctimas como proyectos, igual que ese asesino en serie. A lo mejor tienes más rasgos de psicópata de lo que crees, mi querida Emily.

Ella se quedó boquiabierta por lo que había dicho. Al final, Álex no había provocado ese encuentro para volver a ver a su ex.

Agua pasada no mueve molinos. Así dice el dicho.

No, en absoluto quería volver a verla. Él tenía un plan para saber qué demonios hacía allí la chica y qué podía esperarse de una trepa como ella.

Seguramente, si se hubiera insinuado un poco y tocado las teclas adecuadas, hubiera convencido a la mujer de acostarse con él. Pero Emily era ya un capítulo cerrado de su vida.

Álex necesitaba saber dónde vivía y qué tramaba, pero de forma menos comprometida.

Entonces arrancó el plan.

—Creo que has cometido un error al volver aquí. El director Thomson se equivoca.

Ella bebió de un trago lo que quedaba de la caña.

—En qué se equivoca mi jefe, ¿a ver?

—Que no eres tan buena como pareces, solo eres una serpiente que estaría dispuesta a vender a su padre por una buena noticia.

Ella apretó las mandíbulas y sus ojos se enrojecieron. Luego dio un golpe con las piernas a la silla y la tiró a casi un metro por la rabia al levantarse.

—Ni se te ocurra hablar de mi padre, ¿vale? Después de todo lo que te dije, no es justo que lo traigas a colación.

Álex sabía bien dónde apuntar y metió el dedo justo donde sabía que más daño le hacía a la chica, para que reaccionara de esa forma.

Ella se dio media vuelta y se marchó.

—Tranquila, yo te invito a la cerveza —susurró mientras la chica se iba.

Álex se levantó de la mesa a la vez que ella desaparecía por la puerta.

—No sé qué le has dicho, muchacho, pero te costará bastante más que una cerveza tranquilizar a esa fiera.

Dio un billete de diez euros al camarero.

—Ya le digo. Quédese la vuelta.

—Gracias —gritó mientras Álex ya estaba en la salida.

Álex siguió a distancia a la periodista. La chica subió por avenida Espasa y, al llegar al final, giró a la derecha.

El barrio de Sarriá colindante con el parque del Castillo de Orenda era un lugar muy tranquilo y muy caro.

¿Por qué estaba viviendo o trabajando la periodista en esa zona tan cara?, se preguntaba Álex mientras la vigilaba.

La chica continuó por calle de Montevideo y bajó por Can Mora. A los pocos metros a la izquierda, entró en una casa.

Coincidía con la zona que Alan le había indicado. La triangulación de las celdas de los móviles concordaba con esa casa. Número dos de la calle.

Sabía dónde estaba la periodista, pero la pregunta era ¿por qué una periodista que volvía a aparecer en esa ciudad al mismo tiempo que el asesino de las maletas había alquilado una casa tan grande en el centro de Barcelona?

No sabía responder a esa pregunta, pero confiaba en que pronto lo descubriría.

En ese momento, su móvil vibró.

Regresó hacia el BMW que había dejado frente al Monasterio de Pedralbes.

—Cortés.

—Soy Mario.

—Conseguiste salir de ese lugar espantoso.

—Sí, por los pelos, ese lugar es claustrofóbico.

—No te cuento cuando estaba solo esperando refuerzos.

—Ya…

—¿Novedades?

—Sí, y muy buenas.

Álex suspiró profundamente, pensando en la última conversación que había mantenido con Emily.

—Las necesito.

—Tenemos parte de la huella del asesino, es clara, la estamos buscando en el sistema. Si está en el registro, lo tenemos en media hora.

Álex no contestó, se detuvo, sin dar crédito a lo que escuchaba, era la mejor noticia del día con diferencia.

—Voy para allá. En veinte minutos llego. Mantenme informado, Mario —dijo, ya corriendo hacia el todoterreno.

29

«El diablo pasa con su carruaje».

Esa era la frase que le decía la madre de Álex cuando lo acostaba y había temporal. Los truenos que partían el cielo en dos eran las señales del diablo encima de sus tejados.

Álex se subía la manta para cubrirse el rostro, solo dejaba fuera los ojos.

Cuando empezaba a llover, la madre le explicaba historias para que se durmiera. A veces, esos cuentos no eran tan confortables y a Álex le provocaban que le costara dormir.

Esos diablos, que de niño tanto lo asustaban, de mayor se los encontró en la vida real.

Néstor, el Asesino del Criptograma, fue uno.

El Asesino de las Maletas era otro.

El diablo vive entre nosotros, lo que ocurre es que no sabemos distinguirlo.

Si lo supiéramos identificar entre la gente que tenemos al lado en la cola del supermercado, muchas víctimas no habrían pasado por su yugo.

Si lo reconoceríamos sentado junto a nosotros en el metro o en el autobús, no bajaríamos en la misma parada.

Si lo supiéramos oler, dejaríamos de ir a la misma cafetería.

El mundo está lleno de diablos en potencia, pero solo algunos actúan. Y Álex era quien daba caza a los monstruos sueltos en Barcelona.

Aparcó el BMW y subió corriendo por las escaleras a la planta de la científica.

Entró y buscó a Mario. En cuanto lo vio, le dijo que pasara a su despacho.

—¿Qué has encontrado en la estación de Correos?

—Nada, allí nada.

—¿Cómo dices?

—En la estación no hemos encontrado absolutamente nada. La huella la encontramos en otro lugar.

—Bueno, dónde, no me tengas así.

—¿Recuerdas la postal en la nevera de Joan Rovira, donde encontraste el símbolo de la flor de Barcelona con las coordenadas?

—Sí, ¿y qué?

—Pues hemos encontrado justo una traza de una huella del hijo de perra.

Los ojos de Álex se iluminaron como si hubiese encontrado el Santo Grial.

—¿Crees que es del asesino?

—¿De quién si no? —respondió Mario.

—No tengo la menor idea, espero.

—Pues yo también. Pero es casualidad, ¿no crees?

—¡Por todos los demonios! ¿Cómo se te ha ocurrido mirar detrás de un sello?

—Pues la verdad es que fue idea de uno de mis chicos del laboratorio —respondió Mario, indicando a uno de ellos que se veía por la puerta de cristal—. Se le ocurrió quitarlo con cuidado con vaho y… ¡sorpresa!

—Bueno, ¿lo has metido en el sistema?

—Cristina lo está mirando en el ordenador principal, en las bases de datos de la policía, a lo mejor ya ha pasado por algún calabozo y tenemos suerte. En cuanto sepamos, te digo.

—OK, tengo que hablar con el subinspector. A ver si esta vez no me tiene que atropellar un metro para pedir refuerzos.

—Ya te vale —respondió Mario.

Álex encogió los brazos y se dio la vuelta.

—Llámame en cuanto lo tengas, por favor —dijo Álex, y cuando estaba a punto de salir del despacho, se dio la vuelta—. Mario, llevo desde que encontramos el cuerpo pensando en cómo demonios ha metido el cadáver en esa estación de metro.

Mario apartó la mirada de la pantalla y se reclinó en la silla. Se acercó un lápiz a la boca y respondió.

—Cuando te fuiste, el subinspector dejó a uno de tus chicos investigando. Puede que haya muchas maneras de meter allí una maleta. Me dijo que te informarían al volver.

—Pero si eso pesa muchísimo.

—Las ruedas de la maleta estaban deterioradas. Tal vez la bajó por unas escaleras o por algún otro lugar con dificultad. Al final, no la ha subido, la ha bajado. Desde el nivel de la calle a la estación son metros hacia abajo, no hacia arriba. Si lo hubiésemos encontrado en una azotea, entonces tendríamos que haber buscado un montacargas, un ascensor, algo del estilo.

—De acuerdo, pero no me has contestado. Yo tuve que recorrer el metro por los raíles, ¿él también? Corriendo no pude entre tren y tren. Si lo hubiera hecho desde la estación, los de seguridad habrían visto con las cámaras que un loco se había metido en un andén, y más con una maleta.

—He preguntado a los de seguridad y, obviamente, no han visto nada. Lo que sí me han dicho es que las puertas de acceso a la estación fueron tapiadas. Pero tampoco ellos saben cuáles y dónde estaban.

—¿Eso quiere decir que entró por una de esas entradas?

—Lo están mirando.

—Si el edificio de Correos tuviera una entrada, un acceso a la estación de metro…

—Claro, pero yo la revisé y estaba todo tapiado… —respondió Mario.

—Quizá no directamente a la estación, a un pasadizo, vete a saber.

—Pero lo bastante grande para pasar ese maletón.

Álex se quedó pensando. Eran cuestiones que habría hablado con Karla. Sintió que las fuerzas comenzaban a flaquear. El día estaba siendo largo y aún no había acabado.

—¿Y desde la otra estación, la de Jaume I?

—También lo contemplamos. Irán a verlo.

Álex asintió y dio un palmadita al marco de la puerta, se giró y se fue.

—De nada —gritó Mario al ver que el compañero de homicidios se iba.

Entonces Álex levantó un puño y sacó el pulgar.

Bajó las escaleras y entró en el pasillo de su planta. En el aire había una energía extraña, con un olor diferente. Un perfume sofisticado, de mujer. No era habitual oler eso, alguien estaba en el despacho del subdirector y había dispersado el aroma por toda la planta, pasillo incluido.

Olía a fresas, a jazmín, a cítrico y a vainilla.

En cuanto estuvo cerca de la entrada, el jefe lo escuchó.

—¿Álex? —preguntó desde el despacho.

El sargento cerró los ojos y suspiró, luego asomó la cabeza.

—Álex, entre, por favor —dijo Ferrer con un tono afable y contento de verlo—. Tengo que presentarle a alguien.

Álex entró y, al segundo paso, el perfume se hizo más fuerte; en aquel momento, la vio.

—Le presento a la periodista Valeria Eriksson —dijo Ferrer mientras señalaba a la rubia mujer—. Me alegro de que esté aquí, porque desde hoy lo acompañará en las investigaciones de, como lo llama usted: Asesino de las Maletas.

Álex arrugó el ceño, sin entender exactamente lo que estaba diciendo su jefe.

30

Era ella, la periodista de la plataforma de *streaming* que estaba grabando un reportaje sobre Néstor.

Aunque Álex nunca la había visto personalmente, conocía su rostro.

Lo que no sabía era que la mujer se duchaba en colonia.

En la cabeza de Álex se rompieron los esquemas.

¿Por qué tenía que llevársela consigo?

Se horrorizó con la idea.

Mientras que el jefe se sentaba en la silla, ella se acercó a estrecharle la mano.

Sus tacones, de diez o incluso doce centímetros, repicaron en el suelo. Se acercó con un porte de modelo, como las que se ven en los desfiles de la televisión.

La mujer no había dicho nada, pero su presencia, como una burbuja que la anticipaba, invadió el espacio del policía.

La melena rubia suelta y lisa contrastaba sobre un traje negro, impoluto.

A pesar de tener más años que Álex, los llevaba muy bien. Seguramente, por cremas y tratamientos faciales de última generación, además del deporte. Se notaba que la mujer era deportista. Era una mujer atractiva y con carisma.

Arrugó el ceño mientras ella alargaba la mano.

En su cabeza se cruzaron varios caminos y numerosas preguntas.

¿De verdad tenía que llevarse a esa periodista a todos lados?

¿En qué se había convertido, en una niñera de periodistas?

¿Qué estaba sucediendo en el universo que le enviaban todas a él?

No tenía sentido llevársela, sería más un estorbo que otra cosa.

Mientras pensaba, le estrechó la mano.

Los ojos verdes de Álex acabaron diluyéndose en los de ella, azules como el hielo derretido.

La mujer se la estrechó fuerte, eso a Álex le gustó.

—Me ha llamado David.

Álex dejó la mano de la mujer y se giró hacia el jefe.

—¿Quién es David?

—El responsable de la grabación del documental sobre Néstor Luna.

—¿Y qué tiene que ver con el Asesino de las Maletas?

—Tiene que ver que el *true crime* vende. Así que Néstor siempre está allí. El de las maletas será, posiblemente, un documental nuevo —explicó el jefe, y dio una palmada con un tono jovial y riendo—. Está de moda, Álex Cortés, ¿qué más quiere?

Este arrugó el ceño.

«¡Pues no tener que investigar a criminales!», se dijo en sus adentros.

—Y este tal David —dijo, mirando a la periodista— dice que…

—Valeria Eriksson —añadió ella con un acento que Álex no reconoció, pero entendió que debía ser nórdico.

—¿Valeria tiene que venir conmigo? —preguntó con un tono incrédulo—. ¿Quién manda aquí, usted o David?

—Verá, he hablado con el mayor Aragonés y está de acuerdo. Es más, me ha dicho que le diga que la trate muy bien.

—No entiendo. ¿Desde cuándo nos llevamos en situaciones arriesgadas a un periodista?

—Desde que Netflix contribuye en la prisión de Quatre Camins y en las comisarías —dijo Ferrer, y chasqueó la lengua—. Mírelo así. Todos esos extras, como cambiar la máquina del café, mejorar instalaciones, material que faltaba, etc., antes costaba mucho o no se podía hacer, ahora se podrá comprar y todos salimos ganando.

—No pienso llevármela.

—Sargento Cortés —afirmó la mujer—. Le prometo que no lo molestaré en absoluto. Seré una sombra, callada. Grabaremos lo estrictamente necesario y no estorbaremos. Además, con su hermana, la plataforma ha sido muy generosa, creo que podría hacernos un pequeño favor a todos, ¿verdad?

Álex se quedó observándola, admirando su iris de hielo y su carácter tenaz. Ya lo había imaginado, el acuerdo al que habían dicho que sí, antes o después, saldría por algún lado con un coste oculto. El que le acababa de proponer el jefe era un daño colateral.

Si haces pactos con el diablo, antes o después, salen los cuernos por algún lado.

Su abuela se lo repetía infinitas veces: al jugar con el fuego, uno se quema.

Hubiera dado un puñetazo en la mesa y se habría marchado, nadie podía obligarlo. Pero la vida es mucho más compleja.

Álex asintió.

—Está bien, pero te voy a dejar un par de cosas muy claras —bramó Álex con autoridad—. No soy ni un canguro ni un títere. A la mínima interferencia en mi caso, te vuelves al plató de televisión —advirtió a la periodista, apuntándola con el índice—. Si digo nos vamos, ¡nos vamos! Si digo que no entras en algún sitio, ¡no entras! Si digo que basta de algo, ¡es basta! Si no se puede orinar hasta llegar o no se puede comer, es lo que se hará, ¿está claro? —acabó, mirando a los dos, tanto a la rubia como a su jefe.

Ella sonrió.

—Para mí está bien, tú mandas.

—Y no nos tutearemos —refunfuñó, ofuscado.

—De acuerdo, lo que usted diga —replicó ella.

—Estupendo —dijo el jefe mientras se levantaba de la silla y daba un aplauso en el aire—. Pueden comenzar.

Álex cerró los ojos, consciente del acuerdo al que acababa de llegar.

—Tendrán muchas preguntas que hacerse, vayan a tomar un café y pónganse al día, creo que tendrán más cosas en común de las que piensan —dijo el jefe, y le guiñó el ojo mientras ella estaba girada.

Álex entendió a lo que se refería. Ferrer dio la vuelta e indicó la salida a la mujer.

—Ya me hubiera gustado a mí… —susurró el subinspector a Álex.

Este se extrañó, nunca había escuchado un comentario de ese tipo a su jefe.

—Le enseño la mesa que ocupará —dijo el jefe, y caminaron hacia el lugar de trabajo de los investigadores del grupo de homicidios—. Podrá sentarse aquí —dijo Ferrer, indicando el escritorio de Karla—. En este momento, la cabo Ramírez está de baja.

A Álex esa decisión del subinspector le formó un nudo en el pecho.

Mientras Valeria estaba mirando la sala de trabajo y la mesa, ambientándose y saboreando el momento, Álex fue consciente de que acababa de entrar en la historia del documental, aún más, sería partícipe del mismo.

Notó el fuego de la injusticia de Ferrer abriendo la comisaría a Valeria cuando apareció Mario.

Jadeaba.

Recuperó el aliento y dijo lo que Álex deseaba.

—Lo tenemos. Se llama Jordi Font, es un exconvicto.

31

Las palabras de Mario electrocutaron a Álex.

La periodista acababa de incorporarse a la investigación y llegaba una noticia que la impulsaba.

El destino no espera que estés bien sentado y peinado o bien vestido. El destino no espera que estés preparado para darte un mazazo. El destino te lo da cuando decide dártelo.

Y el mazazo llegó.

Un nombre que sintió como un jarro de agua fría.

Álex se giró hacia al subinspector y dejó que el fuego se expandiera. Lo agarró de la solapa de la americana y lo levantó un dedo del suelo.

—¿Ahora me dará un equipo de los GEI o tendré que vérmelas solo otra vez?

Al jefe lo pilló tan desprevenido que no reaccionó.

—Álex, cálmate —intermedió Mario—. Déjalo, es tu jefe.

La sangre de Álex circulaba por sus vasos sanguíneos con fuerza desmesurada. Los latidos cada vez se aceleraban más y los capilares de sus ojos se agrandaron.

Ferrer vio cómo toda la ira de Álex se le venía encima.

Mario le repitió de nuevo que lo soltara.

Entonces, Álex lo bajó y comenzó a respirar de nuevo con normalidad, forzándose a recuperar la sensatez.

—¿Entonces? —ladró de nuevo Álex.

—¿Por qué me dice esto? Yo siempre lo he ayudado —mintió el jefe mientras con el rabillo del ojo miraba el rostro de la periodista, que, en lugar de inmutarse, analizaba a qué era debida la reacción del sargento.

—Esta mañana me ha negado apoyo en la estación del metro. Casi me dejo la vida para demostrarle que lo que hace este equipo no es banal ni una pérdida de tiempo —insistió Álex, y Mario le apoyó una mano en el antebrazo.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Álex. Esta no es la manera. El subinspector se ha equivocado, pero no es el momento de echárselo en cara.

—Tienes razón —dijo al soltarlo, respirando con más normalidad, ya con la sangre aliviando la presión de su cerebro—. Cuando esto se acabe, hablaré con el mayor Aragonés.

—¿Cómo dice? —preguntó, despistado, Ferrer, sin saber adónde quería llegar.

—O usted o yo. O lo envían a otra comisaría o me iré yo.

La periodista estaba grabando esa escena que olía a macho alfa y a testosterona desbordada. Sus ojos iban de un hombre a otro. Seguramente, pensó que se estaba poniendo interesante.

—¡Usted o yo! —confirmó de nuevo—. Pero ahora no quiero a un grupo de GEI que se sitúe en la puerta del domicilio donde narices viva ese individuo y se largue. Hable con quien haga falta, quiero a los GEI conmigo las próximas cuarenta y ocho horas. Vamos a coger a ese hijo de perra como sea. Como si tenemos que revolver Barcelona como si fuera el bazar de Estambul —dijo, y volvió a apuntarle con el dedo—. ¿Está suficientemente claro, jefe?

El hombre no opuso resistencia. Sus mejillas se habían sonrojado de la vergüenza que le estaba haciendo pasar delante de la periodista y de todo el grupo de homicidios. De repente, Álex se percató de dónde estaban; todos estaban en silencio, escuchándolo y viendo la discusión que se había producido.

El jefe asintió y se marchó. Al pasar al lado del sargento, le susurró:

—Esta me la vas a pagar, Cortés.

Álex se giró hacia él con expresión de duro, casi de pistolero del lejano Oeste.

Se había pasado, su reacción había resultado ser demasiado explosiva.

Karla, ella era su yang. Él era el yin, y necesitaba que su otra parte lo frenara, lo complementaba. La echaba de menos.

La falta de su compañera, el cansancio, dejarlo ir solo a la estación fantasma y que casi lo atropellara un metro, añadido a que le habían endiñado a la periodista, fue demasiado.

Darle la mesa de Karla fue la gota que colmó el vaso y Álex estalló. Su deflagración llegó hasta el jefe y las consecuencias llegarían en el futuro.

Álex respiró hondo. En ese momento, el futuro no existía, había que encontrar a ese tal Jordi Font. Si era el Asesino de las Maletas, había que detenerlo lo antes posible.

Se giró hacia Mario y le pidió la dirección.

Comenzaba de nuevo la caza y captura del asesino.

32

Jordi Font.

Calle de Agustí i Millà, 36, Barcelona.

La periodista seguía al sargento. Corrieron por las escaleras. Detrás de ellos iban también varios agentes de homicidios. Todos se dirigían a la residencia del hombre.

Álex abrió la puerta del garaje y accionó el mando a distancia del todoterreno negro de su hermana.

Abrió la puerta y la periodista entró por el lado.

—Caray, sí que os tratan bien en la policía de Barcelona, un X5 último modelo —exclamó, sorprendida, la periodista.

«No me toques las narices, periodista», pensó Álex.

—Es de mi hermana. Es una larga historia —dijo mientras instalaba una sirena móvil que cogió antes de bajar.

Una vez posicionada, la colocó en el salpicadero y arrancó el coche. Accionó el portón de salida y pisó el acelerador hasta el fondo, provocando un enorme chirrido de los neumáticos en la resina de color gris.

Cuando estuvo cerca del portón, apareció Mario con un brazo levantado y se metió en la trayectoria del todoterreno, indicando que se detuvieran.

Álex clavó las ruedas, casi atropellándolo.

—¿Te has vuelto loco o qué? —gritó Álex mientras bajaba la ventanilla.

—Me voy con vosotros —respondió mientras subía por la puerta de atrás. Dejó la maleta de inspección de la científica en el asiento de al lado y se abrochó el cinturón.

Álex se giró hacia atrás.

—¿Qué diablo haces?

—¿No se ve? Ir con vosotros. Total, me llamarás en media hora, así aprovecho el viaje.

Álex resopló.

—Solo me faltaba que vinieras tú también.

—Anda, tira, que llegamos tarde —espetó, indicando la salida.

Álex volvió a resoplar.

Aceleró y lanzó el todoterreno a toda velocidad fuera del parquin. Los otros coches lo seguían.

Pasó el primer semáforo en Travessera de les Corts y siguió recto.

Mientras conducía en dirección a la Ronda de Dalt, miró por el retrovisor al compañero de la científica, que estaba comportándose de forma extraña. No acababa de entender esos movimientos extraños que nunca había visto en él.

La periodista alargó el cinturón para que no le apretara la blusa y se dio la vuelta.

—Mario —dijo ella, y le alargó la mano—, ¿me puedes decir dónde has encontrado esa huella?

Mario tragó saliva y Álex lo vio en el retrovisor.

—Estaba en un sello pegado en una postal con… —dijo, y después de sufrir un par de golpes de tos, miró al compañero.

—Díselo, total… —confirmó Álex, levantando una mano en señal de rendición.

—La encontramos en la casa de la segunda víctima del Asesino de las Maletas, como lo ha bautizado Álex.

—Y dale, tú igual. Que yo no lo he bautizado así —espetó Álex—. Mete a sus víctimas en maletas, ¿cómo quieres que lo llame?

—Déjalo, está nervioso —aseguró Mario a la rubia—. Desde que no está Karla, ya no es el mismo —dijo con tono peyorativo.

—¿Karla? —preguntó ella, y enseguida se respondió—. A sí, Karla Ramírez. Claro —dijo mientras miraba al policía.

—Sí, eso, su compañero —confirmó mientras juntaba las dos puntas de los índices varias veces, como si se estuvieran besando.

—Ya, entiendo. Sigue, me interesa.

Álex lo vio y entendió perfectamente lo que estaba haciendo, le acababa de complicar la posibilidad de ligar con la periodista. Los movimientos extraños los interpretó como que a Mario le daba vergüenza. Vaya, a Mario le gustaba Valeria.

La miró de soslayo entre un adelantamiento y otro; Mario algo de razón tenía, la mujer era muy atractiva.

Mario siguió explicando lo que había encontrado y cómo lo había hecho. Ensalzando su trabajo y sus capacidades deductivas. Mientras, con el coche a toda velocidad por la Ronda de Dalt, Álex no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Así que hace mucho que trabajáis juntos Álex y tú.

—Sí, claro —respondió Mario.

—Desde hace demasiado —añadió Álex.

—¿Qué tal es trabajar con Álex?

—¿Tú de dónde eres? Nos haces muchas preguntas y no sabemos nada de ti.

Ella bajó la mirada y luego, de reojo, observó un segundo a Álex.

—Soy originaria de Noruega y…

—Oye, Noruega… —dijo Álex.

—Señorita Eriksson, por favor, usted ha marcado que nos hablemos así.

—Tiene razón. Necesito saber una cosa. Mario, en pocos minutos estaremos en la dirección que nos has marcado. Quiero saber a dónde vamos exactamente y a quién nos encontraremos, quién es este tío. Ya que estás aquí.

—¿Ves?, te ha venido bien que viniera —respondió con tono amable y casi divertido—. Por cierto, yo tengo el mismo sueldo que tú y no me puedo permitir este carraco.

—Otra vez —susurró Álex, y luego contestó en voz alta—. Es de mi hermana, ¿vale? ¿Ahora puedes contestarme?

—Claro. A sus órdenes —dijo, haciendo el saludo militar y mirando a la periodista, que esbozó un ápice de sonrisa—. Vamos a la calle de Agustí i Millà, 36. Es una calle perpendicular a la Avenida Meridiana. El señor Jordi Font vive, según los registros oficiales, en una casita de dos pisos. Una casa heredada de sus padres.

—No me importa si tiene perro. ¿Qué hace en la vida ese tío? —preguntó Álex—. A qué se dedica, qué hace para vivir, etc.

—Era un marinero. Ha trabajado varios años en barcos de altura. Ahora está sin empleo fijo. Trabajillos.

—Hijos, padres, mujer.

—Divorciado y sin hijos.

—¿Por qué está en la base de la policía?

—Tiró a un compañero por la borda y el hombre casi se ahogó. Lo condenaron a seis meses de prisión y se libró con trabajos sociales.

Álex soltó un gruñido y se desvió por una calle paralela a donde tenían que llegar. Giró a la derecha y luego, al final de la siguiente manzana, otra vez; aceleró por la calle que indicaba el GPS. Veinte, treinta, treinta y seis.

Clavó las ruedas, provocando un chirrido de los neumáticos en el asfalto. Los coches que iban detrás hicieron lo mismo para no chocar con el todoterreno alemán.

Bajaron; la casa parecía cerrada.

—Esperamos a los GEI, estarán por llegar —dijo Mario, y los compañeros de los otros vehículos se posicionaron también.

El revuelo asustó a los vecinos, dejando lo que estaban haciendo para mirar por la ventana.

Álex sacó el móvil y llamó a Ferrer.

—¿Cuánto falta para que lleguen? —le preguntó.

—Pocos minutos y están allí. Me acaba de escribir el comandante. Suerte, Cortés —dijo, y colgó la llamada.

Álex guardó el móvil y se fue a la farmacia de al lado. Enseñó la placa y pasó delante de la cola de gente. La periodista, con absoluta curiosidad por seguir al policía y destreza en caminar con tacones, lo siguió.

—Policía. Necesito información sobre un tal Jordi Font que vive aquí al lado.

Una señora que parecía la dueña se asomó desde la trastienda y lo miró por encima de unas pequeñas gafas mientras buscaba un fármaco.

—El señor Jordi lleva varios días sin dejarse ver —respondió, y luego preguntó a los compañeros, que también confirmaron no haberlo visto.

—Señora, ¿tiene la casa del señor Font una puerta trasera?

—No, ninguna casa de esta calle la tiene —respondió la mujer.

—De acuerdo, gracias —contestó Álex, y en ese momento llegaron los refuerzos de la unidad especial.

Una furgoneta y un todoterreno.

Álex se pasó la mano por la cabeza, moviendo los rizos. Esa no era la ayuda que esperaba, había imaginado más hombres, pero a esas alturas ya no tenía tiempo de quejarse.

Los vehículos blindados aparcaron delante de la calle estrecha, entrando por el lado opuesto.

Bajaron y se acercaron a los policías. Buscaron al sargento Cortés y le hicieron el saludo militar. El jefe de esa brigada de los GEI se llamaba Álvarez y le confirmó que se quedarían el tiempo que hiciese falta.

Álex respiró hondo, pero no tenía tiempo de dar las gracias a Ferrer.

Le explicó al equipo de Álvarez qué era lo que buscaban: el Asesino de las Maletas. Podía ser peligroso y podía ir armado.

Se prepararon para entrar. Un agente de intervención sacó del vehículo un ariete y se colocó delante de la puerta.

Los demás compañeros estaban preparados con los rifles, apuntando a la entrada de la casa. El ariete estaba suspendido en el aire, a punto de reventar la puerta cuando el capitán diera luz verde.

33

La puerta de hierro resistió tres golpes de ariete hasta que cedió y dejó el acceso libre.

Los vecinos y los transeúntes miraban con expectación y algunos grababan con el móvil.

El equipo entró.

Detrás, iba Álex pistola en mano, el resto de su grupo de homicidios y, por último y al fondo, la periodista, que, a pesar de llevar un chaleco antibalas, estaba protegida detrás de un coche patrulla.

Valeria estaba grabando con una pequeña cámara de alta resolución para el documental. El primer día no le había dado tiempo de llevarse al operador de cámara.

Parecía una redada a un narcotraficante o a un piso de producción de drogas artificiales.

—¡Policía, quietos! —gritaron los agentes.

Álex los siguió.

Admiraba a esa gente, efectiva y tremendamente rápida. Las armas de metal se movían y las botas recorrían el piso de la casa. Las luces indicaban la avanzadilla mientras cada uno se encargaba de una estancia.

Álex entró por el corto pasillo que daba a la planta inferior. Al fondo, localizó lo que parecía una vieja escalera que llevaba al piso de arriba.

Tan solo entró en la cocina, la primera puerta de la derecha, cuando los GEI ya habían acabado.

El capitán bajó por las escaleras y fue a buscar el sargento.

—Despejado, sargento, pero tiene que ver una cosa —dijo el capitán.

Álex se había adentrado en la cocina y le llamó la atención una cosa, una cafetera. Fue acercándose al fogón. Estaba apagado, pero la cafetera seguía encima; había salpicado de café todo alrededor. Cogió un pañuelo y levantó la tapa, tenía café.

—Cortés, debería venir —insistió el capitán.

Se giró y asintió.

—Arriba —añadió.

—¿Qué han encontrado?

—Mejor que venga.

Álex lo siguió. Subieron las escaleras y le llegó un olor a putrefacción. Conforme se iban acercando, el hedor era más fuerte.

Álex, por desgracia, ya estaba acostumbrado al olor de la putrefacción. Pero ese era diferente, había algo que lo diferenciaba, aunque no sabía qué era. Entró en la habitación y el comandante se lo explicó.

Se acercaron a la cama. Detrás de ella, se encontraba el cadáver de un gato en avanzado estado de descomposición. Ese era el olor que echaba para atrás. En el dormitorio, había moscas que volaban y el aire era insoportable.

La bombilla que estaba encima de la cama sin hacer iluminaba lo justo para que se pudiera ver en la estancia. Desde las rendijas de las ventanas, entraban puntos de luz que provenían del exterior.

—Hemos encontrado solo esto —dijo el comandante, que dio a Álex la impresión de que no olía el hedor.

Él, en cambio, se subió la camiseta hasta la boca para mitigar el espantoso aire.

El cuerpo sin vida del gato estaba al lado de un bol lleno de pienso y otro vacío.

—¿Se quedó sin agua? —preguntó Álex.

—Yo tengo un gato y, si se queda sin agua, se va a la taza del váter y allí puede beber —dijo, indicando el lavabo.

—¿Entonces?

—Puede que causas naturales, o vaya a saber —respondió el comandante.

—Lo que no me cuadra, capitán, es que este hombre se iba a ir, dejó una cantidad descomunal de pienso y, en cambio, se dejó el café sin tomar. No me cuadra.

—¿Está seguro de que este tal Jordi Font es el Asesino de las Maletas?

—Nada es seguro en esta vida. Cuando tratas con asesinos en serie o psicópatas, nada es seguro, ni nada es definitivo.

El capitán, que llevaba guantes de cuero negros, abrió los armarios y señaló la parte superior.

—Hay maletas —afirmó—. Quizá no se iba a marchar.

—Y quizá este hombre no es nuestro hombre —afirmó Álex.

—¿Cómo llegaron a esta casa?

Álex se lo explicó.

—Puede que este hombre no sea su asesino, sino su próxima víctima.

—Me temo que sí. Está jugando con nosotros. Sabía que miraríamos debajo del sello y que la huella nos traería aquí. En esta casa está la siguiente pista —afirmó Álex, y se giró hacia el capitán—. Espéreme fuera con sus hombres, rebuscaremos por aquí; me temo que tendremos que irnos a donde está de verdad el cofre del tesoro —afirmó.

Pasados unos minutos, Álex se quedó con los agentes de su grupo de homicidios, Mario y la periodista en la cocina de la casa. Les explicó qué estaban buscando. Que habían llegado allí no por una coincidencia o una profesionalidad de los *mossos* o por un despiste del asesino, sino porque el mismo asesino quería que llegaran allí.

Se dividieron las habitaciones y comenzaron a buscar la siguiente pista.

La periodista siguió a Álex.

Mario empezó por la cocina. Primero, la nevera, revolvió todo lo que había en el congelador, controlando todos los productos y los envases.

Álex subió las escaleras y entraron en el lavabo. Encendió el agua caliente y se puso a esperar que saliera del grifo de la bañera.

—¿Qué busca? —dijo la periodista mientras estaba grabando.

Álex se giró, miró al objetivo y luego, a sus ojos azules.

—Un mensaje.

Ella arrugó el ceño.

—¿Un mensaje? ¿Se deja mensajes con el asesino?

—No, yo solo los leo. En la casa anterior dejó una palabra escrita en medio del vaho —respondió.

Mientras esperaba, fue mirando todo lo que había dentro del mueble, detrás del espejo. Medicamentos, colutorios, cepillos para una dentadura postiza.

No encontró nada.

Cuando acabó, el agua ya salía caliente.

Cerró el armario y se proyectó su imagen en el espejo; detrás, la periodista noruega sujetaba la cámara.

La imagen lo hizo pensar.

En ese preciso lugar, Jordi Font se sentía seguro. El lavabo de casa, en su habitación.

¿Quién le hubiera dicho que entraría un asesino para complacer sus fantasías homicidas?

Todos nos sentimos seguros en casa, pero muchas veces somos mucho más vulnerables de lo que pensamos.

—Hace mucho calor aquí dentro, Álex.

El vaho comenzaba a empañar el cristal.

—Lo sé, falta poco —respondió.

Cuando el vapor hizo su efecto, dio paso a dos respuestas: el asesino había pasado por allí y que aquello era una pista.

En el espejo apareció lo siguiente: «Hola, Álex, aquí agua».

Al leer eso, al sargento le recorrió un escalofrío que lo dejó sin aliento.

34

«Hola, Álex, aquí agua».

Esa frase arrastró al sargento hasta el caso de Néstor, cuando, llamando al móvil de un empleado de un supermercado que había desaparecido, habló con él.

Se acordaba bien. Comunicarse con los asesinos le provocaba un sentimiento de urgencia, de presión sobre los hombros, de escalofrío que le recorría todo el cuerpo.

¿Por qué le tomaban siempre a él como objetivo?

No era una casualidad.

Sintió que detrás de eso tenía que estar Néstor, seguro.

El calor comenzó a ser sofocante. La periodista apoyó la mano en su hombro y le pidió por favor que abriera la puerta.

El agua seguía saliendo del grifo de la bañera.

La mente de Álex estaba muy lejos de allí, en los recuerdos y encajando piezas, el rompecabezas pasaba por la prisión de Quatre Camins.

Tenía que resolverlo. Se le estaba yendo de las manos. El asesino no estaba siendo menos que Néstor.

¿Qué similitud tenían las maletas y los criptogramas?

Esos dos elementos que unían a Néstor Luna y a Rodrigo Alcázar, ¿qué tenían que ver?

¿Solo matar o algo más?

Una mano lo cogió del brazo.

—Me estoy mareando —dijo la periodista con acento nórdico.

Álex regresó al presente y abrió de inmediato la puerta.

—Perdone, estaba…

—No se preocupe, lo entiendo.

—Tengo que ver a Mario —dijo, y bajaron.

En cuanto entraron en la cocina, pudieron comprobar que Mario y otros agentes habían revuelto por completo los armarios, la nevera y el congelador.

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada. ¿Y tú? —preguntó Mario.

—Otra vez lo del espejo —dijo Álex, y Mario se levantó del suelo.

El de la científica se secó el sudor.

—¿Qué quieres decir?

—Que el asesino nos ha dejado un mensaje.

—¿Cuál?

Álex suspiró.

—Hola, Álex, aquí agua —espetó el sargento.

—Sabía que llegaríamos aquí —dijo Mario.

—Está jugando con nosotros —respondió Álex.

—Todos los asesinos lo hacen —indicó la periodista.

—No, Néstor y este tipo prevén nuestros pasos. Sabe lo que vamos a hacer. Somos unos jugadores de un tío que lo ha maquinado todo antes de que nosotros supiéramos que existiera —reflexiono Álex.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mario.

—Que vamos a remolque de lo que se le antoja a este tío. Matar es para él un juego.

—Espere —dijo la periodista—. El otro día en una entrevista con Néstor dijo algo muy llamativo. Me pareció interesante que lo dijera un asesino en serie.

—¿Qué dijo? —preguntó Álex.

—Néstor afirmó que vivía porque mataba. Eso es muy duro. Es muy drástico. Este tipo quizá hace lo mismo —indicó la periodista.

—Puede ser, pero, para ciertos psicópatas, buscar el placer de la muerte puede ser un sentido de la vida. En su mente, en sus fantasías, cada muerte no consigue satisfacer sus sueños, sus anhelos —respondió Álex.

—Nos desviamos —interrumpió Mario—. Tenemos que buscar el sentido de: aquí agua. ¿Qué había en el espejo de la otra casa?

—Solo la palabra frío.

—Era un acertijo.

—No, era una palabra y dos pistas —afirmó Álex.

—¿Cómo? —preguntó Mario.

—Sí, como en el juego, cuando dicen caliente o frío en función de si se aproxima o aleja del tesoro.

—Hola, Álex, aquí agua —repitió Mario—. ¿Podría ser «agua» sinónimo de frío? —dijo Mario—. Quiero decir, algo así como: aquí no, Álex, estás lejos —preguntó Mario.

Álex lo estuvo pensando en medio de los ruidos de los agentes que revisaban platos y ollas, que, al moverse, chocaban.

—No, es al revés. Nos quería despistar para alargar la búsqueda —espetó Álex mientras se daba la vuelta, corría escaleras arriba y volvía a entrar en el dormitorio.

Lo cruzó a grandes zancadas y entró en el lavabo.

En el espejo ya casi no se leía la frase. Se detuvo observando el lavabo mientras llegaban Mario y la periodista con la cámara.

—Hola, Álex. ¡Aquí! ¡Aquí agua! —repitió, y se acercó al váter.

Levantó con suma precisión la tapa de la cisterna y la colocó de lado. Se acercó y asomó la cabeza.

Dentro había un plástico.

Lo cogió y resultó ser un papel plastificado. En una cara, era blanco. En la otra, estaba el símbolo de la flor de Barcelona con el laberinto en su interior. Debajo, otra vez lo mismo, unas letras y números.

Habían encontrado la siguiente pista.

35

Todo pasó en unas décimas de segundo.

El tiempo de cerrar los párpados y volver a abrirlos.

Sintió la misma sensación, la misma desorientación de cuando se enfrentó a Néstor.

Algo extraño que se le colaba por debajo de la piel y lo hacía sentir que iba a remolque de los acontecimientos. Un burro que seguía la zanahoria. Un títere que había aprendido la técnica de cómo hacer bailar a los policías y cómo difundir el miedo por una ciudad.

Una pista y otra. Un indicio escondido detrás de un criptograma y hasta el siguiente.

Necesitaba respirar. Necesitaba pensar. Necesitaba tomar distancia de esa situación. Pero las víctimas no tienen tiempo, precisamente.

Respiró a pleno pulmón el tiempo de cerrar los párpados.

El juego continuaba a pesar de que él se planteaba si eso era para él. Demasiado tiempo con esa mierda sobre la espalda.

«¿Por qué yo?», se preguntó en sus adentros.

«¿Por qué a mí?».

Su mente rebobinó hasta cuando salvó al hijo del presidente del Barça. Si lo hubiese hecho de incógnito, sin tanto bombo y platillo como quiso el subinspector Reixach, ahora no se plantearía esas cuestiones.

Abrió los ojos y la rubia estaba allí delante, grabando sus pasos y lo que acababa de encontrar.

El objetivo apuntándolo le estaba provocando un sarpullido que le subía desde las rodillas hasta la garganta.

A pesar de lo guapa y de lo profesional que era esa mujer, la habría enviado a tomar por saco. A ella, a la plataforma, a su hermana, al Cuerpo, a las leyes, y se hubiera enfrentado a ese asesino a solas.

Respiró hondo.

—¿Qué es? —preguntó la periodista detrás de la cámara de vídeo.

Él no contestó.

Sacó el móvil y le hizo una foto. Enseguida la envió por mensaje instantáneo a Alan.

Una vez enviado, lo llamó.

—¿En serio? —espetó el informático forense.

—Eres el único que puede con esto.

—Maldita sea, Álex. ¿Tengo una cita, has visto qué hora es? —respondió el informático.

Álex cerró los ojos, sintió que ya le había pedido demasiados favores a ese chico. Le hubiera gustado decirle que se fuera, que se lo merecía, que se encargaba él. Pero la verdad era otra. Esa operación a contrarreloj no podía avanzar sin la ayuda del pequeño genio.

—Lo siento, amigo…

—¿Amigo? Lo que me ha costado conseguir una cita con la Pirry.

Álex arrugó el ceño y miró el móvil.

—¿Pirry? —espetó Álex—. ¿Quién es Pirry?

—La Pirry es una chati de mi barrio, está como un puto tren. Es que no lo sabes, Álex. Si lo supieras, no me llamarías. ¿Tengo que explicártelo todo?

—¿La Pirry? Ya solo con un nombre así yo me quedaría. Pero no es el punto. Alan, sin ti no podemos conseguirlo —insistió Álex.

Ya sabía que con tan solo apretándolo un poco, el chico se quedaría a ayudarlo. Pero necesitaba que se hiciera a la idea y que cambiara sus planes.

A veces pensaba que el muchacho superdotado tenía rasgos de un ligero autismo. Muy metódico, muy rutinario, con un cerebro increíble y fijado en las mismas cosas siempre.

—Por favor, Alan, si te lo paso, ¿me lo puedes descifrar? Para ti son cinco minutos. Por favor.

—Acabo de apagar los ordenadores.

—Venga, son cinco minutos —dijo Álex, consciente de que podía ser toda la noche—. En cuanto lo consigas descifrar, te vas y listo. Son dos minutos para ti. ¡Venga! —insistió con un tono amigable.

El chico emitió un gruñido que lo escuchó hasta la periodista, ya que levantó las finas y cuidadas cejas.

—Venga. Tú puedes.

—Me debes otra, Cortés —dijo mientras se escuchaba como dejaba sus cosas en el suelo y encendía los monitores y el ordenador.

—Tú vete apuntando.

—Ya, pero antes, por lo menos, me regalabas Funko Pop o entradas a conciertos.

—Dime lo que quieres y te lo consigo.

—Irme ya.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, amigo.

El chico cogió el teléfono y lo colocó al lado del teclado con el altavoz encendido.

—Por cierto, ¿dónde pensabas llevarla a comer?

Alan lo pensó un instante y respondió.

—Pues al *burger*.

Álex arrugó el ceño.

—¿Le gusta? ¿La llevas a una hamburguesería *gourmet*, al Vicio o al Five Guys?

—¡Qué dices! Al Burger King. Que aquí los sueldos no dan para más.

El sargento se pasó la mano por la cara y luego por la cabeza. La periodista puso los ojos en blanco.

—¿Algún problema?

—¿De dónde? —preguntó Álex.

—Al del barrio —respondió Alan, y siguió tecleando—. Venga, ya lo tengo abierto. Meto las letras estas y a ver qué encontramos.

Álex y la periodista, que seguía grabando, se quedaron en silencio.

Los dedos del informático volaban sobre el teclado. El tecleo típico de la comisaría, con sonidos sordos en cada ocasión que apretaba las letras o números.

—¿Cómo va? —preguntó Álex.

—Pues estoy entrando en el programita que me hice con la inteligencia artificial el otro día. Así creo que podré hacerlo esta vez también más rápido. La otra ocasión introduje la secuencia del criptograma y la clave de descifrado fue con el método de Vigenère. Probaremos lo mismo a ver qué tal —explicó Alan, y se escuchó como hubo un último y fuerte apretón de tecla.

Álex supuso que era el intro.

Se hizo el silencio.

Al cabo de unos segundos, Álex se preguntó qué diablos pasaba ante el silencio del informático.

—¿Alan? —preguntó Álex—. ¿Qué pasa?

—Esto no tiene sentido, Álex.

—¿Por qué no tiene sentido?

—Porque es demasiado fácil.

—¿Por qué? —preguntó Álex, sorprendido.

—Porque me ha salido a la primera.

Álex abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué? ¿Qué te ha salido?

—Ha salido a la primera. Ya lo tengo. Esto no es normal. Esto no puede ser. Es un error, seguro —repetía Alan, que en su cabeza de genio no cabía la posibilidad de que las cosas se resolvieran tan velozmente—. No puede ser.

—Espera, Alan. ¿Qué te ha salido?

—41.385445; 2.176784.

—Mándamelo por mensaje, no puedo escribir.

Al cabo de unos instantes y un par de clics del ratón, apareció en el móvil de Álex.

—¿Qué es eso? —preguntó Valeria con acento nórdico.

Álex cogió los números y los metió en el Google Street.

—Alan, me aparece una plaza de Barcelona. Otra vez.

—¿Cuál?

—Plaza de Antonio Maura.

El informático tecleó la respuesta en su ordenador.

—Pues parece que allí tienes tu siguiente parada, nunca mejor dicho.

—¿Qué hay?

—Estación del metro de Banco o Beatas.

—Nunca la había oído antes.

—Claro, Álex, porque está abandonada.

36

A pesar de ser hora punta, los coches de los *mossos* y el BMW de Álex cruzaron la ciudad a toda velocidad.

Abrían paso las furgonetas y delante, el todoterreno del capitán del cuerpo de élite.

Álex daba manotazos en el volante por querer volar entre el tráfico.

Un semáforo en rojo. Un paso de peatones con chicos despistados escuchando música. El tráfico de la salida de la oficina. Todas las variables posibles se encontraron los policías en esa noche de otoño.

—Por suerte no llueve —susurró Álex mientras desviaba el pesado todoterreno de su hermana, que lo estaba usando como si fuera suyo.

El convoy bajaba por la Avenida Meridiana y, cuando estaban por la mitad del recorrido, sonó el móvil de Álex; era un número oculto.

Colgó, pensando que era alguna teleoperadora que le intentaría vender una mejora en la factura de la luz o convencerlo de cambiar de compañía de móvil.

El número volvió a llamar. Apretó de nuevo el botón rojo.

Pasados unos instantes apareció la misma palabra, «numero oculto», en la pantalla.

Normalmente, cuando colgabas, esas personas no te molestaban más. Así que apretó el botón verde.

—¡Cortés!

—Sargento, soy el capitán de los GEI.

—Dígame. Disculpe por no contestar antes, pero no aparece qué número es.

—Tranquilo. Escúcheme. No hay ningún acceso a esa estación cerrada. No podemos entrar de ninguna forma, solo a través de los raíles.

—Bueno, ¿me lo dice o me lo cuenta?

—Sargento Cortés, no voy a poner en peligro la vida de mis hombres. Lo vamos a hacer bien esta vez. Estoy hablando con los del Metro. Vamos a entrar por la estación anterior, por Jaume I.

Álex suspiró. Él hubiera entrado hasta con el mismo todoterreno por las vías si le hubiese cabido, pero en esa ocasión tenía que ser consecuente con lo que había pedido. Al subinspector le había solicitado un equipo de los GEI hasta que se resolviera la situación. No podía actuar como lo hacía por libre.

—Está bien, capitán, le seguimos.

—OK, cambio y corto —dijo, y colgó el teléfono.

Siguieron serpenteando el tráfico hasta el parque de la Ciudadela. Pasaron por delante de la puerta principal. Álex aún tenía vivas en sus retinas las imágenes de la periodista inglesa, Emily, subiendo las rejas como una pantera cuando Néstor lo llamó para que encontrara antes que nadie el coche donde había ahogado a una mujer.

Siguieron hasta Vía Layetana y subieron hasta llegar a la parada de metro.

Aparcaron los coches en la plaza del Ángel. Al lado de unos toldos verdes y enfrente del Hotel Suizo.

Bajaron llamando la atención de todo el mundo. Comenzaron a grabarlos con móviles mientras ellos buscaban la entrada.

El cartel rojo y las escaleras de mármol que bajaban indicaban la entrada del metro.

Jaume I.

Bajaron las escaleras los GEI, seguidos por Álex, la periodista, que no dejaba de grabar, y Mario, que había elegido ir con ellos.

Descendieron y el capitán encontró a un señor uniformado del metro. Les facilitó el paso abriendo las puertas metálicas y los acompañó por las escaleras mecánicas hasta el andén.

Allí se detuvieron y Álex se acercó al capitán.

—¿Qué pasa?

—Estamos esperando.

—¿Esperando? ¿Qué esperamos? —espetó Álex al capitán.

—Usted es quien caminó por las vías del tren —dijo el operario del metro, señalándolo y con un tono como si se hubiera encontrado con algún vip—. Todos hablan de usted. Casi le chafan como una rata.

Álex falseó una sonrisa que duró menos que pestañear.

—Pregunto por qué no podemos entrar caminando.

—Las normas lo prohíben.

—¡Me las paso por…! —gritó, y pensó en Karla, en su kriptonita. Respiró y siguió algo más calmado—. Me dan igual las normas, tenemos que pasar. Tenemos que ver si podemos salvar a

una persona. No sabemos si está muerta o viva.

—Ha topado conmigo, soy el responde de esta estación de metro y no permito pasar.

—¿Entonces qué diablo estamos esperando?

—Sargento Cortés —intervino el capitán—. Este buen hombre nos ha proporcionado un metro. Ha hecho cortar la línea. Está llegando. Nos subiremos y nos llevará hasta la estación; allí bajaremos. Limpio y seguro. ¿Entendido?

Álex suspiró.

—¿Se da cuenta de qué significa cortar una línea de metro en Barcelona a esta hora? Es caos. Nos van a crujir.

—Más nos crujirían si no hacemos nada con un asesino en serie por las calles.

En ese momento llegó el metro.

—Ahí tienen su transporte —dijo, y justo se detuvo enfrente de ellos.

Se abrieron las puertas y los GEI, con paso militar, entraron. Luego, Álex, la periodista, Mario y, por último, el capitán.

—¿Usted no viene? —preguntó el capitán al responsable de la estación.

—No, gracias, yo me quedo aquí —espetó con una sonrisa cínica.

Todos lo miraron y pensaron lo mismo. El único que hizo algo al respecto fue Mario, que, al cerrarse las puertas, hizo el sonido de la gallina y movió los brazos flexionados como hace el animal.

Una vez cerrado el vagón, no pudieron contener una risa ahogada.

Arrancó el metro y Álex se giró hacia el capitán.

—¿Cuánto hay?

—Unos pocos centenares de metros.

Álex asintió y regresó hacia la periodista, que seguía grabando.

—¿Nunca cambia las pilas o se queda sin carrete o como funcione ese chisme?

Ella negó.

—Tecnología de mi país, esto es mejor que lo chino y lo americano.

Álex asintió y, en pocos segundos, el metro entró en la oscura estación.

Era peor que la de Correos, llena de escombros y con cables que colgaban.

No le dio tiempo de acabar de ver bien cómo era cuando el metro se detuvo. Se abrieron las puertas y entró un olor a polvo y humedad en el vagón.

—¡Vamos, chicos! Comienza nuestro trabajo —indicó el comandante, apuntando con su rifle de asalto siendo el primero en salir.

37

En cuanto se abrieron las puertas del metro, entró un tufo a muerte.

La pesadez del aire se caló en los pulmones de Álex.

En el ambiente se percataba tensión y nerviosismo. Flotaba olor a moho y a polvo en suspensión. Humedad de alguna tubería que traspiraba agua.

Los pasos de los GEI rompieron el silencio que esa estación fantasma estaba acostumbrada a vivir, imbuida en la misma.

Se detuvieron en mitad del andén.

Sin hablar, se hacían gestos que solo ellos entendían.

Mientras recibían las órdenes del capitán, por ver quién avanzaba, Álex escuchaba como las ratas por las vías y por alguna canaleta se movían rápidas.

El ambiente era oscuro. Solo un viejo fluorescente creaba penumbra en la absoluta oscuridad de la estación. Las luces que venían del vagón ayudaban a tener algo más de visibilidad, pero no era suficiente para una incursión segura.

El capitán hizo un gesto y los agentes encendieron la luz encima del casco y la del rifle.

De pronto, el espacio en penumbra tuvo un juego de rayos de luz que se movían estresados.

La estación estaba formada por dos ambientes. El primero comenzaba en el andén y terminaba en unas imponentes columnas que sujetaban el techo abovedado. Por el otro lado de los arcos, había otro ambiente, un espacio largo como el mismo andén; daba la impresión de haberse creado para acumular pasajeros sin apretujarse en la entrada de la parada Banco o Beatas.

Del lado contrario, por los cristales del metro, se veía que el muro acababa en los viejos raíles. Ese espacio hizo estremecer a Álex. Era parecido a la estación de Correos. Esa vez, en cambio, estaba con los hombres del cuerpo especial. Se preguntó en ese momento, mientras estos se dispersaban por la estación en silencio, cómo se había atrevido a entrar solo la vez anterior.

Acompañado por ese ejército urbano, sintió el miedo que no había tenido tiempo de sentir en la otra estación.

Los agentes especiales fueron entrando. Valeria seguía grabando todo lo que sucedía un paso por detrás de Álex.

El capitán hizo una señal a dos agentes y los envió al final de la estación, por allí se distinguía una entrada, una escalera que originariamente daba a la salida. Los dos fueron hacia allí. Sus luces se dirigieron a la zona y se pudieron ver unos escalones que subían.

Cuando desparecieron por la oscuridad del túnel ascendente, Álex suspiró y siguió a los otros, que avanzaban en línea recta.

Iban lentos, asegurando la zona.

El túnel era largo, al menos, un centenar de metros.

En las paredes aún colgaban los carteles de publicidad de los años en que fue construida la estación.

Entre los propios pasos, Álex sentía como su corazón latía con fuerza.

¿Qué se encontrarían, otro maldito criptograma o una maleta?

Pero lo que más lo llevaba de cabeza era otra pregunta, ¿cómo diablos había llegado allí el asesino?

Los agentes fueron avanzando y Álex los seguía varios pasos por detrás.

Los ruidos de las pisadas y los movimientos metálicos de los rifles hacían eco en los abovedados espacios.

Anís del Mono, Moussel, Coca-Cola, *La Vanguardia*, jabón Heno de Pravia o Pirelli eran los carteles publicitarios pegados en las paredes. Desteñidos y medio arrancados por el efecto implacable del tiempo.

Álex observaba que en esas vetustas imágenes no hubiera algún mensaje del asesino. Un criptograma entre botellas de cola, tarros de jabones o noticias colgadas por un periódico de la capital condal.

De repente, los agentes llamaron la atención del policía: se detuvieron al final del túnel.

Álex intuyó, por la forma en la que interactuaban entre ellos, que algo había. Tuvo su confirmación cuando el capitán le hizo un gesto con la cabeza, llamándolo.

Álex corrió hacia adelante, dejando atrás a la periodista y a Mario.

Cruzó rápidamente la estación.

Cuando llegó a donde estaban, se abrió un espacio entre ellos y encontró a lo que había ido: una maleta.

La maldita maleta de siempre, una Samsonite del mismo color y mismo modelo.

—Maldita sea, otra —susurró Álex.

—Afirmativo —confirmó el comandante.

Álex guardó su pistola y se sacó un guante de látex.

Se agachó y cogió el cartoncito que colgaba del asa. Era de una famosa línea aérea nacional. En su interior, había un texto: «Jordi Font ya no va a volar».

Álex se extrañó, ese texto estaba escrito a mano. ¿Cómo podía ser que ese asesino cambiara el *modus operandi*? Escribir eso a mano era una pista, y una pista muy importante. Álex comenzó a darle vueltas para ver qué podía significar. Pero las varias opciones que estaba barajando fueron detenidas por la mano del capitán, que le acercó un papel plastificado. En él estaba dibujado el símbolo de la flor de Barcelona con un laberinto en su interior y debajo, como en los otros mensajes, un criptograma de letras y números.

El juego seguía con otro mensaje.

38

—¡Maldita sea, jodido loco! —gritó Álex mientras cogía el papel plastificado—. ¿Esto no acabará nunca?

Ese grito de Álex no era aversión por haber encontrado el cadáver, ya sabía qué encontraría en la maleta, sino que el papel era la pista de un nuevo cadáver seccionado en una maleta esperando a que Álex lo encontrara.

Se alejó de allí con la sangre hirviendo y la desesperación que le sobrevenía cuando algún criminal se burlaba de él.

Primero, Néstor; ahora, él.

Néstor los cortaba y se los enviaba en paquetes. Este asesino se los hacía llegar en maletas.

Diferente *modus operandi*, mismo espíritu asesino y mismo juego. El asesino tenía que tener alguna maldita relación con Néstor. Eso lo tenía claro, ¿pero cuál?

Sintió un dolor en el pecho, un peso que se llamaba responsabilidad, un peso que se llamaba humillación personal.

Eso ya no era entre poli y asesino, sino entre Álex Cortés y un criminal psicópata que lo quería dejar en evidencia.

Le juró a Néstor que, si estaba detrás de ese hombre, le arrancaría la cabeza. Sentía un ferviente impulso de cumplir su promesa. Si estaba involucrado lo más mínimo, quedaría solo uno de ellos dos en la cárcel, o él, después de haberlo aniquilado de una vez por todas si al final se equivocaba.

La periodista se acercó, sin perderse ni un detalle.

—¿Qué han encontrado? —preguntó mientras apuntaba al sargento.

Álex se giró, le cogió la cámara, la tiró al suelo y la pisó un par de veces.

—Otro criptograma, maldita sea —gritó, enfurecido con el mundo.

Mario llegó enseguida.

—Cálmate, amigo —dijo mientras lo cogía de los hombros—. ¡Quieres calmarte, esta mujer no te ha hecho nada!

Álex miró al techo mientras apretaba los puños y las mandíbulas.

Sentía ese sentimiento de injusticia incontrolable que no podía frenar. La mujer no tenía culpa, pero era la gota que colmaba el vaso.

Cuando hizo un par de respiraciones, comprendió que se había pasado.

Se soltó de la presa de su amigo y recogió la cámara. Se la dio a la periodista.

—Lo siento —espetó, lidiando consigo mismo, como si una voz en su interior le hubiera dicho que lo que había hecho estaba mal—. Espero que no haya perdido la grabación.

Ella negó mientras cogía el aparato electrónico casi destrozado.

—Supongo que no, todo se tiene que haber guardado en la nube —respondió con tono tranquilo—. Entiendo que está bajo presión.

Él también negó.

—No se puede hacer una idea —respondió él mientras miraba el nuevo criptograma.

—Ya.

Cuando Mario vio que los ánimos se habían calmado, sacó sus propios guantes de látex para proceder a abrir la maleta. Se colocó una mascarilla que guardaba «por si acaso» en su bolsillo y unió los dedos para mover los huesos de las manos a modo de calentamiento.

Soltó primero los enganches de los lados, luego, la cerradura frontal. Cuando estuvo a punto de abrir la maleta, se giró hacia los GEI.

—Apartaos, chicos, esto no os va a gustar —dijo, y, al acto, los agentes dieron varios pasos hacia atrás.

Algunos agentes se quedaron inspeccionando el espacio, apuntando a las partes oscuras, como si tuvieran el presentimiento de que en cualquier momento el asesino pudiera aparecer.

Mario fue levantando la tapa y, con tan solo unos pocos centímetros, el hedor que sobresalió de la maleta lo tumbó hacia atrás.

La maleta volvió a cerrarse y Mario cayó de culo.

Entonces, el capitán clavó la punta del rifle en la fisura de la maleta y la abrió, mostrando lo que había dentro.

El haz de luz apoyado en el fusil iluminó el interior. Consiguió a duras penas abrirlo y dejar la solapa abierta; tuvo que echarse atrás por la potente pestilencia del cadáver en avanzado estado de putrefacción. Pero no dejó de iluminar el contenido. La cabeza no daba lugar a dudas, era Jordi Font.

Mientras que los agentes y Mario solo corroboraban lo que Álex ya sabía, él estaba ya comprobando la nueva pista.

Sacó el móvil, en ese antro subterráneo no había ni una raya de cobertura. La señal no llega a decenas de metros de profundidad.

—Mierda —susurró Álex, y cambió de tercio—. Nos tenemos que marchar.

Mario y el comandante se giraron.

—¿Ahora? —preguntó Mario.

—Ahora esto es cosa vuestra. Yo tengo trabajo —dijo, indicando el criptograma.

—Pero… —añadió Mario mientras Álex ya se había dado la vuelta.

Cruzó los arcos que separaban los dos ambientes de la estación fantasma y se acercó al maquinista. Le hizo una señal de volver atrás y entró en el vagón.

De repente, el convoy se puso en marcha.

Los avisadores acústicos de las puertas comenzaron a sonar como si se hubieran vuelto locos. Cuando empezaron a moverse, la periodista, con un salto ágil, entró en el mismo vagón de Álex.

—¿Qué hace?

—Voy con usted.

—Ni hablar —espetó Álex mientras hacía amago de tirar de la palanca de *stop*.

Ella le detuvo la mano.

—Demasiado tarde, voy con usted —espetó la mujer.

39

Las puertas del metro se cerraron.

Dentro, la periodista impidió que el sargento detuviera el tren. Álex la miraba perplejo, sin entender bien lo que quería hacer la mujer. Aunque le había arrojado al suelo la cámara, ella persistía en la noticia, en la caza al asesino.

Le seguía sujetando la mano. Sus ojos profundos de hielo y su pelo rubio con coleta hacían interesante y atractiva a la mujer, más en las distancias cortas.

Se quedaron en silencio, mirándose a la cara.

Ella, a pesar de su fuerte personalidad, se había quedado embobada por el atractivo del policía. Él se percató.

Tragó saliva y soltó la mano del hombre.

Álex la miró diferente, ese contacto piel con piel había bajado ciertos escudos que los dos se habían autoimpuesto.

Se preguntó si esa mujer quería ser profesional o sentía atracción por él. A pesar de esas preguntas que le nacían de dentro, tenía que seguir. El Asesino de las Maletas seguía libre y tenía que buscar a la próxima víctima.

—¿Qué va a hacer? —preguntó ella.

—Tengo que seguir, de momento, vamos a remolque, pero tenemos que darle la vuelta a esto o seguiremos comiendo las migajas que nos deja este hijo de perra.

—¿Cómo va a descifrarlo? ¿Ha visto qué hora es? —dijo ella, mirando su Rolex plateado y discreto—. Son las diez de la noche pasadas.

—Lo sé —dijo, y se abrieron las puertas del vagón en la estación de metro Jaume I, vacía—. Tengo un plan.

Al decir esas palabras, bajó del tren y fue directo hacia las escaleras de salida. La mujer, que no se esperaba que saliera sin más, lo siguió unos pasos por detrás.

Subieron las escaleras y la mujer aceleró el paso hasta ponerse a su lado.

—¡Quieres ir más lento! —espetó con su cámara destrozada en la mano.

—No me sigas, se acabó que sea tu canguro. A la mierda.

—Tenemos un acuerdo.

—Lo tienes con mi jefe.

—Y tú, con tu jefe, ¿me quieres dejar en la estacada?

—Me da igual —dijo, ya llegando al final de las escaleras.

Valeria, que no se esperaba esa respuesta, deceleró un instante y, al ver que se quedaba ligeramente atrás, reanudó la subida con un ágil movimiento de piernas.

—Me da igual, estoy en esto contigo —espetó, y, al llegar al vestíbulo, lo agarró de un brazo.

Álex se detuvo y la miró a los ojos.

—Esto es demasiado peligroso para una periodista, ¿me entiendes?

—¡Escúchame bien, sargento Cortés! —ladró, apuntándole a la cara con su índice—. He visto más muerte en guerra que tú cien años persiguiendo a asesinos en serie. Me he librado de ser violada en África por guerrilleros rebeldes. Me he colado por fábricas de drogas en Asia y con narcos de la frontera entre México y Estados Unidos. He sido reportera en guerras de Europa y he visto lo que nunca hubiera querido ver. No me vengas con estas tonterías. No me digas que esto es demasiado peligroso, porque no sabes ni por asomo qué es peligroso —acabó, jadeando y mirándolo directamente a sus ojos verdes.

Álex se quedó pensando un instante y se dio la vuelta; siguió por su camino sin decirle nada.

Ella levantó los brazos boquiabierta y sin dar crédito a que, después de lo que le había dicho, se fuera así, sin más.

—¿Me has escuchado? —insistió ella.

—Ven, te acompaño a tu hotel —dijo ya con unos cuantos pasos de ventaja—. Mañana continuaremos.

Ella sacudió la cabeza y dijo en su idioma natal algo así como «¡españoles!».

Ambos cruzaron el cordón policial y atravesaron el tumulto de gente; curiosos que se habían quedado a ver qué pasaba y otros, indignados por no poder usar su línea de metro para regresar a casa.

Subieron al BMW y Álex arrancó el coche. Se colocó para salir de la plaza que daba a la parada de metro y se detuvo.

—¿Dónde está tu hotel?

—Aquí al lado, el Majestic.

Álex fue a arrancar y se detuvo al instante. La miró con asombro.

—Os cuidáis los periodistas de las plataformas de *streaming* —comentó, y enseguida arrancó.

Cogió Vía Layetana hacia al norte y, en el cruce con la plaza Urquinaona, le dio la vuelta hasta meterse por Paseo de Gracia. Al centro comercial de la plaza Catalunya, giró hacia el norte y siguió hasta aparcar delante del majestuoso hotel de la vía más emblemática de la ciudad.

En cuanto el todoterreno alemán se detuvo, un botones intentó abrir la puerta del acompañante. Al estar cerrada, no pudo. Álex la accionó y ella la volvió a cerrar. El botones probó de nuevo y la encontró otra vez cerrada. Entonces, el chico, después de volverse a poner las manos detrás de la espalda, regresó a su puesto al lado del acceso.

—¿Te apetece una copa? —dijo ella, indicando con la cabeza el hotel.

—Otro día —respondió después de un momento de duda.

—Insisto.

—Yo también.

—Para hacerte perdonar por la cámara —replicó ella.

Él suspiró y asintió.

—Bien… —respondió ella, y abrió la puerta del coche.

Álex apagó el motor y el botones, después de ayudarla a bajar, cogió las llaves del coche.

—No te vayas muy lejos —dijo Álex al chico del hotel—. Me marcho enseguida.

Este asintió y se fue a aparcar a un lugar que no molestara al tráfico.

El acceso al hotel de cinco estrellas era majestuoso. Tenía tres arcos de piedra caliza; el central, que era la entrada con dos botones que la presidían, y los laterales con cristales como vitrinas. No eran escaparates de ropa o bolsos de lujo, sino de vida de un nivel superior, de lujo, para turistas.

La enorme recepción era un despliegue de mármol rosa y cristal. El suelo, también de mármol, estaba más limpio que un quirófano. En el ambiente se apreciaba una mezcla de aromas de flores y esencias orientales. Entrar en un hotel de esas características y hospedarse era cosa de pocos, pensó Álex.

La mujer abrió paso y lo llevó hasta la barra del bar. Se sentó en un taburete de terciopelo rojo. Pidió un negroni con la normalidad que de quien está acostumbrado a esos lugares. Álex intentaba no mirar demasiado a su alrededor; no quería dar la impresión de paleto.

Pidió un *whisky* al camarero con pajarita.

—¡Qué clásico! —juzgó la mujer.

—Me gusta lo de siempre.

—A mí me gusta innovar, probar, cambiar. Las cosas nuevas me motivan —dijo la rubia, mirándolo con una expresión de depredadora.

—Las cosas nuevas te pueden cansar.

El camarero entregó el vaso con el líquido rojo a la mujer, acompañándolo con una servilleta en un gesto de suma elegancia. Ese chico sabía lo que hacía, pensó el policía. El camarero de esa barra, con ese porte y educación, haría mella en muchas ricas aburridas que pasaran por el hotel.

—Pero si no las pruebas, ¿cómo sabes que te pueden cansar, sargento?

—Has empezado a tutearme.

—Hace rato que lo hacemos.

Álex quitó los ojos de la mujer y prestó atención al sitio.

Espejos, luz tenue, platos dorados, jamones colgados y una decoración en las paredes con un sinfín de botellas de licor.

Del techo bajaban lámparas de araña de cristal y bombillas con luz cálida.

—¿Por qué me has invitado?

—¿Te ha molestado?

—¿Sueles responder con una pregunta?

Ella sonrió y dio un trago a su copa, mirándolo sensual.

Él entendió, pero siguió el juego un rato más.

—Me gusta jugar, ¿a ti no, sargento?

—Depende.

—¿Depende de qué? —coqueteó ella.

—De si estoy trabajando o no.

—Y estás trabajando.

—Claro.

—Pensaba que no.

—Estoy aquí porque mi jefe me ha asignado como tu canguro.

—No seas tan optimista, Álex, no sé quién hace de canguro a quién.

Álex se la quedó observando, serio. Lo primero que le vino a la mente se lo calló. Esa mujer tenía una mirada hipnótica. No consiguió decir lo que pensaba, no era habitual en él. Entendió que estaba bajo los efectos sensuales de la mujer. Como una encantadora de serpientes, la periodista desplegó sus armas femeninas. Sus ojos, su pelo, su atractivo, su elegancia y sensualidad y, por último, su cuerpo. Mientras lo estaba pensando, la mujer se quitó la americana que había llevado todo el día.

Debajo, una camiseta negra, ceñida y con un escote generoso, no ocultaba unos pechos firmes.

Álex tragó saliva. Intentó no mirar la camiseta de la mujer, pero fue imposible, como invitar a un niño a caramelos. Ella lo vio y sonrió maliciosa, pícara. Al final, había conseguido lo que pretendía, insinuar su cuerpo.

—¿Te gusta tu profesión?

—No hay una mejor, Valeria.

A ella, que el policía la llamara por su nombre, le gustó.

—Mejor que periodista no hay nada.

—¿Por qué estás tan segura?

—Mira, en mi profesión puedes conocer a personas tan interesantes y atractivas como tú, sargento —dijo, y dio el último sorbo al cóctel.

—En el mío también —respondió, señalándola con la cabeza.

—¿No te lo vas a acabar? —respondió ella, moviendo la barbilla hacia el *whisky*.

—¿Por qué? —preguntó Álex, mirando a su alrededor—. ¿Cierran este bar?

Ella se rio.

—No, este bar está abierto hasta más tarde. Si te lo acabas, podemos subir a mi habitación —dijo ella con el tono más pícaro que había usado hasta el momento—. ¿Te apetece?

40

Ana aguantaba una taza de té.

Había desarrollado una técnica especial de calentarse con la taza.

Karla la miraba de soslayo.

—Como se te caiga, no le hará nada de gracia a mis padres que manchemos el sofá.

—Tranquila, lo tengo controlado —respondió Ana Cortés mientras sujetaba la taza con las piernas juntas y la mano que aún tenía la ponía encima, calentándose con el vapor de la infusión.

—¿Has comido bastante?

—Demasiado —respondió ella—. Me preocupa mi hermano. No me contesta, se ha llevado mi coche y nos ha dejado aquí sin transporte.

—Te puedo llevar a Figueres y coger un Ave hacia Barcelona.

—No, estoy bien aquí contigo, me lo tomo como unas minivacaciones. Javier está con los peques y lo tiene todo controlado.

—Has tenido suerte de encontrarlo. —Ana sonrió melancólica—. Pero lo echas de menos.

Ana sacudió ligeramente la cabeza.

—He tenido mucha suerte de encontrarlo, sí.

—Y él a ti, Ana.

—Espero.

—Te lo digo yo.

Ana se encogió de hombros.

—Las oportunidades de la vida. Pero, Karla, si no aceptas lo que te viene o comienzas a socializar un poco, no saldrás del agujero, del hoyo en el que estás.

—No estoy en ningún hoyo.

—Ya me entiendes. Cuanto más te quedes aquí, menos hablarás con gente, no volverás con tu vida.

—No sé si quiero mi vida de antes.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—No sé, Ana, por eso te he llamado. Porque, cuando estuve en el hospital, Marcos se fue y me sentí sola… Al final, todos te pueden ayudar, te pueden acompañar como haces tú, como hace tu hermano, pero de noche estás sola con tus decisiones, con tus miedos. ¿Sabes por dónde voy?

La psicóloga la miró asintiendo, pero de repente sacudió la cabeza.

—No, Karla, ¿dónde quieres llegar?

—Me pregunté si lo que quería era de verdad lo que tenía. Si tuviera que hacer un resumen de mi vida, si estaba viviendo la vida que quería. La que soñaba.

—Pensaba que desde pequeña tu sueño era ser policía.

—Y así es. Pero hoy, con más vida en la mochila, no lo sé…

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó Ana, y bebió un sorbo de la humeante infusión.

Karla fue a contestar enseguida, pero pensó que no hacía falta responder lo que era políticamente correcto. Se quedó reflexionado, callándoselo.

Miró por la ventana. Los focos de la casa apuntaban al mar. Entre la oscuridad, se intuían las olas rompiendo bravas en las rocas. La espuma duraba pocos segundos en el aire, lo suficiente para que se viera desde el sofá.

El sonido del mar enfurecido llegaba a la sala de estar de la casa de Karla.

—Cuando vi a Álex, me planteé qué quería en mi vida y qué no. Sentí que no quería ser más policía. Sentí que tenía que hacer cambios, buscar nuevas cosas para mi vida.

—¿Y lo has hecho? —interrumpió Ana.

Karla se lo pensó un segundo.

—No.

—¿Y a qué esperas para ser feliz?

Karla volvió a suspirar.

—¿Qué es para ti ser feliz, Ana?

—Pues hacer nuevas amistades, viajar, estar con quien quieras, buscar tu camino —dijo, mirando a su alrededor—. Aquí no vas a conocer a nadie, en este lugar aislado del mundo.

Karla bajó la vista y se sonrojó.

Ana la observó con interés.

—¿Perdón? —espetó la psicóloga, cogió un cojín y se lo lanzó con cariño—. ¿Has conocido a alguien y no me lo has dicho?

—¡No! No es nadie. No quiero que se entere Álex.

—Álex no se va a enterar, ¿es que te explica él todo lo que hace o deja de hacer?

—No sé, me da cosa, eres su hermana.

—Que le den. Dime qué ha pasado —dijo, y se acercó a Karla—. Quiero detalles, quiero que me lo expliques todo.

—Vale, vale —respondió, levantando las manos—. El otro día conocí a un hombre.

—¡Un hombre! —añadió Ana de forma sensual—. ¿Y es guapo?

Karla movió la cabeza.

—Mucho.

Ana gritó.

—¿Cómo es?

—Moreno, atractivo, musculoso, no sé, parece un hombre perfecto —confesó Karla, asombrada del hallazgo.

—¿Y a qué esperabas para decírmelo?

Karla se encogió de hombros.

—No sé, me parecía… No sé, me ha dado vergüenza.

—¿Y? —preguntó Ana, refiriéndose a si se había acostado con él.

—¡Noo! ¿Qué dices?

—Yo qué sé, solo te pregunto, a lo mejor te ha venido bien un poco de macho ibérico en esta tierra aislada.

—No, me invitó a un café, solo eso.

—Caray, ¿y cómo se llama el macizo?

—Nicolás.

—¡Nicolás…! —replicó con tono sensual—. ¿Y para cuándo has quedado otra vez?

Karla no había aún dejado de sonrojarse.

—No hemos quedado. No tengo su número de teléfono.

—¿Y cómo te has despedido de él?

Karla volvió a encogerse de hombros.

—Nos dijimos que ya nos veríamos por aquí.

Ana se pasó una mano por la cara.

—¿Es que te has vuelto majara? Un macizo por este rincón donde Cristo perdió el gorro, ¡y lo dejas escapar! Así no se hace.

—¿Y cómo se hace?

—Se le pide el número y se le deja sufrir unos días y luego, cuando ya ha perdido las esperanzas, entonces se contacta, pero solo cuando han pasado unos días.

—¿Lo hacías así en la universidad?

Ana se echó a reír.

—En la universidad hacía sufrir a los chicos como no te puedes imaginar. Solo los fuertes de corazón y los persistentes quedaban conmigo para un café o algo más.

—Pobre Alberto, no me imagino lo que tuvo que sufrir.

—Las penas del infierno —dijo riendo, y luego se dio cuenta de lo que acababa de decir y su estado de ánimo cambió.

Su rostro se apagó, entristeciéndose.

—Siento lo que he dicho. Alberto tuvo que pasarlo muy mal, no tenía que haber muerto tal y como lo hizo.

—No es culpa tuya.

—Si se hubiera casado con otra, no estaría muerto.

—En parte se lo buscó. Si hubiese sido fiel, no estaría enterrado con un pijama de madera —añadió Karla.

Las dos se quedaron en silencio. Un silencio incómodo que diferenciaba mucho de la felicidad de hacía unos instantes.

Karla sentía una fuerte amistad hacia Ana Cortés a pesar de ser su excuñada y tener aún vínculo con Álex. Quería a esa mujer por todo lo que había hecho y hacía por ella. Se la quedó mirando con cariño, con aprecio.

—Karla, vive. Si quieres ser policía, ya volverás a sentir la llamada. Si quieres estar con Álex, lo sentirás, si quieres irte a la India, hazlo. Si quieres quedar con el buenorro de… —dijo, levantando un brazo— este pueblo perdido, queda con él. Siéntete libre de hacer, de experimentar y de probar. Si no pruebas, no sabrás qué te pierdes.

—Gracias.

Ana dio un último sorbo y le sonrió.

—Tengo sueño. A ver si mañana tenemos respuesta de mi hermano y me vuelvo o… lo que sea.

—No tengo ganas de que te marches.

—Pues vente.

—No, me gustaría que te quedaras unos días más, me lo estoy pasando muy bien y creo que tu presencia me está sentando de fábula.

Ana sonrió y le acarició el rostro. Luego se fueron a dormir. La criminóloga se echó en su cama, que daba a la playa. Las olas emitían un sonido que parecía recreado, el mismo que se escuchaba en las aplicaciones de meditación.

Miró la foto de sus niños y Javier.

Con un cierto sentido de culpa, buscó unas fotos escondidas de Alberto. Las miró por un momento, como si sintiera que estaba traicionando a Javier.

Luego mandó un mensaje a Álex. Le preguntaba cómo estaba y cómo iba la investigación.

Se quedó dormida con el móvil en la mano y, en las primeras luces del alba, recibió la respuesta, pero solo hasta muchas horas después no la leyó.

41

Hotel Majestic. Barcelona.

Un lugar de turistas, personas adineradas o como centro de negocios.

Todo era perfecto en ese lugar. El camarero con pajarita, sacado de *Men's Health*, el suelo resplandeciente, los huéspedes, la ubicación, el aroma, las copas, la tranquilidad. Todo.

La periodista, en ese ambiente, se movía como un pez en su medio.

No podía creer que, a pesar de haberle tirado la cámara y haberla pisado, la rubia le hubiera invitado a subir a su habitación.

La invitación lo pilló desprevenido.

Pensó en la mujer que, incluso siendo mayor que él, estaba en espléndida forma física.

Su abuelo decía que, cuando llegase a su edad, se habría arrepentido de no haber aceptado las buenas invitaciones. Las que sí aceptara no las recordaría, pero, de las que declinara se arrepentiría el resto de su vida.

Su abuelo tenía razón.

—Tengo una *suite* que nos espera arriba —afirmó, subiendo las finas cejas de su rostro, y luego se pasó la lengua por los labios—. La setecientos siete, la *suite* con balcón.

El destino se lo había puesto en bandeja. Una *suite* en el mejor hotel de la ciudad condal. Una rubia atractiva y una noche de la que nadie se enteraría. En una situación normal, habría aceptado.

Pensó primero en Karla, a la que pocas horas antes estaba haciéndole el amor, y segundo, en su prioridad, que estaba en descifrar el criptograma del asesino.

Álex suspiró y sonrió.

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por la invitación —respondió con tono amable.

Ella lo miró suspicaz.

—¿Pero?

—Me tengo que ir.

Ella rio.

—¿Estás bromeando o me lo dices en serio?

Álex bebió el último sorbo de *whisky*, aguado por el hielo desecho.

—Me voy, gracias por la copa —dijo Álex—. ¿Mañana a las ocho?

La mujer se quedó con las cejas arrugadas, la respuesta no era la que se esperaba ni la que quería.

—¿A las ocho? —espetó.

—¿Te paso a recoger a las ocho?

Ella resopló.

—Tranquilo, Álex, cogeré un taxi. Ya nos veremos a las ocho y media en la comisaría.

Álex asintió.

—Buenas noches.

Ella no contestó, solo se dio la vuelta y levantó la mano para llamar la atención del camarero.

—Ponme otra, pero más cargada, ¿quieres?

Álex salió del establecimiento y recogió el todoterreno aparcado en el carril de servicio del Paseo de Gracia.

Arrancó y se fue directo a buscar a la única persona que lo podía ayudar esa noche.

Mientras cruzaba la ciudad, intentó llamarlo. El teléfono daba señal, pero no contestaba debido a la hora.

Salió de Barcelona y entró en la zona de Badalona por la autopista hacia la costa. Tenía unos datos claros de dónde buscar a Alan. Por la zona donde vivía, tenía que haber un Burger King. Solo había dos en los alrededores, uno en el centro y otro en un centro comercial. Optó por el segundo.

Entró por el parquin y lo dejó al lado de la entrada del centro. Subió por los ascensores mientras seguía probando insistentemente a ver si le respondía.

Atravesó el pasillo. Era tarde, solo había adolescentes que salían del cine y otros que caminaban sin rumbo.

Llegó al establecimiento y desde fuera miró las mesas. Allí estaba Alan, el informático forense en acción, con la conquista de la semana.

Fue directo. En la barra, pidió un par de hamburguesas, patatas y una cola extragrande. Tenía un hambre de mil demonios.

No era santo de su devoción ese lugar, pero, ante el hambre desenfrenada, pocas leyes cuentan.

Cogió la bandeja y fue hacia la mesa donde estaba él.

La apoyó al lado de Alan y, con intromisión, se sentó en el banquito mientras lo apartaba hacia la pared.

—Buenas noches, chicos —dijo Álex, haciendo un gesto con la cabeza y cogiendo una patata frita que sobresalía de la caja—. Tú debes de ser la Pirry, ¿verdad? —preguntó, y se metió la patata en la boca para comerla.

Mientras Alan se cubría la cara, ella sonrió sintiéndose importante.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Es que Alan me habla mucho de ti —respondió como si fueran grandes amigos.

La chica apuntó a Álex y miró a Alan.

—¿Es tu hermano?

—No, es un maldito pesado del curro, cari.

—¿Cari? —espetó Álex, sorprendido—. No me habías dicho que estábamos en estos niveles, Alan. —El chico no contestó—. Bueno, entonces no se enfadará si te llevo a comisaría a trabajar esta noche —dijo, y se giró hacia la Pirry—. ¿Sabes?, Alan es una pieza clave de la comisaría. Gracias a su inteligencia hemos resuelto muchos casos. ¿Te lo ha dicho?

El chico le devolvió una mirada que decía «si pudiera, te ahogaría».

A la chica le pareció interesante y se giró hacia él.

—No, nunca me explica nada de su trabajo. Solo que si los Funko Pop, que si videojuegos, tonterías de esas —dijo con un tono de interés.

—Pues sí, es un pequeño genio este chico —confirmó, y le dio una palmada en la espalda.

—Por favor, cuéntame más —dijo ella.

—No. No hace falta, Álex comerá sus hamburguesas y se irá, ¿verdad? —aseguró Alan.

—Alan, ¿por qué no me contestas al móvil?

Él suspiró.

—Porque cuando he visto tu número, ya me lo imaginaba —ladró el chico.

Álex dio un buen mordisco al primer bocadillo.

—Por favor, explícame qué hace mi chispi-chispi en el trabajo —preguntó ella.

«Mi chispi-chispi, qué tierno», pensó Álex. Nunca se lo hubiera imaginado de una chica que podía ser el doble de Alan vestida con un chándal rosa.

Álex tragó el bocado y empezó a explicarle detalles y anécdotas del chispi-chispi. Ella las escuchaba con gran atención mientras Alan se cubría la cara de vergüenza.

Cuando acabó de explicar y comer todo lo que había comprado, Álex dijo:

—Bueno, creo que nos tenemos que marchar —afirmó.

—Es verdad. Es hora de que te vayas, Álex.

—No, tú te vienes conmigo a comisaría.

—Ni hablar.

—Me encanta que seas tan importante en la policía, nunca me lo habías dicho, chispi-chispi —lo halagó ella, y la cara del chico cambió a resignada.

—Entonces, ¿vamos? —insistió Álex.

Poco después, los dos hombres iban hacia el parquin y la chica, a buscar un autobús que la llevase hasta su casa.

Cuando llegaron delante del BMW, Alan se quedó de piedra.

—Caray, Álex, sí que os tratan bien en homicidios.

—¿Tú también con esto? Que es de mi hermana. Sube, anda, chispi-chispi —indicó Álex con pitorreo.

Alan se clavó y lo apuntó con el dedo índice.

—No me llames así, y que no se te ocurra decírselo a nadie —ordenó, rozando el cabreo.

—Claro, tú sube mientras, chispi-chispi —dijo otra vez, y soltó la risa que había aguantado toda la cena.

El todoterreno pasó por la ciudad que ya estaba a punto de irse a dormir. Por las ventanas se veían las últimas imágenes de la película de la noche.

Mientras, Álex, que conducía hacia la comisaría de Travessera de les Corts, ponía al corriente al compañero de informática forense de lo que había sucedido.

Aparcaron y subieron a la segunda planta.

Alan encendió las luces y luego, el ordenador. Cogió la pista que había encontrado en la última maleta y encendió el flexo de su mesa.

—Apaga la luz —ordenó a Álex, que estaba de pie.

—Necesito que lo resuelvas cuanto antes. No sabemos quién será la próxima víctima ni dónde encontrarla.

—Ya, siempre igual, Álex.

—No soy el asesino, solo quiero cogerlo —confesó Álex—. Pero siempre vamos a remolque de él. Va un paso por delante y no sé cómo adelantarme a este hijo de perra —dijo mientras se

sentaba en la silla frente al escritorio—. Si tienes alguna idea, por favor, será bienvenida.

—Silencio —dijo Alan, que ya estaba tecleando y probando las combinaciones posibles de la pista del papel, pero se detuvo—. Es más, ¿por qué no te vas a la sala de descanso de tu planta y te echas unas horas? Esto va para largo, no funciona ninguna de las claves que han servido hasta ahora.

Álex asintió e hizo lo que dijo Alan. Se cubrió con su chaqueta y se durmió.

El tiempo pasó rápidamente para él. Le dio la sensación de que habían pasado pocos minutos hasta que la imagen de Alan lo despertó.

El dolor en la espalda y en el cuello no eran de haber pasado pocos minutos, todo lo contrario.

—Despierta, Álex. He descubierto algo, tienes que venir, este encriptado es diferente —dijo con un tono de voz asombrado—. Esto es alucinante.

42

Las puertas del autobús de línea se abrieron.

Casi llegaba antes el vehículo al centro penitenciario que el mismo sol al horizonte.

Clara bajó en medio de un frío afilado esa mañana.

Fue hacia la entrada de Quatre Camins. Detrás de ella, la seguía un hombre.

El rocío de la hierba resplandecía por los potentes focos de la valla exterior de la prisión.

Llegó a la garita y se identificó.

—OK, adelante, señorita Martínez.

—Él viene conmigo —dijo Clara, indicando al hombre que la acompañaba.

El guardia arrugó el ceño. Le cogió el DNI y lo revisó. El hombre, con una chupa de cuero con tachuelas, barba de varias semanas y gafas de vista con una montura plateada, sonrió.

—¿Quién es este? —preguntó el guardia a la mujer.

—Un amigo de Néstor —confesó ella, y le devolvió el DNI.

La puerta se desbloqueó y entraron.

Cruzaron caminando el patio de los coches y entraron por la puerta habitual para las visitas.

Pasaron el control del detector de metales.

—Clara, nos estás mal acostumbrando —dijo el hombre con un dónut en la mano, a punto de hincarle el diente.

Lo olía y su expresión lo decía todo.

—Recién hecho, ya sabes —confirmó Clara, y siguió por el pasillo con el otro hombre detrás.

Hizo su recorrido casi habitual, casi diario, por ese lugar para ir a ver a su amor. Un amor encerrado entre crímenes y barrotes por el tiempo que un juez había sentenciado. Una vida lo esperaba entre esas paredes. Solo le quedaba la esperanza de una salida por buena conducta o por alguna alineación galáctica, o una aurora boreal en Barcelona. Las dos, de igual probabilidad y de igual absurdidad.

Llegaron a la puerta de la secretaria de dirección y Clara llamó.

La secretaria la hizo pasar.

Estaba al teléfono, pero le hizo un gesto para que continuara.

Clara tocó la siguiente puerta y el alcaide de la prisión le dio permiso.

—Buenos días, Clara. ¿Cómo estás?

La mujer no era de muchas palabras, simplemente, le sonrió y le acercó la caja de donuts.

El hombre, que se asemejaba a un personaje de dibujos animados con la saliva goteando de las comisuras de la boca, cogió la caja.

—Muchas gracias, Clara, entrando tan pronto aquí y viviendo tan lejos, no consigo comprarlos frescos —dijo ya con la caja en la mesa y controlando cuántos había y qué variedades y colores.

Había de glaseados clásicos, de rosas con perlitas blancas, uno relleno de chocolate negro y otro, del blanco. Otro verde relleno de una crema que parecía pistacho y puntitos azules. Una caja variada, como cada mañana que Clara iba a ver a su amor.

—¿Es él? —preguntó con la boca llena e indicando con el dónut mordisqueado al desconocido.

—Sí.

El alcaide asintió.

—Ya sabes qué hacer, yo aviso al guardia.

Ella sonrió y le hizo un gesto de agradecimiento bajando la barbilla.

—Puede que vuelva una vez más, incluso mañana.

—Claro, vosotros mismos —respondió con la boca llena.

El alcaide había dejado en la caja el primer dónut y había cogido el de chocolate blanco; al darle un mordisco, se había ensuciado los labios de relleno y de azúcar glasé.

Mientras se alejaban, una gota de chocolate cayó en un papel y el hombre la quitó con un dedo y lo chupó, comprobando que los invitados no lo hubieran visto.

Clara cerró la puerta detrás de sí, cruzó el despacho de la secretaria y se fueron directos a la sala de visitas.

Abrieron las rejas. El agente penitenciario le confirmó que había hablado con el director.

Después de pocas palabras, accedieron a la habitación.

Néstor, al ver llegar a Clara y al hombre barbudo, se levantó.

Se acercó a la visita. Dio un beso a Clara y se quedó repasando al hombre.

—Tú tienes que ser Néstor —dijo este con voz grave.

Él no contestó, solo lo miró. Dio dos vueltas a su alrededor, como si fuera el *David* de Michelangelo, ensimismado por su aspecto.

—Es un poco gordo para mi gusto, pero del resto es perfecto —dijo mientras le acariciaba el rostro.

El hombre arrugó el ceño, pero no dijo nada.

—Es lo que he encontrado, cariño —respondió ella, como si hubiese traído una mercancía comprada en un supermercado.

—Es perfecto, mi amor —dijo, y le dio un beso en la boca con la lengua—. Hoy disfrutarás, amor, ya verás.

Entonces Néstor le quitó la chaqueta de cuero y la camisa tejana, dejando el pecho desnudo al hombre.

—Me encanta este pequeño osito —murmuró Néstor, y le pasó la palma de la mano por el vello del pecho—. ¿Le has pagado? —preguntó a Clara.

—Sí, por hoy y mañana.

—Perfecto, entonces podemos empezar —dijo Néstor, y se acercó a él, le dio un beso en la boca al hombre igual al que le había dado a la mujer—. ¿Cómo te llamas? —preguntó, pasando la mano por su pelo.

—Llámame Roberto —respondió, mientras que Néstor ya le estaba quitando los pantalones.

—Me encanta el nombre de Roberto —dijo mientras olisqueaba su miembro, que abultaba detrás de los oscuros calzoncillos de marca—. ¿Estás lista? —quiso saber Néstor después de haberse levantado del suelo.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres?

—Quiero que pruebes todas las facetas del placer. Quiero que pruebes todo, la carne y el pescado. Hoy probarás el pollo, otro día, el lenguado —dijo, y le cogió con la mano el rostro y le apretó los labios—. Confía en mí. Que empiece el espectáculo.

Los tres se desnudaron y comenzó la orgía que Néstor quería que probara Clara.

La mujer, mientras tenía sexo con los dos hombres, se planteó algo que antes no había llegado a pensar.

Ese hombre era el deseo de Néstor, una fantasía sexual entre los tres. Pero él le había hecho creer que era para ella, para que probara la experiencia con dos hombres a la vez. Pero se dio cuenta de que el mayor gusto lo estaba teniendo él. La manera en la que esos dos hombres estaban penetrándose y dándose placer mutuo no era exactamente lo que ella se había imaginado y lo que él le había descrito que sería ese momento de intimidad compartida.

Se desilusionó, tanto que no llegó al orgasmo, tuvo que fingirlo para que su amor estuviera contento. Si no, no hubiera parado hasta llegar.

El segundo hombre peludo, en medio de los dos, era un elemento más distorsionador que armónico.

Cuando el tiempo estaba a punto de acabar, los tres aceleraron el proceso de vestirse. La hora de sexo y de intimidad se había esfumado. Néstor, con una mirada de psicópata hacia ella y al desconocido, los apuntó con el dedo y dijo:

—No os toquéis, mañana haremos otras cosas divertidas —confirmó, acercándose a Roberto, le tocó la barba y añadió, mirándolo a los ojos—: Mañana haremos más cositas, cosas de las que no te vas a olvidar jamás. Ya verás. Te lo prometo —acabó con un tono convencido y los ojos salidos de gozo.

Justo al acabar de subirse la cremallera del pantalón del invitado, la puerta se abrió.

—Nos vemos mañana —dijo Néstor, lanzando un beso al aire, y acabó susurrando—: Mañana te habrás arrepentido de haber venido y aceptado esto, maldito osito de peluche.

43

Álex se despertó de un sobresalto.

Alan lo había sacado de un precioso sueño del cual ya no se acordaba.

La sala de descanso de la comisaría era el lugar de aterrizaje.

Alan parecía alterado y entusiasmado a partes iguales.

Las palabras: «Despierta, Álex, esto es alucinante», le atravesaron el cerebro como una estaca de madera.

—¿Qué diablos pasa ahora?

—Tienes que subir. El criptograma ha cambiado.

Álex se quitó las legañas y se estiró un momento. Cuando volvió a centrarse en la misión y el cerebro empezó a carburar, afloraron los recuerdos. La periodista, la maleta en la estación de metro abandonada. El *burger* donde estaba el informático con su chica.

Se sacudió la pereza y el sueño.

Habían pasado pocas horas de sueño, pero ya estaba operativo. Necesitaba un café para acabar de despertarse, pero no había tiempo. Se levantó.

—Dime, ¿qué has descubierto?

—Tienes que venir a verlo.

Salieron de la sala de descanso y subieron las escaleras.

Entraron en el despacho del informático forense y él se sentó.

—He descifrado el código de abajo.

—¿Y qué te ha salido?

—La sorpresa no era esa. Es que he sido idiota, Álex. Me ha llevado toda la noche descifrar estas dos frases de letras inconexas. Mismo sistema, pero la palabra era la estación esta vez: Banco.

—¿Y qué ha salido de la combinación?

—¿Quieres verlo?

—¡Déjate de hostias, Alan, que me duele la cabeza y necesito un café lo antes posible!

—De acuerdo, no hace falta que me grites.

Álex resopló.

—Perdona, por la mañana, ya sabes.

—Yo ni me he ido a acostar casi en dos días. Y tú estás así.

—Al grano, Alan.

—Sí. Mira, el criptograma decía: «Escanea el código». Y yo he pensado, ¿pero de qué código está hablando? Entonces me quedé mirando la flor de Barcelona con el laberinto y ¿qué he descubierto? He comprobado los otros y este es el primero que cambia de patrón, de *modus operandi* como dice Mario. Maldita sea, toda la noche buscando y la solución la tenía delante de mis narices.

—¿Qué? ¡Qué! —gritó Álex.

—Mira bien en el círculo central, no es un laberinto; esta vez, el Asesino de las Maletas ha metido un código QR.

La cara de Álex cambió por completo.

Arrugó el ceño y se aproximó a la pantalla mientras Alan lo aumentaba.

—¿Y eso?

—Eso es un código para escanear que te da acceso a una página web.

—¿Una página web? ¿Este tío ha querido que nos metamos en internet?

—Así es.

—¿Y qué sale?

—Una web donde te pide una clave. Mira —dijo, y le mostró la web a donde conducía el código QR que englobaba la flor de Barcelona, el símbolo del asesino.

En la pantalla, apareció una barra para introducir dos palabras.

—¿Y ahora?

—He dado vueltas y vueltas, pero lo que ha funcionado enseguida ha sido la palabra usada anteriormente para encriptar —dijo mientras tecleaba la palabra Banco—. Pero falta una, y es que la estación de ayer también es conocida como Beata —explicó, y escribió esa palabra. De repente, surgieron unas coordenadas.

Los números de la pantalla eran azules y parpadearon un par de veces.

—Y ahora el asesino tiene tu número de teléfono.

—No, mi móvil está encriptado y es imposible de rastrear, por eso no te preocupes.

—Eso no me tranquiliza para nada, Alan. Me temo que, si has entrado con tu número de teléfono o con tu IP o terminal, o como se diga, estás en peligro, maldita sea —gruñó, y dio un manotazo en el escritorio.

—Eh, tranquilo, gringo. Nadie puede rastrearme.

—Espera, esta web —dijo, apuntando a la pantalla—. Esta web tiene que haber dejado un rastro, ¿no podemos coger a ese hijo de perra por esto?

—¿Crees que no lo he mirado? —replicó con tono decepcionado—. Lo peor es que este tío sabe lo que hace. Ya sabía, obviamente, que lo buscaríamos tirando del hilo de esta web. Pero está preparado y sabe lo que hace. No hay posibilidad de saberlo. Son servidores de Hong Kong encriptados y no podemos saber de dónde vienen. Imposible.

—Este tío es bueno —susurró Álex.

—Sí, este tío es bueno, tiene tiempo y dinero.

—Mejor me lo pones, Alan, estás en peligro. Ni se te ocurra salir de este edificio hasta que yo vuelva.

—¿Adónde vas?

—A ver de dónde son estas coordenadas.

—Ya lo he mirado.

—¿Y? —gritó Álex.

—Un hotel del Paseo de Gracia.

Álex arrugó el ceño y lo miró a borde del pánico.

—¿Qué quieres decir?

—Las coordenadas, 41.393290; 2.163825, son del hotel Majestic de Barcelona —confirmó sus peores temores Alan mientras se reclinaba en el respaldo de su sillón—. ¿Te dicen algo? ¿Puede que sea un error?

El nombre sonó como un gatillo. Era el hotel donde se alojaba Valeria.

«Tengo una *suite* que nos espera arriba. La setecientos siete, la *suite* con balcón», recordó Álex con la voz de la periodista.

No dio crédito a esas palabras. El próximo objetivo del Asesino de las Maletas era, precisamente, la noruega, la guapa rubia.

Sin decir nada más, Álex salió corriendo de la habitación.

—¿Dónde vas?

—Al hotel. Ni se te ocurra salir de esta comisaría. ¡Es una orden! —gritó mientras bajaba las escaleras de la comisaría.

44

Escuchar las olas del mar antes de abrir los ojos no le pasa a uno cada día.

Ni todos lo saben apreciar.

Karla se estaba acostumbrando.

Dejarse acunar por las olas antes de dormirse y hacerle compañía durante el día.

A veces pensaba que los pescadores que levantaron la casa y el pueblo creían que quien vivía bien era quienes vivían en las ciudades, lejos de esos sonidos.

Cómo habían cambiado las cosas en pocas décadas.

Era justo al revés.

La gente estresada de las ciudades se volcaba ante lugares de montaña o playa para huir del tráfico y la modernidad. Reconectar con la naturaleza.

Antes, quien tenía dinero lucía una piel blanca porque no tenía que ganarse el pan al sol. Ahora, quien demostraba poder adquisitivo era el que estaba todo el año bronceado.

Karla tenía tiempo para pensar esas cosas en su retiro en la Costa Brava.

Esa mañana abrió los ojos y la luz se colaba por las cortinas. La habitación, en tonos blancos y azules, respiraba salitre al compás del movimiento del mar.

Estiró los puños, lo más lejos que pudo, y, seguidamente, bostezó.

Enseguida miró el móvil por si tenía un mensaje de Álex. Pero no lo había.

Ana tenía que estar desayunando debido a la hora.

Se puso una bata y fue hacia la cocina. Como se esperaba, la criminóloga ya estaba con su taza de té y revisando cosas en el móvil.

—¿No consigues despegarte de ese chisme?

Ana levantó la cabeza y, al verla, le salió una sonrisa.

—Buenos días, estaba controlando los *mails* y dándome cuenta de todo el trabajo que se está acumulando.

—Me lo imagino, pero, al final, tú también tienes que descansar, ¿no te parece?

—Cuando eres madre y trabajas, descansas poco —respondió Ana, y dio un sorbo al té. Luego siguió—. ¿Cómo has dormido?

—Bien, pero he estado dándole vueltas a lo que me has dicho en estos días. Se me aturulla la cabeza con todas esas cosas —confirmó Karla mientras hacía un movimiento giratorio con el dedo.

—Bueno, es normal.

Karla asintió y abrazó por la espalda a la otra mujer. Se quedaron unos segundos así, quietas, demostrando el cariño mutuo.

Luego se despegó y fue a prepararse un café. Limpió los posos y volvió a cargarla con nuevos granos.

Mientras esperaba que saliera el brebaje, se le ocurrió una idea.

—¿Qué te parece si vamos a dar un paseo y hablamos?

—Claro, sí —respondió Ana una vez que apagó la pantalla del móvil—. Así vamos hablando de nuestras cosas.

Cuando Ana decía eso, se refería al motivo por el que Karla la había llamado, que pudiera desahogarse y sacar lo que tenía dentro.

El cielo estaba tapado y la temperatura de afuera daba la impresión de que sería fresca, de inicio de invierno. En el norte de la costa de Gerona, cuando soplaba la tramontana, el frío se intensificaba.

Karla se cerró la bata y se quedó embobada viendo el viento formaba las olas. El sonido de la cafetera interrumpió el momento de mirar al infinito, al horizonte, donde solo pequeños pesqueros se atrevían a surcar el mar.

Se vertió el café y desayunaron juntas. Se vistieron y fueron a dar un paseo.

Caminaron despreocupadas por la calle hasta llegar a la playa. Desde allí, tomaron el camino que bordeaba la costa.

Estaba desierto, ellas dos eran las únicas personas que lo estaba recorriendo en esa mañana laborable.

Las olas y el crujir de la fina gravilla marrón debajo de las suelas de sus zapatillas eran los únicos ruidos. Por los lados, pinos marítimos, altos y con verdes crestas. De las ramas se podían ver numerosas piñas que colgaban como diminutas nueces de coco.

El camino iba subiendo y bajando, intercalando pendientes, escalones y vistas sobrecogedoras. Calas con agua turquesa, verde y transparente que dejaban ver colonias

submarinas de erizos que celebraban el invierno: aguas más frías y menos humanos que los arrancaban de las profundidades.

Ana se detenía de vez en cuando para hacer fotos y mandárselas a Javier. Se apoyaba en las barandillas de madera para respirar y darse cuenta de que necesitaba caminar más y escribir menos.

Cañas altas como árboles, casas con buganvillas con flores violetas y cactus con higos chumbos y flores naranjas encima decoraban el paseo.

Cuando llegaron al Faro de s'Arenella, dieron la vuelta y regresaron hacia el pueblo.

Entre risas y bromas, hablaron de los temas que habían ido comentando esos días, en buscar en su interior, qué quería para el futuro, que buscara lo que necesitaba y sentir lo que podía ser su futuro. Sin prisa pero sin pausa. De socializar, de descubrir, de atreverse, de no caer en la trampa de «lo ya conocido» y de muchas cosas más.

Y como pasa con lo mejor de la vida, el tiempo pasó y sus vientres se quejaron de hambre.

—Pues no tenemos mucho en la nevera —dijo Karla—. Tenemos que ir a por algo de comer.

Así que se desviaron por el pueblo y entraron en el supermercado, el único abierto en invierno en la zona.

Cogieron bolsas de ensalada, aguacates y patatas, además de yogures y pasta.

Decidieron hacerse un pescado al horno, fueron a la pescadería y eligieron un precioso rodaballo salvaje.

—Esto lo hacemos con patatas y pimient… —dijo Karla, y se interrumpió.

Ana se giró hacia donde miraba y se percató de que un hombre se acercaba. Sonrió y acabó de dar un par de pasos más.

—Hola, Karla con K —dijo el hombre.

Ella sonrió.

—Hola, Nicolás. Nos volvemos a ver, ¡qué casualidad!

—Pues ninguna, en algún momento todos pasamos por aquí —dijo, y saludó a la pescadera, esta le hizo un guiño.

El hombre arrastraba un pequeño carrito de la compra cargado.

Karla se sonrojó y Ana tosió.

—Ana, una amiga —dijo, forzada, Karla.

—Un placer —dijo Nicolás a Ana, y le dio dos besos.

—Nicolás, el famoso Nicolás.

Este se giró hacia Karla.

—Bueno, famoso no, pero, bueno… —afirmó, sorprendido.

Cuando este se giró de nuevo hacia Karla, Ana abrió los ojos de par en par e hizo un gesto de apreciación.

—Oíd, ¿qué os parece si venís a mi casa a cenar esta noche? —preguntó a las dos—. Nos abrimos una botella de vino y preparo algo. No sé, si estáis de vacaciones, pues hablamos un rato, socializamos, no sé algo normal, ¿no?

Nicolás dijo la palabra clave, casi mágica: socializar.

Lo que le había dicho Ana a Karla durante varios días: había aparecido una posibilidad. Como si el destino hubiera escuchado sus deseos y le hubiera puesto en bandeja una oportunidad de oro.

—¿Qué me decís?

Las dos se miraron y Ana, de nuevo, volvió a abrir sus ojos de par en par asintiendo con la cabeza.

—Sí, claro, ¿por qué no? —respondió Karla, mirando a su amiga.

—Perfecto —respondió, y seguido le dio su número de teléfono para quedar y mandar la ubicación de donde vivía.

Nicolás se despidió y, en cuanto dio la vuelta, Ana se acercó.

—Está buenísimo este tío —susurró—. Está como un maldito tren, no me habías dicho que estaba tan bueno. ¡Ya te veo viviendo aquí con este macizo! —continuó, y Karla se puso del mismo tono de un tomate.

—Para, que la señora nos escucha. —Señaló Karla a la pescadera y se echaron las tres a reír.

Pagaron y se fueron a casa. No hablaron de otra cosa el resto del día. La invitación a cenar había trastornado los planes de las dos, pero no podían tener mejor cambio de planes que ese modo de socializar. El día se había girado a su favor, o eso creían.

45

Descendió las escaleras corriendo.

Álex llegaba tarde de nuevo. Otra vez sentía la responsabilidad de la justicia sobre sus hombros. No podía imaginar que la periodista fuera una víctima del mismo Asesino de las Maletas. Podía ser un error. Podía ser un farol o una distracción para algo más serio, más complicado, más grande.

A pesar de eso, tenía que averiguarlo.

Bajó a la primera planta y luego, al aparcamiento.

Se metió en el todoterreno de su hermana, lo arrancó y, sin miramientos, aceleró para salir.

En cuanto salió el coche a la calle, el resto de vehículos comenzaron a pitarle como si fuera un pirata de la carretera. Encendió la sirena y se dirigió hacia el norte para coger la Diagonal y luego bajar dirección al Paseo de Gracia.

Se coche alto y robusto respondía a la perfección a la conducción enérgica de Álex. Le comenzaba a gustar. Solo le faltaban adhesivos de la policía y unas sirenas más grandes. Sin embargo, ese pensamiento duró poco porque era consciente de que lo tenía que devolver pronto a su hermana.

En la plaza de Cinc d'Oros giró a la izquierda entre el tráfico creciente de la mañana y continuó por la vía emblemática de la ciudad.

Tenía la ventanilla bajada unos dedos, justo para que el aire fresco entrara y le diera en la cara. Aún no tenía café en el cuerpo, pero ese frío lo hacía despertar a marchas forzadas.

Bajó hasta calle Valencia y, dándole igual el tráfico, dio un volantazo en medio de la avenida, saltándose el semáforo y las líneas continuas pintadas en el suelo.

Entre turistas mañaneros y coches que pitaron, se metió con el todoterreno encima de la acera y aparcó delante de la entrada del hotel.

El botones, el mismo de la noche anterior a punto de cambiar de turno, se acercó.

—¿Todo bien, señor? —preguntó, extrañado de ver el mismo BMW de por la noche pero con sirena.

—Policía —gritó Álex, enseñando la placa que llevaba al cuello—. Es una emergencia.

Entró por la puerta de acceso y fue directo hacia la recepción.

—Setecientos siete —gritó Álex mientras jadeaba y enseñaba la placa de policía—. La *suite* setecientos siete.

El recepcionista sacudió la cabeza.

—Sep… séptimo piso —dijo, levantando el dedo y, acto seguido, indicó—: Por los ascensores es más rápido.

—¡Cierra las puertas! —gritó, señalando la salida—. Que no salga nadie, es una emergencia.

—De… de acuerdo.

Álex casi no esperó a que este acabara de tartamudear; desapareció de su vista yendo hacia el ascensor. Uno estaba en la planta baja y con las puertas abiertas. Entró y apretó el botón número siete.

Las puertas se cerraron y comenzó a subir.

—Vamos, vamos… —susurraba Álex.

Sacó la pistola y, en cuanto se abrieron las puertas, salió mirando a un lado y al otro del pasillo.

No había nadie, solo zapatos brillantes en una bolsa para que no cogieran polvo. Uno en cada puerta, esperando a que fueran recogidos por los huéspedes.

Derecha. Obedeció la señal de la placa con los números de las habitaciones.

Corrió hacia el número de la *suite*. La misma en la que pocas horas antes la misma nórdica le había propuesto pasar unas horas de intimidad después de haberlo invitado a una copa.

La atracción que había entre ellos dos era clara, pero no hubiera justificado que lo hicieran.

Llegó a la puerta y Álex tocó con el mango de la pistola.

—Policía. ¿Valeria? ¿Estás ahí? ¡Abre! —gritó, rompiendo el silencio que gobernaba en la lujosa planta del hotel.

Al otro lado, no se escuchaba nada.

Si hubiera estado con ella, se habrían ahorrado aquella situación, pensó.

Pero aparte de que nadie contestaba, no se escuchaba ningún ruido.

Gritó de nuevo el policía para que le abriera.

Cuanto más tiempo pasaba delante de la puerta, menos probabilidades existían de que pudiera encontrar a la periodista con vida.

Nada.

Seguía el silencio.

No podía esperar más. Se dio la vuelta, no había nadie. Era pronto para buscar al personal de limpieza para que le abrieran con una llave maestra. El tiempo se le echaba encima.

Entonces recordó cuando reventó la puerta de la iglesia de la Colonia Albertí.

Buscó un extintor. Había uno justo al lado, en el pasillo principal.

Guardó la pistola y lo cogió.

Se colocó delante de la puerta y, sin volver a decir nada, lo arrojó contra la lujosa puerta, haciendo reventar la cerradura electrónica.

La puerta se abrió de un plumazo y sacó de inmediato la pistola.

La estancia estaba en silencio.

Accedió apuntando hacia delante. El primer espacio estaba vacío.

—¿Valeria? ¿Me oyes? —gritó, avanzando con pequeños pasos.

Miró detrás de la puerta, por si allí estuviera el asesino, pero la zona estaba vacía.

Miró hacia el otro lado.

El recibidor de la cara habitación no emitía ruido alguno.

Pasó al siguiente espacio, una sala de estar estilo oriental, mesas estilo japonés con estructura roja y cristal negro. Cinco sofás en forma de U y un papel de pared con flores de bambú y vegetación de las tierras del sol naciente.

Cuando se detuvo, olió lo que era la confirmación de sus peores pesadillas: un fuerte olor a óxido se había expandido por la habitación.

La *suite* olía a sangre.

Gritó de nuevo el nombre de la periodista.

Se dio la vuelta y buscó el dormitorio.

Recorrió el recibidor hacia el lado contrario.

Entró en el dormitorio apuntando a su alrededor. Miró detrás de la puerta y en el amplio lavabo.

Regresó a la habitación y se quedó de piedra, allí estaba, sus peores presagios fusionados en un objeto: una maleta delante de los armarios y frente a las ventanas.

Era diferente, no era la misma de siempre. Pero igual o más inquietante.

Se fue acercando, apuntando a cada rincón, sin dejar ningún ángulo ciego descubierto.

Acercó la nariz; desde ese punto, se distribuía por la habitación el olor a sangre.

En la maneta había una etiqueta de una línea aérea danesa. En ella estaba el nombre de la periodista, como si se hubiera perdido en algún aeropuerto.

El nombre estaba tachado con un rotulador y añadido unas palabras. La cita decía: «*Bye*, *bye*, Álex».

46

Álex estaba sentado en la cama de matrimonio cuando entró el director del hotel sin preaviso.

Se sujetaba la cabeza con las manos. La pistola estaba encima de la colcha.

—Este, este es el policía —dijo el chico de la recepción que acompañaba a su superior.

El director dijo media palabra y luego, horrorizado, se sacó un pañuelo y se lo colocó delante de la boca para respirar. El olor a putrefacción y a sangre era más intenso de lo que él percibía. Quizá porque estaba acostumbrado, quizá porque estaba demasiado concentrado en otras cosas.

—¿Es usted policía? —preguntó el director—. ¿Es necesario que tengamos cerrado el hotel? ¿Qué ha pasado? —Se acercó a la maleta y, de repente, el olor se intensificó; dio un par de pasos hacia atrás, el último, pisando el pie del chico que lo seguía.

Álex levantó la cabeza. De sus ojos se deslizaban lágrimas.

—No he podido hacer nada. No tenía ni idea —dijo mientras sujetaba el móvil.

Acababa de llamar al subdirector y a Mario informando de lo que había sucedido. Se sintió sobrepasado por la situación. No supo qué responder al director, solo añadió que mantuvieran las puertas cerradas y esperaran a sus compañeros. Ellos sabrían qué hacer.

Los dos hombres retrocedieron y, en ese mismo instante, se escucharon las sirenas de patrullas de la policía aproximándose.

Las lágrimas que caían de sus mejillas hacían que Álex viera la maleta borrosa.

La maleta era diferente. No era la Samsonite que siempre había usado el asesino para las otras víctimas. Aquella era diferente.

Era de un plateado brillante y con ruedas que giraban trescientos sesenta grados. Era una Rimowa, una maleta de las caras, de las que son para toda la vida. Mostraba alguna abolladura causada por el uso o por algún lanzador de aeropuerto que se pasó en su trabajo.

No hacía falta ser un Sherlock Holmes ni esperar a Watson para entender que en un hotel de ese calibre habría llamado mucho la atención que entrara un tío con una maleta barata. El asesino

había cambiado el *modus operandi*; en esa ocasión, había usado la misma maleta de la mujer para meterla dentro.

De todas formas, la policía científica aclararía más sobre todo eso.

Otra cosa era que Álex tuviera el tiempo como para esperar un informe de los compañeros de la científica.

Sabía qué había dentro de la maleta. La visión de la mujer y cómo la habría dejado el asesino.

Suspiró y en sus pulmones entró aire de venganza, de arrepentimiento.

En parte, lamentaba no haber estado allí con Valeria. De no haber pasado la noche con ella.

Lo más seguro era que, si lo hubiese hecho, estaría ahora viva, decidiendo qué ponerse o incluso volviendo a repetir el mismo sexo salvaje que podía haber tenido con el policía la noche anterior. En la ducha o encima de alguno de esos sofás.

Pero la realidad era mucho más cruda.

Aunque también otra posibilidad cabía en la ecuación.

¿Quién le aseguraría que él no estaría también muerto por el mismo asesino?

Que hubiera entrado de noche, mientras dormían, y los matara a los dos a la vez.

Tal vez era mucho decir.

En ese momento entraron unos agentes de los *mossos* uniformados, seguidos por el subinspector Ferrer y Mario.

Los agentes lo apuntaron.

—¡Quieto, aparta el arma! —gritó el primero.

Álex pensó que llegaba un poco tarde.

—Tranquilo, es uno de los nuestros —aclaró el subinspector.

El agente bajó el arma y el jefe lo adelantó.

—¿Está bien, Álex? —preguntó, perplejo, al sargento, que no contestaba.

El jefe se acercó y, después de apoyarle la mano en el hombro, se dio cuenta del hedor que salía del equipaje.

—¡Por todos los demonios! ¿Qué es? —preguntó y, al mismo tiempo, Ferrer lo entendió—. No me lo puedo creer. Entonces es verdad.

El *mosso* de la científica dejó el maletín de examen, se colocó los guantes y, después de hacer unas fotos, tumbó la maleta.

Desbloqueó las cerraduras y abrió la tapa. Fue instantáneo, un intenso olor a putrefacción se extendió, haciendo irrespirable la estancia.

El jefe sufrió arcadas y ordenó que abrieran las ventanas.

El agente obedeció. En el Paseo de Gracia, se había formado un grupito de curiosos y periodistas. La guardia urbana, una de las primeras en acudir, había puesto un cordón policial alrededor de establecimiento.

Álex, como si no oliera el hedor que se acababa de vigorizar, se levantó. Miró a su alrededor y se acercó al cadáver de la rubia.

Mario se hizo el signo de la cruz. Era la primera vez que se le veía ese gesto.

—¿Cuánto hace que ha muerto? —preguntó Álex.

Mario bufó.

—No lo sé, se lo tendremos que preguntar al forense.

—No tengo tiempo de formalismos, Mario. Necesito saberlo ahora.

Este encogió los hombros.

—Es urgente, necesito saberlo —insistió.

Mario apoyó el dorso de la mano en el cadáver, en varios lugares.

—Considerando su estado, este cuerpo estará a unos diez grados más frío que nosotros. Así que te diría que por lo menos hace unas ocho, diez horas.

—Maldito hijo de perra —gritó Álex.

Mario bajó la mirada mientras torcía la boca.

—Creo, tampoco lo sé con exactitud, a lo mejor más, a lo mejor menos.

—No, más no puede ser porque la dejé anoche aquí —dijo, y se giró con la intención de salir de la estancia.

El jefe lo cogió del brazo.

—¿Adónde va?

Álex arrugó el ceño.

—Voy a controlar unas cosas.

—Necesito hablar con usted.

—Deme un momento, ahora vengo —confirmó Álex, y salió de la habitación.

—¿Dónde va?

—Necesito la copia de las cámaras de grabación. Por algún lado este tío tiene que haber salido.

—Lo siento, Cortés. Tengo que apartarlo de esto —afirmó el jefe, y esas palabras estallaron en la cabeza de Álex.

47

Apartado.

¿Qué quería decir con eso?

No lo acabó de entender. Se detuvo y se giró con el ceño fruncido hacia el jefe.

—¿Cómo? ¿Cómo dice? —replicó sin querer entender lo que acababa de decirle el subinspector.

Este suspiró. Lo que había pensado y decidido no le gustaba, pero era lo que pensaba y lo que, según él, era lo mejor para el cuerpo.

—No voy a dejarlo al mando de este caso. Lo retiro. Lo siento, Álex. Está demasiado involucrado. No quiero que tenga más contacto ni con Néstor Luna, ni con la plataforma de *streaming*, ni con este caso, ni con nada. ¿Ha entendido?

Álex se quedó unos instantes en silencio, boquiabierto, asimilando lo que acababa de decir Ferrer. De sus implicaciones, de lo que significaba y de lo que comportaba.

—¿Me ha entendido? Es más, creo que necesita unas vacaciones. Aunque Karla esté de baja, creo que nos las apañaremos sin ambos. Esto ha ido demasiado lejos.

Álex arrugó el ceño.

—¿Me está echando la culpa a mí de que esa mujer haya muerto? ¿En serio? —preguntó con un tono sorprendentemente tranquilo.

—Yo no he dicho eso, Álex. Lo que quiero decir es que está demasiado involucrado emocionalmente, ¿entiende?

—Pero qué demonios dice, jefe. Está delirando —respondió con un tono de voz más alto.

—¿Pero se ha mirado en el espejo? Estaba llorando. Esa mujer le ha afectado —ladró el jefe, y se giró hacia el cadáver—. ¿Se ha follado a esta mujer también?

—¿Cómo?

—Que si se la ha cepillado, ¡joder! —replicó el jefe al sargento.

—Me parece increíble que me diga eso, Ferrer.

—No me parece muy complicado de entender. Karla Ramírez, Alba Guevara y vaya a saber cuántas más. Todas del trabajo y todas las que no sabremos. Parece una abeja, Álex, por donde pasa, deja su polen —dijo el jefe.

Álex no supo qué contestar.

—No me creo lo que estoy escuchando —dijo, levantando las manos en señal de rendición —. Me parece absurdo, una pesadilla, jefe. Después de esto, ya no sé qué decirle.

—Pues puede empezar diciéndome si se la folló anoche y el asesino la mató por meterse aún más en este asunto. A lo mejor, cuando ya no esté trabajando en el caso, solo a lo mejor, entonces, el asesino dejará de meter cadáveres descuartizados y mutilados en malditas maletas.

—Todo esto no tiene nada que ver conmigo, jefe. Yo solo trato de coger a ese hijo de perra.

—Maldita sea, Álex, las notas están dirigidas a usted.

—No sé por qué y por eso lo quiero averiguar.

—No salga por esa puerta, quiero la placa. Es una mina suelta, Álex. El cuerpo de policía necesita que se aleje unos días del caso.

Álex se giró y se lo quedó mirando. El subinspector Ferrer, al final, era un pobre hombre. No era mejor que él. Cuando el mayor Aragonés quiso ponerlo a él al mando de ese grupo de investigación y con un plan de ascensos, fue por sus capacidades. En pocos años, habría llegado a la central con un cargo importante. Pero él no quiso.

Entonces Aragonés envió a ese hombre en sustitución de Reixach, que había muerto hacía poco.

Álex suspiró, se tragó su orgullo y se acercó de nuevo al jefe.

—Escúcheme, déjeme un día más; le voy a traer a ese hijo de perra. Se lo prometo.

—¿Cómo va a prometer algo que no controla?

—Se lo prometo.

—¿Cómo puede prometer algo que no está a su alcance?

—Voy a encontrar a ese cabronazo, deme dos días más.

—Ni hablar, no quiero más maletas. Quiero que lo deje, ahora vendrá otro del grupo de investigación para que lleve el caso y que no esté involucrado.

—No. Quiero hacerlo yo. Yo empecé y yo lo acabaré. Me lo dio, encima me dio a la periodista para que viniera conmigo, me la endiñó y ahora me echa la mierda y la responsabilidad encima. Esto es injusto. Solo cuarenta y ocho horas. —El jefe fue a hablar y lo interrumpió—. Solo eso.

—Ni hablar —confirmó el jefe—. Deme la placa.

—¿La placa? ¿En serio?

—¡La placa!

Álex dio un paso hacia atrás. El rostro del policía, desencajado, cambió, endureciéndose. Su sonrisa dejó desconcertado al jefe e incluso a Mario, que lo miraba de reojo.

—Mi placa me la va a quitar el mayor Aragonés. Yo no lo considero a usted una autoridad —dijo, y se dio la vuelta—. Váyase al cuerno.

Salió por la puerta del dormitorio y cruzó la sala de estar con decoración oriental.

El jefe se giró hacia Mario y este bajó la mirada de inmediato. Tragó saliva y salió tras Álex.

—¡Solo veinticuatro horas! —gritó el jefe hacia el policía indisciplinado, como si él tuviera la última palabra sobre él.

Álex salió de la *suite*, presidida por un guardia urbano, y bajó por las escaleras con intención de averiguar quién era el asesino y cómo había estado en ese lugar.

48

Álex, decidido a buscar las migajas que había dejado el Asesino de las Maletas, bajó hasta la recepción.

—El director —dijo Álex—. Necesito hablar con él.

El recepcionista indicó la salida del hotel; estaba hablando con una pareja que quería irse del establecimiento.

El director intentaba, manteniendo la calma, que el suceso criminal no llamara a la gente a huir.

Los clientes, en cambio, querían marcharse sin escuchar las propuestas que le ofertaba en la misma salida.

—Es inadmisible que haya tanta policía y un… Algo tan secreto que no quiere decir en un hotel de este calibre —decía el marido entre muchas cosas más.

—Cariño, vámonos, esto me da mala espina —insistió la mujer.

Ella tomó la iniciativa y abrió las puertas con su paso. El chófer le abrió el vehículo y subió a la berlina.

El marido se encogió de hombros y la siguió. El director se quedó con la palabra en la boca.

Álex sabía que no era un buen momento, pero le dio igual.

—¿Director?

—¡Qué! —gritó.

—Soy el sargento Cortés. Necesito acceder a las grabaciones —dijo con tono comprensivo.

—¡Usted! —espetó, apuntando el dedo contra su rostro—. ¡Es el culpable de todos mis problemas! —dijo, y se fue hacia su despacho.

Mientras se dirigía a su despacho, le dijo algo a una recepcionista que estaba detrás del mostrador para que atendiera al policía.

Poco después, Álex veía las grabaciones de las cámaras con ella.

—¿Cómo puede haber salido? —preguntó Álex, refiriéndose al asesino.

—Por desgracia, tenemos obras en las instalaciones y puede haber entrado por la puerta trasera y escabullirse por allí.

—¿Cómo dices?

—Sí, por la entrada del personal, por la puerta de atrás.

Álex arrugó el ceño. Era previsible, el asesino se tenía que haber colado por una entrada de servicio.

—¿Podemos ver las cámaras del callejón?

—¿Del pasaje de Campos Elíseos?

—Del que sea.

—No tenemos una cámara como tal en la entrada.

—¿Y qué tenéis?

—Pues un telefonillo que graba las entradas cada vez que alguien aprieta el timbre.

—¿Podemos ver las fotos?

—Son centenares —advirtió la mujer.

—¿Y?

—¿Y si se las pongo en un USB y las mira en su comisaría?

—De acuerdo —respondió, mirando a la mujer, que se notaba con los nervios a flor de piel —. Pero quiero ver las cámaras de los pasillos de esa habitación.

Ella bufó, pero accedió a enseñárselas.

—¿De qué hora?

Álex indicó la hora en la que él se había ido y unas seis o siete horas después.

—Esas son muchas horas.

—Venga, es importante.

Resopló la mujer, eso la estaba molestando sobremanera. Desde luego, la situación no gustaba a nadie. Pero rebobinó las grabaciones hasta la hora que indicó el sargento y avanzó al doble de la velocidad real hasta encontrar a la periodista entrando en su habitación.

La imagen avanzaba con huéspedes que entraban y salían. Una mujer con un carro con campanas que parecían proteger comida atravesó el pasillo.

El indicador del tiempo seguía y continuaba inexorable en el lado inferior de la pantalla.

Hasta que por la mañana apareció Álex reventando la puerta con un extintor.

—Para. ¿No ha entrado nadie? —preguntó, sorprendido, Álex.

—Parece que no.

Los dos se quedaron en silencio por unos segundos.

—Quizá entró antes —indicó Álex.

La chica arrugó el ceño y siguió con la búsqueda.

Rebobinó hasta el momento en que la periodista entró por la noche y siguió. Al poco, la mujer detuvo la imagen.

—Aquí lo tiene —dijo, indicando la pantalla.

—¿Quién es? —preguntó el policía.

—¡Y yo qué sé! Solo sé que no es del equipo del hotel.

—¿Puedes hacer una foto más nítida?

—Lo probamos.

Procuró más despacio buscar una foto algo mejor, hasta que, entre probar rebobinando y adelantando la cinta, encontró el fotograma perfecto.

Apareció un hombre vestido de blanco. A primera vista, parecía un conserje o alguien que podía trabajar en el equipo. Sin embargo, la mujer confirmó que no lo conocía.

Hizo una foto con el móvil y se quedó mirándola.

Era un hombre con pelo y barba oscuros, como miles de personas en la maldita ciudad. No se veía nada más, solo se intuía la altura, que era más de un metro setenta centímetros.

Eran pocos datos, muy pocos. Como si no tuviera nada. Con eso no podía cazar a un asesino. Pero, por lo menos, era un gran avance a pesar de no reconocerlo; ahora tenía una foto de ese hijo de perra.

Buscaron más cámaras, pero en todo el trayecto en ninguna se consiguió una imagen mejor.

Algo se le escapaba.

Álex necesitaba pensar.

Decidió irse después de dar las gracias a la mujer que le dio una memoria externa con las fotos del telefonillo de entrada.

Salió por la puerta principal en medio de los curiosos, que lo miraron, y periodistas, que lo fotografiaron.

La pomposa fachada del hotel desprendía lujo y soberbia a todos lo que miraban la esquina de esa manzana.

Buscaba cámaras, indicios, reflexionar con una cierta tranquilidad apartado del bochorno del momento.

Se acercó al paso de cebra y cuando el semáforo le dio paso, cruzó el Paseo de Gracia.

En ese mismo momento, desde la calle Valencia, una arteria importante y perpendicular, se incorporó un coche a toda velocidad.

Este aceleró y esquivó por un pelo a Álex. El Lamborghini último modelo, de un verde casi fosforito, por poco atropelló al policía.

Al desviar su trayectoria, pitó con energía, llamando la atención de los transeúntes, sin tener razón.

El coche aceleró por el paseo hasta el siguiente semáforo. El potentísimo motor reverberó en los edificios. Al mismo tiempo, una mujer sentada en el asiento del copiloto sacó un brazo enseñando el dedo corazón al policía mientras decía:

—Apártate, lerdo.

Álex se los quedó mirando con el ceño fruncido.

«Solo me faltaba esto, que me atropellara un rico desgraciado», pensó mientras el coche ya estaba en la siguiente intersección y cruzaba con el semáforo en rojo.

Suspiró y decidió regresar a la misma acera del hotel.

Podía ser una señal para no ir allí.

Se sentó en un banquito del Paseo de Gracia con vistas al hotel.

La periodista, la atractiva noruega, la había matado.

El Asesino de las Maletas era un imitador del criptograma. Era casi seguro, aunque Néstor hubiera dicho que no.

A pesar de todo, prefería morir él o acabar en la cárcel antes que faltar a su palabra. Le arrancaría la cabeza si acababa enterándose de que estaban compinchados.

Tenía que ir a ver a ese maldito hijo de perra, pero tenía dos factores importantes que trabajaban en su contra. Primero, el tiempo; el jefe le dio solo un día. Después, que el asesino seguro que ya estaba en la estela de su próxima víctima.

Su teléfono sonó. Era un mensaje de Mario, había encontrado la siguiente pista: un nuevo criptograma.

Consiguió frenar las ganas de saltar y correr a descifrarlo, pero algo le dijo que se detuviera, que respirara, que pensara.

Los coches detrás de él pasaban por la arteria de la ciudad. Turistas transitaban entretenidos por el espectáculo policial.

Motos con tubos de escape abiertos pasaban como si la avenida fuera un circuito.

Agapornis volaban de palmera en palmera, armando ruido a su paso.

Sintió la misma sensación de cuando Néstor. Un paso por detrás, siempre. Inevitablemente.

Se sentía un burro con una caña en la espalda y una zanahoria a un palmo de la boca.

Seguía el señuelo, hacía lo que decía el asesino, no se estaba adelantando a los acontecimientos. Para hacer ese salto, tenía que desviar las señales. Era siempre lo más arriesgado, cambiar el rumbo, tener el valor de ir más allá, ver después de las cosas, pasar de la zanahoria y adelantarse.

La consecuencia era que tal vez la siguiente víctima no se salvara, pero sí la que vendría después.

Un sacrificio para salvar todas las siguientes víctimas de ese juego del asesino y, por supuesto, un coste necesario para capturar a ese hijo de perra.

Se encendió en su mente un recuerdo, una bombilla tan luminosa que fue incapaz de no seguir la estela de su luz.

Apareció el recuerdo de Néstor y cómo consiguió cogerlo.

No contestó a Mario, fue al todoterreno y decidió irse del hotel, no seguir la estela del siguiente criptograma. El plan era otro, mucho más arriesgado.

49

El motor del todoterreno se puso en marcha.

Metió la directa y salió derrapando con la sirena puesta.

Todos los periodistas y las personas que rodeaban el cordón policial del hotel se giraron.

Álex abandonó la vía de servicio del paseo y se metió en la calle principal. Llegó a la rotonda y subió por la Diagonal, serpenteando el tráfico.

Tenía la intención inequívoca de seguir, dejando atrás el maldito manual de la academia de los Mossos. Dejar atrás las pistas del asesino, las migajas que le dejaba como si fuera Hansel y Gretel. Decidió acabar con esa historia a su manera, siguiendo su olfato.

Giró por Travesera de les Corts y siguió hasta llegar a la comisaría. Aparcó en el parquin subterráneo y subió hasta la segunda planta.

Cruzó el departamento de la policía científica y entró en el despacho de informática forense, sin pedir permiso.

Álex jadeaba.

—Alan, tienes que venir conmigo.

El otro no levantó la mirada de la pantalla, como era normal en él.

—¿Qué mosca te ha picado, Álex?

Este se acercó.

—Tienes que ayudarme.

—¿Más? Llevo dos días sin dormir por culpa tuya. ¿Qué más quieres, mi sangre?

«¿Qué dices? Con lo delgado que eres, poca sangre te sacaríamos», pensó Álex, pero no se lo dijo para no complicar la situación.

—Por favor, necesito que vengas.

—¿Adónde? Después de arrancarme de mi cita, ¿qué más quieres?

—Te lo explico en el coche.

Alan levantó la cabeza de la pantalla.

—¿Perdón?

—Nos vamos a la central. Esto se ha complicado.

—Qué dices, Álex, a ti te afecta peor que a mí lo de dormir poco.

Álex bufó y en sus ojos apareció una expresión que el informático había visto pocas veces, la de enfado a punto de reventar.

—No me hagas perder el tiempo con explicaciones. Ven conmigo y punto.

—¿Pero no ves todo esto? Mi jefe me va a crucificar, llevo mucho retraso en todo.

—Mira, si tienen que crucificar a alguien, ese seré yo si no conseguimos pillar al Asesino de las Maletas, ¿lo pillas?

—¡Te odio tanto!

Álex era consciente de lo que decía el joven informático, además de que estar así, cambiando de despacho, yendo y viniendo de su tranquila rutina, era siempre un gran trauma para él. Pero la urgencia era lo que era; una urgencia.

—Lo sé, pero creo que es más fuerte tu deseo de descifrar criptogramas que el trastorno que estos provocan en tu vida, ¿verdad?

Alan resopló.

—¿Te encargas tú de hablar con Mario y el jefe?

—Cuenta con ello. Vamos.

Alan volvió resoplar.

—¿Qué tengo que llevar?

—Con tu mente creo que nos basta.

El chico se levantó y se lo pensó un momento. Se sentó otra vez y cogió la mochila con su ordenador.

—Esto nos vendrá bien llevárnoslo —dijo mientras se pasaba el asa por el hombro.

Álex lo cogió de los brazos y lo miró a los ojos.

—Gracias, de veras.

—Déjate de tonterías, no me vas a endulzar con palabras tiernas. ¡Vámonos!

Álex sonrió y en pocos minutos ya estaban en el coche dirección a Sabadell.

Cuando el todoterreno recorría la Ronda de Dalt, entre tráfico y túneles, el joven informático rompió su silencio.

—¿Qué tienes entre manos? ¿Por qué vamos a Sabadell?

Álex se giró de repente, como si saliera de un momento de inmersión en sus pensamientos.

—Cuando lleguemos, te lo explico.

—No me puedes tener así, tienes que decirme algo, ¿te parece normal?

Entonces Álex le explicó a qué conclusión había llegado sentado en el banco del Paseo de Gracia.

De la corazonada que había tenido y del plan que pasaba por no seguir las pistas que le dejaba el asesino.

—Nuestro plan es no seguir el plan del asesino.

Alan se giró hacia el sargento.

—¿Te das cuenta de que no me has explicado nada con esto?

—Lo sé, pero ahora lo verás. Vamos a un sitio que te gustará, una división secreta de la central.

—¿Secreta?

—Necesito que me digas lo que ves, lo que sientes, necesito tu inteligencia para coger a ese hijo de perra del Asesino de las Maletas. Y me temo que solo tenemos una oportunidad.

—¿Una oportunidad? Me das miedo, Álex. ¿En qué piensas?

—Confía en mí, Alan.

—No confiaría en ti aunque fueras la última persona de este planeta.

Álex sonrió.

—Bien, siento que nuestra relación va mejorando… —espetó Álex, girándose hacia Alan y este le señaló la carretera.

Salió un camión del carril de la derecha e invadió el izquierdo para adelantar a otro vehículo.

—¡Cuidado! —gritó, apuntando recto.

Álex se giró y frenó en seco, clavando las ruedas y llegando a no colisionar con el camión por pocos centímetros.

—Por eso no tengo confianza en ti.

—Qué dices, está todo bajo control —respondió Álex, sin tenerlas todas consigo—. ¿No lo ves?

Alan se cubrió el rostro con una mano, con desesperación. Luego se giró hacia la ventanilla y cerró los ojos. Reclinó el asiento e intentó dormir hasta la central de los Mossos. No tenía ni idea de lo que le esperaba. Lo único que había entendido era que tenían un plan alocado y desesperado. Al estilo Álex Cortés.

50

Karla y Ana habían llegado a casa y se habían preparado la comida.

Cocinaron, comieron y tomaron el postre hablando del hombre moreno.

A Karla le pareció extraño que Ana, su excuñada, la incitara a que explorara, que pudiera quedar con más personas que no fueran su hermano.

Karla, con el café en una mano después de comer, le preguntó lo que pensaba desde hacía días.

—¿Pero tú no querrías que volviera con Álex?

Ana sorbió su té verde.

—Querida, yo no quiero que vuelvas con él si eso no te lleva a la felicidad. Si mi hermano es el camino, perfecto. Pero creo que tienes que experimentar, conocer, valorar, vivir.

—Socializar… —añadió Karla con retintín.

—Es más, sería mejor que fueras tú sola a la cena.

—¿Yo sola? Ni hablar, te vienes conmigo.

—Bueno, yo puedo decir que me he sentido mal, que he tenido un mareo o algo así. Y vas tú sola.

—No, ni hablar. Quiero que vengas, insisto. Además, si Nicolás no hubiese querido que vinieras, no lo habría dicho, ¿no crees?

—Bueno, pero me da cosa, ¿sabes?

—Déjate de tonterías. Me hace ilusión que vengas, así… —dijo Karla, y se estiró hacia abajo el párpado inferior de su ojo derecho— le echas un ojo clínico.

—¿Cómo clínico?

—Sí, de psicóloga o de criminóloga.

Las dos se rieron.

—Pero qué dices. No hace falta, se lo ve un chico asentado. No sé, por lo que me has dicho.

—Nunca se sabe —respondió Karla con voz de misterio.

—Un hombre en un sitio tan alejado y con tan buena planta… ¿Qué quieres?

—¡Ya lo sé! Pero es una excusa para que vengas. A ti también te viene bien socializar.

—Bueno, ya veremos —replicó Ana, y dio un sorbo al té mientras miraba las olas.

En ese momento, el móvil de Karla sonó.

—¿Es Álex? —preguntó Ana.

Karla miró la pantalla y leyó el mensaje.

—No, adivina.

—¿Nicolás?

—Nos envía la ubicación y nos invita antes para tomar una copa de vino y charlar.

—¿A qué hora?

—Pues dentro de unas tres horas. A las seis.

—Uy, tiene ganas de verte, Karla —dijo con un tono de Celestina.

Karla se sonrojó.

—Qué va, estará aburrido.

Ana dio el último sorbo y dejó la taza en la pila.

—¿Sabes qué te digo? Voy a descansar un poco antes de irnos.

—¿Vas a dormir?

—No sé, lo que me pida el cuerpo. Leeré un rato, dormiré la siesta, nos vemos en una horita o así.

—No se te ocurra dormir hasta las seis, nos tenemos que ir a esa hora.

—Que sí voy a ir.

—Te voy a despertar como te hayas dormido.

Ana levantó los brazos.

—Está bien, despiértame a las cinco si me he dormido.

—¿Ana? —dijo con tanta seriedad que la otra se detuvo y se giró.

—¿Qué?

—¡Gracias!

Ana levantó la mano y la apuntó con un dedo.

—De gracias nada, a lo mejor has encontrado a tu alma gemela.

Karla sonrió.

—Veremos esta noche —respondió mientras la criminóloga entraba en su habitación.

Karla se quedó mirando el móvil, el mensaje que acababa de recibir. Guardó el contacto en el dispositivo y contestó que a esa hora estarían en su casa.

Se quedó mirando un buen rato la foto de perfil de Nicolás.

Luego comprobó la ubicación, tardarían pocos minutos caminando hasta la otra punta del pueblo.

Se quedó mirando embobada e ilusionada las olas que se contemplaban desde el comedor.

Imaginando y recobrando, poco a poco, las ganas de vivir y de sentir algo nuevo.

51

Álex subió por las escaleras de la central con Alan detrás.

El informático, que siempre caminaba dos pasos por detrás, se estaba quedando boquiabierto con las instalaciones de Sabadell.

Un niño en un parque de atracciones, pensó Álex, mirándolo por el rabillo del ojo.

Cruzaron un pasillo lleno de puertas con ventana desde las que se veían todos los despachos de informática y gestión de tráfico.

Al final estaba la puerta que buscaba Álex: Inteligencia Especial.

Tocó la puerta y pasó cuando el responsable se lo permitió.

Alan lo agarró de un brazo y lo sujetó.

—Oye, ¿por qué en mi despacho entras sin previo aviso y aquí esperas a que te den permiso? —espetó Alan.

—No empieces, ¡ven!

Los dos entraron.

El ambiente y el *mosso* que residía allí dentro no tardaron en dejar boquiabierto a Alan.

—¿Qué es esto?

—Hola, Quimet —dijo Álex cuando apareció el de inteligencia con una camiseta algo descolorida de Los Ramones y se acercó a él.

Se apretaron la mano y le presentó a la persona que iba con él.

—Quimet, este es Alan, el cerebro privilegiado de la comisaría de Travessera.

Los dos se apretaron la mano con una cierta perplejidad, como dos frikis que eran, que, antes de aceptarse, se estudiaban.

El hípster le indicó el despacho y le dijo:

—Bienvenido al Departamento de Inteligencia de Sabadell.

—¿Tú solo? —preguntó él.

—Bueno, es un departamento pequeño.

—Chicos, no nos desviemos, tenemos que concentrarnos en algo que se me ha ocurrido hace poco.

—Me he enterado de que esta mañana habéis encontrado otra maleta con un nuevo cadáver —dijo Quimet.

—Así es. Necesito vuestras dos mentes privilegiadas para resolver esto.

Quimet se encogió de hombros y los acompañó a su mesa. Sacó dos sillas de otra mesa, que estaban llenas de papeles y cajas, y se las acercó.

—Estoy a vuestra disposición —afirmó; sacó una zanahoria y la comenzó a comer como si fuera un conejo.

—Tenemos un nuevo criptograma. Estaba en la maleta de la víctima de esta mañana.

—¿Y no podíamos haberlo descifrado en la comisaría? —preguntó Alan.

—Ese es el punto, estamos acostumbrados a descifrarlos y a seguir las pistas. Detenernos y descifrarlos. ¿Recuerdas qué hicimos con Néstor?

Alan arrugó el ceño y se quedó sin responder.

—Pasamos de las pistas y seguimos nuestro olfato. Tenemos que dar un paso atrás para pillar al hijo de perra este.

—No te sigo —dijo Quimet.

—Alan es la persona que ha descifrado todos los criptogramas hasta la fecha, pero tenemos que entender qué hay detrás.

—¿Qué quieres decir con qué hay detrás?

—Pues que pienso que hay una relación indiscutible con este individuo, el asesino del pantano de los años setenta y Néstor.

—¿Cómo se llamaba el tío ese? —preguntó Quimet.

—Rodrigo Alcázar —respondió Álex.

—Eso, lo leí en la prensa.

—¿Qué tienen que ver estos tres? —preguntó Alan.

—Pues que creo que están enlazados.

—¿Enlazados?

—Sí. Me temo que sí.

—Explícate —apuntó Quimet con un tono interesado.

—Veréis, creo que el Asesino de las Maletas es el nexo entre los dos, entre Alcázar y Néstor.

—¿Por qué? —preguntó Alan.

—Porque replica el *modus operandi* de Alcázar. La primera maleta se encontró en el pantano de Sau. Pero también adapta la metodología de Néstor con criptogramas, con un símbolo, con una firma como Néstor. Es un puente, un enlace.

—¿No puede ser la misma persona? —añadió Quimet.

—No, Alcázar está en la cárcel y no puede ni atarse un cordón.

—¿No tiene hijos? —preguntó Alan.

—No, no tiene hijos. Ya los busqué.

—¿Un imitador? —preguntó Quimet.

A cada pregunta que el *mosso* de inteligencia realizaba, Alan lo observaba con un cierto grado de interés y admiración.

—Creo que no solo eso, lo tiene que haber inspirado, que lo haya tomado como mentor y de algún modo haber hablado con él.

—Espera un momento —dijo Quimet mientras cogía de un cajón otra zanahoria—. Si Néstor está en prisión incomunicado, ¿cómo puede haber influenciado a este asesino?

—¿Incomunicado? No del todo, tiene una correspondencia y visitas.

—Las visitas son privadas, menos las que tiene con nosotros.

—Cierto, pero la correspondencia no. Ahí está el punto flaco. Ahí está nuestra baza. Ahí está lo que hablé con el mayor Aragonés para que nos ayudaras tú, Quimet.

—Ya, pero llevo meses estudiando las cartas y no he visto nada.

—El problema es que no conoces a Néstor, por eso venimos a repasar todo lo que ha salido de la cárcel, porque conocemos a ese maldito cabrón y seguro que hay gato encerrado —respondió sonriendo Álex.

52

Karla se miraba en el espejo.

Se sentía una colegial, una adolescente.

Hacía mucho tiempo que no se observaba con ese aire de presumida, demasiado tiempo.

Desde el umbral, Ana la observaba en silencio.

—Estás estupenda.

Karla dejó de mirarse y se giró sonrojada.

—No me lo puedo creer. ¿Cuánto hace que estás ahí?

—El suficiente… —respondió sonriendo—. Te queda muy bien esa camiseta y esa americana.

—¿Quién lo hubiese dicho? Esta la compré hace no sé cuánto tiempo. Y aún me va bien. ¿Crees que es demasiado elegante o desfasada?

—Deja de decir tonterías, estás superbién, muy elegante.

—¿Demasiado?

Ana puso los ojos en blanco.

—Yo no tengo nada elegante para esta cena, pero no importa, yo solo voy a aguantar la vela. No importa.

—Deja de decir eso, Ana, eres muy tonta.

—Es la verdad, pero, en fin, vamos a pasárnoslo bien, no hace falta que vayamos a un desfile de moda.

—Bueno, es lo que tenía.

—¿Has hablado con Álex?

—No coge al teléfono. Le he dicho que nos vamos a cenar. Ya llamará cuando lo vea.

—Y Javier, ¿no se pondrá celoso?

—¿Celoso? No le he dicho que vamos a cenar con un macizo de la Costa Brava solas tú y yo —bromeó, y rieron.

Entonces Ana le pasó su brazo manco por el cuello y la sacó de su habitación.

—Es hora de irnos.

Cerraron la puerta de la casa de Karla y se encaminaron hacia la cena.

La calle estaba iluminada por las luces de las farolas. El salitre era el único acompañante en ese paseo hasta la casa del hombre. Todos los habitantes de ese lugar aislado estaban sentados en sus casas mirando la tele o entreteniéndose con juegos de mesa.

Pasaron delante del ayuntamiento con las luces encendidas, luego, el casino del pueblo. Desde la calle se veía cómo muchas mesas dentro estaban ocupadas por ancianos jugando a las cartas y mujeres riendo en sofás con revistas y con tareas de *patchwork*.

Siguieron caminando entre risas. Les dio la sensación de que, a pesar de no llevar una gota de alcohol en la sangre, iban borrachas. Caminaban felices, como dos adolescentes, como hacía tiempo que no estaban tan alegres.

No era el vino, era la espontaneidad, la esencia de ellas dos.

Cuando llegaron a la puerta de Nicolás, Karla apretó el timbre.

Esperaron pocos segundos antes de que se abriera.

Detrás de las viejas y chirriantes puertas, apareció el moreno que Karla había conocido en la cafetería y vuelto a ver en el supermercado.

—Bienvenidas —dijo con voz segura y potente—. Entrad, estáis en vuestra casa. En perfecto horario, parecéis turistas suizas.

El hombre, que desprendía una colonia elegante y fresca, llevaba una camisa blanca con los dos primeros botones abiertos. Del pecho sobresalía vello y se intuían unos pectorales trabajados en el gimnasio.

—Gracias —dijo Karla, y entró después de dejar primero que pasase Ana.

—Bienvenidas a mi humilde morada.

Las dos comenzaron a analizar todo, como unas curiosas profesionales.

Llevaban todo el trayecto imaginando y especulando cómo sería la casa de ese chico tan guapo. Sin embrago, todo lo que habían imaginado se quedó en eso, en una suposición sin fundamento.

La casa, a pesar de ser fresca y tener alguna ventana entreabierta, en el aire permanecía casi un imperceptible rastro de olor a cerrado.

—Espero que os guste el cordero al horno con guarnición de patatas —dijo él mientras las acompañaba hacia la cocina.

Ellas lo siguieron.

—Gracias. Espero que no te hayas molestado demasiado.

—Ninguna molestia.

La sala de estar estaba compuesta por una mesa de madera antigua redonda y sillas de terciopelo rojo. En el lado contrario, una televisión plana, varias librerías y un conjunto de sofás para dos personas y dos butacas de bambú con unos cojines blancos con rayas azules.

Detrás, un mueble bajo del mismo material que recordaba el lejano Vietnam.

Tras la mesa redonda, una ventana que daba a la cocina iluminada.

—Adelante, no os quedéis ahí —indicó el anfitrión—. Justo estaba abriendo un vino.

Las dos mujeres pasaron y se acercaron hacia la mesa.

—Gracias por habernos invitado.

—Un placer, ojalá tuviera más visitas como vosotras —dijo mientras descorchaba el vino—. Llego a saber que venís tan arregladas y me pongo algo más elegante.

—Qué dices, vas guapísimo —dijo Karla, y enseguida rectificó—. Quiero decir que vas elegantísimo.

Nicolás y Ana Cortés rieron.

—El subconsciente te ha fallado, Karla, creo que el error es debido a eso.

—Desde luego, te lo confirmo, que soy psicóloga.

—Anda, una psicóloga en casa —confirmó, y abrió la botella.

Luego olió el corcho del lado que tocaba el vino y emitió un sonido de apreciación.

—Excelente —afirmó, y vertió un poco en las tres copas de la mesa que ya tenía preparadas.

Acto seguido, las repartió a las mujeres.

—Chinchín —dijo, alzando su copa.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Karla.

—¡Por los encuentros casuales!

Ella le sonrió y él le guiñó el ojo que Ana no pudo ver, y bebió.

Karla se sonrojó justo antes de beber. Ana la imitó.

—Está buenísimo este vino, ¿cuál es? —preguntó Ana.

Nicolás lo cogió y lo levantó. La botella negra y con una etiqueta color pajizo imponía presencia y tan solo con su tamaño quería demostrar calidad, que no era un vino de un par de euros que se encontraba en la estantería inferior de un supermercado.

—Un S’Alou, de Vinyes dels Aspres. Es un vino de estas tierras.

—Muy bueno —confirmó Karla.

Nicolás cogió su copa y se la llevó a la cocina.

—Perdonadme, que no se me queme el cordero.

—¿Ya cenamos?

—No, qué va, le falta un buen rato, nos dará tiempo para hablar y conocernos —confirmó desde la cocina.

Karla, con su copa en la mano, echó un vistazo a la casa.

El olor del manjar que estaba preparando se expandió cuando abrió la puerta del horno para comprobar la cocción.

Ella se giró sonriendo al escucharlo y se dio la vuelta otra vez.

En la sala de estar revisó los muebles, tenía curiosidad por ver cómo era su casa. El mueble bajo tenía objetos de cristal estilo Swarovski y cerámicas de figuras de lagartos de varios lugares. El mueble tenía la superficie limpia, eso le gustaba de un hombre, decía mucho de sí mismo cuando estaba limpia su casa.

Luego fue a las librerías. Consultó todos los libros, títulos viejos y de un gusto algo pasado de moda.

Cuando fue al pasillo, aprovechó la luz encendida para observar las fotos que estaban colgadas en la pared. La miró todas, eran unas escenas familiares en la playa de Llançà. Tomando el sol, fotos en blanco y negro y más actuales en un color descolorido.

Escenas de partidos de tenis con raquetas que parecían *vintage*.

Un pequeño velero y días de mar con una familia de otros tiempos.

Entonces, Karla comenzó a fijarse en los componentes de las fotos.

Buscó a Nicolás entre los adultos y en los niños. Cuanto más buscaba, menos lo encontraba.

Escuchaba al anfitrión hablar con Ana. Quería volver, pero se esforzó en buscar parecidos de esas personas con el guapo moreno. Pero el parecido seguía sin llegar.

Eso le llamó la atención.

—¿Todo bien? —preguntó Nicolás, apareciendo por el marco de la puerta.

Ella tenía el ceño fruncido y una expresión extrañada. Detrás de ella se encontraba el primer escalón de una escalera que acababa en medio de la oscuridad.

—¡Dios! ¡Nicolás, qué susto de muerte! —dijo, y se dio cuenta de que esa respuesta solo podía darla alguien que está preocupada por algo—. Perdona, quiero decir que me has pillado desprevenida.

—¿Todo bien? —insistió él con una sonrisa.

—Estaba mirando estas fotos —dijo, ya recuperada—. Y te estaba buscando, pero no te encuentro. ¿Dónde estás?

Él esbozó una sonrisa maliciosa, bajó la mirada y se rascó la nuca. A los pocos segundos, el tiempo de tragar saliva, Nicolás volvió a mirar a la mujer y le dijo:

—No salgo en estas fotos, son parientes, no me gustaba que mi madre me fotografiara. ¿Vienes?

53

Álex se giró hacia Alan.

—Te he traído hasta aquí para que me ayudes, pero antes quiero que lo entiendas. No se lo he dicho a nadie —dijo Álex, y dio un profundo suspiro, luego se dio la vuelta y se sentó—. Es culpa mía, creo que es culpa mía que haya aparecido el Asesino de las Maletas.

Alan cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Qué narices estás diciendo?

—Sí. Fue cuando la plataforma de *streaming* quiso que Néstor y yo mismo apareciéramos en la serie. Cuando decidieron eso, el contrato estaba vinculado a nuestra participación o mi hermana perdía el resto de su contrato y tenía que devolver el adelanto. Entonces…

—¡Eso es ilegal! —afirmó Alan mientras Quimet, el hípster, se quedaba en silencio comiendo sus zanahorias y basculándose en el sillón.

Álex encogió de hombros.

—Lo sé, eso mismo dije yo, pero, al final, ya sabes, la banca siempre gana. Entonces fui a convencer a Néstor y, para que me dijera que sí, le hice un regalo.

—¿Un regalo? ¿Te has vuelto majara? ¿Qué regalo?

—El anterior alcaide había impedido que recibiera su correo personal. Desde que había entrado en la prisión de Quatre Camins no había recibido ni una sola carta, ni una postal, ni una sola felicitación de su madre o cualquier mierda que reciba un asesino en serie como Néstor.

—Vaya. Y entonces…

—Entonces yo fui al alcaide nuevo, lo convencí y me llevé las cartas.

Alan lo miró esperando algo más que no llegaba.

—¿Y qué pasa con esas cartas?

Álex suspiró y señaló a Quimet.

—Se barajó la opción de que quizá había desatado una puta tormenta o despertado a un gigante.

—Sigo sin comprender —afirmó, sacudiendo la cabeza.

—La mujer con quien se va a casar es una admiradora de esas cartas —confirmó Quimet—. La corazonada de Álex es que ese hijo de la gran perra, se escribiera con algún imitador o discípulo que pudiera seguir sus huellas, y así apareció.

—¿Pero estás bien de la cabeza? ¿Entonces sabéis quién es el Asesino de las Maletas y no habéis hecho nada?

Álex negó.

—El problema es que este hombre de inteligencia ha estudiado todo lo que se ha carteado con el mundo exterior y no ha encontrado nada —dijo Álex, indicando a Quimet, y luego se giró hacia el informático forense—. Tú has descifrado a Néstor y al Asesino de las Maletas muchas veces, quiero que mires toda la correspondencia de Néstor y que encuentres a ese hijo de perra. Sé que se han enviado cartas, pero no sabemos quién es, por eso estás aquí, por eso quiero que lo mires tú, Alan.

El chico, al escuchar esas palabras, tragó saliva. Su expresión fue cambiando cuando entendió que la responsabilidad de esa misión se había trasladado de repente a sus hombros.

Entonces suspiró y estiró la espalda, haciéndose el importante.

—Bueno, pues vamos a ver esa documentación —respondió Alan con poca convicción.

Quimet lanzó una mirada de perplejidad a Álex. Se echó hacia un lado y encendió su ordenador moviendo el ratón.

Mientras las pantallas se iban encendiendo, juntó las manos y crujió todos y cada uno de sus dedos.

A Alan le rechinó ese gesto del *mosso* de inteligencia, arrugando el rostro como si un gato hubiese limado sus uñas contra una pizarra.

—Bueno, considerando que estamos hablando de unos cuantos meses de correspondencia, más los centenares de cartas de amor y admiradoras que Néstor ha recibido y considerando que, si este chico tuviera un superpoder de leer una carta cada minuto interrumpidamente sin beber, sin comer, ni mear, ni dormir, necesitaría semanas enteras… —dijo Quimet con retintín mientras miraba las pantallas, y luego se giró hacia el informático forense a ver qué hacía—, ¿por dónde empezamos?

Álex se sentó y dejó hacer a los dos genios que había reclutado para ese caso tan controvertido.

La noche había bajado. Las ventanas del despacho mostraban las luces de la ciudad de Sabadell. Suspiró pensando que, si había una posibilidad, ellos dos la encontrarían.

Entonces miró el móvil y encontró un mensaje de su hermana diciendo que se iba a cenar con Karla.

Se preguntó en silencio a qué restaurante podían ir en ese período del año en una población de la profunda Costa Brava.

No le dio mucho más peso, al final, se alegró y guardó de nuevo el móvil.

Levantó la vista hacia los dos genios, un inadaptado de la informática forense y un hípster más raro que un perro verde.

—OK, consideremos lo siguiente —dijo Alan—. ¿Tienes un listado de entradas y salidas?

El *mosso* de inteligencia lo miró con desdén.

—¡Claro que lo tengo! ¿Con quién crees que hablas?

Alan puso los ojos en blanco mientras el otro abría un Excel con una serie de nombres.

—Muy bien. Ahora tenemos que eliminar todos los nombres que son solo de entrada.

—¿Cómo?

—¿Cuántas personas tiene ese fichero Excel?

—Pues unas ciento setenta y cuatro personas.

—OK, toda la gente que solo ha enviado elimínala.

—¿Por qué? —espetó el *mosso*.

—Porque buscamos una correspondencia de ida y vuelta —dijo, señalando a Álex, refiriéndose a lo que había dicho poco antes.

El hípster gruñó.

—¡Borrados!

—OK, ¿cuántos son ahora?

El hombre los seleccionó y aparecieron solo unos veinte.

—Saca los nombres —pidió Alan, y los miró por encima—. Juan Fernández, Didac Montiel… —fue diciendo nombres hasta acabar con el de una mujer que era Clara Martínez—. ¿Quién es esta mujer, una pariente?

—Clara Martínez es la admiradora con la que se quiere casar Néstor dentro de unos días.

Los dos levantaron la cabeza por encima de las pantallas. Al acabar de hablar el sargento, se volvieron a meter en su mundo.

—OK, la quitamos.

Quimet lo hizo.

Alan siguió cantando los nombres de las personas que estaban en ese listado.

—Alberto Domínguez, Fabrizio Paltoni —dijo, y se detuvo; volvió a levantar la cabeza—. ¿Quién es este Razacla Salocin?

Álex lo miró con la frente arqueada.

—¿Cómo dices?

—Razacla Salocin, ¿quién demonios…? —replicó Alan.

—Tiene nombre árabe o hindú.

—A mí me parecía un nombre raro, pero todo lo que se escribía con Néstor eran cosas supernormales, Álex.

Alan cogió un lápiz del escritorio, dio la vuelta a un trozo de papel y apuntó el nombre de Razacla Salocin.

Lo tachó y luego siguió escribiendo.

—¡Ajá! —exclamó Alan.

—¿Ajá? —preguntó Álex.

Levantó el papel y se lo mostró.

—¿Conoces a un tal Nicolás Alcázar?

Los ojos de Álex casi se salieron de las órbitas.

En el tiempo que las conexiones nerviosas pueden lanzar un impulso eléctrico desde el cerebro a las piernas, este se levantó.

Se acercó y arrancó el papel de las manos de Alan.

—Por todos los demonios, es el mismo apellido del asesino de los años setenta.

54

Las risas iban aumentando y el vino, bajando.

El vino elegido por Nicolás fue una selección muy acertada y a las dos mujeres gustó sobremanera.

—Bueno, esta botella tiene agujero —dijo Nicolás—. Voy a por otra.

—No, no, ¿quieres emborracharnos? —dijo Ana.

—No, en absoluto. Solo quiero cuidar de mis huéspedes y que no os falte nada.

—No, Nicolás, déjalo —pidió Karla con muy poco convencimiento en su tono de voz.

—Tranquilas, no tenéis que volver a casa conduciendo, ¿verdad? —dijo, abriendo los brazos, como un auténtico gigoló.

Las mujeres se rieron mientras el hombre iba a la cocina a coger otra botella.

—¿Cuánto falta para la cena? —preguntó Ana.

El hombre se agachó hacia el horno y, sin mirar por la ventana del electrodoméstico, miró su reloj.

—Uy, ya está casi. Espero que os guste.

—Sí, esperemos que esté pronto o aquí con tanto vino, si no comemos, se nos va a ir la cabeza.

Nicolás clavó el tirabuzón en el tapón de corcho y sonrió.

—Muy apropiada. Sí, muy apropiada como expresión —susurró Nicolás.

—¿Cómo dices? —preguntó Karla.

—Nada, digo que este vino es adecuado para este cocido —explicó mientras sacaba el tapón e iba al lado de la mesa redonda preparada para el banquete.

Vertió más vino en las copas de las mujeres y, por último, en la suya.

—Bueno, entonces, Ana, aparte de ser escritora, ¿qué más haces?

—Soy criminóloga, ayudo a la policía con perfiles de asesinos —dijo, y se tapó la boca con la mano—. Uy, lo he dicho.

—Lo has dicho —confirmó Nicolás, señalándola con su dedo índice.

—Sí, es verdad, lo has dicho. Pensaba que venías de incógnito, no como criminóloga —añadió Karla.

—Creo que he bebido demasiado —confesó Ana—. Pero ella es policía.

Nicolás, que estaba bebiendo, hizo como que se le atragantaba el líquido y casi lo escupió en la mesa.

—¿Cómo dices? —soltó Nicolás, incrédulo.

—Sí, es verdad, lo siento, no te lo he dicho, pero soy policía y me gusta el vino y me encantan los preliminares —dijo Karla, y se extrañó de haberlo dicho.

Al mismo tiempo, Ana había sacado el móvil del bolso y lo miró; no había ningún mensaje. Solo en ese momento se dio cuenta de un detalle: su teléfono no tenía cobertura, solo aceptaba llamadas de emergencia.

—Caray, este sitio parece el triángulo de las Bermudas.

—Ya, para llamar hay que salir, las paredes son gruesas y no permite llamar. Es un poco un incordio.

Ana guardó el móvil y quiso levantarse de la silla.

—Tengo pipí.

—Ha dicho pipí —se rio Karla, apuntando a la otra mujer.

Ana se tapó la boca.

—Pipí, pipí, hacía mucho que no decía esa palabra en público. Me gusta, pero tengo que ir al lavabo y no lo consigo.

—¿Cómo que no lo consigues? —preguntó Nicolás—. ¿Necesitas ayuda? ¿Te has pasado con el vino?

—No lo sé, tengo las piernas dormidas —dijo Ana, comenzando a hablar como una borracha —. No puedo levantarme, tengo las piernas y la lengua dormidas.

—Karla, por qué no acompañas a tu amiga al lavabo.

—Claro que sí, Ana, yo te acompaño. Haces pipí y yo me giro, no quiero verte tu cosita… —replicó Karla con el mismo tono de borracha.

Cuando fue a levantarse, no pudo hacerlo.

—Ostras, yo tampoco.

—Inténtalo de nuevo.

Karla lo probó, pero no lo consiguió.

—No puedo —masculló Karla con la lengua que parecía ya un gusano con vida propia en su boca.

Nicolás se levantó y fue a la cocina.

—Bueno, esto lo podemos apagar —dijo mientras apagaba el horno.

Luego salió del comedor y regresó a los pocos minutos, después de que se oyera que una puerta se cerraba en el pasillo.

Apareció al lado de la mesa con dos maletas. Las dejó justo delante de ellas.

—Bueno, esta es la sorpresa, chicas, estas dos Samsonite son para vosotras —dijo con una sonrisa cínica en el rostro.

55

No podía ser…

Pero sí que lo era, en realidad, ese nombre puesto al revés escondía a una persona diferente.

Razacla Salocin.

Una máscara para cubrir una identidad. Sencilla, demasiado obvia bajo cierto punto de vista.

Nicolás Alcázar.

Un apellido pesado, que costaba llevar sin que levantara sospechas en los Mossos d'Esquadra. Pero una marca de fábrica que en cierto modo no quería perder. De una forma u otra, se la quería llevar consigo.

Un desafío, una venganza, un motor.

No tenía ni idea de por qué las personas hacen ciertas cosas, como matar. Qué sucede en las cabezas. Cuáles son los filtros y las empatías que fallan para que una persona lleve a cabo un delito.

Un fallo del sistema, un fallo del entorno o solo un fallo interno del propio cerebro.

Miraron la dirección, un código postal de una central de correos en el centro de Barcelona.

Un hilo demasiado débil del que tirar.

—¿Quién narices puede ser este Nicolás? —se preguntó Álex.

—A lo mejor un sobrino o un nieto —aseguró Alan.

—No tenía hijos —dijo mientras enviaba un mensaje a la central, al grupo de homicidios, que buscasen el último domicilio de ese tío en los registros de la Seguridad Social y en Hacienda.

—Entonces un sobrino. Pero eso ahora importa poco —confirmó Alan.

—Claro, tienes razón. Quimet, saca unas cuantas cartas de este individuo.

El *mosso* obedeció y entró en la carpeta con ese pseudónimo. Abrió una al azar en la pantalla y la señaló.

—Mirad, son conversaciones entre el tío este y Néstor, de lo más normal que te puedas imaginar —confirmó el hombre de inteligencia y comenzó a leer—. «Hola, Néstor. Aquí en

Barcelona hoy es un día lluvioso. Odio la lluvia, entra por las fisuras de las ventanas y provoca moho en las paredes. He intentado comprar un deshumidificador, pero no lo consigo resolver. Me temo que tengo que cambiarlas. Pero cuesta una pasta y ahora no voy bien de dinero. No sé si tienes un remedio para esto, estaré encantado de saberlo» —leyó, y continuó unas líneas más abajo—. «Ayer fui al supermercado y compré huevos, creo que esta noche me voy a hacer una tortilla. Obviamente, con cebolla, como tiene que ser. Néstor, ¿tú de qué eres, del equipo con o sin cebolla en la tortilla?». Todas cagadas así y este pirado sigue. «Y la tortilla, ¿cómo te gusta, bien cocida, firme o blanda? A mí, personalmente, me gusta con cebolla y blanca, casi cruda. Con mucho pan. Pero que sea del bueno». Blablablá. Todo el rato con estas frases tan simples y sin sentido.

Álex y Alan se miraron al unísono y, con tan solo una mirada, se entendieron.

—No, hay algo más. Es evidente. No sé cómo ni dónde, pero tiene que haber algo —dijo Álex—. Seguro que han desarrollado un sistema de encriptación sencillo y fácil, tiene que pasar desapercibido, pero funcionar para ellos dos —aseguró Alan, ya observando la carta en el monitor—. ¿Las has puesto en un sistema o programa que las haya analizado o algo?

—¿Me tomas por un tío que se chupa el dedo o qué? —preguntó Quimet—. Las he metido todas en un sistema que tenemos que lo ha fabricado el FBI en Estados Unidos y muchos cuerpos policiales del mundo lo usan.

—Ya, y no has encontrado nada —afirmó Álex—. Me imagino que incluso Néstor y este tal Nicolás eran conscientes de que los interceptaríamos y que las podríamos analizar.

—Eso puede explicar por qué el sistema del FBI y Quimet no han encontrado nada, porque sabían que las mirarían —aseguró Alan.

—Eso tiene sentido.

—Lo siento, pero las tendremos que imprimir —dijo Alan.

El *mosso* de inteligencia se giró hacia el informático forense.

—¿Cómo? Son cientos.

—Pues cientos.

Quimet se giró hacia el sargento y este afirmó.

Se pasó una mano por la cara y se estiró la barba en forma de cono convexo, estirando la piel de las mejillas.

Las seleccionó todas y las envió a imprimir a la impresora que estaba al lado de la puerta.

Esta comenzó a escupirlas como si fueran rosquillas.

Alan se acercó y las fue cogiendo a puñados.

Las colocó en la mesa y, sin decir nada, como si estuviera imbuido por un reto más de Néstor, comenzó a dividirlas. Las que Néstor envió y las que recibió, por orden cronológico, y las estudió.

Llevaba varios minutos observándolas y su cabeza estaba procesando todo lo que estaba viendo. Algo le llamó la atención. Algo imperceptible para la mente humana, pero no para él. Se giró, pidió un celo a Quimet y se fue directo a las ventanas de atrás. Comenzó a enganchar las cartas en sentido cronológico.

Una tras otra.

Cuando tenía enganchadas las primeras treinta, Álex entendió lo que estaba haciendo el chico. Se alejó, cuanto más lo hacía, más se podía ver lo que había encontrado en esas insulsas cartas sin sentido aparente.

Con cada carta que se iba añadiendo en la ventana, cobraba todo más sentido. Cada hoja de formato DIN-A4 se convertía en una pieza de un rompecabezas terrorífico.

Cuando colocaron la última hoja, la forma quedó compuesta en la pared de ventanas y papel.

Un *collage* dantesco y que invocaba a las mentes más retorcidas: enfrente se había formado una enorme flor de Barcelona con un laberinto en su interior.

El juego de las letras, de las posiciones y de las frases, junto a los espacios, había creado la firma del Asesino de las Maletas.

Allí estaba, frente a él. Apoyó los puños en los costados y se quedó casi sin aliento.

—Eres un genio. Esto vincula sin sombra de duda a Néstor con él y que este Nicolás es el Asesino de las Maletas —afirmó, le apoyó la mano encima de la cabeza y le repitió la misma frase—. Eres un genio.

—Bueno, tampoco es para tanto —afirmó el hípster.

Los otros dos se giraron y lo miraron perplejos por unos instantes; luego, se giraron de nuevo hacia la pared empapelada.

—Estas son las de entrada, ahora nos queda hacer otra cosa… —dijo Alan.

—¿A qué te refieres? —preguntó Álex.

—Ahora tenemos que hacer lo mismo con las de salida.

—No entiendo.

—Estas que ves son las cartas que Néstor recibía de Nicolás. Ahora tenemos que hacer lo mismo con las que Néstor enviaba a Nicolás.

Álex asintió y le indicó la pared de enfrente.

Entonces, Alan cogió el fardo de cartas divididas cronológicamente y comenzó a engancharlas en la pared. Quimet y Álex vieron cómo el informático las colgaba.

Esa vez no aparecía ningún dibujo, ninguna señal. Con cada carta, el desánimo se apoderaba de los policías.

Cuando acabó de engancharlas todas, Alan se colocó al lado de los otros dos.

—Aquí no hay nada, ¿verdad?

El hípster torció la cabeza y dio un mordisco a una zanahoria. El joven informático lo miró y el otro se la ofreció. Alan le contestó con una expresión de asco.

—Espera. ¿Qué son esas? —dijo Álex, mirando hacia el *collage* de las cartas de salida—. Un segundo, a lo mejor hay algo.

—Aquí hay una frase con una letra en negrita —dijo Álex mientras se acercaba—. «El cielo hoy está sin una nube. Ayer, en cambio, estaba con nubarrones negros que al final no soltaron ni una puta gota. Hace demasiado calor, macho» —leyó Álex, y con un dedo indicó a Alan—. Apunta. «El».

Luego buscó con el dedo de la otra mano otra carta, siempre respetando la cronología de entrega, otra palabra en negrita. Lo que le había llamado la atención era que todas las cartas estaban escritas a ordenador, pero solo esa palabra, el artículo «el», estaba en negrita. Conociendo a Néstor, eso era una señal dentro de ese mar insensato de frases.

—«El Barça juega fatal últimamente. Añoro la época de Guardiola, entonces jugaba y se veía que era un equipo que sabía lo que hacía. Con un entrenador con cojones, con un plan que se veía en el vestuario. Joder, los echo de menos» —dijo, y regresó a la palabra «plan»—. Alan, apunta «plan».

Luego siguió y encontró otra y leyó todas las frases. Salieron más palabras hasta formar una frase con sentido.

Alan había empalideciendo mientras el sargento desgranaba, palabra por palabra, las que aparecían en negrita esparcidas por las frases. En un movimiento mecánico, sin meterlas en su cabeza, sin ordenarlas.

—«El nuevo director es guay. El de antes era un cabrón. Por lo menos este es cortés, es buena gente. Hasta nos ha vuelto a poner los flanes de chocolate los jueves por la noche». Apunta «cortés». Y ya creo que no hay ninguna. ¿Forma una frase? —preguntó a Alan, que sujetaba el papel con una mano que le temblaba sin parar.

Álex se giró. En los ojos de Alan vio el terror. Una expresión profunda y clara de miedo.

—¿Qué pasa? —preguntó Álex.

Alan tragó saliva ruidosamente y giró el papel.

Cuando Álex leyó la frase que había apuntado, empalideció al instante. Habían encontrado el criptograma más importante de la investigación, filtrado en esas malditas cartas.

Ya estaba sobre la mesa todo, el diablo encerrado en sus cartas. El discípulo o imitador que quería seguir con la tarea del maestro o mentor. Y, por desgracia, habían entendido lo más importante, el mensaje y el mandato, lo que tenía que hacer el discípulo que no podía hacer Néstor: matar a alguien.

Álex se acercó el papel y su mundo se derrumbó. La frase era: «El plan es matar a los queridos de Cortés».

56

Unas maletas que servían de ataúd.

Al soltarlas en medio del comedor, el ruido se propagó como el miedo de lo que representaban.

Era el maldito Asesino de las Maletas. Una cena con él era lo que menos se hubiesen imaginado Karla Ramírez y Ana Cortés.

En un pueblo perdido de la Costa Brava. Un hombre atractivo que, bajo la apariencia de un elegante caballero, escondía la esencia de un inadaptado y psicópata asesino.

Karla lo había visto varias veces, conquistándola y demostrando que, saludando al camarero y a la pescadera del supermercado, era de la zona, que era conocido.

Todo resultaba ser un maquiavélico plan del hombre que ahora estaba enfrente de las dos mujeres.

—Lo siento, chicas, pero la fiesta termina aquí —dijo con un tono algo desilusionado—. Este tren se detiene aquí. Ya os podéis imaginar quién soy, ¿verdad? En fin, no hace falta que habléis, lleváis en el cuerpo un veneno que se llama curare. Exactamente, es un extracto de una planta de Sudamérica. Como bien sabe la criminóloga —dijo, gesticulando hacia ella—, lo bueno del curare es que vuestro cuerpo pierde, bueno, mejor dicho, ha perdido la motricidad, pero, sin embargo, la mente sigue funcionando al mismo nivel de cuando está uno bien. Así que lo que os digo lo estáis entendiendo totalmente, ¿verdad? —dijo, y se acercó a la cara de Ana—. Un parpadeo, sí; dos parpadeos, no. ¿Me entiendes?

Y la mujer hizo un parpadeo.

—Perfecto. Esto funciona, chicas —gritó, levantando un puño—. A lo que íbamos, esto será divertido. Yo creo que la descuartización os permitirá estar despiertas sin moveros, viendo el espectáculo y sintiéndolo, hasta la pérdida de los miembros. Pero la cabeza, ya no podréis sentirlo —confesó mientras se encogía de hombros—. En fin, empecemos.

A pesar de no poder moverse, los párpados y las expresiones de pánico absoluto eran palpables en sus ojos.

Los esfínteres de las mujeres se relajaron y el ambiente comenzó a oler a orina y, en consecuencia, a puro miedo.

Nicolás había vuelto a las maletas y, después de haber abierto una, sacó unas bridas.

—No me lo puedo creer. ¿Os lo habéis hecho encima? —exclamó, sorprendido—. Eso es de muy mal gusto, ¿sabéis? —dijo con reproche—. Pero no es culpa vuestra —gritó esto último, y se puso a reír como un loco.

Pasó las bridas que sujetaban las manos a los reposabrazos de terciopelo rojo. Luego, fue empalmando una con otra hasta conseguir que enlazaran el torso de cada una de las mujeres y sujetarlo al respaldo de la silla.

Mientras se lo ponía a Karla, no pudo evitar tocarle los pechos y disfrutar mientras lo hacía, emitiendo un gemido de gusto. Luego, le dio un beso en los carnosos labios, a lo que ella, obviamente, no se pudo oponer.

A continuación, pasó a Ana y le hizo el mismo trato. La ató, le tocó un rato más sus pechos y luego le dio un beso más largo.

—La verdad es que, si tuviera que elegir con quién acostarme de las dos, habría elegido a Ana Cortés. Con todo el respeto, no es que no seas guapa, ¿sabes, Karla?, pero me van más las maduritas —confesó mirando a la policía, que lo seguía con los ojos—. Es más, no estaría de más que nos lo montáramos, ¿verdad? Bueno, sería unilateral. Solo yo te podría montar, porque tú no puedes hacer nada.

Se sentó en la misma silla en la que estaba sentado antes y se vertió más vino. Controló el reloj y dio un sorbo.

—Qué lástima, malgastar un manjar tan bueno en dos mujeres que ya no estarán más de media hora en este maldito planeta —dijo, jugando con las dos mujeres, y dio un trago más—. Aunque, si lo pienso, la vida es demasiado corta como para beber malos vinos. ¿Quién lo decía? Seguro que alguien famosillo y con cabeza.

Nicolás apoyó el vaso en la mesa y se quedó mirando a las dos mujeres. El silencio, de repente, se expandió, igual que la desesperación. En los movimientos de ellas se notaba la impotencia, la incapacidad de hacer algo para salir de la situación.

Incluso el arrepentimiento de no haber enviado un mensaje de dónde estaban. Avisar a Álex o a Javier de dónde estarían, dónde irían, con quién estarían.

Eso era el sabor más atroz, no solo que morirían, sino que sus muertes no servirían para coger a ese asesino que estaba maquinando sin quitarles el ojo de encima y con expresión de querer hacerlas sufrir hasta el último aliento.

El hombre alargó la mano y cogió el móvil de Ana. Apoyó su yema para que se pudiera desbloquear y luego miró los últimos mensajes que había enviado. A Álex lo informaba de que se iban a cenar por allí y a Javier, que lo llamaría al volver de cenar. Nada de ubicaciones, ni nada de menciones sobre Nicolás.

Sonrió.

Luego, hizo lo mismo con el móvil de Karla. Ella solo había escrito un mensaje a sus padres de que estaba bien y seguía con su amiga.

—Los últimos mensajes que recibieron vuestros seres queridos. Si lo hubieseis sabido, habríais escrito cosas tan mierdosas como te quiero, para siempre, en mi corazón, no te olvides. ¡Bah! —dijo mientras hacía como si estuviera vomitando—. Menudas mierdas tiene la gente en la cabeza. Es tan mierdoso todo este mundo que lo mejor que podéis hacer es morir, empezando por la gente que ha hecho mal a Néstor. No os merecéis nada. Los únicos normales y que podían poner un poco de orden en esta sociedad de mierda eran él y mi tío. Pero a uno lo habéis metido en la cárcel y al otro lo habéis metido en primera página —dijo, mirando a la cara de la policía —. Sí, tú y tu amiguito, medio novio, medio no sé qué, lo habéis estropeado ¡todo! ¿Me has entendido?

La pregunta quedó en el aire.

A pesar de los gritos, la casa en la que estaban era una de las más alejadas del pueblo, con menos vecinos y al límite de un bosque con pinos marítimos que la rodeaba.

Una casa estudiada y adecuada para esa tarea.

El terror en sus ojos iba creciendo como la espuma de un cava.

—Chicas, ¿queréis saber qué ha pasado con mi padre? ¿Queréis saber realmente qué pasó con él?

El hombre calló esperando una respuesta que nunca llegaría.

—En fin, os cuento por qué hemos llegado hasta este punto. Dicen que quien calla otorga. Así que tenemos tiempo, podemos esperar. Lo siento, chicas, nadie os espera —afirmó, y dio un trago al vino, dejó la copa y siguió—. Todo empezó un día que estaba delante de la televisión viendo una rueda de prensa en la comisaría de Travessera de les Corts, y ¿adivinad quién había en la tele?

57

La pesadilla Néstor Luna seguía.

Los barrotes de la prisión de Quatre Camins no habían conseguido detenerlo.

A pesar de poner buena cara y parecer una persona cambiada, la esencia del lobo persistía dentro de él.

Más que como un lobo, como un pulpo. Silencioso, sumergido en las oscuridades de la inactividad aparente, seguía sacando sus largos tentáculos para que sus desequilibrios mentales siguieran haciendo sus maldades.

Sintió como una mano le apretaba la yugular. Un ahogamiento inducido por el pánico de tener a dos de las tres mujeres más importantes de su vida en el mismo lugar y en peligro.

Sacó el móvil, el mensaje que le había enviado poco antes Ana decía que se iban a cenar.

¿Iban solas? ¿Acompañadas? ¿A un restaurante? ¿A un lugar público?

De repente, mil preguntas lo asaltaron como hienas hambrientas.

Buscó el contacto en el móvil y la llamó enseguida.

—¿Qué pasa, Álex? —preguntó Alan.

El sargento no contestó.

No quería responderle, ni siquiera quería responderse a sí mismo.

El móvil, por un segundo, cogió línea, pero saltó el buzón telefónico.

Volvió a probar.

Otra vez lo mismo, el buzón saltaba todo el rato.

Entonces llamó a Karla. El móvil saltó de nuevo al buzón del contestador.

Era una pesadilla hecha realidad.

No podía estar viviendo eso otra vez.

—¿Qué pasa, Álex? —gritó Alan.

—¡No contestan! ¡No contestan! —gritó como si tuviera la culpa el móvil.

—¿Quiénes no contestan?

—Ana y Karla están en una casa de los padres de Karla, en Llançà.

—¿Y?

—Me temo que el asesino ya las ha encontrado. No contestan y esta noche se iban a cenar.

—Pues llama al restaurante, seguro que están bien, seguro que llegamos a tiempo.

Álex sacudió la cabeza.

—No responden, eso no es una buena señal —dijo, y lo cogió de los brazos—. Escúchame, tienes que quedarte aquí. Me voy a Llançà.

—No, voy contigo.

—No, te necesito aquí con Quimet, necesito que averigües una cosa. Busca a tu amigo, el de las localizaciones de los móviles. Necesitamos saber dónde han estado por última vez las dos. Necesito que estéis aquí para ayudarme si os necesito, ¿me habéis entendido?

Los dos asintieron.

Soltó los brazos al informático forense y le apuntó los números de las dos mujeres.

—Me voy, estamos en contacto.

Acabó la frase al otro lado de la puerta.

Se tiró por las escaleras como si tuviese fuego en el culo y en la conciencia.

Bajó hasta el aparcamiento y arrancó el todoterreno. Salió de la central atravesando a la fuerza la barrera de salida, no tenía tiempo de dar explicaciones.

Apretó el acelerador hasta el fondo. Cuando entró en la autopista, llamó a los compañeros de la central de Figueres. Explicó la situación para que enviaran una patrulla a la casa de la cabo Karla Ramírez.

El velocímetro marcaba doscientos cincuenta kilómetros. Sabía que esa bestia cuatro por cuatro podía correr mucho más, pero el fabricante alemán lo limitaba a esa estúpida velocidad.

Casi ciento cincuenta kilómetros marcaba el GPS, habría tardado más de una hora y media. Al doble de la velocidad, estaría plantado en Llançà en unos cuarenta y cinco minutos.

La sirena azul estaba encendida, apartando a los coches.

Los esquivaba o les lanzaba las largas a ráfagas.

Se sintió mal por no haberles hecho más caso en esos días. Se había esfumado con el coche de la hermana sin decir nada esa mañana. Pero el caso lo subyugó y ni siquiera se había preocupado de llamarlas, de saber si necesitaban el coche, si tenía que volver.

Nada.

No se había preocupado para nada.

Cuando un caso lo absorbía, no podía dejarlo.

No podía continuar así, compaginando una familia.

No podía seguir con una vida y con seres queridos, porque eran quienes pagaban el coste de su lealtad a la ley.

Si hubiera tenido una vida personal, dejaría de ser el Álex Cortés que era.

O bien se dejaba llevar y se metía detrás de un escritorio, o bien no sería compatible con ninguna vida amorosa.

Karla estaba en su horizonte como muchas veces le había pasado, se permitía sentir lo que realmente quería cuando la situación estaba al límite.

Sentir el amor y el cariño y cuánto le importaba solo cuando llegaba al extremo.

Eso no era sano ni se lo merecía Karla.

Pensó en las últimas horas que pasaron juntos, haciendo el amor, recordando momentos maravillosos y sensuales.

No podía permitir que nada ni nadie le hiciera daño.

Nadie.

Antes prefería morir él que hacerle daño a ella.

Tenía que seguir, rescatarla y detenerse, detener su carrera, detener a Néstor de una vez por todas y saber hacia dónde estaba yendo su maldita vida.

En ese momento sonó el móvil. Era el número de un compañero del cuerpo. Debían de haber llegado a casa de Karla.

Descolgó el teléfono.

—Cortés, dígame.

58

En la casa había silencio.

Nicolás esperaba una respuesta de las mujeres como si ellas pudieran dársela.

Le gustaba jugar con sus víctimas. Como un gato que juega con su presa, no la mata enseguida, la hace sufrir, la hace desesperar, hasta que, si pudiera hablar, suplicaría la muerte, un golpe de gracia.

—¿Quién había en la tele? ¿Adiviináis? Pues estaban la cabo Karla Ramírez y el sargento Álex Cortés, hablando de un asesino en serie al que llamaban el Asesino del Criptograma. Yo me quedé boquiabierto. ¿Eso aún existía? Pensaba que solo salía en las películas. Mi tío me explicó lo que había conseguido hacer. Lo mal que lo habían tratado y lo que tuvo que hacer para que él mismo hiciera justicia. Me explicó todo con pelos y señales. Ya sabéis, las típicas historias que te cuenta un tío antes de dormirte. Me pidió que no lo explicara a nadie y así lo hice. No solo no se lo expliqué a nadie, sino que fui guardando esos cuentos para que, cuando llegase mi momento, pudiera volver a retomar la labor de purificación de la sociedad. Luego me enteré de que los psicópatas somos un uno por ciento de la población. Entonces me sentí más tranquilo, más normal. Mi tío, seguramente, también lo era. Yo creí que había heredado los mismos genes. Una herencia o una probabilidad genética.

Acabó con esa frase y luego dio otro trago de vino. Controló la hora e hizo una mueca como que iba bien de tiempo.

—Me enteré de que habían metido entre rejas a Néstor, Néstor Luna. Un mentor. Un profeta. Alguien que tenía que conocer a toda costa y que me dio un encargo —acabó, y levantó las manos—. Y aquí estamos, cumpliendo con su legado. Él cortaba y envasaba al vacío. Yo sigo la tradición familiar. Cortar y meter en maletas. Como mi tío, pero como el Asesino de las Maletas. Con una firma. ¿Os ha gustado mi firma? ¿Mi sello? —preguntó Nicolás mientras tocaba el rostro de la policía—. Sé que averiguaste qué era, de dónde salía. Fuiste tú, ¿verdad?

El psicópata se quedó mirando su rostro y sonriendo.

—¿Sabes, Karla?, hay algo que me explicaron mi tío y Néstor: lo que nunca hay que hacer a una víctima es violarla antes de matarla —dijo, y los ojos de Karla enrojecieron y luego dejaron caer lágrimas de miedo.

Mientras, por debajo de la mesa, Nicolás pasó su mano por la pierna de la policía. Llegó a recorrerla hasta la ingle y por la entrepierna, luego se levantó.

—Néstor y mi pobre tío dicen que esto no hay que hacerlo. Pero a mí me da bien igual. A la chica italiana, Enrica no sé qué, me la follé varias veces mientras ella se mantenía despierta. Me encantó. Eso sí, mis dos mentores no saben lo que se han perdido al desperdiciar tanta carne sin aprovecharla para el sexo —dijo, y se colocó detrás de la policía—. Me gusta más Ana, *a priori*. Pero voy a decidir a quién de las dos voy a violar antes de descuartizaros por el olor de vuestro… Ya sabéis.

E introdujo la mano en el tejano y en las bragas de la policía. Metió el dedo dentro del sexo de la mujer varias veces y lo sacó. Lo olió y lo cató como si fuera una fragancia de alta perfumería.

—Maravilloso. Pero ahora le toca a Ana —dijo, y se colocó por detrás de ella para repetir el proceso con la otra mano.

Sus ojos se cerraron durante el intervalo que el asesino la toqueteó. Cuando dejó de sentir la mano en su intimidad, los abrió y estos estaban rojos igual que los de Karla, soltando lágrimas de pura desesperación.

Nicolás se acercó los dedos y olfateó el fluido que los mojaba.

—Extraordinario, tenemos ganadora —espetó con un tono de concurso televisivo mirando a Karla—. Lo siento, no has sido elegida. La ganadora es la señora Ana Cortés, alias la más buena de esta mesa —afirmó, y se giró hacia la mujer—. Tu perfume íntimo me llama mucho más la atención. Así que tú te vienes conmigo.

59

Al contestar, Álex se llenó de esperanza.

El todoterreno con el acelerador aplastado en la negra moqueta iba a toda velocidad hacia Llançà.

—Señor, soy el agente que ha ido a casa de la cabo Ramírez.

—Sí, dígame.

Hubo un silencio de segundos.

—Agente, ¿qué pasa?

—No hay nada. Le confirmo que no hay nadie en este domicilio. He revisado personalmente todas las puertas y ventanas con linterna. Nada. Nadie.

—¿Están absolutamente seguros?

—Afirmativo, señor.

—Mierda. ¡Joder! —gritó mientras daba un manotazo en el volante—. Está bien, esperen allí por si llega alguien y me informan.

—Pero tenemos otras cosas que hacer…

—Nada de peros, se quedan allí con todo lo que conlleve. Les recuerdo que la cabo Ramírez está en peligro y no podemos fallarle. Tienen que quedarse allí en la casa por si vuelve o aparece —espetó Álex, y colgó.

Después llamó al número de teléfono de Alan.

Esperó impaciente unos segundos hasta que se conectó la línea.

—Álex, estoy en ello.

—No, me tienes que dar una respuesta ya. Estoy llegando y en su casa, como pensaba, no están.

—Álex, esto no es entrar en Google Earth y mirar si el jardín de tu vecino tiene piscina. Estamos hablando de la línea de teléfonos de España. Así que esto no puedes hacerlo así, rápido, como uno quiera.

—Me da igual, Alan, mi hermana y Karla están en peligro, tienes que averiguarlo ya.

—Espera, a lo mejor mi amigo lo ha encontrado. Las celdas de telefonía en Llançà son varias y ella ha estado el mayor tiempo en una central, que, por supuesto, daba con la parte de la costa. Se ha movido por ella, pero ha llegado esta misma noche hasta el límite de una celda y ha entrado en otra que da a un bosque, un *camping* y una urbanización.

—Mándame una foto y una ubicación de lo que dices, en pocos minutos estoy allí.

—Está hecho, te lo mando enseguida al móvil.

—Alan, ¿hay un restaurante por esa zona?

El chico se quedó callado un momento.

—Déjame ver —dijo, y alargó el silencio.

Álex cruzaba los dedos encima del volante.

—No, no hay nada. El *camping* tiene restaurante.

—¿Y está abierto?

—Espera —dijo, y continuó buscándolo.

Se notaba como sus dedos, entrenados para saltar de una tecla a otra y dominar el arte de la búsqueda rápida, volaban en el teclado y movían el ratón con suma rapidez.

—El *camping* está cerrado, pero, si quieres, llamo y miro si hay alguien.

—No, llego antes a la zona que me has indicado y te cuento —dijo Álex, y colgó.

A los segundos, el sargento recibió la geolocalización y cambió su rumbo.

La dirección hacia la casa de Karla ya no era su destino, sino la última traza que había dejado su paso por la red de móviles. Unas migajas que podían servirle o no.

Si en ese punto habían quedado con un coche, la búsqueda se haría infinita. Si allí había un lugar donde podían haber quedado las dos mujeres con el asesino, entonces él lo encontraría.

El BMW negro entró a toda velocidad en la ciudad hasta llegar al punto que había indicado el compañero de informática forense.

Dejó el coche en un lado y bajó. Delante tenía una serie de casas, un pequeño bosque de pinos marítimos y mucha desolación. El silencio reinaba en el lugar.

No había nada, ni nadie.

Allí podía estar el Asesino de las Maletas.

Era su única pista. Si tenía una posibilidad de poder cogerlo, tenía que aprovecharla; la vida de las mujeres estaba colgando de un hilo. O incluso ese hilo estaría ya cortado.

60

Nicolás no tuvo ningún miramiento.

Cortó las bridas de la silla y se cargó en el hombro a la mujer.

Solo tuvieron unos segundos para intercambiar las últimas miradas entre ellas.

Ana colgaba del hombro derecho del hombre, apoyando su cintura. Cargada como un saco de patatas. Inmóvil y sin poder oponerse a la voluntad del asesino.

Subió las escaleras y llegó a una vieja estancia; un dormitorio mal iluminado y una cama de madera. Al soltarla en la cama, ella se estiró a lo largo. En su visión dejó de estar la imagen del asesino.

Da más miedo lo que imaginamos y no vemos que lo que sí vemos.

Escuchó como los pasos del hombre se alejaban fuera de la estancia. Luego, bajaron por las escaleras.

Echó de menos a sus hijos, a su hermano, a su familia. En los momentos antes de morir dicen que pensamos en las cosas que realmente importan en la vida. Cómo hemos gastado o malgastado nuestra existencia.

Pensar en las personas que pasaron por su vida. Alberto, Néstor, incluso la mano que perdió por el camino por culpa del Asesino del Criptograma.

Cerró los ojos, como si se tirara de un puente sin paracaídas, sin cuerda.

Abandonó su cuerpo, dando las gracias por lo que había vivido y siendo feliz de los hijos que dejaba en las buenas manos de Javier. Feliz por las personas que había ayudado con su profesión. Se quedó con la mente en blanco, en la trágica espera de un condenado a muerte a su verdugo.

Karla escuchó como el hombre regresaba con paso firme pero más ligero. Fue a la cocina y regresó a la mesa donde estaba Karla con un enorme y, al parecer, afilado cuchillo.

Se agachó y la miró los ojos.

—¿Sabes, Karla?, tú morirás de la mejor manera posible. Bueno, la mejor manera es no morir, luego, viene congelado vivo y después, desangrado. Llega un momento al que llaman la paz del desangrado —dijo, y le hizo un corte en la muñeca—. Si te va bien, morirás plácidamente desangrada. Pero quién sabe, por aquí hay algún ratón y vendrá llamado por la sangre para comerte viva. Estarás inmóvil, no podrás moverte ni quitarte los roedores si te aparecen en la cara —dijo, y, acto seguido, abrió y cerró los dientes varias veces de forma repetitiva con los labios retraídos, imitando a un ratón hambriento.

Dejó el cuchillo en la mesa y se fue.

Karla solo escuchó como su sangre goteaba en el suelo. El corte era limpio y directo.

Sintió como se comenzaba a marear.

El hombre que había desaparecido la había dejado a la deriva de su propio destino, a la muerte asegurada de un desangrado lento pero continuo, que llevaría en pocos minutos a la muerte.

Le dio tiempo de pensar en sus padres.

En Álex.

En Álex, que fue su verdadero amor, el único y verdadero amor de su vida.

Acabó pensando cómo había sido tan ilusa de imaginar que ese hombre hubiera sido un candidato, un pretendiente.

Se sintió avergonzada por haber pensado seriamente que Nicolás podía ser algo mejor que lo que había tenido con Álex.

Se sintió estafada por la vida y por el amor.

El tiempo no podía volver, ni siquiera la oportunidad de algo más. Dejó bajar su última lágrima y se dejó fluir como su misma sangre, que le corría por las venas y acababa en el suelo de esa casa perdida.

Cerró los ojos y dejó que su vida saliera de su cuerpo.

Nicolás regresó al dormitorio. Vio cómo la hermosa mujer seguía en la cama. Su miembro se endureció como un roble; la idea de violarla lo había puesto a mil.

Alargó el momento, sin perder el control. Mientras estaba con esa bella mujer, el corte que acababa de hacer en la muñeca de la policía trabajaría para él. El tiempo jugaba a su favor.

—Ya estoy aquí. ¿Sabes?, Néstor me ha dicho que una de sus fantasías era precisamente esta, follarte hasta reventarte. Pero que, entre una cosa y otra, nunca lo consiguió. No sé si le hará

mucha gracia, pero a lo mejor le digo que yo sí lo conseguí. O no, a lo mejor no se lo digo, porque se va a cabrear —dijo, y susurró—. Si los discípulos superan o cumplen los deseos de los mentores, no creo que seguiría queriéndome igual. Pero, tranquila, tú no se lo llegarás a decir y yo, por si acaso, tampoco. ¿Verdad?, ante la duda… —dijo mientras se quedaba en calzoncillos.

Alargó las manos y repasó los pechos de la mujer, aún vestida.

Respiró el perfume de su pelo y le pasó la lengua por la oreja, por la frente y por la boca.

Luego, le quitó pausadamente los pantalones. Los tiró y siguió.

Quitó la blusa y seguido, el sujetador.

Nicolás dejó salir un sonido de apreciación. Le repasó los pechos con la lengua, se deslizó hasta el ombligo y acabó arrancando la ropa interior de cuajo.

La mujer, en toda su belleza, estaba delante de él, quieta, inmóvil, indefensa, menos sus ojos, clavados en su verdugo.

Se quitó la camiseta, jugueteando como si fuera una cita. Se quitó los calzoncillos y desenfundó su grueso miembro. Asustó a la mujer ver sus genitales desnudos y depilados.

Entonces se colocó encima de ella. No pudo esperar más, se mojó la punta y penetró hasta donde pudo. Los ojos de ella se cerraron con una tremenda presión. A cada latigazo que le daba, a ella le sobresalía una lágrima de dolor de entre los párpados.

Iba a morir y el único pensamiento que tuvo en ese momento fue que, a pesar de profanar su cuerpo, no lo inundara de su masculinidad. Pero fue pensarlo y justo sucedió. A los pocos instantes, acabó.

—Uf, qué rápido. Bueno, pero ha valido la pena, ¿verdad? —bramó a la mujer con el mismo tono que habría usado con una pareja consentida.

Sacó su miembro de ella y se tumbó a su lado.

Ana pensaba haber agotado ya todas las lágrimas posibles. Se sentía sucia, repugnante, devastada por ese ser inmundo que no se merecía ser catalogado como humano, sino como lo que era: inhumano, un monstruo, un psicópata.

Nicolás se quedó en silencio, desnudo al lado de Ana y rascándose el pecho depilado.

Por unos instantes, tuvo la esperanza de que el destino repartiera de nuevo las cartas y que, con un poco de suerte, ese monstruo se quedara dormido y el efecto del veneno curare acabara, así, ella se podría escapar.

Pero la esperanza duró poco, muy poco.

Al cabo de unos minutos, levantó la mano y miró el reloj.

—¿Sabes qué, *mon cheri*? Creo que nos da tiempo para una segunda ronda —afirmó con gozo.

Y se colocó de nuevo sobre ella. Esa vez todo ya estaba lubricado y no tuvo mucha resistencia en introducirse de nuevo. No estaba ni tan excitado ni tan cargado de esperma. Ana aguantaba los ojos abiertos y miraba fijamente el rostro del verdugo que bailaba sobre ella.

Pero hay momentos en la vida que el viento cambia de dirección. Sin previo aviso, sin razón. Todo lo que estaba en contra, de repente, se fisuró. Ana comenzó a mover de forma imperceptible las falanges de los dedos. Parecía un milagro.

Entre el caos mental y emocional que estaba sufriendo y lo poco que se podía mover, casi ni se había dado cuenta.

Dejó de hacerlo por miedo a que lo viera.

Nicolás no se detenía; el castigo parecía inacabable.

Movió de nuevo un poco más las yemas, no era una sensación, se podía mover. Pero aún no lo suficiente para hacer nada, seguía siendo un vegetal.

Justo en ese momento, el repugnante ser vivo acabó por segunda vez.

—Uff, madre mía, estás buenísima y cómo te mueves —bromeó Nicolás.

Mientras lo decía, se dio cuenta de que la mujer apretaba los párpados. Dos veces, esperaba y dos veces. Una vez tras otra.

Nicolás arrugó el ceño.

—¿Qué quieres, mujer? —preguntó sin hacerle mucho caso.

Pero Ana siguió en un mensaje desesperado. Un movimiento inteligente con solo lo que podía mover.

Sintió que el somnífero se iba rápido por sus venas. Tan rápido era haciendo efecto, tan rápido era dejando de hacerlo.

El hombre no pudo reprimir su curiosidad.

Se fue acercando a la mujer para saber qué quería.

Cuando estuvo tan cerca como para oler su aliento, él le dijo:

—¿Qué te pasa, zorra?

Entonces ella jugó al todo o nada. Cuando te ves en esa tesitura, tienes más probabilidades de perder que de ganar. Pero, a pesar de eso, para sobrevivir uno haría cualquier cosa.

Nicolás se había acercado al rostro de la mujer. Y justo cuando fue a decirle otra barbaridad, ella, con una fuerza que no supo de dónde emergía, levantó la cabeza pocos milímetros, abrió la boca y se acercó al verdugo.

Lo agarró con los dientes superiores en el ojo izquierdo y la mandíbula, entre la mejilla y los dientes.

La mujer no soltó a la presa una vez tuvo agarrado de cualquier modo al hombre. No podía soltarlo. Ni debía; su supervivencia dependía de ello.

Cuando todo ya estaba escrito y la muerte resignada a llevarse las dos almas de las mujeres, sucedió lo que le habían avisado. Los mentores le dijeron que no tenía que violar a sus víctimas. De no jugar con las personas a las que iba a sacrificar por su proyecto. Eso era demasiado, excesivo. Se tenía que ceñir al plan. Pero la avaricia y la codicia llevan a cometer errores, a que el veneno desapareciera antes de lo que pensaba y que lo imprevisible sucediera.

Los gritos del hombre eran tremendos. Resonaban en la habitación como una traca. Los dientes de la mujer clavados en su ojo le estaban provocando convulsiones. A Nicolás lo pilló tan desprevenido que no supo cómo reaccionar.

Ana, sin embargo, sí sabía qué hacer. No soltar. Con la misma presión y la fuerza de la rabia, antes habría muerto que soltar a la presa.

Ignoró el dolor que le estaba causando el mordisco. Era más fuerte la venganza. Cerró los ojos y esperó que algo pasara.

Y así pasó.

Hubo una explosión.

Luego, otra y otra.

Ella conocía muy bien esa deflagración: era una pistola.

A Nicolás tenían que haberle disparado para quitárselo de encima. Solo entonces lo soltó y le cayó encima. Tenía la cara llena de sangre. Nicolás yacía inmóvil a su lado con un ojo a medio salir de su órbita. Detrás, ante la puerta, la figura de un hombre que se acercaba. Hablaba, pero ella no lo escuchaba, las deflagraciones habían sustituido los sonidos por un agudo pitido continuo.

La sangre de su cara se fue quitando lentamente. Con el paso de los minutos, esa persona dejó de abrazarla y pudo verle el rostro ya sin el líquido rojo. Era Álex.

La retirada del veneno hizo que pudiera mover los músculos de la cara y consiguió sonreír.

Álex las había salvado.

Mientras Álex la abrazaba y la estrujaba con fuerza contra su pecho, le vino la peor de todas las preguntas.

¿Había llegado a tiempo para salvar a Karla?

61

A la mañana siguiente, las puertas del bus se abrieron.

Bajaron Clara y Roberto.

Caminaron hacia la puerta de acceso de Quatre Camins.

Ya los conocían muy bien, pero las normas eran las normas.

Saludaron al guardia del portón y siguieron por el aparcamiento. Entraron, pasaron el detector de metales y fueron directos a la oficina del alcaide.

La caja de donuts dejaba una estela de olores variopintos a canela, a vainilla, a azúcar glasé.

Entregaron la caja y aseguraron que esa era la última vez que, de momento, iría Roberto a visitar a Néstor como regalo.

Fueron a la celda privada de visitas y entraron.

Néstor los estaba esperando.

Un día más, recibía su regalo más preciado, el oso y su futura novia.

Ella no tenía una de sus mejores caras. Él se percató.

La cogió de la mejilla y la apretó un poco.

—¿Qué te pasa, florecita?

—Hoy no quiero.

—¿No quieres qué?

La chica miró al otro hombre.

—¿Roberto? ¿En serio? Pero si es un portento, ¿no te gustó ayer?

Ella negó tímidamente y él, sorprendido, inclinó la cabeza.

—¿En serio? Venga, haz esto por mí, por favor. Esta es la última vez, te lo prometo —dijo, y apuntó al otro hombre—. Roberto y yo tenemos un trato, ¿verdad?

Este asintió con una medio risita.

—¿A que no desperdiciaremos esta ocasión y me contentarás? —preguntó Néstor con tono de chantaje.

Ella suspiró y al final aceptó el trato.

—Muy bien, esa es mi chica —dijo con un tono alegre y satisfecho.

Se giró hacia al hombre que parecía más un osito, según Néstor, y le quitó la ropa.

Esa mañana, tal y como habían realizado veinticuatro horas antes, volvieron a tener sexo desenfrenado los tres. El guardia de fuera se reía de los gritos que le llegaban y de las marranadas que se decían mientras miraba publicaciones en alguna red social y se basculaba con las patas traseras de la silla. Cuando faltaban pocos minutos, se levantó y avisó a los tres componentes de la orgía.

Néstor resopló.

—Todo lo bueno se acaba pronto —dijo mientras se levantaba del colchón de pelo que el osito tenía en su pecho y se giró hacia ella—. ¿Te ha gustado?

—Sí, claro, amor mío —mintió ella.

—Me lo imaginaba.

Se colocó delante de Roberto, cogió sus gafas y se las puso con un aire atrevido y divertido.

—Gracias por sus servicios, señor Roberto de los cojones —confirmó Néstor.

Cuando dijo esas palabras, el otro hombre se extrañó, arrugó el ceño y su cuerpo fue atravesado por un escalofrío al ver a Néstor con sus gafas.

Sin decírselo, pensó que no estaba tan loco como la gente decía.

Néstor le dio un par de collejas y se vistieron.

Llegada la hora, el guardia abrió la puerta de la celda íntima y dejó salir a las dos visitas.

El dónut que le había dejado Clara ya se lo había comido; solo quedaba una servilleta con azúcar y un vaso de café vacío.

Hicieron el mismo trayecto de salida, saludó al hombre de la garita del portón y se acercó a la carretera.

Clara miró el reloj.

—¿Dónde está? —dijo el hombre.

—Debería estar aquí… —respondió Clara—. ¿Quieres que la llame?

—No, esperaremos. Llegará, habrá encontrado tráfico.

Y así fue, a los pocos minutos, apareció un Fiat Cinquecento blanco. Se detuvo y los dos entraron por la puerta del copiloto.

No se intercambiaron ninguna palabra hasta pasados unos minutos con el conductor.

—¿Pusiste las matrículas falsas como te indiqué? —preguntó Néstor sentado en los asientos de atrás.

La persona que conducía asintió.

—Perfecto —confirmó Néstor.

El coche cogió la autopista y se fue alejando de la cárcel con suma tranquilidad.

62

Álex conducía respetando los límites de velocidad.

Era extraño en él después de haber pasado unos días de un lado a otro como un kamikaze. A pesar de la fingida calma, su corazón bombeaba con intensidad.

Quería hablar con Néstor, de momento, no podía arrancarle la cabeza, pero sí que se encargarían los abogados de crujirlo.

Intento de asesinato de una policía y una criminóloga que colabora con la policía, eso lo habría convertido en carne de cañón.

Esa mañana había decidido ir a Quatre Camins antes de ir a la comisaría para redactar el informe. Lo cogiera como lo cogiera, no podía sujetarlo de ninguna manera. La cantidad de artículos que había infringido era monumental. Pero había conseguido salvar a su hermana.

Apretaba las mandíbulas mientras conducía.

Aún sentía en su cuerpo la tensión de la noche anterior.

Había dormido toda la noche en la habitación de su hermana, al lado, sujetándole la mano.

Las pocas horas que había conseguido dormir fueron interrumpidas por gritos de pesadillas.

A pesar de eso, lo habían conseguido, estaba viva.

La noche antes, cuando se encontraba delante del principio de la celda de telefonía en la que los dos móviles habían entrado, se le presentaron varias dudas.

Había deducido que, si habían quedado con alguien que no conocían, no habrían llegado hasta allí, por lo menos voluntariamente.

Descartó que se hubieran ido o que las hubieran metido en una furgoneta.

Descartó el *camping*, porque desde ese punto no había entrada.

Y siguiendo la trayectoria que habían hecho los móviles, tenían que estar en una de esas casas.

Ya, pero ¿cuál? Si fallaba, perdía tiempo y podía avisar con el ruido al asesino, acelerar el proceso y perder su factor sorpresa.

Se le ocurrió ver si en su patrimonio familiar había una casa en la localidad de Llançà. La familia Alcázar no la tenía.

¿Por qué ese lugar, esas casas?

Nicolás podía haber entrado en una cualquiera, la mayoría eran segundas residencias, pero un asesino tiene que sentir una cierta tranquilidad para operar y ser operativo.

Así que tuvo una idea. Preguntó a Alan si las víctimas de las maletas, Enrica Lumi, Jordi Font y Joan Rovira tenían en propiedad una casa en Llançà. Efectivamente, Joan Rovira la tenía.

Alan le dio la dirección y Álex fue hacia allí directo.

Reventó la puerta con el todoterreno y llegó a segundos de que fuera demasiado tarde para salvar a Karla. Le practicó un cordón hemostático y la salvó.

Cuando vio las maletas preparadas y que su hermana no estaba, se desesperó.

Intentó sonsacar dónde estaba ella sin éxito de la compañera.

Tardó unos instantes larguísimos antes de que el grito de un hombre los alcanzara desde el piso de arriba. Un grito que fraguó el silencio y toda la casa. Continuado, profundo, aterrador.

Corrió por las escaleras y, al abrir la puerta, vio al hombre desnudo encima de la mujer que buscaba.

Abrió fuego hasta que este dejó de moverse.

El resto no quería recordarlo, era demasiado duro ver en esas condiciones a su propia hermana.

Néstor tenía que pagar por eso.

La pregunta que lo atormentaba era cómo, qué era lo peor para él.

¿Cómo le haces pagar algo a alguien que es un asesino psicopático?

No estaba en sus manos, él no era un juez.

Aparcó dentro de los muros de la cárcel Quatre Camins.

Dejó el BMW y entró.

No fue al director, no tenía ganas de formalismos, estaba bastante cansado como para ir directo al grano.

Entró en la zona de celdas y pidió verse con Néstor Luna.

Lo acompañaron a la celda privada, la misma de las visitas familiares.

Álex se acordó de esa celda, a esa hora recibía visitas y a su abogado.

El guardia dijo que seguía allí porque estaba esperando al abogado y había avisado que tardaría.

—Aprovecharé un momento yo —aseguró Álex.

Abrió la puerta y pasó.

Cuando encuadró la cara del hombre, Álex vio enseguida que algo no iba bien.

No dijo nada y salió.

—Oye, te has equivocado, ahí dentro no está Néstor Luna.

El guardia aseguró que sí, Néstor Luna acababa de tener una reunión con su pareja y un amigo y estaba esperando a su abogado.

Álex lo invitó a entrar.

El guardia, cuando vio a Roberto dentro de la cárcel, cambió de color, cogiendo la tonalidad del blanco pálido.

Salió corriendo y apretó un botón rojo con forma de seta.

De repente, en toda la cárcel se escuchó una sirena.

—¿Cuánto hace de eso?

—Veinte minutos, a lo mejor media hora, ¡joder!

Álex cerró los ojos y se apoyó las manos en la cara. No podía creérselo, Néstor se había fugado.

Corrió hasta la caseta de vigilancia.

Informó de lo que había sucedido.

El chico al mando miró las cámaras; las del trayecto desde la celda hasta la salida.

En efecto, un señor con barba y gafas con montura plateada acompañaba a la mujer. Llegaron a la puerta de salida y cerraron cuando ya estaban fuera.

—¡No, no, no se puede ser tan imbécil! —gritó Álex a las pantallas.

—Cálmese, agente.

—Ni agente ni porras. Ponga las cámaras de los muros exteriores —gritó.

En las pantallas aparecieron las imágenes enseguida y vio lo que había sucedido. Cuando apareció el Fiat, hubo un momento que ordenó detener las imágenes. En un fotograma se veía quién era la persona que conducía el coche y que reconoció al instante.

Nunca hubiera imaginado que hubiera ayudado a un detenido a fugarse. Pero la buena noticia era que a esa persona la conocía muy bien.

EPÍLOGO

La mujer colocó bien la cámara para grabar.

La casa de diseño que había elegido la había alquilado por unas semanas. Para un plan maquiavélico que había estudiado con Néstor Luna en persona.

Había mucha luz en la estancia. A través de las ventanas cubiertas con cortinas, entraba una gran cantidad de luz natural.

Encima de la mesa principal, un ramo de flores variadas aromatizaba el ambiente.

Néstor se quedó un buen rato oliendo las flores antes de sentarse donde le indicó la periodista.

Esta encuadró al hombre y él se quitó algún pelo del jersey negro.

Tosió un par de veces y se quedó observando a la preciosa mujer de color.

Esperó a que se sentara y, con aire remolón, levantó una ceja.

—Está más atractiva de lo que recordaba, periodista.

—Ha pasado mucha agua debajo de los puentes desde su llamada aquella noche anunciándome la mujer que ahogó.

—Pues sí, Emily, se ha vertido mucha sangre, la verdad.

—Bien, ¿comenzamos? —dijo la periodista del *Daily Sentinel*.

—Espere, no me ha dicho por qué ha aceptado.

—Por la información, porque pasaré a la historia siendo la primera persona que habrá realizado una entrevista a un fugitivo.

—Un fugitivo al que ha ayudado a escapar.

—Bueno, primero deberán probarlo. Y segundo, mi país, Gran Bretaña, debería aceptar una extradición muy dudosa —dijo, y negó con una mueca contrariada—. Imposible.

Néstor se encogió de hombros.

—Bueno, de todas formas, gracias por ayudarme.

—Esto no va de gracias, Néstor. Esto va de exclusivas. Yo le he ayudado y usted me da lo que anhelaba. Como el día del parque de la Ciudadela. Lo mismo.

—Claro, Emily. Nada personal, solo *business*.

—Le ha copiado la frase a *Forbes*.

Néstor se volvió a encoger de hombros.

—¿Arrancamos?

—Dele —confirmó Néstor mientras lanzaba un beso al aire para Clara, que estaba detrás de la cámara.

—La primera pregunta para Néstor Luna es la siguiente, ¿cómo se está en la prisión de Quatre Camins?

El hombre delante de la cámara arqueó la boca y asintió.

—La verdad que muy bien. Quisiera primero saludar a Roberto, que me ayudó a salir de la cárcel, y al alcaide, que es muy buena persona.

—¿El alcaide lo ha tratado bien?

—Sí —dijo con un ademán—. Si es que es un bonachón, al final, con que le lleves una caja de donuts, te deja hacer lo que quieras.

—No es una buena publicidad para ellos.

—Lo sé, pero es lo que han hecho.

—¿Qué han hecho?

—¿No me ve? Dejarme salir.

—Podemos decir que ya es la segunda vez, el segundo intento y el segundo logro de escapar que ha conseguido, ¿verdad?

—Soy mucho más inteligente que toda esa masa de burócratas y policías que me encarcelaron y que me persiguen.

Emily sonrió y dio un vistazo a su carpeta, que sujetaba encima de los pantalones de piel apretados. Basculaba la pierna y el zapato de alguna marca cara comprado en Harrods o en el barrio de Mayfair. No demostraba nerviosismo hacia Néstor, sino por conseguir que la entrevista fuera un hito sensacional.

—Señor Néstor Luna, ¿es verdad que se casa?

—Me voy a casar con la mujer más estupenda de la faz de la Tierra —dijo, y lanzó otro beso al aire.

—¿Cómo se conocieron?

—Pues era una admiradora, se atrevió a venir a ver a este pedazo de hombre y aquí estamos.

—De ser libre, se ha convertido en otra fugitiva.

—Bueno, somos libres y estamos enamorados, eso es lo más importante.

—¿Es verdad que también conoció a Nicolás Alcázar, alias el Asesino de las Maletas, también de una manera epistolar?

Néstor se lo pensó por un instante.

—No sé de quién me habla.

—¿Me confirma que no conoce a Nicolás Alcázar? ¿De veras?

El negó.

—No sé quién es —confirmó.

—¿Cómo que no sabes quién es? Es tu discípulo, ¿verdad, Néstor? —insinuó una voz masculina desde atrás.

Todos se giraron.

Álex Cortés estaba de pie apuntando con la pistola a todos.

—Menudo nido de víboras. Emily, la ayudante escapista. Clara, la futura mujer que se acaba de convertir en la próxima detenida de la cárcel femenina, y el mismísimo Néstor Luna, el Asesino del Criptograma, alias el nuevo Harry Houdini. La familia al completo.

—Vaya, vaya, es verdad, Álex, solo faltabas tú.

—Sí, faltaba yo, y os he encontrado. Y ahora os llevaré a la cárcel de nuevo, pero a los tres.

—Lo siento, pero no creo que sea tan fácil, querido amigo —afirmó Néstor con un tono de voz seco y confiado.

—Yo sí que te lo aseguro.

Néstor miró el reloj.

—Por cierto, ¿cómo está tu hermana? Me han dicho que ha tenido una noche movidita con Nicolás… —dijo, y se tapó la boca con una expresión de picardía.

Álex alargó la pistola y accionó el martillo con unas tremendas ganas de disparar.

Sus fuerzas de policía estaban sucumbiendo a las de hermano. Quería hacerle pagar todo el daño que había hecho a su hermana, a su familia, a la ciudad de Barcelona.

—Está bien, no tenemos mucho tiempo —dijo Néstor—. Clara, sabes qué hacer.

Álex arrugó el ceño y, mientras giraba la vista, vio cómo la futura mujer de Néstor sacaba una pistola de su bolso.

No tuvo tiempo de moverse, ella apretó el gatillo enseguida.

La bala cruzó la estancia y entró directa en el cuerpo de Álex.

Este arrugó el ceño.

Dio un paso hacia atrás para compensar el golpe.
Sintió frío de repente. Bajó la mirada y comprobó que la sangre salía de su pecho.
Era verdad, le habían disparado.
La primera vez en el momento menos oportuno.
Parpadeó un par de veces y las personas que seguían hablando dejó de escucharlas.
El frío se intensificó.
Apoyó la mano en el orificio, manchándose del propio líquido rojo.
Cayó de rodillas al suelo.
Néstor desapareció de su plano visual.
Luego, ya sin control sobre su propio cuerpo, cayó de morros sobre una alfombra.
Sus ojos se cerraron y solo quedó oscuridad.
Todo se perdió y todo dejó de existir.
El frío se convirtió en paz.
Y la paz, en serenidad.
El dolor desapareció y entonces, justo en ese momento, dejó de recordar.

¿Te ha gustado?

Descubre “A REY MUERTO, REY PUESTO”, la siguiente entrega del inspector Álex Cortés.

Querido Lector, normalmente, en este punto de la novela o bien te regalo un capítulo de la siguiente, o te describo la trama, o te doy pinceladas de lo que te espera con la próxima investigación.

Sin embargo, esta vez, no puedo darte ninguna pista.

Como habrás podido averiguar, la historia acaba con un hito. A Álex le sucede algo y no se puede desvelar nada más.

Para no estropear esta maravillosa y tremenda intriga hasta la próxima novela, tendrás que esperar sin que te dé más detalles.

Te invito a reservarla igualmente y que confíes en mí como escritor.

No puedo desvelarte otros detalles, o perderías parte de la sorpresa.

A Rey Muerto, Rey Puesto es la siguiente novela de esta serie. Lo que pasa en ella solo lo descubirás leyéndola, en un par de meses.

Gracias por la confianza, Riccardo.

ENLACE A AMAZON

¡ADELANTO GRATIS! - Nueva Saga

Aquí tienes los dos capítulos de mi nueva saga, ***El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*** el primer thriller policíaco de Fosco Merrell, ambientado en la ciudad Akeron City.

LA VIDA Y LA MUERTE SE UNEN EN SUS MANOS

EL FORENSE



RICCARDO BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la novena investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO

Akeron City.

Algunos años antes.

La primera bala cruzó los doscientos metros de distancia, haciendo estallar el cráneo de su objetivo. Cayó al suelo, junto a su paraguas de color lila y su alegría. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Desde que el gatillo accionó el primer disparo hasta dejarla sin aliento. Cayó rígida, en medio de un charco de lluvia que no tardó en mezclarse con su propia sangre.

Pocos instantes antes, el asesino lo había preparado todo.

La habitación del lujoso hotel estaba lista. Había colocado una mesa delante de la ventana. Una caja llena de alargadas balas estaba lista. Era una noche fría en Akeron City, y muy lluviosa.

El asesino se secó el sudor con su propia toalla. Llevaba unos guantes negros de látex y un gorro de ducha que le recogía el pelo corto.

Miró el reloj; faltaba poco para las ocho de la tarde.

Estaba sentado en posición de loto, encima de una toalla apoyada en el suelo, extendida sin una sola arruga.

De los auriculares salía una música de meditación, con viento suave entre bambús para evitar que disparase su frecuencia cardíaca.

Su único pensamiento era lo que tenía que hacer desde esa habitación del hotel.

Nada más ocupaba su mente, entrenada a eliminar el ruido y focalizarse en su objetivo.

Su reloj sonó y abrió los ojos: era la hora.

Dio una profunda respiración.

Se levantó de la toalla y la enrolló, metiéndola después en su mochila.

Se acercó a la ventana y con una punta de diamante hizo un agujero en el cristal, a la altura de la cintura. El rascacielos tenía acristalamiento que iba desde el techo hasta el suelo.

Sujetó la primera circunferencia de cristal con la ventosa y la dejó en la cama.

Luego repitió la operación con el segundo cristal de la ventana. Al quitarlo, entró el aire del exterior.

Un viento de tormenta penetró en la habitación.

La lluvia salpicaba la moqueta y la punta del arma preparada.

Apoyó el ojo en el visor y vio al otro lado a su objetivo.

El reloj emitió un segundo sonido. Faltaba un minuto.

La cruz del visor telescópico estaba desenfocada. Fue ajustándola hasta que tuvo un blanco nítido.

Al otro lado de la plaza, azotada por la lluvia, estaba el polideportivo de la ciudad. La luz de las farolas iluminaba la cola de acceso al concierto. Tocaba un grupo local, que hacía furor entre los jóvenes.

Los paraguas cubrían las caras de la gente. Desde la altura del rifle, solo se veía una estela de paraguas que serpenteaba por la enorme plaza.

Respiró profundamente.

En pocos segundos habría comenzado su trabajo.

Volvió a mirar por el visor. Fue buscando su primer objetivo: un paraguas sujetado por un extraño. Seguramente un joven que solo estaba luchando contra las inclemencias del tiempo para ver a sus ídolos musicales.

Rojo, verde, a topos o a rayas. El azar iba enfocando uno u otro sin sentido, sin ningún orden de coherencia de decisión.

Quitó el seguro.

Entonces la tercera alarma sonó y apretó el gatillo sobre el paraguas lila.

En el tiempo que tardó en caer el primer objetivo, el asesino quitó el casquillo e introdujo la siguiente bala.

«Uno», pensó.

Buscó al azar otro paraguas, este de color verde, y apretó el gatillo de nuevo. El objetivo cayó.

Sacó el casquillo y metió otra bala en la recámara.

«Dos», pensó.

Luego buscó otro paraguas, uno negro. Sin embargo, para entonces ya se había desmontado la fila casi militar del público y el caos se había desatado. Los paraguas, como átomos enloquecidos, se dispersaron en todas direcciones.

Otro paraguas azul, otro rojo y otro.

«Seis», pensó.

Miró la hora y se secó la frente.

Siguió con los paraguas atrapados en el centro de la cola, los primeros en llegar al concierto y los últimos en poder escapar.

Un paraguas a rayas, luego uno blanco y otro estampado.

«Nueve», pensó.

Apuntó a un paraguas transparente, y bajo este, un hombre que corría fue atravesado por un proyectil. La clara lona se manchó de rojo, salpicada de sangre. Luego el hombre cayó, obstaculizando la huida de los que iban detrás.

«Diez», pensó.

Retrocedió al primer paraguas lila, donde una señora estaba agachada junto a la muchacha tendida en el suelo, bajo la lluvia. El asesino le colocó la cruz en la cabeza y apretó el gatillo.

«Once», pensó.

Seguía buscando su próximo objetivo en medio del caos, cuando sonó la cuarta alarma.

Abrió el ojo cerrado y se separó del visor: era la hora. Habían pasado solo un par de minutos desde el primer disparo, pero tenía que abandonar ese lugar.

El asesino había calculado el tiempo de reacción de la policía de Akeron. Tenía que marcharse y dejarlo todo tal y como estaba.

Bajó de la mesa. La apartó hasta la marca que había hecho antes, alejándola de la ventana.

Agarró el fusil y lo desmontó pieza a pieza. Colocó las tres partes en una bolsa de lona. Se secó el sudor por última vez y metió la toalla en la maleta. Enrolló el paño sobre el que se había tumbado y lo guardó.

Plegó la mesa, la introdujo en un armario y buscó los casquillos.

Uno, dos, tres.

Los fue contando y metiendo en un bolsillo del bolso.

Entonces sonó la alarma, la quinta.

Nueve y diez, los guardó.

Miró a su alrededor, faltaba uno.

Levantó las sábanas de la cama, debajo no estaba.

Siguió buscando.

Otra alarma; tendría que haber salido por la puerta hacía unos segundos.

Sus pulsaciones se dispararon. Miró a su alrededor otra vez, pero no lo encontró.

Decidió irse.

Arrojó lejía con un espray por toda la estancia. Agarró la maleta, sacó un sombrero de pescador y un chubasquero barato y salió por la puerta, colándose por la salida que había preparado.

La gente corría por los pasillos de un lado al otro. Él cogió el ascensor y bajó a la planta principal.

Las primeras ambulancias llegaban a la plaza. El caos se había expandido por la ciudad. El tráfico se había detenido en los alrededores y las patrullas de policía justo llegaban, con las sirenas encendidas.

Le dio tiempo justo de dar la vuelta al edificio, y después los agentes entraron en masa en el hotel.

Siguió bajo el agua hasta llegar al primer aparcamiento de motocicletas.

Levantó el sillín y cogió el casco del portaequipajes. Una vez colocado se sentó y encendió el ciclomotor.

Enganchó las asas de la bolsa en la anilla, al lado de los pies y se fue entre el caos, en dirección contraria a la plaza de la masacre.

Recorrió un par de avenidas llenas de coches y semáforos. La lluvia azotaba Akeron City una noche más.

Llegó hasta el puente Reynolds y aparcó el ciclomotor. Dejó el casco y se volvió a colocar un sombrero verde de pescador. Agarró el bolso de lona y se fue hacia el otro lado del río. Comprobó que no viniera ningún barco y cuando estuvo justo a la mitad del puente, arrojó la maleta al río Caronte. Esta tardó décimas de segundo en desaparecer entre las negras y profundas aguas.

Siguió hasta el otro lado y caminó hasta la entrada de metro más cercana. Entró y desapareció entre la muchedumbre que habitualmente cogía ese medio de transporte para moverse por la ciudad.

El asesino desapareció sin dejar rastro, dejando a su paso una masacre de jóvenes vidas y de preguntas que, aparentemente, carecían de respuestas.

SEGUNDO CAPÍTULO

Hoy en día.

Rompió el estuche azul de los instrumentos quirúrgicos.

Sacó el bisturí y todos los otros utensilios que necesitaba. Los colocó sobre la mesa de manera pausada y ordenada: siempre igual, siempre en el mismo orden. De forma maniática, como si fueran cubiertos de una mesa en un restaurante con tres estrellas Michelin.

Pero esa mesa no era para comer, sino para analizar cadáveres: para abrirlos y determinar por qué habían muerto.

Ese día tenía delante el cuerpo inerme de un joven desafortunado. Alguien que había muerto antes de hora. Eso, en Akeron City, no era una excepción. Morir entre bandas o por sobredosis era un caso normal para la policía. La violencia en las últimas décadas se había incrementado hasta niveles difíciles de controlar. Las últimas elecciones dieron paso a candidatos a la alcaldía que hacían cada vez menos.

Esa tarde la morgue estaba silenciosa. Todos los otros forenses lo habían dejado solo ante una urgencia.

Fosco Merrell era el forense jefe de la policía judicial del distrito. En sus hombros recaía la responsabilidad de esa autopsia y del grupo de investigación médica.

Encendió el viejo tocadiscos. Levantó el cabezal y apoyó la aguja en las primeras estrías del disco negro. Comenzaron a salir las primeras notas musicales.

Fosco cerró los ojos. Esos instantes eran los mejores, cuando las notas inundaban el ambiente de riguroso luto. Era La Tosca, de Puccini, interpretada por un joven Pavarotti.

Esperó unos minutos y abrió los ojos; ya podía comenzar.

Las flautas y los violines sonaban de fondo en la estancia.

Se colocó los guantes y rotó el cuello. A pesar de la fría temperatura de la morgue, Fosco sudaba. Llevaba el equipo de trabajo, un mono blanco de plástico que lo cubría completamente.

Miró al chico en la mesa de análisis con compasión; perder la vida tan joven era una tragedia.

Para Fosco, la muerte de alguien a esa edad era como un naufragio. En cambio, cuando un anciano moría, lo veía como una llegada a puerto.

Fosco a sus cincuenta, todavía conservaba su buena presencia y su mirada profunda, aunque las arrugas demostraban el paso de muchas desdichas por su vida y las incontables autopsias que llevaba sobre sus hombros. Las ojeras delataban las pocas horas que dormía para dedicarse a su trabajo. Su vida personal, desde hacía unos años, había pasado a un segundo plano.

Sus compañeros le decían que era adicto al trabajo, pero él se definía a sí mismo como un apasionado de su profesión

Las primeras arias de Luciano se difundieron por la morgue.

Fosco se colocó delante del chico y, como era su costumbre, se dispuso a pedir permiso al muerto antes de estudiar su caso.

No era religioso, a pesar de que sus progenitores lo hubiesen sido, pero sabía que había algo más allá de la vida. Algo que no podía describir con palabras. Él, un hombre empírico y científico, no se dejaba embaucar por las creencias, pero gracias a su experiencia había llegado a la conclusión de que había algo más que la ciencia no podía explicar.

Apoyó la mano en su frente.

Le pidió permiso, con los ojos cerrados.

No era magia; era tan solo un hombre respetuoso y metódico que pedía permiso antes de profanar un cuerpo.

Dijo el nombre del chico y usó las palabras acostumbradas.

Luego abrió los ojos y se quedó mirándolo atentamente.

«¿Quién eres?», le preguntó en sus adentros, a pesar de creer saber la respuesta.

«¿Dónde has muerto? ¿Quién te ha hecho esto?», añadió, aunque era consciente de que nadie, aparte de su estudio, le daría esas respuestas.

«¿Cómo has muerto?», pensó por último y comenzó la inspección.

Apretó el botón de la vieja grabadora que llevaba en el bolsillo, con el micrófono en la solapa, y comenzó.

—Fosco Merrell, autopsia número 342953-FR, individuo de raza blanca, se sospecha la identidad y la autoría de los hechos —dijo la hora y el día y que procedía a operar—. El

individuo ha sido encontrado en un coche abandonado en medio de un incidente múltiple en el puente Reynolds. No sabemos quién conducía la furgoneta —dijo y se detuvo mirando las muñecas y los brazos—. Debe rondar los veinticuatro años. Tenemos que averiguar la causa de la muerte.

El cadáver se encontraba en unas condiciones pésimas, menos el rostro, que parecía estar en mejores condiciones. El resto del cuerpo se encontraba lleno de livideces.

Abrió el torso con el bisturí y luego con la sierra. Inspeccionó todos los órganos internos, valorando sus condiciones, y luego lo cerró.

Hizo lo mismo con la cabeza; el procedimiento normal para el forense. Acostumbrado en sus inicios a una sierra manual, hacerlo con una eléctrica era mucho más sencillo.

Analizó las posibles lesiones cerebrales y cerró el cráneo.

Las notas de la ópera seguían al fondo, aunque el médico había dejado de escucharlas debido a la concentración. Llevaba un buen rato encerrado en esa estancia; cogió un chicle de nicotina y comenzó a masticarlo. Era el único remedio que había encontrado a tantas horas sin fumar.

Buscó restos de ADN en el cuerpo, pelos que no fueran suyos y cualquier otro indicio que pudiese llevarlo a descubrir más. Seguidamente le extrajo sangre para un rápido análisis y comenzó a redactar el informe.

Cuando llevaba pocas líneas escritas en su monitor, la secretaria de la morgue lo llamó por el telefonillo interno.

—¿Fosco? —preguntó la mujer al otro lado.

—Dime —respondió seco.

Al otro lado del auricular, la mujer se quedó en silencio. A menudo escuchaba la música y, en base a la ópera que había de fondo, adivinaba el estado de ánimo del forense.

—Lamento interrumpirte —dijo rápidamente—. Pero…

—¿Ya han llegado? —preguntó Fosco.

—Sí.

El forense suspiró.

—Dame cinco minutos y hazlos pasar —replicó y colgó.

Guardó el fichero, apagó la pantalla y se levantó. Fosco colocó al cadáver un gorro parecido a uno de ducha, que disimulara la abertura en la frente. Luego, cogió una sábana limpia y la extendió sobre el cadáver.

Desde la puerta se oyó la señal. Se abrió y apareció la mujer que antes lo había llamado. Seguidamente pasaron dos personas: primero una mujer y luego un hombre.

—Buenas noches, acérquense —dijo el médico—. Lamento la situación, pero les pido fuerza —dijo mientras les estrechaba la mano.

Los presuntos padres del que estaba bajo esa sábana acababan de aparecer. El cuerpo había aparecido sin documentación, pero la policía había deducido que ese individuo podía ser John Méndez. Un exconvicto, metido siempre en numerosos trapicheos y robos. A pesar de su joven edad, su historial era más largo que el río Caronte que cruzaba la ciudad.

Los padres le estrecharon la mano.

—No será una imagen fácil, pero necesitamos que lo reconozcan —dijo Fosco y se acercó a la mesa con el cadáver cubierto.

Solo asomaban los pies y, del pulgar izquierdo, sobresalía un cordel con un cartón colgando. En él había un código alfanumérico y una fecha.

—¿Estás segura, cariño? —preguntó el hombre a la esposa

.

Fosco se percató de que los dos llevaban alianza. La señora tenía el rostro hinchado y los ojos rojos de tanto llorar. Parecían personas de un cierto poder adquisitivo, que no daban la impresión de tener dificultades económicas. Una familia acomodada y sin problemas; excepto uno: un hijo que no habían conseguido educar.

Ella asintió mirando al hombre y luego se giró hacia el médico, que estaba al otro lado de la mesa de autopsias.

Fosco apretó las mandíbulas mientras masticaba el chicle de nicotina.

Levantó una solapa de la sábana y la dobló a la altura del cuello, dejando descubierta solo la cabeza.

La mujer gritó en un llanto desenfrenado y se giró hacia el marido, que la abrazó.

Luego, el forense descubrió los brazos llenos de tatuajes, dejando el torso cubierto.

—¿Lo reconocen? —preguntó el forense.

Los padres asintieron.

—Sí, es John, nuestro hijo —confirmó el padre.

La madre se quedó abrazada al marido un buen rato, mirando a su hijo tumbado, con los ojos cerrados.

—¿Algo más? —preguntó el padre. Miró al forense, que negó con la cabeza—. Mejor nos vamos —dijo y tiró de su mujer hacia la puerta.

Ella dio un paso, pero luego se deshizo de los brazos de su marido y regresó frente a su hijo. Apoyó la mano en su frente y levantó la mirada.

—Doctor, dígame, ¿ha sufrido? —dijo la madre llorando, casi hiperventilando.

Fosco le cogió la mano.

—Señora, quédese tranquila, su hijo no ha sufrido. No se ha enterado de nada —dijo y esbozó una sonrisa tímida.

En ese momento, la mujer suspiró y al acto su expresión se suavizó. Asintió más tranquila y se fue con su marido.

En cuanto salieron, el médico cubrió el cuerpo. Suspiró recordando a la mujer. Se sintió mal; no solía mentir en su trabajo, pero creyó que, si hubiese sido él, habría sabido sobrellevar mejor el luto sabiendo que su hijo no había sufrido. El dolor hubiera sido más llevadero.

No se sintió orgulloso, pero se pasó las manos por el pelo y regresó al escritorio. Encendió la pantalla y siguió con el informe forense.

Al terminarlo lo agregó a un correo electrónico, añadió el email de la inspectora y escribió el texto.

«Olivia, te paso el informe que necesitabas urgentemente. Los padres acaban de irse, han reconocido el cuerpo. Se trata de John Méndez, como te esperabas. Seguramente, cuando leas este correo el informe dactilar también lo confirmará. Las analíticas del ADN más completas me llegarán en unos días. Te adelanto lo que leerás en el informe: el chaval presenta hematomas por haber sido golpeado y brutalmente apaleado. Pero la muerte ha sido provocada por una hemorragia interna que le causó el accidente. Parece que el chico estuvo consciente mientras lo torturaban, y el accidente le ha ahorrado más sufrimiento. Los índices de cortisol en sangre lo demuestran. No te puedo ayudar más, espero que te sirva. Nos vemos pronto. Fosco.».

El médico forense comprobó que el mensaje había sido enviado y apagó el ordenador. Era tarde; tenía que irse a casa, ducharse y arreglarse para la gala de esa noche. Cogió las llaves de su coche y las latas de sus puros con sabor a café, cuando alguien entró por la puerta.

—Maldita sea, hoy solo me faltaba esto —dijo uno de la policía judicial.

El hombre llevaba un chubasquero goteando y el compañero, que lo ayudaba a empujar una camilla, estaba en las mismas condiciones.

—Mi mujer me va a matar, si es que no me pone los cuernos con algún vecino —dijo el hombre a su ayudante mientras se rascaba el culo—. Joder, estoy empapado, que ganas de irme a

la ducha. ¿Dónde te dejo este fiambre, jefe? —gritó el policía.

Fosco arrugó el ceño: no le gustaba que entraran con esos modales a su lugar de trabajo.

—¿Quién es? —preguntó Fosco.

—No lo sabemos, jefe. Lo han encontrado bajo un puente del distrito oeste. Ahora ya es cuestión tuya —dijo el hombre mirando a su alrededor para ver dónde podía dejarlo—. El comisario dice que es urgente, ya te llamará.

El policía dio un paso.

—¿Ferdinand? —dijo Fosco llamando su atención—. ¡Quieto!

El policía se detuvo y la camilla con él. La víctima estaba envuelta en una bolsa negra con cremallera.

—Mesa cuatro —dijo Fosco tomando el control de la situación.

Ferdinand bufó.

—Sí jefe, claro —contestó y miró a su ayudante—. Venga, que es para hoy.

Se acercaron y dejaron el cadáver encima.

—Todo tuyo. Nos vamos —dijo el policía y en cuanto iba a salir al pasillo estornudó y a la vez se le escapó un sonoro pedo.

—No te rías —dijo Ferdinand a su ayudante—. Esto es la edad… —dijo y siguió hacia la salida.

—No me extrañaría que tu mujer tuviera un amante… —susurró el forense.

Miró el reloj y comprobó que llevaba demasiado retraso.

—Urgente… —dijo el forense—. Para el comisario todo lo es —dijo y justo cuando fue a abrir la cremallera se abrieron de nuevo las puertas de la morgue.

—Nos olvidábamos esto —dijo el ayudante de Ferdinand.

—¿Qué es? —preguntó el forense.

—Parece un sombrero. Estaba al lado del cuerpo. Creemos que era suyo, está manchado de sangre.

Fosco se acercó y cogió la bolsa transparente. En su interior había un sombrero de pescador manchado de rojo, aplastado y de color verde oscuro. Parecía impermeable, con las letras “L.A.” bordadas: las iniciales del equipo de fútbol de Akeron.

Algo le llamó la atención de ese sombrero, pero no supo qué. Lo dejó encima del cadáver sin abrir la cremallera. Introdujo el cuerpo en la nevera y se fue. Ya era demasiado tarde.

¿Te ha gustado?

Descubre “El Forense”, la primera entrega del forense Fosco Merrell

IR AL LIBRO

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

Una exhumación revela un indicio que no tiene nada que ver con la causa de la muerte.

El caso no resuelto de una vieja masacre vuelve de actualidad.

Los secretos no entienden de compasión, solo de verdades.

Fosco Merrell, acompañado por la tenaz inspectora Olivia Wolf y el enigmático detective Dønati Vihëls, en una carrera contra el tiempo para resolver un enigma que entrelaza el pasado con peligrosas mafias en guerra y una corrupción que devora todo a su paso.

¿Hasta dónde llegarán para desvelar la verdad detrás del crimen que conecta su pasado con el presente turbulento de Akeron City?

En Akeron City, los secretos no mueren; se entierran hasta que alguien como El Forense Fosco Merrell consigue desenterrarlos.

Con una trama que teje suspense, misterio, y una red de traiciones, esta novela te arrastrará a las profundidades de la investigación forense.

Haz clic y adéntrate en el misterio.

Descubre el “*El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*”, donde cada cadáver cuenta una historia de traición y poder en las sombrías calles de Akeron City.

El Forense es un thriller policíaco que te dejará enganchado, página a página.

¿Podrá Fosco vengar su pasado antes que sea demasiado tarde?

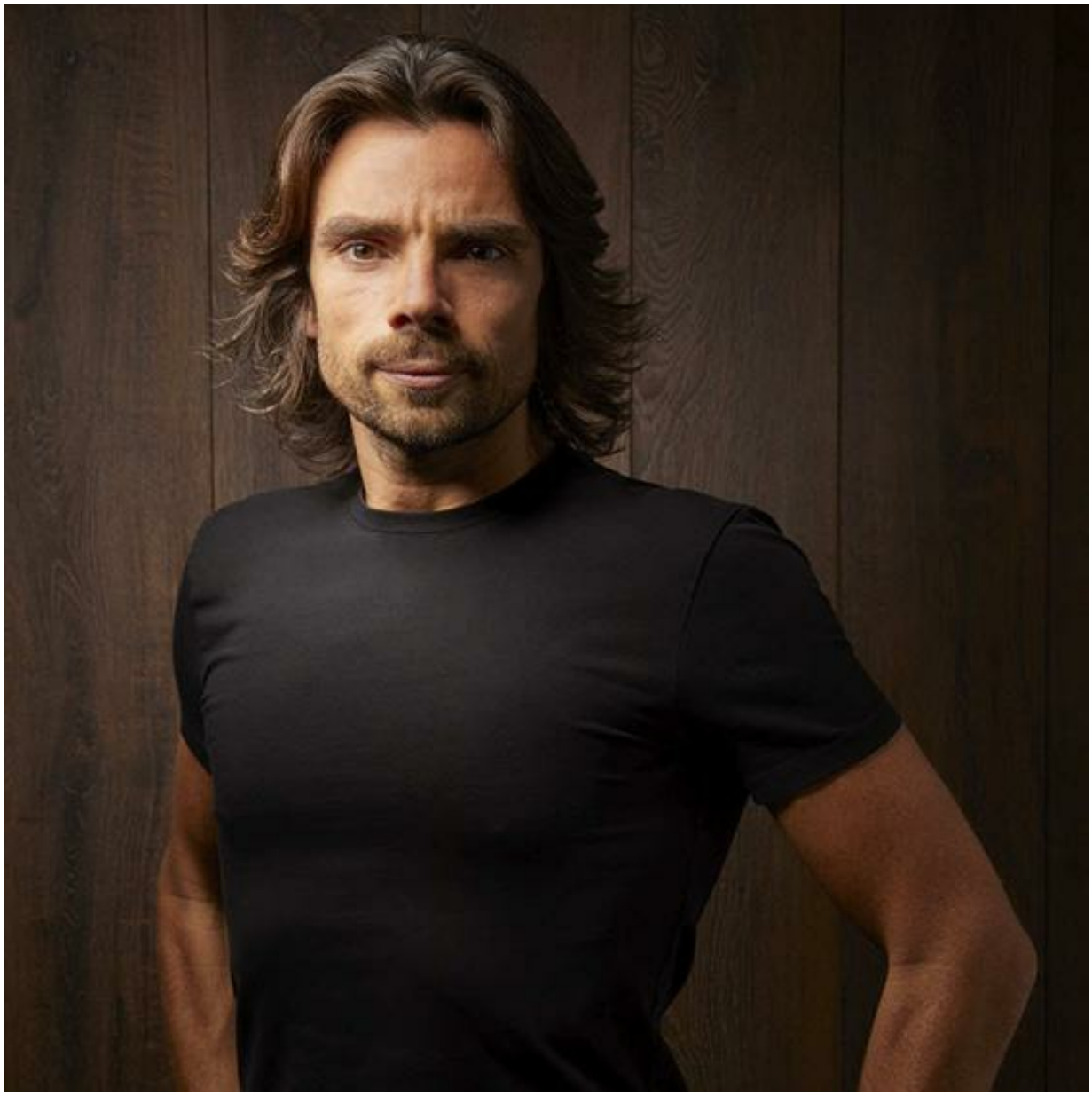
Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer El Forense.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

IR AL LIBRO

SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de thriller policíaco.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Esta editorial ha sido creada gracias la tecnología Blockchain, que funciona como un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor.**

Tienes más información en la web ESCRITOR TOKENIZADO. Puedes convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

BIBLIOGRAFÍA

SERIE ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO

SERIE BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

SERIE GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS

SERIE EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN

kindle unlimited amazon

RICCARDO BRUSIOLI







Ver las 2 imágenes

Sigue al autor



Riccardo Braccaioli

+ Seguir

Comprar por 2,99 €

¿Accidente O asesinato?

Una perpetua enemistad entre dos pilotos la inesperada traición convertirán una can

Un acontecimiento dramático lo cambia Malatesta, el famoso director deportivo de

Leer más

Longitud de impresión	Idioma
554 páginas	**Español**

Los clientes que vieron este producto también vieron